CARA DE SUSTO

Laura Santolaya

SUMA de Letras

Laura Santolaya

Cara de susto

SUMA de letras

A mis hermanas Paula y Eva

1

Nunca había soportado a los magos. No me gustaba que se creyeran más inteligentes que yo y tratasen de demostrarlo. Que pensasen que me estaban ocultando algo e intentasen hacerme quedar como una estúpida. Ninguno había conseguido sorprenderme nunca. Jamás. Quizá fuese por eso que los odiaba. En aquel momento iba con uno en el ascensor. Llevaba una americana negra, camisa de licra y olía a sudor. Saqué el váper del bolsillo para tranquilizarme y me lo llevé a la boca.

—Perdona —me dijo—. No se puede fumar aquí dentro.

—No es tabaco, sino vapor de regaliz —respondí.

—Ya. Es que me marea.

Me hubiera gustado abrir la puerta y empujarlo por el hueco del ascensor. No lo hice porque el mago era el marido de mi hermana, así que metí el váper en el bolsillo y me dio las gracias. «Hay que joderse», pensé, pero sonreí. Era tarde y estaba cansada. Había arrastrado una maleta de treinta kilos por todo Madrid y después había viajado cinco horas en tren. Cualquier pueblo del norte de España cercano a Francia y al que no llegaba la alta velocidad estaba más o menos a esa distancia. Podría haber comprado un billete para irme a otro sitio, uno más alegre y soleado, pero no, regresé de nuevo a la ciudad donde nací. Siempre lo hacía. Cuando tenía una crisis, terminaba en un tren con destino a casa. Las decisiones de romper con mi anterior pareja, aceptar un nuevo trabajo o empezar la terapia las había tomado en un tren. Cuando la

vida me venía grande, yo necesitaba sentirme pequeña. Me visualizaba tumbada en la alfombra de mi habitación adolescente y todos mis recuerdos aparecían para infundirme una fuerza vital que le daba sentido a todo.

El pueblo no era tal, sino una ciudad de trescientos mil habitantes, pero siempre me había referido a ella de ese modo, porque lo cierto es que cualquier lugar en el que puedes encontrarte a tu primo en Tinder lo es. No mencionaré la ciudad exacta, pues podría ser cualquiera, y a los escritores nos resulta más fácil hablar de personas y lugares inventados para que la realidad no pueda reprocharnos nada.

La estación de tren estaba a las afueras y nunca había suficientes taxis. Mi hermana se había ofrecido a recogerme, pero mi sobrino se puso enfermo y tuvo que venir su marido. Ir a buscar a alguien a la estación o al aeropuerto era un ritual que solo seguía pasando en los sitios pequeños. Ane nunca hubiera permitido que cogiese un taxi, habría sido una falta de respeto; sin embargo, le dijo al mago que se acercara a la estación, que para mí era algo parecido. «A él no le importa nada», me aseguró. A la que le importaba era a mí, pero me mordí la lengua por ella. Ane siempre ha sido atenta, servicial y detallista, aunque le haya gustado la magia desde pequeña.

Mi hermana y yo nacimos mellizas, aunque a simple vista era imposible adivinar que éramos hermanas, pues ella era alta y rubia, y yo, baja y morena. Crecimos junto a los abuelos y mamá, que se quedó viuda cuando cumplimos dos años. Ella nunca nos contó mucho sobre nuestro padre, salvo que era de Niza, le gustaban los perfumes caros y había muerto en un accidente de coche. Nosotras tampoco preguntamos demasiado, pues era de mala educación hablar de las desgracias en casa.

Mamá era muchas cosas, entre ellas una bibliotecaria jubilada que amaba la ópera y que había conseguido que a sus hijas les fascinase su repostería. Era la mujer más histriónica e imprevisible que había conocido nunca, una mezcla entre Mata Hari y una tradicional mujer de provincias. Lo mismo se ponía las perlas y el abrigo de visón para ir a Eroski que nos dejaba a cargo de una canguro para pasar un fin de semana con sus amigas en San Sebastián. Su única preocupación era que no nos faltara comida. Según ella, llegaba una edad en la que no importaba nada más.

La primera vez que ella nos hizo el truco de quitarse el pulgar me impresionó mucho, pero cuando descubrí que no se había amputado ningún miembro, me llevé una gran decepción. Ahí terminó mi interés por el ilusionismo. En nuestro sexto cumpleaños mamá contrató a un mago para la fiesta. Varios niños con los ojos muy abiertos lo miraban estupefactos sentados en el suelo. Aquel mago espeluznante entretenía a nuestros amigos sacándoles monedas de detrás de las orejas, con absurdos juegos de cartas o haciendo que los objetos desaparecieran. No llevaba ningún sombrero de copa, ni una capa, ni siquiera una varita mágica. Solo era un tipo normal que resultaba ser un mago. ¿Había algo más deprimente que eso? Después de la tarta, llegó el truco final. Sacó unas flores mustias de una bolsa y colocó un pañuelo encima. Recé para que estuviera impregnado en cloroformo y no presenciáramos semejante espectáculo, pero no tuve suerte. Al levantarlo, las flores se convirtieron en un sucio conejo de peluche. No pude más. El maldito mago me estaba poniendo enferma, así que fui hacia él y le planté con todas mis fuerzas una patada en la pierna. Se cayó al suelo retorciéndose de dolor y tuvieron que llevarlo al hospital. Al parecer le rompí la tibia. Mi hermana nunca me lo perdonó.

Más tarde apareció en nuestras vidas David Copperfield. Ane y yo pasábamos muchas horas frente a la televisión observando cómo hacía desaparecer la estatua de la Libertad o atravesaba la Gran Muralla china. Yo odiaba a David Copperfield y a Ane le encantaba. Cuando decía que cogiéramos una baraja de cartas, ella iba a por una y cuando pedía que pusiéramos una mano en la pantalla, lo hacía solícita. Saltaba de un lado a otro del salón exigiendo saber cómo había hecho cada truco, pero sus preguntas nunca obtuvieron respuesta. Yo llegué a la conclusión de que la mejor manera de lidiar con algo que no me gustaba era no pelearme con ello en absoluto. Así que dejé de prestar atención a los magos y ese tiempo lo invertí en la lectura.

Después hubo un periodo bastante bueno sin magos en mi vida hasta que llegamos al instituto. Mi hermana y yo acudimos a la fiesta de uno de nuestros amigos. No recuerdo de quién era ni tampoco qué celebraba, pero nunca olvidaré al mago que actuó, pues más tarde se convirtió en mi cuñado. Llegué a la conclusión de que había muchas cosas peores para odiar que la magia, pero eso no cambiaba el hecho de que si alguna vez alguien me invitaba a un espectáculo de prestidigitación, yo deseaba enseguida darle una patada en la espinilla. Aún me ocurre.

Le dije a Noel, el mago, que llegaría a las ocho en punto y se plantó en la estación a las nueve, con sus cojones. Era una noche fría de mediados de marzo. Había empezado a llover, algo nada raro, así que lo esperé en la cafetería de la estación, un lugar tétrico y vacío con luz de tanatorio y bollos industriales expuestos en el mostrador de la barra. Lo vi llegar empapado y ojeroso a través de la cristalera. Llevaba el mismo corte de pelo, estilo mohicano, desde que lo conocí, que consistía en dejar los lados más cortos y una franja

central de pelo más largo peinado en forma de cresta. Si no hubiera sido por mi hermana, me habría tirado a la vía. Me saludó con dos besos poco efusivos y se disculpó por el retraso. Había tenido que echar horas extras en el trabajo, Noel también era funcionario. Nos montamos en su viejo coche en dirección a casa de mi madre, en la que vivía con mi hermana y con su hijo. Mientras conducía, su dedo índice tamborileaba en el volante. Me preguntó si quería escuchar algo de música y no me pareció una mala opción teniendo en cuenta que eso era mejor que el silencio.

—¿Te gusta Ismael Serrano? —preguntó.

—No me van mucho los *cansautores* —contesté divertida.

—Cantautores —me corrigió.

—Eso —respondí asumiendo el error—, es que me agotan esas melodías íntimas y tristes, ¿sabes?

—Siempre has sido… —Hizo una pausa para encontrar la palabra adecuada sin dejar de mirarme— peculiar. También tengo el CD de Oasis, me lo regaló tu hermana.

—Mejor —agradecí, asintiendo con la cabeza y obviando lo de peculiar.

Unos segundos después comenzó a sonar «Don't Look Back in Anger». «Tendría que haberme quedado en Madrid», pensé. «No sé qué hago otra vez aquí». Una cosa era ir de visita un fin de semana, y otra, establecerse. Menos mal que por lo menos allí tenía a mi mejor amiga, Trini, a quien conocía desde la guardería. Ella opinaba que regresar al pueblo era una locura. Cuando se lo conté, me advirtió que la vuelta me resultaría dura y yo sabía que los próximos días en casa con mi familia lo serían. Interminables fuentes de comida, el imbécil de mi cuñado viendo el fútbol, la condescendencia de mi hermana y el hummus de mamá, que con su intenso sabor se me repetiría durante días. Cada vez que volvía a casa, me

preguntaba cómo había sido capaz de vivir allí tantos años.

Fracaso. Aquella palabra a la que había temido durante mis treinta y tantos años se hacía ahora más evidente que nunca. Qué difícil era regresar al lugar del que me había marchado como una escritora segura y victoriosa aceptando una derrota, la del desempleo. Y qué sensación tan amarga dejaba a su paso. «Dios aprieta, pero no ahoga», me repetía mi atea madre desde la distancia mientras me explicaba que el éxito y el fracaso no podían existir el uno sin el otro. Se necesitaban como el día y la noche, el bien y el mal, el sol y la luna, mi hermana y yo…

Ahora, cansada y sin un duro, sentía cómo vacilaba mi seguridad. Me encontraba sumida en esas reflexiones cuando sonó el móvil y me sacó del ensimismamiento. Era Ane.

—¡Nina! —dijo con efusividad.

—Hola, hermanita —respondí con falsa serenidad.

—¿Ya estás aquí?

—Sí, estoy en el coche con Noel.

—Siento no haberme acercado, pero el peque tenía fiebre, ¿todo bien?

—Muy bien, llegaremos a casa en nada.

—Vale. No llaméis al timbre, que Marco estará ya dormido. Ahora nos vemos, ¡qué ganas!

Mi nombre era Saturnina, pero todo el mundo me conocía como Nina. Me lo pusieron en honor a mi abuela materna y también a la patrona de la ciudad. La mujer más vieja del mundo con ciento doce años también se llamaba Saturnina. Significa devota de Saturno, del cual decían que era un planeta de una belleza enigmática, fría y distante. Un astro célebre por su fortaleza, carácter dominante y también por ser el tirano kármico del zodiaco, pues se aseguraba de que cuando todo iba bien, aparecieran los problemas. Así era yo

también.

No me gustaba especialmente la astrología; sin embargo, sabía algunas cosas gracias a mi hermana. Nuestra dispar relación creo que fue anterior a nuestras vidas. Yo, solitaria; ella, más social. Yo me retorcía ante la proximidad de afecto, y ella, siempre cariñosa. Como he explicado antes, hasta en el físico éramos diferentes. Ella se parecía a mamá, mientras que yo podría haber sido de cualquiera. Éramos mellizas que luchábamos y competíamos ferozmente, pero el vínculo que nos unía resultaba más fuerte que cualquier otro. Todo lo que me faltaba a mí, lo tenía ella: alegría, generosidad, empatía, prudencia y lealtad. En parte me tranquilizaba saber que yo no tenía nada de eso. De pequeña hizo correr el bulo en el colegio de que entre las dos concentrábamos toda la sabiduría del universo. Una vez, una niña le preguntó quién había pintado la Mona Lisa y Ane le dijo que las cuestiones artísticas las sabía yo. Mi hermana tenía muchas cosas buenas, pero no era precisamente lista, si no no se habría casado con ese imbécil. Encima, mago. Pero sobre todo imbécil. Siempre había creído que una mujer inteligente reunía todo aquello que un hombre mediocre no quería tener a su lado. Seguramente no estaba siendo justa, pero se debía al viaje. Siempre que volvía allí me pasaba lo mismo. Metida en ese coche pensé que quizá todavía estaba a tiempo de regresar a Madrid, ¿y si me daba la vuelta?

Conducíamos por la carretera que bordeaba el río, el cual parecía no querer saber nada de la ciudad porque la rodeaba dibujando curvas y meandros. El color del bosque se apreciaba incluso de noche a la luz de las farolas y la ausencia de tránsito infundía una paz irreal. El frío y la humedad se notaban dentro del coche. No me gustaban mucho las zonas rurales donde todo era tan idílico, tan

auténtico, tan… anacrónico.

Habíamos tardado solo quince minutos en llegar al centro de la ciudad y, a pesar de la compañía del mago y de los Gallagher, el camino se me había hecho eterno. Aparcamos justo delante del portal de casa de mamá, un edificio antiguo de tres plantas en pleno centro histórico. Salí del coche y abrí el maletero para coger mi equipaje. Una ráfaga de viento me revolvió el pelo y me indicó que ya había llegado a mi lugar de origen. Me mentalicé e inspiré profundamente. Respirar ese aire frío era como masticar un chicle de menta, te llegaba hasta los pulmones. Eran casi las diez de la noche y no se veía un alma por la calle. El sonido de las ruedas de mi maleta contra las baldosas era lo único que rompía el silencio nocturno, que se restauró en cuanto cruzamos la puerta de entrada.

En fin, que vuelvo al principio de esta historia, en el que estaba yo con mi cuñado en el ascensor de la casa de mi infancia. Llegamos al descansillo del segundo piso, salimos del ascensor y lo primero que hice fue darle una calada al váper. Una bocanada blanca con olor a regaliz lo impregnó todo. «No sé cómo puedes fumar esa mierda». El mago venía detrás haciendo aspavientos con la mano y andando despacio, como si se cansara con cada paso. No envidiaba en absoluto a Ane, porque la envidia solo existía en las personas que no sabían aceptar la felicidad de los demás y yo quería que mi hermana fuera feliz.

—Gracias por traerme —le dije a Noel mientras abría la puerta de casa—, aunque hubiera sido más épico aparecer por sorpresa sobre un caballo alado.

—¿Al lado de qué? ——respondió con un tono raro.

No sabía lo que veía mi hermana en el mago. Siempre había sido más amable, más sociable y más guapa. Ella lo

tendría todo, pero solo yo sabía quién había pintado a la Mona Lisa.

2

Mi hermana apareció tras la puerta, que debería haber tenido colgado un letrero con la palabra «peligro». Cruzarla significaba dejar atrás mi ética y mis valores para acceder a una zona de silencios y tabúes. Llevaba puesta una camiseta vieja de una San Silvestre que corrimos juntas en la universidad. No sé en qué momento me convenció para hacerlo, pues a diferencia de ella, las únicas veces que yo corría era porque me cerraban el supermercado. Encima llevaba una chaqueta de punto blanca con botones dorados que yo le había regalado unas Navidades. Estaba tan pálida que su piel parecía de mármol y tenía bolsas debajo de los ojos. No sabía si siempre había sido así o era yo la que la observaba con más detalle en busca de evidencias de su cansancio.

—¡Ane! —la saludé con un fuerte abrazo soltando la maleta.

Mi hermana se puso el dedo índice en los labios para indicarme que hablase más bajo.

—Nina, por fin —dijo en un susurro, y hundió su cara en mi pelo mientras nos abrazábamos.

—¿Y mamá?

—Ni idea.

—Pensé que estaría aquí para recibirme.

—Seguro que anda por ahí, ya sabes cómo es. Hazte así. —Se frotó un colmillo—. Tienes algo en el diente.

—Vaya —agradecí a la vez que me quitaba un trozo de algo

—. ¿Y Marco?

—Durmiendo, tiene una infección de oído, lo verás por la mañana. ¿Quieres cenar? Hay poke de atún.

—¿Poke?

—Sí, lo ha hecho mamá esta mañana, no come otra cosa.

—No, gracias, no tengo mucha hambre —contesté, dejándome caer en el sofá del salón apoyando las piernas sobre una mesa.

—¡No pongas las zapatillas ahí! —me reprendió—. ¿No tienes otras? —Las arrugas de su nariz se acentuaban cuando decía algo que no debía.

—¿Qué les pasa a estas? —dije mirando mis Adidas modelo Gazelle negras.

—Que parece que has nacido con ellas, están asquerosas. Te convendría usar zapatos de vez en cuando.

«Y a ti sacarte el palo del culo», pensé, pero simplemente sonreí y bajé las piernas. No tenía ganas de discutir. Me sentía agradecida por tener una melliza, pero la rivalidad entre nosotras había existido desde siempre. En el colegio nos comparaban continuamente, Ane era la que más estudiaba, la que más alto saltaba el plinto y a la que mejor le quedaba la falda del uniforme. Todos los alumnos y profesores la adoraban. Se ganaba tanto a la gente que el conserje la colaba por la puerta lateral cuando en el comedor había helado y las cocineras le guardaban el mejor plato. Después estaba yo, siempre a su sombra y en un segundo plano. Lo que más me dolía no era que nadie me prestara atención, sino que ella también me ignorase.

Discutíamos sin parar. Peleábamos incluso físicamente. Ane conservaba una cicatriz en el labio inferior de un altercado en casa de mis abuelos cuando yo, furiosa porque se había comido la última cuajada, la empujé contra un armario.

Quizá mi reacción fue desmesurada, pero el postre de la abuela lo valía. Todo el mundo se había acostumbrado a nuestras disputas, sobre todo durante nuestra adolescencia. A mediados de los noventa, mientras íbamos de camino a un concierto de Bon Jovi, tuvimos una gran discusión. No recuerdo por qué nos enfadamos, solo que estaba tan rabiosa que cogí las entradas, las rompí en pedacitos y las tiré al suelo. A los dos minutos ya se nos había pasado. Recogimos los restos de papelitos y nos dirigimos al concierto. Nos acercamos a la taquilla y Ane le contó a la mujer que vendía las entradas lo sucedido. Le hizo tanta gracia que, aunque separadas, nos dio unas nuevas. A ella le tocó en tercera fila y a mí en el tercer anfiteatro del fondo norte. Así era mi vida. Siempre.

Quería a mi hermana más que a nada en el mundo, pero a veces su presencia se volvía insoportable. Nunca dudaba, siempre estaba impecable y todo lo hacía bien. En ocasiones intentaba ocultar mi desdén, pero estaba segura de que lo notaba. Esto provocó que me ganase la fama de egoísta suprema en casa, alguien que hacía lo que quería sin tener en cuenta las consecuencias que pudieran tener sus actos. Pero ¿quién nacía con un manual para ser perfecta? Mi hermana.

Según fuimos creciendo, cada una tomó caminos diferentes. Ella eligió el Derecho y una vida más tradicional con un fuerte apego hacia mamá. Yo me decanté por uno colmado de aventuras juveniles fuera de casa. Cuando tenía la oportunidad, me iba a pasar alguna temporada junto a mis tíos en Las Landas, al sur de Francia, donde no me acordaba mucho de mi madre o de mi hermana, pues ambas se tenían la una a la otra. Pese a todo lo que habíamos vivido juntas, hubo lecciones que tuvimos que aprender por separado y que, de manera inevitable, nos distanciaron, como cuando conoció

al mago.

En aquel momento estaban sentados el uno junto al otro y me observaban desde el sofá. Parecían una de esas parejas que acudían desesperadas, como último recurso, a terapia matrimonial.

—Hacía mucho que no venías —dijo Ane.

—Casi un año, desde que diste a luz —respondí, y enseguida me sentí mal por ello.

—Parece que fue ayer cuando estábamos embarazados —añadió Noel mirando a mi hermana.

No soportaba esa expresión y la involucración exagerada de los hombres en el embarazo. Puede que fuera simplemente un exceso de orgullo, pero la gestación se producía en nuestro cuerpo. Sabía que era solo una cuestión de palabras, una gilipollez semántica, pero el lenguaje escondía verdades y delataba realidades que yo me negaba a aceptar. Porque si quería decir «estábamos embarazados», entonces también debería decir «estamos ovulando», así de ridículo sonaba.

—¿Cómo va la aventura de ser padres? —dije para romper el hielo.

—Es maravilloso, no te haces una idea —respondió mi hermana, aunque sus ojeras delataran lo contrario.

Noel se quitó la americana y se remangó la camisa, dejando al descubierto un tatuaje con la forma de un pie de bebé.

—¿Y ese tatuaje? —pregunté.

—Me lo hice en honor a Ane. Estoy orgullosísimo de ella por haber parido sin epidural.

—Me acuerdo, qué putada —contesté.

—Yo me enamoré al instante.

—Normal —respondí, pero no tenía ni idea de a qué se refería mi cuñado.

—Sentí un amor que no había sentido antes, así que decidí

inmortalizarlo en mi piel. No te lo tomes a mal, cariño —puntualizó—. Ahora te admiro más, menuda campeona.

Me ponía enferma cuando los hombres hablaban con esa condescendencia del parto de sus mujeres y las llamaban campeonas o valientes. Como si fueran a ponerles una medalla. Como si pasaran de ser colillas a diosas del Olimpo.

—Cuando vi a Marco, todo lo que me había ocurrido cobró sentido —sentenció Noel, que agarró a mi hermana de la mano mientras la miraba extasiado.

Saqué el váper para darle una calada.

—¿Te importaría no fumar aquí? —me rogó Ane—. No quiero que Marco respire ninguna sustancia nociva.

Lo único nocivo que había allí era la presencia de aquel mamarracho.

—Claro, subiré a mi habitación, ¿os importa? Necesito descansar. Estoy muerta.

—No, te acompaño —dijo mi hermana incorporándose.

La casa de mamá tenía tres plantas. La estancia estrella era el salón principal, en la planta baja, donde se unía una amalgama de muebles de anticuario y modernos, que discutían entre sí con estridencias luchando por el protagonismo: dos sillas Wassily, tres columnas del retablo de una iglesia del siglo XV, una mesa de cristal de diseño… Cada uno en su lugar, peleando por destacar. Una librería de inspiración francesa, un piano y una chimenea central presidían la estancia. Todo era clásico y elegante, con un toque de atrevimiento sugerente y evocador, como mi madre. La decoración de la casa era un reflejo de su personalidad. En cada rincón estaba presente una mezcla de materiales y colores, así como una fusión de épocas y estilos. Había desde piezas de anticuario hasta de tribus africanas, pasando por imitaciones de cuadros de Goya mezclados con fotografías en

colores flúor.

Subimos por las escaleras de roble a la primera planta, donde había tres dormitorios: el de mamá, el antiguo de mi hermana y el mío. Ane y Noel ocupaban el piso de encima, donde había estado la vieja vivienda de mis abuelos. Una vez estos fallecieron, se reformó y se unió con la casa de mamá. Entré en mi habitación y me dejé caer sobre mi antigua cama de noventa.

—¿Cómo estás? —preguntó Ane sentándose a mi lado.

—Bien —mentí—. ¿Y tú?

—Genial, pero no sabes lo agotador que es tener un hijo.

Claro que lo sabía. Lo sabía porque tenía ojos y podía verlo. Mi entorno y mi Instagram estaban llenos de madres y padres estresados, cansados, preocupados y desconcertados. Era como si ella me dijera, mientras yo estaba en el paro, que no tenía ni idea de lo difícil que resultaba ir a trabajar todos los días.

—Me lo puedo imaginar —contesté.

—¿Sabes con quién estuve el otro día?

—¿Con quién?

—Con Inés, la de quinto.

—¿La de las galletas de mantequilla? ¿La misma con la que olí las barritas de pegamento?

—Ni lo menciones, todavía me acuerdo de aquella vez que os encontramos en tu habitación colocadas.

—Ese día me confesó que soñaba con el profesor de gimnasia.

—Yo también.

Ambas nos reímos.

—Me alegro de que estés aquí, seguro que te sale algo pronto —dijo mientras me daba un beso en la mejilla y salía de la habitación.

Me acerqué a la ventana y la abrí para fumar. Apoyada en el alféizar, le di una calada al cigarrillo electrónico y me sorprendí al contemplar el cielo lleno de luces parpadeantes. Ese cielo nunca dejaba de asombrarme. En Madrid no se veía ninguna debido a la contaminación, pero cuando iba al pueblo era una de las cosas que más me gustaba hacer. Me preguntaba cómo podía haber tal cantidad de estrellas, por qué brillaban, por qué se veían tantas y por qué no podía quedarme para siempre en ese momento. Me identificaba con las estrellas, pues eran las narradoras del universo. A medida que se movían y brillaban, ellas revelaban detalles sobre el espacio. Los agujeros negros colapsaban, los asteroides chocaban y, sin embargo, las estrellas permanecían resilientes en el cielo nocturno. Resplandecían alegremente en medio del universo, brindando consuelo como si fuesen confeti en medio del caos. Un escalofrío provocado por el aire del norte me estremeció y, mientras expulsaba lentamente el humo blanco de mis pulmones, me prometí a mí misma que yo tampoco me apagaría.

3

«Corrosiva y chic». Ese era el titular del artículo que colgaba enmarcado de la pared de mi vieja habitación. Yo aparecía en la fotografía. En ella estaba sentada en unas escaleras y sostenía mi cabeza con la mano. Llevaba el pelo casi por la cintura y vestía unos vaqueros rotos, una camiseta de manga corta sobre otra de manga larga y mis habituales botas Dr. Martens.

Nunca tuve la sensación de haberme hecho mayor, aunque quizá llevaba sintiéndome demasiado adulta toda la vida. Todavía no había alcanzado ninguno de los hitos de la gente de mi generación: un trabajo fijo, una casa, una pareja, hijos, quizá por eso se me tildaba de inmadura… Ane solía decirme que tenía el síndrome de Peter Pan. Odiaba ese concepto, porque para mí simplemente era otra manera de llamar a la presión social, que según cumplías años, te empujaba a llevar a cabo ciertos estereotipos. Pero si yo era Peter, mi hermana era Wendy, alguien que trataba de agradar siempre y que anteponía los intereses de los demás a los suyos. Yo asumía mi edad, aunque no me gustaba que me impusieran ser de una u otra manera. Consideraba que envejecer era saludable, pero eso no conllevaba necesariamente renunciar a mis sueños e ideales. Al fin y al cabo, después de los treinta tenía la ingenuidad intacta, igual que en mi adolescencia.

Volvía a tener la melena larga de mi color oscuro natural y me había dejado flequillo para ocultar las arrugas de mi frente, que se acentuaban con mis expresiones, a veces algo

dramáticas y teatrales. También se me arrugaba cuando abría mucho los ojos en señal de asombro, algo que ocurría prácticamente a todas horas. Ese gesto hizo que en el colegio me pusieran el apodo de «cara de susto», aunque nunca me molestó, pues siempre asumí que era mi estado natural.

En la adolescencia, mi dormitorio era el único lugar que podía sentir como mío. Una especie de refugio seguro donde tenía mi propio espacio. Un santuario lejos de mamá y mi molesta hermana. Esa habitación me llevaba de vuelta a esos años incómodos y olvidados; en ella habitaban estrellas brillantes en el techo, peluches con mis iniciales y cientos de pósteres. Una de las estanterías parecía un minisantuario dedicado a Damon Albarn de Blur y a Gwen Stefani de No Doubt. Era mi espacio, el lugar donde podía atrincherarme con los casetes grabados de la radio y los libros de Agatha Christie.

Mi vida no era como en las novelas, aunque me dedicase a escribirlas. Cuando de pequeña mamá me preguntaba qué quería ser de mayor, decía que bióloga marina, actriz, veterinaria, Mariah Carey… Tenía la locuacidad de alguien que siempre había luchado por el espacio en una conversación. Me encantaban las discusiones, los intercambios de ideas y los diálogos hipotéticos como si los anhelase en un mundo nuevo. Quizá por eso empecé a escribir. Tal vez fue una cuestión de confianza, porque al escribir me corregía y aseguraba estar comunicando lo que quería expresar. Esto me permitía dejar a un lado mi faceta más impulsiva y responder de forma apropiada en lugar de titubear cualquier estupidez.

Nunca me sentí escuchada. Cuando tienes una melliza, eso es algo normal y bastante frustrante. Aunque tampoco me consideraba tímida, había momentos en los que me

preguntaba si estaba hablando en voz alta o si lo que quería decir solo se encontraba en mi cabeza. Podía estar hablando y que de pronto Ane me cortase con un asunto completamente diferente. Escribir era una forma de garantizar que al menos una parte de mis pensamientos estarían completos y no serían interrumpidos por otro tema sin ninguna relación. No sé si podría afirmar algo tan grande como que escribía con la esperanza de que el mundo cambiase. Escribía con la esperanza de que mi mundo cambiase. Constituía una vía de escape y, aunque a veces parecía prisionera de mis propios pensamientos, había muchos días en los que me ayudaba volver a mis palabras. La vida era rica en contradicciones, ¿quién era yo para combatirlas? Después de todo, seguía siendo esa adolescente que tenía una foto enmarcada de Agatha Christie colgada en la pared de su dormitorio, justo al lado de otra de Mariah Carey.

Si querías dedicarte a la escritura y no vivías en una ciudad grande, lo más probable era que terminaras siendo camarera o, si tenías sentido comercial, traficante de drogas. Siempre había querido salir del pueblo. Estaba aburrida hasta el punto de creer que me iba a dar una parálisis cerebral de escribir sobre lo poco que sucedía. Según como se mirase, el pueblo podía ser un paraíso inmaculado o el lugar más aburrido del mundo. Si eras una jubilada, entonces era lo primero. Si eras una chica con ganas de descubrir mundo, entonces podías gritar abiertamente: «¡Sácame de aquí!».

Conseguí el dinero para marcharme con los derechos de mi primer libro, *Peculiar*, en el que narraba casi de manera autobiográfica la vida de una veinteañera melómana. La historia se mezclaba con anécdotas de canciones y grupos de música a través de los cuales aprendía sobre mí misma y sobre la vida. Hablaba de mis estudios de Periodismo en la

universidad, de mis amigos y de mi familia. En casa nunca le dieron importancia a su publicación. Durante el tiempo que pasé escribiéndolo, cuando lo mencionaba, cambiaban de tema. Nunca supe si se habían cansado de aplaudir mis escritos o se avergonzaban de que hubiera contado sus vidas. En el libro también hablaba de mi relación con mi primer novio, Mikel, al que no le importó que contara nuestra historia. En cuanto a Mikel prefiero no explayarme todavía.

Con *Peculiar* gané el Premio Juvenil de las Letras, un certamen literario que me hizo pasar de ser una completa desconocida a toda una celebridad local. Aparecí en todos los periódicos nacionales y de la provincia, que se empeñaron en convertirme en una joven promesa de la literatura. Una editorial compró los derechos y me ofreció un contrato para escribir otro libro más, así que con veintiún años me fui a vivir a Madrid hambrienta de aventuras. Tenía claro que si en el pueblo había sido apoyada como escritora amateur, en la capital tendría que ganarme a pulso un lugar en la profesión. Además, también debía satisfacer necesidades tan básicas como dormir y comer alguna que otra vez al día, tres si fuera posible. Para poder sobrevivir acepté trabajos precarios en diferentes revistas que me permitían pagar un alquiler y salir con mis amigos de vez en cuando. Siempre supe que las amistades que había hecho allí serían efímeras, pues habían surgido en un evento, en la cola de un baño o en una fiesta. Conseguir una amistad sincera en la edad adulta no resulta fácil, y conservarla, aún menos. Cada vez éramos más prácticos, más desconfiados y menos leales; y aquello que de adolescentes llamábamos amistad y tenía tanto valor, un día dejaba de existir al convertirse en un intercambio de intereses para aplacar la soledad. A pesar de todo, en esa época era feliz y provocar cualquier emoción en la gente me daba

vértigo, así que creo que ese fue el motivo por el que no pude terminar mi segunda novela. Los escritores trabajábamos con la oscuridad y con la basura, con lo peor del ser humano; por eso, la felicidad y las cosas buenas no eran buen carburante para alguien que tenía que escribir.

Cuando perdí mi trabajo, también perdí un poco de mi identidad. Después de una cadena de trabajos precarios, conseguí un puesto fijo en el suplemento de un periódico nacional durante más de ocho años. Cada semana publicaba un artículo de investigación sobre algún tema de actualidad y, en ocasiones, me dejaban escribir columnas de opinión. Tenía un cargo, una rutina, algo a lo que aferrarme para usarlo como prueba de mi profesionalidad e incluso de mi valía. Si bien estaba lejos de ser perfecta, al menos, conseguía encajar en ese molde.

Quizá lo esperaba. O no. Pensé que podía ocurrir, pero no lo creí. El periódico había sido absorbido por un gran grupo editorial y hubo reajustes en la plantilla. Una mañana recibí un correo electrónico de recursos humanos que me instaba a presentarme en una sala de inmediato. Lo había visto antes en la cara de mi jefa, pero no quise darme cuenta. Leí el email cinco veces para tratar de averiguar si eso significaba lo que creía que significaba. Me fui a la planta donde me esperaba la directora del departamento. Durante unos minutos recibí tantos elogios sobre mi trabajo que creí que se trataba de un ascenso, hasta que pronunció aquel «lo siento». Ni siquiera me dejó volver a mi escritorio. Me marché y regresé a casa en metro preguntándome cómo había pasado de tener un trabajo a estar desempleada en tan solo media hora.

Al día siguiente actualicé mi perfil de LinkedIn y envié mi currículo a todas las personas que creía que podían ayudarme, preguntándoles, rogándoles, suplicándoles que si

se enteraban de algo me lo hicieran saber. Hice todo lo que pude, pero el miedo y el terror me paralizaron. A veces simplemente no hacía nada, me quedaba en la cama preguntándome en qué me había convertido.

Unos días después del despido me encontraba en la calle esperando a que abriera la oficina del paro. Al entrar cogí un número y me senté en una sala. Era un simple número entre la multitud. Nunca me hubiera imaginado en esa situación, escuchar cómo alguien me instruía sobre los pasos que debía seguir, los formularios que debía completar mientras esperaba que de un momento a otro apareciera la frustración que me acechaba. Eché un vistazo a esa sala y me pregunté cuáles serían las historias de los demás y qué les habría llevado allí. Me pregunté si se sentirían una carga para las personas con las que compartían sus vidas, si el corazón se les subiría a la garganta cada vez que les sonaba el móvil con una posible oferta, si tendrían alguna esperanza o se sentirían derrotados.

Salí de allí y me fui a desayunar. Estaba triste, atrapada en el fondo de un agujero profundo y oscuro sin tener ni idea de cómo iba a salir. Había ocasiones en las que notaba los rayos de sol en la cara, pero poco después me sentía de nuevo en ese agujero rodeada de oscuridad por todos lados. Era agotador y desalentador. Era estar en paro.

Buscar trabajo me desconcertaba. Siendo tan obsesiva, me sentía culpable si no me pasaba todo el día despierta revisando una y otra vez las mismas páginas de empleo. Los días se sucedían y me engañaba creyendo que conseguiría un puesto de directora de comunicación en una empresa del IBEX. Sin embargo, después de varias entrevistas nadie me contrataba o el sueldo que me ofrecían era tan bajo que me torturaba pensando si era un error aceptarlo o lo único correcto que podía hacer.

Pensé que era un buen momento para retomar alguno de los libros que había comenzado a escribir años atrás, pero mi creatividad y concentración estaban anuladas por completo. No podía hacer nada que no fuera revisar obsesivamente mi teléfono además de pensar demasiado. Me encontré atrapada en un ciclo de negatividad, reflexionaba sobre cada aspecto de mi vida y me autodespreciaba. Me sentía inútil y no era capaz de ver la luz.

Qué jodidos eran el ego y la culpa. Si los combinaba además con la frustración, provocaban hasta el desgaste físico. ¿Cómo podía sentirme tan triste, tan deprimida, tan desconsolada por un trabajo? No conciliaba el sueño. Una, dos, tres noches… Comenzó a ser habitual y preocupante. El estrés que sentía en mi trabajo se quedó conmigo incluso después de perderlo. Esta incertidumbre era nueva para mí y estaba atrapada en ella.

Los pocos ahorros que tenía se fueron reduciendo con un alquiler prohibitivo y entré en pánico. Conseguía pagarlo a duras penas, pero solo llegaba a eso. Me pasaba la mayor parte del tiempo sola, regodeándome en que era un fracaso como trabajadora y como ser humano. Mi carrera, mis amistades, mi cuerpo… Todo era diseccionado, escudriñado, vilipendiado… Estaba avergonzada y arruinada. Sentía envidia de las personas con trabajo o de aquellas con parejas que las ayudaban económicamente a pasar este trago. Me odiaba por pensar así. Había vendido casi todo mi armario en Vinted y cada vez me duchaba menos, así que para remediarlo salí a cenar con unos amigos, que eligieron un restaurante carísimo. Ninguno se creía que me costara tanto encontrar trabajo y pensaban que no me estaba esforzando lo suficiente, hasta me juzgaban por estar en paro. No me esperaba esa reacción. Nunca entendí las amistades que

estaban contigo solo en los buenos momentos y se volvían débiles durante las crisis, pues las personas éramos mucho más interesantes cuando nuestras vidas se desmoronaban. Como no tenía dinero para hacer planes, dejaron de llamarme. En su momento me dolió, pero me sirvió para darme cuenta de que eran unos esnobs.

Era normal identificarme con mis circunstancias, el problema fue dejar que me definieran. Así que, mientras ahogaba mis penas en vino y pavo de blíster, tuve que recordarme que no podía dejar que estar en paro me determinara. Pasara lo que pasara, seguiría siendo escritora.

Hasta que un día me quedé tumbada en el suelo de la cocina sin poder moverme. No me ocurría nada malo físicamente, al menos que yo supiera, pero mi cerebro no era capaz de enviar a mis extremidades una señal para que me incorporase. Tenía la mente sorprendentemente activa, no como mi cuerpo, por lo que estaba claro que el problema se encontraba allí arriba. Llevaba un tiempo alternando entre la desesperación y el orgullo herido, por lo que era posible que mi cuerpo estuviera reaccionando de manera un poco dramática.

Después de cuatro horas lo conseguí. Fue ahí cuando decidí que era el momento de volver a casa de mamá. Mi amiga Trini trató de disuadirme alegando que no podía huir de mis problemas, pero la cultura popular me había vendido durante mucho tiempo que todas las tragedias podían curarse milagrosamente con un viaje. Sonaba a cliché, y lo era, pero este mito se repetía una y otra vez en las películas haciéndome creer que era cierto. En *Come, reza, ama*, Julia Roberts se marchaba a Italia, India y Bali, comía pasta, se enamoraba de un brasileño y después, ¡bum!, se curaba. En *The Holiday*, tanto Kate Winslet como Cameron Diaz lograban

encontrar el amor fuera de sus ciudades después de un periodo de angustia. Incluso Carrie Bradshaw, de la ya mítica serie *Sexo en Nueva York*, se las arreglaba para huir de Manhattan a Los Ángeles tras una ruptura. Yo, como tantas otras *millennials*, pensé que volver a mi ciudad natal solucionaría mis problemas. Después de eso me convencí de que regresaría a Madrid con la cabeza y el cuerpo despejados y, tal vez, con algún amor en la maleta.

—Podría ser peor y que no tuvieras un sitio donde caerte muerta —me dijo mi madre al teléfono cuando la llamé para comunicarle mi decisión.

—Lo sé. Gracias, mamá. Oye, estoy a punto de entrar en el metro, ¿hablamos luego y te cuento?

—Has perdido el trabajo y estás tan tranquila.

—¿Cómo voy a estar tranquila? No sé si lo notas, pero estoy en plena crisis —sollocé.

—Siempre lo estás. Podrías haberlo pensado antes, haber sido más selectiva en lugar de dedicarte a la escritura. Vamos, deja de llorar.

—¿A qué viene eso?

—A que la gente se cansa de ver a alguien triste y se termina alejando. Venga, arriba, que los del norte no lloramos. Por cierto, ¿cuándo vienes?

—Todavía no lo sé, tengo que pensar.

—Nina, puedes aferrarte a cómo quieres que sean las cosas o adaptarte a cómo son. Recoge tus cosas y ven. Aquí te espero.

Mamá era una lunática, pero de vez en cuando tenía razón. Cuando nos aferrábamos a las cosas reales, luchábamos y cuando lo hacíamos a lo que queríamos que fueran, nos ahogábamos. Tenía dos opciones, agarrarme a la cuerda que me lanzaba y salvarme o quedarme en el agujero. Estaba lista

para agarrarme, así que dejé el piso, regalé la mitad de mis pertenencias y la otra mitad las metí en una maleta. Seguía sintiendo que volvía con la palabra fracaso escrita en la frente, pero, por encima de eso, todavía deseaba ser Mariah Carey.

4

La primera noche no pegué ojo, tanto silencio me impidió dormir. Escribir me ayudaba profundamente una vez que me iba a la cama, porque la escritura todavía seguía en mi mente. Los personajes y su historia continuaban en mi cabeza proporcionándome la materia prima para seguir creando entre sueños. Sin embargo, hacía meses que no conseguía anotar una palabra. En el pueblo, tanta calma provocaba que mi cabeza se vaciase, había silencio dentro de ella. Mamá irrumpió de manera intempestiva en mi habitación abriendo la puerta con fuerza y enfatizando que era una mujer ocupada. Iba hablando por teléfono y, mientras lo sostenía con la cabeza apoyada en el hombro, comenzó a subir la persiana.

—Venga, Nina, ¡arriba!

—Mamá, por favor —musité.

—Vamos, cariño, si quieres ser la primera en las ofertas de empleo tienes que levantarte.

—No son ni las ocho.

—Son las siete para ser exacta, hora perfecta para empezar a enviar currículos. Lo siento —dijo volviendo a su conversación telefónica—, tengo a mis dos hijas en casa de nuevo. Sí, la de Madrid también. Muy bien, venga, pues nos vemos la semana que viene. ¿Las pestañas postizas? No, puedes quedártelas. Las compré en Amazon por dos duros. Vale. ¡Adiós!

Colgó el teléfono y se lanzó a la cama a abrazarme mientras

me apartaba suavemente el pelo para examinarme.

—¿Y los demás? —pregunté.

—Siguen durmiendo. ¿Qué te has hecho? —dijo revolviéndome el pelo.

—Me he vuelto a poner flequillo.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Para taparme la cara.

—Pero si eres guapísima —contestó con ternura.

—¿Las chicas guapas no podemos llevar flequillo?

—Sí, aunque deberías usar pestañas postizas.

—Acabas de decir que soy guapa, ¿necesito pestañas postizas para serlo?

—Todas las mujeres necesitan más pestañas, la única mujer que no las necesita es Sofía Loren y también las usa —afirmó levantándose de la cama.

Aunque tampoco me ofendía, no me hacía gracia que mi madre aludiera siempre a mi aspecto físico. Cuando éramos pequeñas, ella y Ane se pasaban horas en su habitación maquillándose y probándose ropa como dos amigas que iban de compras. Sin embargo, yo siempre sentía que la decepcionaba por no entrar en ese juego.

—¿Bajas a desayunar? —preguntó.

—Sí, ahora voy.

—Prepararé un té —anunció mientras salía de la habitación.

—¡Mamá, sabes que no me gusta el té! —grité mientras escuchaba sus pasos por las escaleras.

Cuando era pequeña, mamá me leía sin parar. Las palabras retumbaban en su pecho, yo me acurrucaba contra él y su reverberación me adormecía. Ya de mayor seguíamos metiéndonos juntas en la cama. Ella pasaba las páginas de los libros lentamente mientras me acariciaba el pelo y las

cubiertas se arrugaban. Me tomé un momento para cerrar los ojos y recordar la última vez que lo habíamos hecho. Había pasado demasiado tiempo.

Me puse una bata vieja sobre el pijama y bajé a la cocina, donde se encontraba preparando el desayuno. Llevaba unos leggins negros que le marcaban la figura. Los combinaba con un jersey beige holgado y sus habituales collares, anillos y pendientes dorados. Parecía que se hubiera vestido para hacer algún tipo de deporte, pues tras la jubilación, se había apuntado a un gimnasio y estaba obsesionada con cuidarse. Desde que lo hacía, había encogido, pero no tenía claro si era culpa del ejercicio o de la edad. A pesar de eso, seguía teniendo los brazos gruesos y una tripa prominente que se acentuaba con la goma de las mallas a través del jersey. Estaba guapísima. Mamá tenía una belleza magnética. Conservaba unos profundos ojos almendrados levemente caídos, siempre tenía la sensación de que querían decirme algo. Mientras las mujeres de su edad optaban por el pelo corto, ella llevaba la melena lisa por encima del hombro y flequillo. Decía que se lo había copiado a Anna Wintour, la directora de *Vogue*, porque, según ella, tenían la misma forma de la cara.

—Creo que tengo los ojos cansados porque cada vez se me cae más el párpado —afirmaba de vez en cuando.

—Lo que necesitas son gafas —le decíamos.

—No digáis tonterías, vuestra abuela no necesitó gafas hasta el día de su muerte y para entonces ya no tenía sentido ponérselas.

Mamá era un torbellino que dejaba frases en el aire, hacía que todos los que la escuchaban se quedasen con la boca abierta y, aunque sabía que la belleza no lo era todo, era consciente de que la confianza en una misma sí era clave para

ser una mujer imparable. «Hay una línea muy fina que separa el pasárselo bien de ser una mujer poco exigente. Lo sé porque he estado allí muchas veces». Esta era una de sus muchas frases memorables. Liberada, despreocupada, atea, independiente y atada a las habladurías, a la misa de doce y al qué dirán. Así era mamá, pura contradicción. Una mujer que se hacía notar y que siempre destacaba porque parecía estar fuera de lugar. Decía que tenía ese carácter porque su abuelo era francés y los franceses habían impuesto la *liberté* al mundo entero. Si hubiera tenido que definirla en dos palabras, estas habrían sido frivolidad y ferocidad, aunque en realidad era imposible encontrar una definición para ella. Junto a alguien así resultaba difícil no sentirse pequeña. Más aún cuando le había pedido nuevamente que me cuidara a una edad en la que se suponía que debía tener la vida organizada. El iPad sonaba a todo trapo en la cocina. De él salía una voz femenina, fuerte y sensual, que hablaba de las relaciones abiertas.

—¿Qué escuchas? —pregunté sentándome a la mesa.

—*Llámalo X*, un programa sobre sexo y relaciones.

—¿Cómo? —dije en un tono de voz más bajo.

—Es el pódcast de Noemí Casquet, una periodista que investiga sobre sexualidad ancestral. Es muy famosa, puede que la hayas visto alguna vez en la tele o en algún vídeo de Instagram. Yo de hecho la conocí cuando me abrí una cuenta. De piel blanca, melena negra y muy ingeniosa, ¿te suena? Deberías seguirla.

—Sé quién es Noemí Casquet, mamá, es muy conocida en redes sociales.

—Entonces ¿qué es lo que te sorprende?

—No sé, ¿desde cuándo te interesan las relaciones poligámicas?

—Me gusta estar informada. Ojalá hubieran estado normalizadas en mi época, podía haber tenido la ayuda de cinco personas para cuidaros —dijo con sorna—. Además, te recuerdo que cuando erais adolescentes, yo os metía los preservativos en la mochila del colegio.

—Cómo olvidarlo, todas las niñas decían que éramos unas pervertidas. ¿Y desde cuándo tienes Instagram?

—Me lo abrí hace unos meses, me lo instaló Noel.

—No me lo habías contado.

—No sabía que te tenía que dar parte de todo lo que hago.

—Perdona, me alegro mucho de que seas tan curiosa y tengas tantas ganas de hacer cosas, mamá. —Me sentí mal por pedirle explicaciones—. ¿A mí me sigues?

—Los del club tenemos por norma no agregar a nadie de la familia. Lo hacemos para que no condicione nuestra relación con ellos.

—¿Te refieres a la gente del gimnasio?

Respiró hondo, como armándose de paciencia, y se sirvió un té.

—No es un gimnasio, Nina, es un club social —dijo con cierto fastidio por tener que explicármelo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Si te hubieras interesado en ir a uno alguna vez, lo entenderías —contestó reprochándome mi carácter asocial—. Es muy simple, al gimnasio se va solo a hacer deporte y, al club, además, a conocer personas de gustos parecidos. Todos los miércoles, después de clase de yoga, nos quedamos para hablar de temas que nos interesan con un gin-tonic. Lo llamamos *yogatonic* —me explicó mientras cortaba varias naranjas sobre una tabla de madera.

—¿Y de qué trata el siguiente?

—«Poliamor: yo no soy la totalidad de mis vínculos

afectivo-románticos».

Pulsó el botón del viejo exprimidor que provocó un zumbido estridente mientras llenaba el vaso de líquido naranja. Cuando terminó, lo colocó a la altura de mis ojos y esperó a que me lo tomara.

—Sabes que el zumo me sienta mal por la mañana —mascullé.

No contestó y permaneció en esa postura hasta que cedí y le di el primer sorbo. Después me besó suavemente en la sien.

—Yo también estuve en el paro, ¿sabes?

—¿Tú? —dije sorprendida.

—Cuando erais pequeñas. No os lo conté para no preocuparos. Menos mal que fue solo un mes, luego me llovieron las ofertas.

Eso era algo muy típico de mamá, simular que era alguien mundanal y empático para después acentuar su superioridad.

—¿Qué tipo de té prefieres? Tengo rojo, verde, negro… O quizá prefieres una infusión de rooibos.

—Mamá, te he dicho mil veces que no bebo té, desayuno café negro desde los quince años.

—Pues en esta casa ya no hay.

—¿Por qué? Cuando tenías insomnio, te pasabas las noches bebiendo café y leyendo novelas de Victoria Holt.

—De eso hace ya mucho tiempo. Dejamos de comprarlo cuando a tu hermana le dio un ataque de ansiedad.

—No me contó nada —respondí con extrañeza mientras me servía una rebanada de pan.

—Fue hace un mes. ¿Se puede saber qué haces?

—Ponerme mantequilla en la tostada.

—¿Con un cuchillo?

—¿Con qué quieres que lo haga, con una cuchara? —respondí como una niña adusta.

—No se hace con uno normal, utiliza el de untar.

—Es solo una tostada, mamá —contesté transigiendo y levantándome a por el maldito cuchillo.

—Pero hay que comerla como es debido, ¿o es que se te han olvidado los modales en la mesa? No deberías tomar mantequilla, aumenta el colesterol.

—La abuela también lo hacía y aguantó hasta los noventa años.

—¿Y crees que fue por la mantequilla?

—No, porque no le tocaron tanto las pelotas. Además, de alguien tienen que hablar las estadísticas, ¿no?

—También hay avena y chía. Yo desayuno esto todos los días —dijo, y me mostró un bol con un mejunje blanquecino adornado con arándanos.

Había visto construir edificios con cementos armados menos sólidos que lo que ella estaba comiendo. La observé mientras introducía la cuchara en su boca y noté cómo se le levantaba el labio superior en señal de repulsión.

—¿Y qué más me cuentas? —pregunté.

—En realidad, no mucho —respondió con calma mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. Bueno, que he decidido hacerme un tatuaje.

Dejé de masticar.

—Llevo toda mi vida queriendo hacerme uno —continuó—, pero en mi época no estaba bien visto que una mujer los llevara, solo los criminales y los desviados se tatuaban.

—¿No crees que es un poco tarde para hacerte uno?

—¿Me estás llamando vieja?

—No —reculé—, solo digo que has tenido toda la vida para hacértelo y quizá ya no merezca la pena, como la abuela con las gafas.

—Me da igual, ya tengo el sitio y el lugar.

—¿Y qué te vas a hacer?

—Una calavera con una mariposa.

—¿Una calavera con una mariposa?

—Una calavera con una mariposa.

—Vamos a ver. —Respiré profundamente antes de continuar—: A ti nunca te han gustado las mariposas; de hecho, odias los insectos.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo es. Estuviste tres días sin entrar al baño para ducharte porque había una. ¿Y la calavera? ¿Ahora quieres pertenecer al Club de los Hijos de la Anarquía?

—Siempre me han gustado los cementerios y la calavera quizá sea como un amuleto.

—¿Dónde vas a hacértelo?

—En el antebrazo —respondió levantándose el jersey para enseñarme el lugar exacto.

—¿Es esto una crisis de la mediana edad?

—En esa estás tú, bonita, yo la pasé hace tiempo. No, simplemente es algo que me apetece.

—¿Y no te cansarás de vértelo?

—¿Te cansas tú de escribir? ¿O de ponerte las mismas zapatillas?

—Si lo que quieres es llamar la atención, hazte algo más radical, ¿qué tal una mariposa con forma de mancha de test psicológico? O puedes dividirte la lengua en dos, eso sí sorprendería a los de tu club social —dije de manera pasivo-agresiva.

—Mira, déjalo, sabía que reaccionarías así.

—¿Cómo?

—Dándome lecciones sobre lo que debo o no debo hacer.

—Pero ¡si eso es precisamente lo que tú has hecho siempre! —Subí la voz.

—No sé para qué te cuento nada ni por qué tendría que molestarte.

—No me molesta, pero entiende que es algo desconcertante.

—Pues me voy a tatuar. Punto.

—Vale.

—Muy bien.

—Genial.

—Y ponte a buscar trabajo, me parece que no te lo estás tomando lo suficientemente en serio.

—¿Por qué me atacas? —respondí soltando la tostada.

—Porque no te veo preocupada.

—Que no me lo notes no quiere decir que no lo esté.

—Ponte a mandar currículos.

—No es tan fácil, mamá.

—¡No lo es si no haces nada!

—Joder, ¡hago lo que puedo!

—¡No es cierto y no sé por qué! Pasas más tiempo compadeciéndote que haciendo algo.

Se giró para evitar mirarme a los ojos y comenzó a limpiar nerviosa la encimera.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¡Sabes lo mal que lo estoy pasando! —grité indignada y me levanté de la mesa—. Quizá no ha sido tan buena idea venir, sobre todo si vas a reprocharme todo desde el primer día. Lo mejor es que me marche por donde he venido, ¿contenta?

Esperé a que me contestara, a que se volviera y me dijera que lo sentía o me rogara que me quedase. Sin embargo, continuó dándome la espalda en silencio mientras limpiaba rítmicamente con aquel asqueroso trapo amarillo. Noté cómo se me encendían las mejillas, apretaba la mandíbula y mi corazón latía con fuerza, preparándose para la lucha o la

huida. Nada, no dijo nada.

Subí furiosa hasta el dormitorio sorteando los escalones de dos en dos. Me quité el pijama, me vestí con la misma ropa del día anterior y bajé la pesada maleta, aún sin deshacer, a trompicones por las escaleras. Me sentía furiosa. ¿A qué había venido ese ataque? Pasé por delante de la cocina y me dirigí a la entrada. Sabía que no debía cruzar esa puerta, que después de aquello todo sería mucho más difícil, pero si algo había heredado de mi madre era una gran predisposición para el drama, así que me fui dando un portazo.

En la calle empezaba a amanecer y hacía bastante frío. Valoré la opción de pedir un taxi que me llevara a la estación para coger el primer tren a Madrid; sin embargo, allí no tenía donde caerme muerta. Había dejado mi piso y no me parecía bien presentarme en casa de cualquiera de mis conocidos y sus familias para que me acogieran durante un tiempo indeterminado. Odiaba estar en la treintena. *Sexo en Nueva York* había hecho que pareciera mucho más divertido de lo que era, seguramente porque a principios de los dos mil, los taxis aún eran asequibles.

Me senté en un banco de la plaza con los brazos cruzados, las piernas apoyadas en mi maleta y dispuesta a reflexionar sobre lo que había pasado. A mi edad, pensaba que ya había acumulado suficiente experiencia para poder mantener las cosas bajo control con mamá, que sabía cómo tratarla. Me creía capaz de ver venir su mierda desde un kilómetro de distancia. Pero no. Le gustaba tener el control de cada situación, quedarse con la última palabra y era incapaz de controlar su temperamento cuando se la cuestionaba. Durante mucho tiempo me acostumbré a no contestar, pero

precisamente hoy me había esforzado en ser amable. Era orgullosa, incapaz de comprender un punto de vista diferente y no solía admitir que estaba equivocada. Qué escena más triste, estar sentada en ese banco sin saber qué hacer. Odiaba admitirlo, pero aquello me había dolido mucho más de lo que creía.

Desde ahí vi a Carmenchu, nuestra vecina, que sacaba a pasear a su perra Linda. Era viuda, sin hijos y vivía sola con su caniche. Debía de rondar los noventa años y se movía con dificultad; por eso nadie la reprendía cuando no se agachaba a recoger las diminutas bolas de mierda que dejaba Linda a su paso. Llevaba el pelo blanco con mucha laca y aún se maquillaba al estilo yeyé, con sombras de colores claros, los ojos delineados en negro y blanco, las pestañas de abajo muy marcadas y los labios carmesíes. Nunca salía de casa sin sus enormes gafas de sol, su inconfundible perfume Issey Miyake y su abrigo de visón. La conocía todo el barrio, no solo por su imagen estrafalaria, sino porque un día de verano en que se alcanzaron los cuarenta grados, una foto suya con el abrigo se había hecho viral en redes sociales. A Carmenchu la vida se la sudaba, no era la abuela que cualquiera desearía tener, sino el ideal de cómo llegar a los noventa años.

Ocupábamos aquel edificio de tres plantas como una gran familia, ella en la primera, mi madre y nosotras en la segunda y mis abuelos en la tercera, ahora habitada por Ane y Noel. Ella y mi abuela eran como hermanas, hasta tal punto que a veces la llamábamos tía Carmenchu. Nunca entendí cómo siendo tan distintas eran tan amigas. Las dos nos esperaban a Ane y a mí después del colegio con pan con chocolate para merendar, cocinaban, leían el *Hola* y veían la tele juntas. La puerta de su casa siempre estaba abierta y acudía a ella cuando tenía un problema y necesitaba una opinión sin juicio.

Era una integrante más de nuestra familia y siempre estaba presente en mis recuerdos de la infancia. Quería abrazarla, pero no me sentía con ánimos, no me apetecía que me viera así, pues sabía que se preocuparía más de la cuenta.

Saqué el móvil y escribí a Trini. Estaba tan nerviosa que ni siquiera confiaba en mí misma para hablar, así que le mandé un mensaje al que respondió con un simple «En quince minutos estoy allí». Las buenas amigas no son las que te aconsejan qué hacer, sino las que acuden donde quiera que estés para decidir juntas lo que debes hacer. Trini era de esas amigas.

Me envolví bien en la gabardina. La calle estaba húmeda y centelleante y soplaba un viento helador, mucho más que la noche anterior. Aunque la proximidad del mar suavizaba el rigor de las estaciones, allí era frecuente la lluvia. La primavera llegaba tarde, pero gracias a eso el verano era corto, y la temperatura, placentera. El sonido de las campanas me indicó que ya eran las ocho. Miré hacia arriba y me encontré con un cielo gris encapotado, nubes, cruces, torres y hasta cigüeñas. Estas vistas revelaban un mundo mágico que cobraba vida cuando las campanas emitían el din y el don. Allí ese mundo se sostenía sobre esas cadencias, en Madrid lo regían las vibraciones del móvil. De pequeña, las campanas de la iglesia me daban los buenos días a las siete, cuando todavía no había vecinos que se opusieran a su sonido. Mamá, junto a otros residentes de la zona, promovió una carta de protesta firmada por doscientas personas que se quejaron del ruido, y en la que pedían al ayuntamiento que se silenciaran a ciertas horas. Nunca llovió a gusto de todos y, si bien una parte de los vecinos se quejó de que el sonido de las campanas alteraba su descanso, otros protestaron por silenciarlas.

Desde ahí podía contemplar el paso del tiempo. Los edificios más clásicos y monumentales se unían con otros más nuevos. Como en tantas otras ciudades pequeñas, las iglesias de cientos de años de antigüedad aparecían magníficas elevándose a la vuelta de cualquier callejón anodino. Cada muro albergaba siglos de conquistas, secretos y cicatrices de lucha contra los franceses, pero los interiores habían sucumbido a las grandes multinacionales.

Allí sentada frente al portal de mi casa pensé en que vivir en el centro para mi familia no era solo una cuestión práctica, sino una seña de identidad, pues consideraban que cuanto más te alejabas de allí, más lo hacías de tus raíces. Cuando me fui a vivir a Madrid, eché de menos la familiaridad de moverme por las calles sin guiarme con el móvil o la alta concentración de farmacias, cafeterías y peluquerías. Ahora, muchas de ellas sustituidas por bazares y tiendas para hacerte las uñas.

El pueblo era un lugar de contrastes, en su historia, en sus paisajes y en su folclore. Sin embargo, eso no ocurría con la gente, donde el conformismo y la ausencia de individualismo eran las señas de identidad. Todas las mujeres llevaban el mismo corte de pelo, los hombres el mismo chaleco acolchado y los adolescentes vestían con el mismo chándal. Allí, los jóvenes pasaban rápido a la edad adulta tomando importantes decisiones que iban confirmando su personalidad: qué coche conducir, a qué dedicarse, en qué iglesia casarse o qué tipo de seguro de casa contratar. La vida allí tenía un sonido bajo. En lugar de cláxones había gritos, graznidos de pájaros y el murmullo de la charla local. Todos componían el ruido de fondo de la vida cotidiana. Pero no siempre había sido agradable. Hubo un tiempo en el que también fue un lugar sin futuro. La mayor parte de mi vida había intentado escapar de

la idealización de las ciudades pequeñas.

Vivir allí fue como una especie de penitencia por la que tuve que pasar hasta que llegué a Madrid. Los vehículos se apoderaban del espacio público, había paro, silencio, miedo y poca libertad. Era un lugar oscuro y gris donde me sentía aislada y excluida del mundo. Nunca me había gustado vivir en el pueblo, rodeada de verde, pero no de gente con la que compartir aficiones e integrarme. Quizá mi hermana tenía razón y me había dedicado a construir mi propio país de Nunca Jamás. Estar allí me hacía viajar al pasado, volvía a ser una adolescente en un universo minúsculo donde mis posibilidades se reducían.

Le di una calada al váper y el humo formó una nube visible tan redonda como una naranja, igual que la del puto zumo. Soplé para ahuyentar esa imagen de mi vista y de mi cabeza. Conté mentalmente las personas que se subían al autobús de la parada que había justo enfrente. Nueve. Una pantalla luminosa indicaba que el próximo saldría en ocho minutos, lo que significaba que, en la próxima hora, se montarían en el autobús unas sesenta y siete personas. ¿Y a mí qué me importaba? Cuando no dormía bien hacía ese tipo de estúpidos cálculos matemáticos. Necesitaba más un café que un abrazo y más me valía aceptarlo, estaba en un lugar al que no venía a estar despierta, sino a romper la barrera entre mis recuerdos y la realidad.

5

Trini me esperaba en una cafetería del casco antiguo, un lugar pequeño y coqueto regentado por una familia de toda la vida. Ese tipo de lugares me hacía sentir nostalgia de la ciudad que conocí y al mismo tiempo aversión a lo que ahora veía. El local mantenía la esencia de su apertura en los años sesenta, esforzándose por alejarse de las anodinas cafeterías modernas. Todo allí dentro era de madera: el suelo, los techos, las paredes, las mesas, las sillas, el mostrador… Por un momento pensé que saldría a atendernos Pinocho.

—Solo a ti se te ocurre volver con tu madre —dijo Trini al verme.

Puso mi cara entre sus manos y me dio un beso sonoro en cada mejilla. Iba vestida como solo ella podía hacerlo, con un conjunto color menta, pañuelo animal print, pendientes de aro, gafas enormes y botas altas de cuero negro. La envolvía, además, su clásico perfume París-Biarritz de Chanel, cuyo olor recordaba a la bruma marina. Estar cerca de ella era como asomarse a la costa atlántica. Trini definía su estilo como dramático-discreto y utilizaba su Instagram para mostrárselo al mundo. En sus publicaciones combinaba sus *outfits* con subtítulos ingeniosos y divertidos. En una de ellas aparecía con un conjunto de chaqueta y pantalón beige cuya leyenda rezaba «me he vestido con un simple traje para sentir que mi mera existencia es posible». En otra llevaba un abrigo de patchwork junto al que se podía leer «la atracadora de bancos de tus sueños. Look perfecto para espionaje en

cualquier clima y travesuras de incógnito en la frontera». Trini tenía una gran habilidad para encontrar ropa fabulosa que cumpliera la regla de las tres eses que la definía: singular, superior y surrealista. Tras la universidad, se marchó a estudiar un máster de diseño a París para después dedicarse a la venta de antigüedades, negocio que había heredado de su familia. Era hilarante y elegante, una combinación extraña que la hacía destacar entre las mujeres de nuestra edad.

—Cuéntame qué ha pasado —preguntó curiosa.

—Ah, nada.

—¿Cómo que nada? Por tu mensaje parecía una emergencia.

—Lo sé, es que me da pereza revivirlo.

—Has discutido con tu madre —adivinó.

—Es que está rarísima, se ha apuntado a un club social, come chía y escucha pódcast sobre poligamia.

—¿Y todo eso es malo? Bueno, lo de la chía, sí.

—¿Sabes la última? Que se quiere hacer un tatuaje.

—¿Y cuál es el problema?

—Que es mi madre.

—¿Es que ya no te acuerdas de cuando nos hicimos el nuestro? —dijo mostrando su muñeca en la que aparecía dibujado un libro minúsculo con la palabra «life».

—Eso fue diferente.

—¿Por qué? Teníamos dieciocho años y entonces te pareció divertido.

—¿Por qué te pones de su parte?

—Porque quizá solo busca un poco de atención. Deberías apoyarla.

—¿Tú la apoyarías si fuera tu propia madre?

Trini se quedó pensativa por un momento.

—Supongo que no.

—Esa es la cuestión, te parece bien cuando es la madre de otra persona.

El camarero apareció con un chocolate caliente y un plato con dos churros.

—¿Te has pedido esto para desayunar? —le pregunté incrédula.

—¿Qué pasa? La gente pierde el culo por guarradas llenas de azúcar como los *macarons*. Los churros deberían ocupar el estatus que les corresponde en el santoral gastronómico.

El camarero volvió a acercarse con una libreta.

—¿Qué más pongo por aquí, chicas? —preguntó.

—Un café con leche de avena y un agua con gas —respondí.

—Lo siento, aquí no tenemos esas cosas —recalcó el «esas cosas» como si le estuviera pidiendo metanfetaminas.

—¿Y qué tenéis?

—Cosas normales.

—Bueno, pues un café con leche y un vaso de agua normales, por favor —contesté mientras el camarero se marchaba algo molesto.

—¿Desde cuándo te gusta el agua con gas? Sabe a culo.

—No sé, en Madrid todo el mundo la bebe.

—Tu madre no te llevó nueve meses en la barriga para que te gustara el agua con gas, ¿cómo se te ocurre pedir eso aquí?

—Ni que hubiera pedido droga.

—El agua con gas sí debería ser ilegal. Estoy segura de que la única razón por la que sigue existiendo es porque la gente se equivoca al comprarla en el supermercado.

Trini abrió su bolso para buscar un paquete de pañuelos de papel con el que poder librarse de la grasa de los churros. Llevaba su inicial impresa en él y en todos sus complementos. Tenía joyas, tazas, ropa, cojines y hasta muebles marcados

con la letra «T». Nunca entendí si era una manera de hacer único cualquier objeto, puro egocentrismo o un modo de recordarse continuamente quién era. No tenía nada en contra de la gente que lo hacía; sin duda, eso era mejor que usar el nombre de otra persona, como Calvin Klein. Mientras Trini buceaba en su maxibolso una chica se acercó tímidamente a nuestra mesa.

—Perdona, tú eres… la escritora, ¿no? —preguntó vacilante.

—Sí, es ella —respondió Trini señalándome con el dedo.

—Me encantó *Peculiar*, me sentí muy identificada cuando era joven.

—Muchas gracias.

—Estoy deseando leer el siguiente, ¿saldrá pronto?

—Bueno, estoy en ello.

—No suelo hacer este tipo de cosas, pero ¿me puedo hacer una selfi contigo?

Selfi. La propia palabra me mareaba. Había algo de autocomplacencia en ella. Un nombre para la adoración a una misma, como si fueras tu mejor amiga.

—Claro que sí.

Había visto a demasiada gente acercarse a mí con una sonrisa demente como para saber que no podía decir que no. Sonreí mientras pasó su brazo por detrás de mi cuello, como colegas de toda la vida, alargó la mano y aparecimos juntas en la pantalla. No me importó que sacara varias fotos seguidas, pues no había nada más incómodo que el silencio que se generaba después de preguntar si podíamos repetirla porque había salido mal. La chica revisó su móvil rápidamente y se despidió dándome las gracias. A partir de ese instante yo le pertenecía.

Siempre accedía a sacarme una foto. Supongo que el miedo

a que dijeran que era una antipática o que se me había subido la fama a la cabeza era mayor que mi integridad. Mi reputación valía más que mi propio yo. Aun así me sentía en la obligación de ser simpática y hacerme la maldita foto. Me preguntaba qué haría la gente después con ella. En el mejor de los casos acabaría en algún grupo de WhatsApp y, en el peor, enmarcada en una mesita de noche. Seguramente esa chica se la encontraría meses más tarde en el carrete del móvil mientras buscaba la foto de un restaurante al que le había hecho una captura en Instagram. Probablemente en ese mismo instante yo le habría dejado de importar y la eliminaría. Tanto esfuerzo, tanta complacencia por ambas partes, para nada. No entendía el valor de una foto con alguien conocido. Más que para presumir, quería pensar que era una cuestión democrática que a la gente le hacía pensar cosas del tipo «Esta persona que llevo viendo a través de una pantalla durante tanto tiempo, ahora es un ser humano igual que yo. Algo tan abstracto e inalcanzable de repente es real y está a mi lado, tengo que inmortalizar el momento».

—Me parece increíble que esto siga ocurriendo después de tanto tiempo —reconocí.

—¿En Madrid también te pasa?

—Qué va, solo aquí.

—¡Es que eres famosa! —gritó Trini.

Tras esa efusividad de mi amiga, llegó el camarero sonriendo con el café y el agua.

—Te he conseguido el agua con gas.

—Muchas gracias. ¿Es pura? —pregunté burlona mirando a Trini.

—No lo sé, es la única que nos quedaba —contestó—. Me han dicho que eres escritora, habla bien de nosotros en tu próximo libro, eh —agregó alargando mucho la última sílaba

mientras se marchaba.

Le di un sorbo primero al café y después al agua con gas.

—Tenías razón.

—¿En que eres famosa?

—No, en que sabe a culo.

Ambas soltamos una carcajada. Trini se reía mucho y con generosidad. Se metió a la boca el último trozo de churro y rebañó el chocolate con la cuchara.

—¿Estás bien? —le pregunté un poco extrañada.

—Sí, ¿por qué?

—Porque estás comiendo como si no lo hubieras hecho en la vida.

—Es que estoy con una dieta que me da ansiedad.

—¿Y la dieta incluye fritos?

—No, pero si solo como lechuga me deprimo. Me entiendes, ¿no?

—Totalmente.

Trini expresaba a menudo este tipo de contradicciones con su característica voz, que recordaba a las bocinas antiguas y contundentes que se escuchaban en días de mucho tráfico. Resultaba tan divertida e interesante que era incapaz de llevarle la contraria. De pequeñas vivíamos en la misma calle y nos juntábamos en la plaza del barrio para hablar sin parar. Esa era nuestra diversión favorita. Fuimos juntas al colegio y después al instituto. Lo sabíamos todo la una de la otra, anécdotas, secretos familiares, amistades… Incluso compartimos un ligue que más tarde nos enteramos que fue arrestado por tráfico de drogas. Íbamos juntas a conciertos, usábamos sombra de ojos azul, escuchábamos la radio, éramos lectoras voraces, nos enamorábamos pronto, usábamos faldas cortas y confabulábamos contra el mundo que nos había tocado vivir. Lo que más deseábamos era tener

una vida diferente a la que llevábamos en el pueblo, donde nada pasaba ni pasaría.

Todos los días eran iguales y allí las familias también lo eran, excepto las nuestras. Las madres de nuestras amigas se quedaban en casa mientras los padres pasaban el día trabajando, los niños jugaban al fútbol y las niñas fumaban a escondidas. Nuestras familias eran diferentes. La suya además cenaba alrededor de la mesa, algo de lo más normal, y me resultaba reconfortante en comparación con la mía, que se parecía más a un sanatorio mental. Su madre era anticuaria y, aunque llevaba una vida ajetreada, intentaba pasar tiempo en casa. Mamá, sin embargo, era un espíritu libre que a menudo nos dejaba solas a mi hermana y a mí, asumiendo que descubriríamos cómo lavar la ropa y preparar la cena, lo cual conseguimos.

Nosotras también nos sentíamos diferentes. Trini era una mujer talentosa que se codeaba con artistas que esnifaban cocaína y yo me pasaba horas leyendo en mi habitación con mi propia adicción: las novelas. Lo que teníamos en común, lo que realmente nos unía, era que estábamos desesperadas por el futuro. Compartíamos un profundo odio por nuestra ciudad y planeábamos salir de allí tan pronto como pudiéramos, aunque ella ahora parecía que se había resignado a quedarse allí.

Trini era la única de nuestro grupo de amigos que no se había casado, mientras que yo seguía siendo la única soltera. Llevaba un año de relación a distancia con René, su actual novio. Le había conocido en una subasta de antigüedades y vivía en Biarritz. Era todo lo contrario a ella, un surfero pijo y arrogante que se dedicaba a las finanzas, pero, de todo eso, lo que peor llevaba era que fuera diez años más joven. En la última década habíamos logrado avances históricos: el

matrimonio homosexual legal, la aceptación de relaciones no monógamas o abiertas, las parejas LGTBIQ+; sin embargo, todavía quedaba un largo camino cuando se trataba de hablar sobre mujeres con parejas más jóvenes. A pesar de que él le demostraba que quería estar con ella, el juicio cruel y la sociedad poco tolerante del pueblo hacían que a Trini siempre le surgieran dudas.

—¿Cómo le va a René? —pregunté.

—Bien, creo que iré a verlo pronto.

—¿Y por qué no viene él?

—Paso, prefiero ir yo. Cada vez que paseamos por aquí de la mano escucho a alguien llamarme asaltacunas. En Biarritz no me siento tan juzgada. No entiendo por qué a las mujeres que salimos con personas más jóvenes nos llaman depredadoras, y a los hombres que lo hacen, Leonardos DiCaprio.

—¿Y cuándo te ha importado a ti lo que piensen los demás?

—No es eso, soy yo la que a veces me obsesiono al creer que todos me miran. ¿Y si nuestros amigos dejan de hablarme?

Estaba segura de que, en algún momento, diría algo así. Trini gozaba de un pesimismo adorable que me provocaba mucha ternura. Tendía a exagerar lo negativo, se quedaba en una errónea actitud y parecía incapaz de salir de ahí. A pesar de eso, siempre había pensado que el pesimismo era propio de las personas inteligentes y el optimismo de las inconscientes.

—Si tu novio es más joven que tú, ese es su problema. Si no quiere tener una edad normal, no puedes forzarlo —dije bromeando para quitarle seriedad al tema, pero ella no estaba para sarcasmos.

—A veces creo que si aparezco con René en alguna

quedada del grupo, dejarán de invitarme. —Era imposible hablar con Trini cuando estaba tan metida en esa espiral de negatividad, que a mí me resultaba tan familiar—. Quizá se sientan incómodos y no sepan cómo actuar, así que no volverán a llamarme.

—¿Cómo puedes pensar algo así? Es tu novio, no vas de la mano con un mono en bicicleta —dije con los ojos muy abiertos.

—No me mires con esa cara de susto. La gente de aquí no es tan abierta. Solo quedan para emborracharse en el aperitivo o merendar en el centro comercial. ¿Cómo voy a incluir a René en mi círculo social? No conozco a ninguna mujer en mi misma situación.

—¿Y crees que ellos son más felices por tener parejas de su edad? Eso es una tontería. Además, no puedes dejar de hacer lo que te apetezca por el qué dirán —argumenté—, es horrible.

—Lo sé, ojalá la gente de aquí fuera como nosotras.

—¿Cómo somos nosotras?

—Pues así.

Negaba con la cabeza mientras rompía en pequeños pedacitos una servilleta.

—Supongo que cuando se trata de edad y amor, somos un manojo de contradicciones —señaló—. Deseamos una pareja madura y con experiencia, pero después nos rendimos ante una piel tersa y suave —dijo retomando nuestra habitual ironía—. Además, cuando te enamoras, ¿cómo sabes cuál es la edad adecuada para ti?

—¿René toma vino? —pregunté.

—Claro, es francés.

—Si no tiene resaca con dos copas, entonces sí, es demasiado joven para ti.

Ambas rompimos a reír ante la mirada de toda la cafetería.

—¿Qué vas a hacer con tu madre, por cierto? —quiso saber Trini.

—Pues volver a casa porque no tengo dónde ir.

—Puedes quedarte en la mía si lo necesitas —dijo poniendo su mano sobre la mía.

—Te lo agradezco, pero creo que debería volver y arreglar las cosas.

—Recuerda que no eres una mediadora de la ONU.

—¿Por qué?

—Porque no has venido aquí a resolver ningún conflicto. Métetelo en la cabeza. Sé que te van a entrar ganas, porque vienes de la ciudad con tus convicciones y tus ideales, pero haz el favor de callarte. Tú solo observa y cómete lo que te pongan.

—Entendido.

—Por cierto, esta semana hemos quedado los de siempre en el centro comercial, por si te animas.

—¿Y qué se os ha perdido allí?

Sumergirme en un ambiente de consumismo, familias y adolescentes hormonales no era exactamente mi ideal de disfrute.

—Es un sitio cómodo para los niños, por si llueve. Iñaki y Ainhoa celebran el cumpleaños de su hija pequeña. Iremos todos, ¿por qué no vienes?

—¿Y que todos se enteren de que soy una fracasada? No, gracias.

—Mira que eres exagerada, no eres la única persona del mundo que se ha quedado en paro; además, creo que tu hermana también viene. Va a actuar Noel.

—Lo pensaré.

Los de siempre eran mi cuadrilla de toda la vida. Los conocía desde adolescente y había compartido con ellos momentos importantes, como la graduación del instituto, la de la universidad o los viajes de fin de curso. Con ellos me cogí mis primeras borracheras y me fui por primera vez de vacaciones. Iñaki y Ainhoa llevaban juntos desde el instituto y fueron los primeros en casarse y tener hijos. Desde entonces habían dejado de hacer planes porque siempre estaban ahorrando para algo, así que el cumpleaños de su hija era todo un acontecimiento. También formaban parte del grupo Josu y Sara, la típica pareja fiestera que seguía sin perderse cualquier oportunidad para emborracharse, mi hermana y Noel, Trini y amigos y parejas que se habían sumado al grupo con los años. Todos llegamos a estar muy unidos un tiempo atrás, pero cuando me marché a Madrid y lo dejé con Mikel, me distancié de la mayoría.

No recordaba el momento exacto en el que comencé a perder el contacto con ellos, supongo que dejamos de compartir aficiones y de felicitarnos por nuestros cumpleaños. No obstante, permanecía en varios grupos de WhatsApp como *voyeur* y había llegado a una especie de equilibrio que consistía en no abandonar la amistad por completo y tampoco mantener ningún interés en profundizar en ella, lo que resultaba triste y reconfortante al mismo tiempo.

—¿Crees que debería prepararme algo para nuestro repertorio de historias fascinantes? —pregunté.

—Sin duda.

La colección de Historias Fascinantes era un ritual vergonzoso que habíamos creado cuando vivíamos las dos en el pueblo. Nos dimos cuenta de lo poco interesantes que eran las conversaciones con nuestros amigos. No éramos solo

nosotras quienes se aburrían, sino que la vida allí se encargaba de que nadie hiciera nada digno de mención durante semanas. Pasábamos horas hablando de *Gran Hermano*, decidiendo dónde hacían las mejores tortillas o incluso en silencio, así que decidimos equiparnos con historias que nos hicieran parecer interesantes y animaran la conversación en nuestras quedadas sociales.

—Vale, aquí va: Tom Cruise se divorció de sus tres esposas cuando todas tenían treinta y tres años.

—Vaya, el factor *creepy* de Tom no tiene límites.

—Desde luego, todo lo que hace es sospechoso, incluso divorciarse de sus tres mujeres en su trigésimo tercer año de vida. Primero fue Mimi Rogers, después Nicole…

—¿Qué Nicole?

—¿Cuál va a ser? Kidman. Ojo, cuando a ella le preguntaron sobre el divorcio en un programa de televisión, dijo: «Ahora puedo volver a usar tacones».

—¡Va-mos!

—La última fue Katie Holmes.

—¿Y qué significa todo esto?

—Ni puta idea, seguramente nada, pero espero que dé pie a un montón de teorías.

Trini y yo nos conocimos un día de lluvia cuando éramos unas niñas. A nosotras nunca nos importó el mal tiempo o que hubiera viento. Tampoco quedarnos sin tema de conversación. Lo que nos preocupaba por encima de todo era no encajar en ninguno de los moldes que nos atribuía la sociedad en la edad adulta.

6

Entré en casa con las llaves que me había llevado en previsión de ese momento. Abrí la puerta y el olor a canela y mantequilla salió a mi encuentro. Habían pasado unas horas desde que me había marchado y mamá seguía en la cocina.

—Provoco a propósito a mi hija porque sé que necesita desahogarse —la escuché decir al teléfono—. Solo de ese modo acabamos hablando de lo que le preocupa.

Al verme colgó rápidamente. Me saludó como si nada y me tendió una fuente con bizcocho. De su repertorio de recetas dementes esa era mi favorita. Consistía en una especie de tarta de nueces cortada en trocitos, cubierta con queso mascarpone, caramelo líquido, jengibre y más nueces. Tenía un aspecto horrible, pero un sabor delicioso. Solía preparar variaciones de la receta añadiéndole leche condensada, mermelada de tomate o incluso melocotón. Mamá no era buena cocinando y menos los platos tradicionales, prefería innovar. Así, su receta estrella era el hummus, en todas sus variaciones: de garbanzo, de remolacha, de zanahoria… Mi preferido era un sorprendente «hummus trifásico», que consistía en una combinación de los tres ingredientes anteriores, aunque de nuevo tenía una apariencia infame.

—No, gracias —contesté parca.

En el Tribunal Supremo de la mente de mamá rechazar comida constituía un delito digno de la pena capital. Como negársela a una niña que ha estado buscando sobras tras sortear bombas durante una guerra. Su veneración por que los

demás comiéramos rozaba el fanatismo, así que mi acto era un rechazo hacia ella. Continuó moviéndose por la cocina muy erguida, con la cabeza alta y tarareando «La Donna è mobile», una de las arias más populares de Verdi, cuyo título significaba precisamente «la mujer cambiante», y la canción que ella utilizaba para romper los silencios incómodos.

En mi familia los problemas no se discutían, solo desaparecían. Si no se hablaba de ellos, no existían. Callábamos para fingir que algo nunca había sucedido y como todos éramos culpables, tampoco pedíamos perdón. Pero el silencio, a veces, pesaba. En todas las casas había asuntos de los que resultaba difícil hablar, en la mía, además, existían pactos de silencio que implicaban callar frente a determinados temas, hechos o personas. No se hablaba de muertes, infidelidades, enfermedades o secretos, pues se partía de la base de que conversar sobre ello podría traer consecuencias. Sin embargo, una cosa era tener dificultad para hablar de algo y otra muy diferente el silencio.

Esa lógica se aplicaba tanto a los asuntos más cotidianos como a los tabúes. Con tantas diferencias entre tres mujeres, la discusión, la burla y la ofensa eran habituales, pero también efímeras, duraban tan solo hasta que cambiábamos rápido de tema. Ninguna se disculpaba, pues todo se solucionaba de ese modo, como si apagáramos un interruptor, el de las conversaciones incómodas. Salir de la habitación, marcharnos de casa o levantarnos de la mesa eran cosas muy habituales, que permitían escapar de los problemas y del conflicto. Alejarnos hacía que nos refugiáramos en otro lugar para estar a salvo, mamá escogía como guarida la cocina. A veces creo que cocinaba para evitar el dolor, pues el hedonismo la ayudaba a disfrutar de otros placeres, obligándose —y obligándonos— a ser felices con el estómago

lleno. A mamá le costaba decir lo que sentía, compartir sus problemas e incluso informar de las buenas noticias. Para ella el silencio era protección y cohesión, para mí resignación y cobardía. Era morderme los labios, respirar profundo y tragar saliva para no hablar de temas que dolieran. El pueblo era el mejor lugar para la calma y el sosiego, aunque por dentro estuvieras deseando gritar.

—Cómete solo uno —me pidió ella mientras me acercaba la fuente de nuevo.

—No —respondí.

Su olor estaba haciendo que me arrepintiera de la decisión.

—Venga, anda, uno nada más —dijo con un hilo de voz.

Rechacé el bizcocho empujándolo hacia ella con suavidad. Inspiré, exhalé y junté mis manos en el pecho, como si fuera a rezar.

—Siento haberme puesto así —me disculpé.

—No te preocupes, hija, ya está. No le des más importancia, pero cómete un trozo, vamos —pidió, acariciándome el brazo.

Para ella ya todo estaba dicho. Hablar de emociones era sinónimo de ponerse en riesgo, un campo en el que se sentía poco hábil y temía resbalar. Pero si el rey emérito pudo hacerlo cuando volvió de cazar elefantes en Botswana con aquel «Pido perdón, me he equivocado», ¿por qué a mamá le resultaba tan difícil? Quería que reconociera que había estado mal atacarme con el tema del trabajo. Podía percibir su incomodidad, pero también sabía que no hablaríamos de lo ocurrido. Recordé las palabras de Trini: «Tú solo observa y cómete lo que te pongan», así que me rendí y cogí un trozo de bizcocho. Mamá me observaba orgullosa mientras me introducía aquel dulce en la boca. La mezcla de las nueces y la canela con el toque picante del jengibre era como ella:

desconcertante y deliciosa.

—Estoy segura de que si este bizcocho fuera una persona, te desnudarías y te acostarías con él —exclamó.

Me reí tanto que me atraganté mientras masticaba el resto que seguía en mi boca. A continuación hice un examen de conciencia de todos los perdones que le debía, desde el más tonto al más importante: «Perdón, me comí una nuez; perdón, me olvidé de tu cumpleaños; perdón, me distancié; perdón, me equivoqué de planeta», aunque supuse que, como al emérito, tampoco me serviría de mucho.

Escuché a mi hermana bajar por las escaleras con mi sobrino. Tenía la piel como la de una muñeca de cera, con ese aspecto que se te ponía en la cara cuando habías pasado la noche en vela. En sus ojos se percibía cierta alienación o eso parecía. Quizá fueran las ojeras. O el pelo fosco. Sin embargo, mi sobrino irradiaba luz y calor, como un bollo recién salido del horno. Rubio, con grandes ojos azules y una amplia sonrisa que se extendía por sus mofletes.

—¿Qué es ese alboroto que se escucha por aquí? —preguntó mi hermana entrando en la cocina.

—¿Alboroto? No sé de qué hablas —disimulé—. Ven con tu tía, pequeño —dije al tiempo que cogía a Marco en brazos—. Cómo ha crecido en un año, ¡está enorme! ¿Te acuerdas de mí? ¿Quién soy, eh? —pregunté con tono infantil.

—¿Quién es esta chica? —repitió mi hermana mirando al niño sin esperar respuesta—. La tía…

—Buenaaa —bromeé acercándome a sus mejillas redondas y rojas como manzanas.

Él me dedicó una de sus sonrisas y yo me derretí en ese preciso instante. Me prometí entonces que nunca más dejaría pasar tanto tiempo sin verlo. Mamá se sentó en el salón a leer y, mientras Ane se preparaba un té, aprovechamos para

hablar de cosas triviales como el frío que hacía para esta época del año… Después nos sentamos las dos a la mesa.

—¿Qué tal en la guardería? —quise saber.

—Marco, cuéntale a la tía Nina qué tal la guarde.

Mi sobrino nos miraba sin entender aquel juego en el que yo preguntaba algo y mi hermana se lo repetía a él.

—Bien, pero es un infierno. Llevamos una racha… Desde que ha empezado estamos siempre enfermos. Hace poco fue el virus boca-mano-pie.

—No sé qué es eso, pero suena a arma de destrucción masiva. Oye, ¿estás bien? Pareces cansada.

—¿No sabes que eso es justo lo que no hay que decirle a una madre primeriza? Ya sé que no tengo buen aspecto, pero si tuvieras hijos lo entenderías —soltó abruptamente.

Cogí un trozo de bizcocho y me lo introduje en la boca.

—Lo siento, tú siempre estás guapísima. —No lo decía por decir, mi hermana tenía ese don.

—No duermo mucho, aunque la maternidad es mejor de lo que me esperaba, no me puedo quejar —respondió nerviosa sin mirarme a los ojos dando un sorbo a la humeante taza de té.

Con la última frase parecía que tuviera una gran cantidad de cosas por las que quejarse.

—Mamá me ha dicho que has dejado el café, ¿es por el estrés del despacho?

Ane era abogada y había montado su propio negocio después de varios años trabajando en un bufete. Se había especializado en asesorar a empresas pequeñas a las que no exigía grandes honorarios. Como cualquier abogada, sentía aversión por el riesgo, por eso me sorprendió tanto cuando decidió dejar su antiguo trabajo y lanzarse al mundo del emprendimiento.

—Sí, estoy bien, pero tanto café me ponía nerviosa. Tengo algo que contarte. —Hizo una pausa para darle dramatismo —. Estamos intentando tener otro bebé.

Me pilló por sorpresa, así que abrí mucho la boca y solté un par de chillidos agudos.

—Qué emoción, vas a tener un hermanito, ¿eh, Marco? —dije abrazando a mi sobrino.

—Sí, lo hemos pensado mucho. ¡Marco, deja de echar babas en el jersey de tu tía! —Alargó el brazo y con una servilleta limpió la boca del niño—. Y quizá también nos mudemos a las afueras —dijo en un susurro.

—¿Te vas a ir a un «fuera puertas»? —Así es como llamaban nuestros abuelos a los nuevos barrios que se habían ido edificando lejos del centro—. ¿Por qué?

—Baja la voz, todavía no se lo he dicho a mamá. Es una urbanización muy cómoda y allí podremos tener una casa más grande con jardín donde los niños crezcan felices.

—Pero nosotras, que nos criamos aquí, ¿crees que no lo fuimos?

—El centro está lleno de borrachos, el otro día había uno durmiendo en la puerta de casa.

Marco empezó a hacer pucheros.

—¿Y qué va a pasar con mamá?

—¿Qué va a pasar de qué? Ahora que estás tú aquí, podemos repartirnos. Además, todavía es una mujer independiente. Marco, no cojas eso, acabas de comer —gritó dándole un manotazo para evitar que se metiera un trozo de bizcocho en la boca.

El niño rompió a llorar y Ane tuvo que levantarse a cogerlo. En cuanto lo acunó en sus brazos el llanto cesó.

—No creo que sea buena idea dejar a mamá sola; además, lo mío es temporal, volveré a Madrid en cuanto encuentre

trabajo.

—Buena o no, será mi decisión. Y punto.

Me estaba cansando de esa expresión para terminar cualquier discusión en aquella casa. Los sollozos de Marco empezaron de nuevo.

—¿Y conocéis a alguien en esa urbanización? —continué.

—A Iñaki y a Ainhoa, se mudaron allí hace un tiempo.

—Qué típico —dije muy bajito—. Por cierto, me ha dicho Trini que Noel actuará en la fiesta de cumpleaños de su hija en el centro comercial.

—Sí, ¿vas a venir?

—Aún no lo sé, ese sitio es horrible.

Noel irrumpió en la cocina vestido con un polo, pantalón corto y una cinta en la cabeza. Parecía recién sacado de un anuncio de Lacoste de los años sesenta. Le dio un beso a Marco en la cabeza y otro en la frente a mi hermana.

—Me voy pitando, que tengo partido. Cariño, ¿luego irás a clases de baile? —preguntó.

—Sí, me pasaré un rato.

—Pero ¿desde cuándo te gusta bailar? —comenté atónita.

—Me apunté a los seis meses de dar a luz, necesitaba moverme un poco.

Mi hermana siempre había odiado el baile. Se le daba bien correr, el tenis o el yoga, pero dejarse llevar al compás de una canción no era lo suyo. Ni siquiera dejarse llevar, a secas. Quizá tenía que ver con que en el pueblo nunca se había bailado, la gente se aferraba a la barra sin mover un músculo. En el pueblo se bailaba «a lo suelto», así se evitaba el contacto con la otra persona, algo para lo que nunca se estaba suficientemente preparada hasta que te convertías en abuela. En los bailes tradicionales también era imposible ver un acercamiento, las manos estaban siempre ocupadas en la

espalda. Incluso corría el rumor de que cuando «Cachete, pechito y ombligo» fue canción del verano, miles de lugareños huyeron despavoridos a la espera de que pasara la fiebre.

—Qué, ¿has visto cómo está de hermoso Marco? —preguntó Noel.

—Sí, me encantan los bebés grandotes, excepto los rechonchos, claro.

—Noel, no le hagas caso, ya sabes que quiere provocar —le advirtió mi hermana.

—¿Qué tienes en contra de los niños rechonchos? Yo fui uno de ellos —dijo mi cuñado.

—Lo sabía.

—Noel, ni caso.

—Ojalá vuestro hijo sea muy listo y muy rechoncho. Yo me conformaré con ser su tía divertida, que hace lo que quiere, duerme bien y siempre tiene una historia que contar.

Noel se despidió y mi hermana me propuso dar un paseo con ella y Marco. Mientras se preparaba, me quedé en el salón observando una estantería llena de fotos: un marco con mis abuelos; imágenes que rememoraban varios cumpleaños; una fotografía de nuestra graduación con Carmenchu; en otra, se veía a Noel y Ane cuando empezaron a salir; más allá había una que me recordaba aquel viaje familiar que hicimos a Londres; y también un marco precioso con una fotografía de mi hermana embarazada. Esa balda resumía la historia de nuestra familia.

Mi abuela fue mi primer referente. Una mujer con tanta sabiduría que se quedó conmigo hasta después de su muerte. Para mí no se fue nunca. Vivió intensamente: sobrevivió a una guerra, crio a una hija, montó una tienda de ultramarinos, trabajó mucho y sacó adelante una familia…

Nunca la escuché lamentarse o protestar. Quizá ese fue el motivo de la hernia que acabó con ella. Miraba siempre hacia delante guardando una sonrisa, una anécdota, una receta, un beso. A mí me decía que no era rara, sino peculiar. No había día que no me acordase de ella. Las personas que dejaban huella eran así. Las que amaban, sufrían, reían, lloraban, maldecían, se equivocaban, persistían, se retiraban y si hacía falta se prendían en llamas. Las que se levantaban tras cada putada, decepción y revés de la vida. Aunque tardasen.

Era muy cariñosa y siempre nos obligaba a echarnos la siesta con ella cuando éramos pequeñas. Se acostaba con nosotras y se colocaba en el centro de la cama con una a cada lado. Yo nunca conseguía dormirme, pero ambas caían al instante. Ella, además, roncaba como una osa. Un día intenté salir de la habitación a hurtadillas y se dio cuenta. Cuando me preguntó dónde iba, le dije que roncaba mucho y no me dejaba dormir, así que muy enfadada me contestó: «¡Es imposible que ronque porque no estoy dormida!».

Mi abuelo, por el contrario, era un hombre muy serio, de porte erguido y mirada distante. Su semblante reflejaba su manera de ser: íntegro, justo y honrado, aunque cambiaba por completo en cuanto estaba con mi abuela. Recuerdo cuánto se divertían los dos juntos. Veían películas de vaqueros, hacían crucigramas y salían a merendar. Entendían que la diversión era algo esencial para mantener vivo su matrimonio. Aunque él no pudo estudiar de niño, era curioso. Siempre nos preguntaba a mi hermana y a mí lo que aprendíamos en el colegio, y se interesaba por las matemáticas, la historia o las ciencias. También le gustaba llevarnos en verano a la feria. Pasábamos horas montadas en el tiovivo mientras él nos observaba paciente sentado en una silla. Aunque se esforzaba en ocultarlo, su mandíbula

apretada delataba una emoción contenida, que le impedía articular palabra para decir lo feliz que era.

Siempre me costó imaginármelos de jóvenes, como si solo hubieran sido abuelos, como si no tuvieran identidad previa. Para mí serían eternos y los recordaría cada vez que oliera a aftershave y a laca.

Me detuve en una de las fotos. En ella salíamos mi primer novio, Mikel, y yo con dieciocho años. Estábamos en la entrada de mi casa. Él llevaba un traje enorme con corbata y yo un vestido rojo largo de palabra de honor. Aparecíamos jóvenes, morenos y sonrientes al final del verano. Ay, la expresión. Qué importante era que fuera de verdad. Iba más allá de salir —o ser— guapa, fea o hecha un adefesio. Recordé a mamá diciéndonos cómo posar para la foto: «Cógela por la cintura», «juntaos más», «decid patata». Acabábamos de discutir porque yo me había puesto unas sandalias de tacón que me hacían parecer más alta y Mikel me pidió que me las quitara para la foto, a lo que me opuse. Intenté poner cara de felicidad, pero nada, no funcionaba, era un disfraz. Y mamá me inmortalizó así, con una sonrisa tan falsa que parecía que se la hubiera comprado a un guineano en la Puerta del Sol. Qué importante era la expresión y cómo se notaba cuando era de verdad.

—¿Podrías quitar de aquí esta foto? —le dije a mamá señalándola.

—¿Por qué? Es un recuerdo muy bonito —respondió sin levantar la vista del libro.

—Sabes que lo pasé fatal cuando lo dejamos.

—Pero es que salís tan guapos, llevabas un vestido precioso.

—Lo sé, pero es mi exnovio, deberías apoyarme no martirizarme.

Cuando lo dejé con Mikel, intenté recuperar en Madrid todo el sexo del que no había disfrutado tras varios años de monogamia. Después del empacho de promiscuidad, combiné varios periodos de soltería con otros en pareja, aunque nunca volví a presentar a nadie a mi familia con la etiqueta de novio. Llevaba un año y medio soltera y, aunque estarlo se había normalizado según Bad Bunny, seguía existiendo una fuerza sobrenatural que te empujaba a conseguir una pareja a partir de los treinta. Utilizaba aplicaciones, salía con amigos y asistía a eventos; sin embargo, veía tantas relaciones tristes y miserables a mi alrededor, que no estaba dispuesta a conformarme con cualquiera. Me consideraba afortunada por estar sola.

—Vistes como una vieja, ¿así cómo vas a gustarle a alguien?

—No quiero gustar a nadie. ¿Y qué le pasa a mi ropa?

Mi hermana apareció con Marco en una silleta, salvándome de otra discusión.

—Seguro que tu hermana te puede dejar algo.

—Claro, luego vamos a mi armario.

—Genial, así podréis controlarlo todo una vez más, ¡hasta mi ropa!

Respiré hondo, me puse la gabardina y enfilé hacia la puerta de entrada.

Los tres nos adentramos por las estrechas callejuelas del casco histórico. Había salido el sol y el contraste entre lo viejo y lo nuevo ofrecía un claroscuro de luces y sombras. Ya era mediodía y el bullicio y la soledad se mezclaban para tomar el vermú. Cuando pasamos por un edificio en obras, uno de los operarios en lugar de lanzarnos un piropo eructó, lo cual

indicaba que, incluso en el pueblo, se estaban haciendo avances contra el sexismo.

—¿Tú sabías que mamá quiere hacerse un tatuaje? —pregunté.

—Sí, ¿por qué?

—¿Y no tienes nada que decir?

—Mamá toma sus propias decisiones. Además, ya la conoces, cuanto más te opongas, más decidida estará a hacérselo.

—¿Y cómo le quedará cuando esté toda arrugada?

—Nina, es una persona, no un shar pei.

—Seguramente se le deforme y se vea como una mancha.

—Es su cuerpo, no sé por qué te molesta tanto.

—Cuando le dije que quería hacerme uno hace veinte años, no me dejó.

—Porque entonces eras demasiado joven para decidir que querías algo para toda la vida, pero a su edad es más consciente de lo que quiere, ¿no?

—¿Cuando Marco te pida perforarse la nariz le ignorarás?

—No creo que eso ocurra —dijo fijando sus ojos en mí—, es piscis.

—Parece una pataleta de manual y no termino de entenderlo. Siempre ha hecho cosas fuera de lo común, pero esta no me encaja.

—¿Por qué no estás de acuerdo? ¡Hasta luego! —saludó de lejos a una señora a la que le dedicó una sonrisa.

Cuando pasó, volvió a quedarse seria.

—No sé, quizá es por su edad. No es que piense que las mujeres mayores no deban hacerse tatuajes, pero es que no quiero que mamá se lo haga.

—No te pega nada pensar así.

—Es un tema de personalidad. Mamá no es el tipo de

madre que va en una Harley como Sarah Connor en *Terminator*. Ella es diferente.

—¿Cómo?

—Pues del tipo de madre que va a misa, hace bizcochos y queda con sus amigas para tomar té con pastas.

—Gin-tonic —me corrigió.

—Bueno, vale, sí, pastas con gin-tonic.

—¿Y si la animamos a hacérselo en otro sitio? ¿En el hombro, por ejemplo?

—¿Estás loca? Imagínatela cada verano con sus amigas en la playa o en el club.

—Te preocupa que tu madre se haga un tatuaje porque es permanente, pero tú escribes cosas que siempre estarán ahí.

Touché. Me quedé en silencio unos segundos sin saber qué decir.

—A veces creo que la educación que nos dio es la raíz de todos nuestros problemas —continué.

—Ya que lo mencionas, he estado pensando en hacer una constelación familiar.

—¿Por qué estás siempre tan obsesionada con el horóscopo?

—No tiene nada que ver con el zodiaco, no seas cateta. Son sesiones de terapia para identificar la repetición de patrones emocionales. Suelen tener su origen en sucesos familiares del pasado, incluso varias generaciones atrás. Quizá deberíamos ir juntas.

—Sabes que yo no creo en esas cosas.

—Pues quizá sea el momento de hacerlo —dijo para zanjar el tema.

—Oye, ¿y qué tal con el mago?

—No le llames así —contestó, pegándome suavemente en el brazo—. Bien, es un buen hombre.

—Sí, lo es.

—He tenido suerte de encontrarlo.

—Desde luego que sí, por fin lo has conseguido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, la casa, el despacho, el marido, el bebé, las clases de salsa… La vida perfecta.

—Supongo que en eso consiste madurar, en ir avanzando.

Eso me dolió. Quizá tenía razón y yo no evolucionaba. Ser adulta era como volver a ser niña. La madurez te decía «no lleves el pelo largo», «no trasnoches», «haz pilates», «cómprate una casa», «no mees entre dos coches»… Sin embargo, a mí me parecía fatal llegar a una edad en la que tampoco podía hacer todas las cosas que de niña me prohibían.

—Y a ti, ¿cómo te va la vida más allá del trabajo? —preguntó.

—Ahora mismo no tengo nada más allá del trabajo, ni siquiera tengo trabajo, ni vida, pero supongo que no me puedo quejar —dije esbozando una sonrisa falsa.

—Escribir es complicado.

—Supongo que la vida también.

Se me quedó mirando como si le hubiera hablado en otro idioma, como si no fuera de este planeta. Siempre pensé que mi hermana me veía como una extraterrestre. Como el Gurb de Eduardo Mendoza. Vale que quizá yo no era una persona fácil, pero podía intentar ponerse en mi lugar alguna vez. Nunca me metí con su manera de vivir, pues ella hacía lo que creía conveniente y yo lo respetaba, aunque sentía que no entendía la mía. Parecía que se alegraba de verme en la mierda.

Llegamos a una plaza amplia presidida por un impresionante edificio de ladrillo rojo con dos cúpulas de

pizarra a los lados. Antiguamente había sido un gran hotel y hoy se utilizaba como biblioteca. En medio había un parque infantil, en el que varios padres miraban los móviles mientras los niños jugaban. Marco todavía era demasiado pequeño para montarse en los toboganes o los columpios, por lo que simplemente le apoyábamos en ellos. Al otro lado, unos adolescentes jugaban al fútbol con porterías imaginarias delimitadas por sus jerséis. Uno de ellos dio una patada demasiado fuerte al balón y este golpeó la cabeza de mi sobrino, el cual comenzó a llorar más por el susto que por el impacto.

De repente, mi hermana se transformó. Cogió al niño en brazos y pasó de ser una mujer a convertirse en una energúmena. «Me cago en tu puta madre, te voy a matar, te voy a sacar los ojos, las tripas y todo lo que pille», dijo propinando un fuerte balonazo a uno de los adolescentes. Toda la plaza se quedó muda. Los padres alejaron a los pequeños de aquella desconocida psicópata, los chavales dejaron de jugar y nos quedamos solas en mitad del parque. Me di cuenta de que, por muy tolerantes que fuéramos, todavía incomodaban aquellas madres que se salían del molde. Es decir, las que no actuaban según el canon, las que tenían pensamientos inadecuados e incluso las que actuaban de manera impropia.

En las novelas y en las películas, si el personaje de una madre requería ser malvada, entonces tenía que ser diabólica: la madre del psicópata de la matanza de Texas, la de Matilda, la de Carrie… De lo contrario, se prefería que fuera solo imperfecta y que sus defectos se debieran a la falta de confianza, como comprar un pastel en una tienda y hacerlo pasar por casero. En la ficción se aceptaba la locura de la imperfección porque resultaba divertida; la de la malvada, no.

En la vida real ocurría lo mismo. A las madres se les permitían esos pequeños defectos que las convertían en personas entrañables y graciosas, pero no que fueran malas y crueles. En mi opinión, eso solo preservaba la imagen de madre perfecta que se le seguía atribuyendo a las mujeres. No queríamos que nadie tirara pelotas a la cabeza de un bebé, pero, sobre todo, no tolerábamos que las madres quisieran dar un balonazo como castigo. El instinto maternal de proteger a un hijo se perdonaba; el de venganza, no.

7

Habían pasado ya algunos días desde mi llegada y Ane y yo fuimos juntas al ginecólogo. Una de las ventajas de estar en paro era tener tiempo libre para poder ir al médico. Qué triste. Mi hermana había pedido cita hacía tiempo y me pidió que la acompañase para quedarme con Marco mientras estaba en la consulta. Me tocaba la revisión anual, así que aproveché para hacerme un chequeo. Mi hermana fue la primera en entrar. Salió a los veinte minutos dolorida y algo encorvada. Me dijo que la citología siempre la dejaba revuelta, pero que todo estaba en orden tras el embarazo. No la creí. Su cara y su cuerpo decían lo contrario. Yo entré después. La consulta era una habitación pequeña llena de títulos en la pared. El médico me invitó a sentarme y me hizo algunas preguntas sin desviar la mirada de su ordenador.

—¿Edad?

—Treinta y seis.

—¿Última regla?

—Hace dos semanas.

—¿Pareja estable?

—No.

—¿Usas algún anticonceptivo?

—Sí, tomo la píldora desde hace diez años.

—¿Y algún otro adicional?

—Por el momento, no.

Pude notar el juicio en su cara preparándose para el sermón sobre el sexo seguro y enfermedades de transmisión sexual,

por lo que, para su tranquilidad, añadí que llevaba un año y medio sin tener relaciones.

—Entonces ¿eres asexual o simplemente practicas la abstinencia?

—Bueno, creo que el celibato involuntario es más apropiado —bromeé mientras trataba de mantener mi dignidad ante ese médico que parecía verme como una moralista del Opus o como una perturbada.

Él seguía tecleando en su ordenador como si completara lo que parecía ser mi historial clínico.

—Bien, pasa a esa cabina, desnúdate de cintura para abajo y siéntate en el potro. Estaré contigo en dos minutos.

Hice lo que me indicó. Me desvestí y escondí mi ropa interior debajo del resto de las prendas. Sabía que ese hombre estaba a punto de ver hasta los traumas de mi infancia a través de la vagina, pero no podía permitir que viera mis bragas.

Al regresar a casa, busqué en Google «abstinencia sexual» y descubrí que se refería a quienes habían elegido dejar de ser sexualmente activos por decisión propia. Los motivos no tenían que ver con la fe religiosa, pues eso era el celibato, sino por otros como el estilo de vida, decisiones psicológicas, filosóficas o problemas puntuales. Si tuviera que completar esa definición, añadiría como motivos por los que dejar de tener relaciones sexuales, la indiferencia, la falta de tiempo o una relación fallida. Y tal vez aquí era donde entraba la fe. Quizá mi abstinencia no era por lealtad a un dios, sino a mí misma, a mi cuerpo y a mi propio corazón.

Mi última relación me había dejado temblando. Había estado un año con un chico inglés, Ian Queen, que trabajaba de diseñador en la revista. Parecía un buen chico, guapo, detallista, ocurrente y trabajador. Todo era tan perfecto que

parecía irreal, como una obra de ficción. Quizá tuvo que ver que también fuera actor. No sé cómo pude salir con uno, sobre todo porque siempre había sufrido de vergüenza ajena severa y, en mi caso, verlo actuar suponía un problema. Al poco tiempo me comunicó que le habían diagnosticado una enfermedad grave, lo cual supuso un drama en la relación, a lo que yo respondí mostrándole mi amor más incondicional.

Más tarde, a través de un amigo en común, descubrí que ni era inglés ni estaba enfermo ni estaba conmigo en exclusiva. Se había inventado una vida. La pregunta que me hice durante mucho tiempo fue por qué alguien necesitaba fingir quien no era. Si detrás escondía una simple necesidad de aceptación, algún trauma, un trastorno mental o pura maldad. Quizá era una combinación de todas ellas. Necesitaba resarcirme, no es que creyera en el diente por diente, pero a veces la venganza era la única forma de justicia, así que decidí escribir un reportaje sobre grandes estafadores, entre quienes lo incluí. Fue despedido a los tres días, no por mi artículo, sino por haber falsificado su DNI. Ian podía tener un apellido digno de la realeza, pero de lo que no se dio cuenta fue de que allí la única reina era yo.

Después de aquello me sentí exhausta, no solo por lo que me había costado recuperarme de ese torbellino de decepción y engaño, sino por la pereza que me provocaba conocer a alguien. El vértigo, los conflictos, las dudas… Estaba cansada de la voz interior que me decía que lo intentase de nuevo. Me di cuenta de que estaba perdida y de que ningún amor, por profundo que fuera, me ayudaría a encontrar la salida. Así que durante mucho tiempo me dediqué en exclusiva a mí. Tampoco me consideraba asexual, pues sentía atracción por muchas personas, pero ese deseo no era tan fuerte como para conseguir que me abriera de piernas. Tampoco me abstenía

en ningún otro aspecto, comía de todo, bebía de todo, fumaba de todo, el sexo era lo único que había eliminado de mi vida sin darme cuenta. Simplemente no sucedía.

Había pasado un año y medio desde mi última experiencia sexual con un escritor que conocí en la fiesta de una editorial. Habíamos mantenido una charla animada con otros autores hasta que noté que su aliento corría por mi oído como un grifo de agua caliente después de dos copas de vino. Nunca había tenido sexo sobrio con un desconocido y aquella no iba a ser mi primera vez, porque no tenía ni idea de cómo era posible pasar sin alcohol del «¿A qué te dedicas?» a una cama o, como en mi caso, al servicio de un karaoke. En un instante me transporté de cantar «Mr. Brightside» en un escenario a un baño húmedo. El escritor y yo lo hicimos dos veces la misma noche cumpliendo con todos los clichés que las series y las novelas decían sobre lo que tenía que ser el sexo casual: atrevido, improvisado y en lugares inusuales. Luego salimos a la calle para buscar un taxi mientras vimos amanecer. No me había acostado con nadie desde entonces, no porque ese encuentro furtivo y reparador hubiera supuesto algo más para mí, sino porque supongo que no surgió.

Después, continué yendo a muchas fiestas con el objetivo de romper mi abstinencia. Fantaseaba con estar sentada con mi pierna rozando la de otro hombre mientras me concentraba en mantenerla quieta. En lugar de eso, terminaba en cualquier *after* hasta que un cielo anaranjado se burlaba de mí por no conseguir sacarle una buena foto. No tardé en dejar de intentarlo. En vez de ligar, hablaba sobre el aumento del precio de los alquileres o la imposibilidad de los *millennials* para comprarse una vivienda. En una ocasión hablé con un chico durante media hora sobre Venezuela y lo atractivo que me resultaba el acento venezolano… antes de que me dijera:

«Nina, soy canario». También cantaba «Fly Away» de Lenny Kravitz a pleno pulmón y después explicaba por qué me parecía la mejor canción de todos los tiempos, o les hablaba a extraños sobre la incapacidad que tenía para hacerme un huevo frito y para emparejar calcetines o mi teoría sobre por qué la gente soltera parecía más enfadada que la que tenía pareja. Debía abrir la boca para que salieran algo más que palabras. Y también tenía que controlar callarme. Pero prefería salir con mis amigos a tener una cita, así que cuando algún chico me proponía quedar durante el fin de semana, me parecía que era desperdiciar un tiempo que podía invertir divirtiéndome con mis conocidos. Cada día que trabajaba, que iba a una fiesta o que montaba en metro, veía que mi falta de sexo me seguía como un fantasma.

Probé a abrirme Tinder. Al principio estaba entusiasmada y caí rendida a su adicción. Deslizar posibles candidatos con el dedo en la oficina, en la calle o en mi casa hacía que me diera cuenta de lo bueno que era ese método. No hacía falta sincronizar agendas para quedar, podía hacerlo desde mi sofá. Sin embargo, las conversaciones eran patéticas. Empezaban con un anodino «holaquétal» o un emoji saludando. Después de varias horas llegaba la respuesta, cuyo contenido era tan insustancial que no me daba ni ideas para mis artículos. «Disculpa, estoy teniendo una semana complicada», «¿qué tal has dormido?», «¿cómo va tu día?», «¿tienes planes para el finde?» o «se me acaba de romper el calentador de agua»… Había tenido conversaciones más interesantes con mi abuela.

Al final terminaba hablando de banalidades del día a día con desconocidos con los que parecía tener una relación muerta de varios años. Con el tiempo, me di cuenta de que las apps para ligar tenían la variedad de un bufé libre, salvo que la comida parecía llevar fuera demasiados días. Uno de los

descubrimientos que hice durante mi paso por las apps de citas fue que la mediocridad era un arte. O eso pensaban los mediocres. «Busco alguien sincero que me haga reír», «me encanta el deporte y descubrir nuevos restaurantes», «me gustan los conciertos y salir de cervecitas». La falta de originalidad era tan evidente que me provocaba náuseas.

Mis amigos parecían no entender mi abstinencia. Me decían que era muy exigente, que bajase las expectativas, que abriera la mente, que saliera más… «Es solo sexo», afirmaban. Cuando mamá me preguntó por qué hacía tanto tiempo que no estaba con alguien, recurrí a tópicos como «quiero centrarme en mí», «no me apetece» o «no tengo tiempo para conocer a gente». Pero ninguno era un motivo real, ya que llevaba centrándome en mí toda mi puta vida y tenía tiempo suficiente para hacer lo que me diera la gana. No es que eligiera no tener sexo, sino que a veces me parecía que era el sexo el que no me elegía a mí. En mi imaginación me acostaba con el profesor de inglés, con el dependiente del supermercado o con el conductor del atasco de la M-30, pero en la vida real, sin ese piel con piel que nos conectaba en la fantasía, más allá del tiempo y la distancia, para mí se volvían simplemente extraños.

8

El pueblo había amanecido más oscuro que un *after* de Malasaña en los noventa. La lluvia espesa había generado un ambiente gris y plomizo impropio del mes de abril y el cielo panza de burra hacía que siempre pareciese la hora del desayuno. Me había acostumbrado al sol de Madrid. Allí, la luz provenía de él, no de los objetos y su reflejo. Echaba de menos su cielo azul, intenso y generoso, que lo había visto todo, que lo había vivido todo.

Revolviendo en el armario en busca de un chubasquero para mamá, encontré mi caja de los recuerdos. En ella, durante años, fui metiendo objetos que representaban momentos de los que no quería olvidarme: ridículas notitas de amor, envoltorios de caramelo, entradas de conciertos, billetes de viajes o pulseras de hilo. Abrí la caja con cuidado y todos mis recuerdos me abrazaron. Encontré un papel con una poesía llena de tachones y recordé perfectamente el momento y el día en el que la había escrito. Al desdoblar la hoja me transporté al 19 de marzo del noventa y tres. El Día del Padre, en el colegio, siempre nos obligaban a hacerle un regalo. Menuda crueldad. El poema iba acompañado de un dibujo de un hombre sonriente, de mejillas sonrosadas, con corbata y maletín. Nunca había tenido problema con no tener padre, salvo el maldito Día del Padre.

Mi padre no es muy viejo,
pero siempre da los mejores consejos.
Mi papá es alto, guapo y moreno.

Y no es esloveno.

Me reí a carcajadas cuando lo leí. Ni siquiera había conocido a mi padre, pero de niña me fabriqué uno.

Pasé la mitad del día en mi habitación revisando una y otra vez las mismas ofertas de empleo. ¿Había algo más deprimente que llevar puesto el pantalón de chándal de cuando iba al instituto? Sí, llevar también la sudadera. Los noventa y los principios de la década del dos mil fueron social y estéticamente duros. Mallas, vaqueros de tiro bajo, zapatos de punta, pantalones de campana o camisetas de manga larga a las que se añadía una de manga corta encima. Esa combinación solo significaba una cosa: que te gustaba la música.

Las prendas reflejaban una tristeza estética que combinaba con un mundo preocupado por los ataques del 11-S, los nacionalismos, la crisis argentina o el terrorismo. Con tanto revuelo político, de adolescente prefería quedarme en mi habitación en vez de enfrentarme a la vida real. Además, en la tele ponían programas como *Los vigilantes de la playa*, *Compañeros* o *Médico de familia*, cuyas tramas me mantenían pegada a la televisión y si me perdía el capítulo semanal, quedaba excluida de cualquier conversación en el colegio. Mirando hacia atrás, me sorprende la homogeneidad de aquella época. Todos hacíamos lo mismo, vestíamos igual, veíamos los mismos programas y teníamos el mismo despertador con forma de gallina. Aquel día solo pensaba que sería incapaz de pasar de nuevo por esa montaña rusa de hormonas, emociones intensas, noches de calimocho, extremismos políticos o enamoramientos fortuitos. No quería ni imaginar por nada del mundo volver a la adolescencia, pero me gustaba recordarla a través de mi viejo chándal del

colegio.

Había decidido ir a la fiesta de cumpleaños. Si quería construir una vida en el pueblo, debía retomar el contacto con antiguas amistades, aunque me resultaba confuso estar de nuevo en el punto de partida con gente a la que ya conocía. En más de una ocasión los había buscado en Instagram preguntándome qué harían, dónde vivirían, cuánto pelo tendrían o con quién estarían. Al parecer, no valía con dar *like* a unas fotos para recuperar una amistad, así que lo mejor sería encontrarme con ellos en el mundo real.

Había olvidado muchas anécdotas compartidas, pero me acordaba de días concretos. Como aquel sábado por la tarde con quince años, cuando Iñaki nos invitó a su casa. Un viejo caserón de varias plantas y jardín. Su habitación era la buhardilla, en la que había una cama gigante, un futbolín y hasta una tele donde vimos películas de miedo. Me fascinó esa habitación. Después salimos al jardín a escuchar música y a comer pipas. Entonces veíamos la vida como aquellos planes, sencilla y sin complicaciones, sin ser conscientes de quiénes éramos o qué queríamos. Me acordé también de nuestro último día de universidad, una tarde cálida de finales de mayo en la que el sol parecía dar la bienvenida al verano, mientras nosotros nos despedíamos de la vida tal y como la conocíamos. Estuvimos tirados en el césped del campus recordando las anécdotas que nos habían llevado hasta allí e inventando las que estábamos a punto de vivir. En ese instante fui consciente de que cada uno tomaríamos nuestros propios caminos. Qué curioso era el cerebro, que seleccionaba los recuerdos en función de lo que te importaban en su momento.

Me sentía extraña volviendo a integrarme en un grupo que conocía algunos de los detalles más íntimos de mi vida, como

el nombre de mi primer perro, el vestido que llevé en la graduación o el primer chico que me rompió el corazón y que ahora no tenía ni idea de cuáles eran mis sueños o temores. Tampoco les culpaba, pues ni yo misma lo tenía claro. Eran muy diferentes a mí, pero si yo había sido capaz de dejar atrás los pantalones de cintura baja y el flequillo tipo hachazo, también podía dejar atrás mis prejuicios.

—¿Me dejas algo para lo de esta tarde? —le pregunté a Ane.

—Sí, ven aquí —dijo, y me cogió del brazo para guiarme hacia su antigua habitación.

Cerró la puerta a nuestras espaldas, mirando previamente a los lados para comprobar que nadie nos veía entrar, como si fuera a mostrarme la escena de un crimen.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto secreto?

Ane abrió la puerta corredera del armario y aparecieron cientos de prendas todavía con la etiqueta.

—¡Qué barbaridad! Aquí hay más ropa sin estrenar que en el ropero de Dulceida.

Vestidos de fiesta, de premamá, con lentejuelas, ajustados, vaporosos… Los había de todos los colores, tamaños y estampados.

—Tengo que contarte algo.

—¿Qué pasa?

—Durante el embarazo me volví loca y empecé a comprar online de forma compulsiva. Cogía el móvil o el ordenador y me pasaba horas viendo ropa que no necesitaba. La iba añadiendo al carrito y después en un momento de enajenación pulsaba el botón de pagar. Poco a poco fui comprando más y más y cuando me llegaban las cosas, no sabía dónde guardarlas. —Hizo una pausa para comprobar que no nos escuchaban—. Algunas las regalé y otras las

guardé aquí esperando devolverlas, pero los días pasaban y mi pereza cada vez era mayor, así que se pasó el plazo…, y todo se quedó aquí cogiendo polvo.

—O sea ¿que tienes todo esto sin estrenar?

—Algo así. Cuando estoy estresada y no hay nadie en casa, entro aquí y me lo pruebo, pero nunca salgo a la calle con la ropa nueva.

—¿Por qué?

—¿Qué van a pensar el resto de madres si, de repente, abandono los jerséis de pelotillas y aparezco de Carolina Herrera?

—Por el amor de Dios, pero ¡si tienes hasta un Dolce Gabbana!

—Sí, para obtener gastos de envío gratis me tuve que gastar quinientos euros, pero venden ropa muy cómoda.

Podía escuchar a través de su respiración que no había ninguna posibilidad de que se creyera que Dolce Gabbana vendía algo cómodo.

—¿Saben mamá y Noel que tienes esto aquí?

—Ni de broma, mi marido es un fanático de ahorrar dinero, no de gastarlo, pero si sigue usando las mismas camisas de licra de la universidad. Y a mamá le daría un patatús si se entera de que estuve a punto de arruinarme invirtiendo el dinero en trapos.

—¿Te arruinaste?

—Sí, me gasté muchísima pasta y me tuvo que financiar el préstamo el despacho. Les decía que no quería ir a cenar fuera o de vacaciones para ahorrar cuando naciera Marco, pero luego me veían comprando cosas y se cabreaban, con razón. Pasé una época de muchísima ansiedad. Compraba sin que se dieran cuenta y ponía la dirección del despacho para que los mensajeros no llamasen a casa. Menos mal que con la

llegada de Marco, mi obsesión cesó, pero todo esto se quedó aquí.

—¿Y no pediste ayuda?

—Sí, fui un día a terapia.

—¿Y ya está?

—A mí me fue bien, ya estoy curada.

—Joder, Ane, ¿por qué escondiste algo así?

—No lo sé, Nina, la vida te sonríe más cuando estrenas ropa. Lo hice de manera inocente, pero después me daba vergüenza admitir que tenía un problema y más de este tipo. Está bien visto ser adicta al tabaco, al alcohol, hasta al Lexatin, pero ¿a quién conoces adicto a las compras?

—No sé, ¿Paris Hilton? Damon Albarn fue adicto a la heroína y dijo que le abrió la mente y le ayudó a ser mejor compositor. Pero creía que estas cosas no sucedían en la vida real.

—Suceden en mi vida. —La derrota en su voz era palpable.

—¿Has dejado de comprar?

—Sí, lo tengo todo controlado.

—Ane, siento decirte que el control no existe. No puedes tenerlo siempre todo controlado porque la vida puede cambiar en un segundo. Lo sé porque me ha pasado —le advertí poniéndole las manos en los hombros—. Pero ¿por qué tengo el presentimiento de que hay algo más? —Mi instinto de melliza me avisaba.

—Bueno…, más tarde descubrí que si en algunas páginas compraba al por mayor, era muchísimo más barato. —Abrió la otra puerta corredera revelando más ropa sin estrenar y comenzó a tartamudear justificándose—. Ya sabes que me gusta encontrar la mejor oferta y descubrí que otras páginas las tenían. Solo necesitaba gastar algunos cientos de euros para obtener un veinte por ciento de descuento. Además,

también necesitaba zapatos que combinaran con todo eso, ¿lo entiendes, no? —dijo con una mirada algo demente.

—¿Cuántos tienes?

—No sé, nunca los he contado.

—Que cuántos tienes —insistí.

—Trescientos veintidós vestidos, treinta camisetas, ochenta pares de zapatos y cincuenta y tres bolsos.

Mi hermana no me respondió tan solo a los vestidos, sino a todo lo que había acumulado. Así, de carrerilla.

—¡La virgen!

—Por favor, guárdame el secreto —me pidió con desesperación.

—¿A qué hora tenemos que estar en el centro comercial?

—Te estoy contando algo importante, estoy en plena catarsis, ¡hazme un poco de caso!

—Vale, lo haré si me dejas el Dolce Gabbana.

—Ni de coña.

—Te odio.

—Lo sé.

Hicimos lo de siempre: cambiar de tema, eludir el problema y seguir adelante. Todo con nuestra elegancia y sarcasmo habitual. Elegí un vestido verde con escote hasta las rodillas de Sézane. Frente al espejo me di cuenta de que debía disimular mi palidez, así que aproveché para echarme un poco de autobronceador en el pecho y la cara. Hacía tiempo que me daba igual mi cuerpo, aunque también sabía que debía empezar a cuidarlo.

Mientras me vestía, busqué en internet «adicción a las compras». Un artículo decía que el origen de este trastorno estaba relacionado con una dificultad de gestión emocional. Mencionaba que la compulsión a las compras solo era la punta de un iceberg que escondía conflictos no abordados y

que, a través de ellas, se calmaba la angustia. Mi hermana nunca había sido una rebelde, sino que disfrutaba haciendo cosas como la declaración de la renta; sin embargo, ahora era una yonqui, aunque ¿quién no lo era? Yo misma había pagado cantidades indecentes alguna vez por tener wifi. Los que trabajábamos con internet lo sabíamos. En mi caso, como escritora, al comienzo del día, me prometía a mí misma centrarme y dedicarme varias horas seguidas a escribir. Más tarde, me daba cuenta de mi fracaso, porque, sí, me había hecho con una buena documentación…, siempre que mi novela tratase sobre animalitos.

Dejamos el coche en el aparcamiento del centro comercial. Nos costó encontrar un hueco porque estaba lleno, así que tuvimos que aparcar bastante lejos de la entrada. Hacía tiempo que no veía tanta masificación, lo que me provocó cierta angustia. Por un momento pensé en marcharme. ¿Qué estaba haciendo allí? Odiaba los centros comerciales. Profundamente. Su ubicación, su forma y su fondo. Lo que representaban, la gente que iba, su olor, su música, sus pasillos, sus prisas. Odiaba todo lo que significaban y el tipo de vida que reflejaban. Los detestaba por muchos motivos. Para empezar, ¿por qué tenían que estar a las afueras? Ocupaban sitios inhóspitos y desangelados. Tampoco me gustaba esa sensación artificial, como de ocio enlatado, donde te decían cómo comprar, cómo comer, cómo ser y cómo divertirte. No entendía por qué la gente paseaba de manera circular por los pasillos en lugar de ir a un parque y caminar en una dirección. Preferían sentarse debajo de una palmera artificial antes que hacerlo bajo un árbol de verdad. Vale que la lluvia y los paraguas hacían que pasear al aire libre fuera

incómodo, pero tampoco estábamos en Quebec con cinco metros de nieve y cuarenta grados bajo cero.

De camino al encuentro con nuestros amigos, pasamos al lado de una tienda de perfumes en mitad de un pasillo. Ese tipo de establecimientos eran una trampa para mí. Solía evitar pasar cerca o establecer contacto visual con alguien que llevara tres kilos de maquillaje, una etiqueta con su nombre y una sonrisa falsa. No supe cómo lo hizo aquella dependienta, pero logró acorralarme y me roció la mano con un perfume avainillado y nauseabundo que sabía que después no podría quitarme durante días.

El recinto estaba plagado de adolescentes que iban en manadas insultándose y empujándose sin motivo. Algunas chicas debían pensar que era aceptable usar pantalones de pijama con la ropa interior por fuera. Si bien no era ninguna *fashionista*, estaba segura de que si se habían tomado el tiempo de maquillarse y hacerse tirabuzones para impresionar a Eneko, de segundo de ESO, también podrían haber encontrado un par de pantalones en su armario. Por lo demás, no representaban ningún riesgo.

Llegamos a una zona habilitada para niños con pasadizos, toboganes, una piscina de bolas e inflables. Todo perfectamente adaptado para que la descendencia de mis amigos trepase, se deslizase o se cayese. Aquel era un caldo de cultivo de gérmenes y de todo lo que me hacía sentir repulsión: los gritos, tanto de padres como de niños; el calor; el sudor o el hecho de que todos los virus de la tierra se concentrasen allí y pronto se transfiriesen a esos seres diminutos. Las posibilidades de que algo saliera mal eran infinitas: que los atropellase un carrito, que se pillaran los dedos, que tuvieran sed, hambre o que se hicieran pis (o caca) mientras un padre intentaba orientarse y corría histérico por

los pasillos en busca del baño gritando: «¡Estoy seguro de que estaba aquí! Me ha parecido ver antes un cartel». La zona de los adultos estaba justo al lado. Me puse nerviosa a medida que nos acercábamos. ¿Con qué tipo de amigos iba a reencontrarme que querían celebrar el cumpleaños de su hija en ese lugar? Nadie podía disfrutar allí, era literalmente imposible. Me acerqué la mano a la nariz. El maldito olor a vainilla seguía ahí. Era asqueroso y adictivo.

Cuando llegamos, saludé primero a Iñaki, Ainhoa, Sara y Josu, que me recibieron con cariño, después al resto, con quienes había coincidido en otros eventos. Todos allí eran parejas con hijos y los que no los tenían, intentaban tenerlos. Me sorprendió el escáner sin perdón al que me sometieron al verme. Ellas desprendían un mareante candor y una asquerosa inocencia. Ellos apestaban a mediocridad. Me fascinaba la manera en la que interactuaban unos con otros. Cuando éramos jóvenes, nos juntábamos en una especie de reunión de camaradas sindicalistas. Nos escuchábamos, nos aconsejábamos y nuestras historias nos iban uniendo cada vez más. Ahora, incluso con las nuevas parejas que se habían incorporado al grupo y sus respectivas nuevas historias, sus conversaciones eran todavía más triviales. Ellas hablaban de guarderías y maternidad y ellos intentaban buscar alguna coincidencia de vida o de opinión y aprovechar esa conexión para entablar conversación, sin necesitar hacer ningún esfuerzo para conocer a su interlocutor. «Yo estudié en los jesuitas». «¡No fastidies! Mi cuñado también. ¿De qué año eres?». «Del ochenta y cinco». «¿No conocerás a Martín?». «¿Martín? No me suena». «Sí, hombre, sí, “el Piru”». «Claro, ahora sí, salió con mi prima». «No me digas, pues dicen que van a derribar el edificio». «¿No jodas? ¿Y qué van a hacer?». «Un centro comercial». «Pues habrá que ir». En Madrid se

empezaba una conversación preguntando: «¿A qué te dedicas?», pero allí los lazos entre las personas dependían del colegio en el que habías estudiado.

Trini y yo éramos las únicas que acudimos sin pareja. Cuando me vio, me separó del grupo y me dijo que se sentía fuera de lugar. Llevaba un pintalabios morado y se había recogido el pelo en un moño muy tirante que le hacía un efecto lifting, quizá porque lo llevaba muy peinado o por el acentuado *cat eye*. Trini se arreglaba mucho y se hacía ese tipo de peinados cuando no daba tiempo de lavarse el pelo. Me contó que la noche anterior había terminado en una discoteca con unos amigos. También que estuvo llamando a René toda la noche sin obtener respuesta y que le preocupa que hubiera quedado con alguien.

No me consideraba asocial, simplemente disfrutaba haciendo cosas por mi cuenta. Para mí, quedarme en casa era garantía de un buen plan: podía leer, ver una serie, darme un baño o prepararme algo rico. Lo irónico era que, incluso como ermitaña, me gustaba que me invitaran a saraos y agradecía a cualquiera que hiciera el esfuerzo de organizarlos, pues no me sentía cómoda siendo la anfitriona. Admitía que una vez ahí resultaba más carismática y agradable de lo que cabría esperar, como si se encendiera mi chispa sociable. Solicitaba opiniones o hacía preguntas acerca del último destino de unas vacaciones o sobre los vecinos. A todo el mundo le gustaba hablar de sus horribles vecinos.

—Hola, Nina. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, ¡cuánto tiempo! —afirmé a la vez que le daba un abrazo a esa desconocida.

—Me dijeron que ibas a venir y soy muy fan —dijo aquella mujer mientras me tendía un ejemplar de la novela.

—Qué ilusión.

—¿Se lo podrías firmar a Mercedes? —El nombre con letras de oro en su cuello me asaltó a mano armada—. Yo soy Mercedes.

—Claro.

—Me gustaría saber qué le pasa finalmente a la protagonista, ¿se queda con su trabajo o se va a otro? ¿Habrá segunda parte?

—Bueno, eso es algo que todavía no he decidido —contesté cordial.

—Espero que no te moleste, pero le digo a todo el mundo que éramos superamigas. —La miré intentando buscar en todos los cajones de mi cerebro cuándo la había visto—. En la guardería, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, sí —mentí.

Entonces caí. Mercedes era amiga de Ainhoa. Habíamos coincidido en algún cumpleaños, en el que me había contado que fuimos juntas al jardín de infancia. Era la típica chica callada y retraída que sacaba buenas notas y tenía la vida planificada con diez años. Sus padres decidieron por ella cuál sería su casa, su profesión y su manera de vivir. Había envejecido mucho y parecía mayor, pero su vestido con grandes cuellos blancos le otorgaba un aire infantil. Era como una señora que fingía ser una niña.

Un grupo de mujeres muy parecidas a Mercedes se acercó donde estábamos con unas copas de vino, entre ellas estaba Ainhoa.

—Nina, ya te lo he dicho antes, pero qué ilusión que hayas venido. Cómo estás de cambiada, ¡pareces otra persona!

«A lo mejor lo soy». Lo pensé, pero no lo dije.

—¿Tú eres la de Madrid? —preguntó otra mujer.

—Creo que sí.

—No sé cómo puedes vivir allí, con tanta gente y tanto

ruido, yo no podría.

—Tienes razón, esto es mucho más tranquilo —dije elevando el tono de voz por encima del barullo.

—¿Verdad que sí? —contestó sin reparar en mi sarcasmo—. Hay más calidad de vida.

—No se puede comparar.

La calidad de vida, el Santo Grial de la gente de provincias, que despreciaba las grandes ciudades y las reducía a lugares donde ir de compras o para ver musicales como *El Rey León*. Como sociedad rechazábamos el esnobismo en todas sus formas, excepto el más popular: el esnobismo inverso, que afirmaba que en los lugares pequeños, la gente era más honesta, más trabajadora y, en general, mejor que en los grandes. El mito de la virtud rural y el vicio urbano era más antiguo que la Biblia.

—El otro día pusimos la tele para ver si te veíamos en *El Hormiguero* —agregó Ainhoa.

—Pero yo no salgo en la tele, soy escritora.

—Bueno, no te preocupes, algún día saldrás —afirmó emocionada—. ¿Y qué es de tu vida? Ya no quieres saber nada de los de aquí.

—No es eso, mi trabajo no me permitía venir demasiado, pero ahora me he instalado una temporada en casa de mi madre.

—¿Y tu chico?

—No tengo chico.

—¿Tampoco hijos?

—No —dije mientras me olía la mano.

—¿Por qué? Si es porque no puedes te puedo recomendar una clínica a la que fueron mi prima y su marido. Les costó una pasta, pero a los dos meses estaban embarazados.

Nadie le preguntaba a una mujer por qué sí había decidido

tener hijos. Yo sencillamente no me había planteado tenerlos, igual que tampoco me había planteado estudiar chino; sin embargo, me sentía juzgada por ello.

—Con lo que tú vales —anunció, como si la valía fuera sinónimo de maternidad—. ¿Es por lo de tu padre? Quizá tengas algún trauma.

—¿Cómo? No…

—O quizá te han roto el corazón. ¿No serás lesbiana? No es que tenga nada en contra de ellas; de hecho, tengo una tía lesbiana.

—Supongo que simplemente no lo tengo claro —zanjé.

Parecía que les valiera cualquier motivo externo, pero no la posibilidad de que no quisiera tenerlos. Me hubiera gustado saber a cuántos de los hombres sin hijos que había en aquella reunión se lo habían preguntado.

—En unas semanas nos vamos de despedida de soltera, ¿por qué no te vienes? Así dejas de preocuparte —añadió.

—No estoy preocupada.

—Pues así te despejas un poco. Mercedes es la única que falta por casarse. Bueno y Trini y tú, pero ya os hemos dado por perdidas —lo dijo sin ninguna intención de ofender—. Además, el novio de Trini primero tendría que hacer la comunión.

Todas se rieron al unísono.

A Ainhoa la conocí el primer día de instituto. Me ofreció compartir un Bollycao durante el descanso y desde entonces nos hicimos amigas. Era la típica estudiante rebelde, popular y de sobresalientes a la que querían parecerse las chicas y con la que deseaban salir los chicos. Decía que quería probarlo todo, conocer gente, recorrer el mundo y que nunca se casaría. Hasta que conoció a Iñaki un año más tarde y empezó a tomar las decisiones más convencionales de todas.

Estudiaron juntos la carrera, la terminaron, se casaron, se compraron una casa y tuvieron tres hijos. Siempre decían que no tenían un duro, pero yo sabía que eran unos ratas, pues ambos tenían buenos puestos en un banco. Llevaban horarios muy estrictos, habían dejado el alcohol entre semana y presumían de veranear en Gandía.

No me reconocía en esas mujeres. Aunque probablemente ellas tampoco se reconocieran en mí. Mujeres que ocupaban el lugar del complemento, del adorno, en su vida en pareja. Que se encontraban como seres alienados repitiendo lo mismo todos los días sin preguntarse si era lo que querían. Que confundían rutina con seguridad y permanecían silenciosas y sin quejarse en su día a día. Que vivían por y para sus hijos, los apuntaban a actividades extraescolares, los llevaban a merendar tortitas, los bañaban por la noche y, si no cenaban, los amenazaban con «o te quedas sin loquesea». Cuyos únicos placeres consistían en asistir a cumpleaños, ir de compras, acudir a pilates o hacerse las uñas. Cuya belleza radicaba en la armonía entre parecer perfecta y sumisa. Incluso en su aspecto se parecían, el color de sus mechas, el maquillaje natural que simulaba una juventud impostada, las medias oscuras. Que entre ellas se llamaban amigas, pero su relación era tan superficial como necesaria y siempre vinculada a los hijos o sus parejas. Un colectivo donde la disidencia femenina no se aceptaba, mientras la masculina se veía como ingeniosa. En resumen, unas pasivazas de flipar.

Salí a la calle para darle unas caladas al váper y allí me encontré con Sara y Josu. Eran la única pareja con la que no me sentía una extraña y con la que me seguía divirtiendo. Juntos habíamos pasado algunas de las noches más locas de mi vida, como cuando nos fuimos a las fiestas de un pueblo del Baztán y dormimos dos días seguidos en su Seat Panda. O

cuando probamos unas setas alucinógenas y acabamos bañándonos desnudos en el río en noviembre. Me ofrecieron con discreción un porro y algo de cocaína, pero rechacé la oferta con educación. Según me contaron, era la primera salida sin su hija en trece meses, pues hasta entonces Sara le había dado el pecho y, ahora que ya no lo hacía, querían recuperar el tiempo perdido. O más bien la fiesta. Me confesaron que acababan de echar un polvo de reconciliación en los baños del centro comercial —la valentía era fácil cuando estabas drogado— y que, desde que eran padres, nunca habían sido tan felices, tan dichosos, tan brillantes… Repetían en bucle la frase «qué afortunados somos». No pude evitar sentir compasión por ellos, pues los conocía y sabía cómo acabarían al día siguiente con la semana laboral asomándose en el horizonte. El lunes, ambos deprimidos, se arrastrarían al trabajo tomando cafés triples y fingiendo ante los amigos que habían tenido un fin de semana tranquilo en familia, pero por dentro sentirían ansiedad, tristeza y culpa.

Poco después me acerqué a una de las mesas donde, entre cervezas, platos de croquetas y huevos revueltos con chistorra, mi hermana le daba el biberón a Marco.

—¿Ya ha terminado tu momento de gloria? —espetó.

—¿A qué te refieres?

—Te he visto firmando libros.

—Sí, un par de chicas han traído *Peculiar* para que se lo dedicase, ¿no es increíble que después de tanto tiempo la gente se siga acordando?

—Y tú encantada, claro —contestó con hostilidad.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre te ha gustado ser el centro de atención.

—Eso no es cierto —respondí molesta.

Decidí dejarlo pasar y no entrar al trapo, pues sabía, por

experiencia, que la discusión se nos podía ir de las manos, así que seguí a lo mío.

—No imaginas lo que me acaban de contar Sara y Josu, que han follado en el baño. Les he preguntado si lo hacían habitualmente y me han llamado ingenua por pensar que el sexo es algo frecuente en una relación tan larga. De verdad, no entiendo nada.

—Quizá no tendrías que esforzarte tanto en entenderlos —dijo Ane sin dejar de mirar a Marco succionar el biberón.

—Y esa chica, Mercedes, me ha hablado bastante tiempo sobre su perro muerto.

—Eso te pasa por hacer tantas preguntas.

—Pero ella parecía querer hablar del tema. Era imposible que yo hubiera incluido a un chihuahua muerto en la conversación. Después creo que se ha molestado y se ha marchado llorando.

—A veces deberías pensar antes de hablar.

Me replicaba con la pasividad de alguien que llevaba repitiendo esas frases durante años. Y, por mucho que me molestaran, tenía razón. Quizá por eso me incomodaban tanto.

—Por no hablar de Iñaki y Ainhoa, que me han hablado de su nueva casa y de su aburrido primo soltero durante casi una hora. ¡No podía más! Me daban ganas de decirles: «No pienso quedar con vuestro primo a menos que sea un consultor financiero que actúa como *drag queen* nocturno». Y después me han enseñado interminables fotos de sus hijos. Por favor, dime que todo esto mejora.

—Anda, calla y aparca un rato tus prejuicios, que va a empezar el espectáculo de Noel —dijo dando por terminada la conversación.

Definitivamente no, no tenía pinta de mejorar, salvo si por

mejorar se entendía que iban a sacarme los ojos con cucharillas. Incluso eso lo hubiera agradecido para evitar presenciar un espectáculo de magia amateur. Quizá mi hermana tenía razón y detrás de aquella carga de ironía y sarcasmo se escondía un miedo real a no ser aceptada de nuevo. Noel se encontraba apartado del grupo ultimando los detalles para comenzar la función. Corría de un lado a otro moviendo mesas, poniendo manteles y sacando barajas de cartas de una maleta. Iba vestido con unos vaqueros, una camisa azul y una americana. No había añadido ningún complemento a su indumentaria, ni un sombrero ni un pañuelo… Nada, lo que validaba mi teoría de que los magos eran unos vagos. Realizaban los mismos trucos una y otra vez y no los actualizaban ante su audiencia. Mientras sus juegos permaneciesen en secreto, podían repetir el mismo espectáculo hasta que se retirasen y, además, vistiendo siempre exactamente igual. ¿En qué profesión se podía hacer eso?

Apareció empapado en sudor y, agitando la mano, dijo: «Aquí es donde sucede la magia». Estaba segura de que había sacado esa frase del neón de un restaurante. Los niños corrieron para colocarse alrededor de la mesa. Noel tenía preparados varios trucos, uno con un clavo, otro con cartas y uno con una cuerda. Ninguno de aquellos objetos era inmune a sus manos. Tenía los dedos largos y unos pulgares enormes, tanto que apenas podía cerrar las manos con ellos dentro. Más que un mago parecía un contrabandista. Hasta él mismo se autodenominaba «estafador honesto», un oxímoron. ¿Cómo podía ser honesto un estafador y en qué se diferenciaba de un mago? ¿Qué diablos era eso?

Comenzó con el truco del clavo en la nariz. Todo el mundo le había visto arrasando con la comida, así que todos los ojos

estaban puestos en él cuando se introdujo un enorme clavo en la nariz y le dio golpes con un martillo. Sabía que Noel tenía problemas crónicos de sinusitis. La multitud jadeó de alegría y los niños se pusieron a aplaudir. En cuanto lo tuvo dentro, se lo sacó muy despacio. El clavo apareció finalmente cubierto con una enorme capa de mocos. Estornudó y un chorro de velas nasales voló sobre la mesa y los niños. Una madre gritó al verlo. Fue un verdadero desastre, aunque reconozco que resultó fascinante ser testigo de algo así.

La audiencia estaba bastante asqueada, así que se decantó por los trucos de cartas. Para ello, solicitó la ayuda de alguien del público. Yo levanté el brazo para pedirle una cerveza al camarero y Noel pensó que me ofrecía como voluntaria. Una vez en escena, me pidió que escogiera una carta de la baraja, así lo hice. Después me preguntó si quería cambiarla. Lo pensé por un segundo y contesté que no. Cuando un mago te preguntaba si querías cambiar la carta que acababas de elegir no podía esperar que dijeras que sí. El razonamiento era bastante simple: tú, la voluntaria, querrías parecer asertiva frente a la audiencia, no como una perdedora que ni siquiera podía decidir sobre algo tan trivial como elegir una carta. Noel pasó varios minutos tratando de persuadirme para que cambiara de opinión. Me sentía mal por él, así que al final cedí, le dije que sí y saqué otra. Las mezcló, las dejó en un único montón y me dijo que pensara en esa carta. A continuación me pidió que soplara, a lo que me negué. ¿Estaba en un show o en un control de alcoholemia? Emocionado, me hizo levantar la primera carta y me preguntó si esa era la que había elegido. No lo era. Sin embargo, dije que sí, pues no quería hacerle quedar en evidencia. Noel sonrió en silencio y todo el mundo nos despidió con una gran ovación. Me pregunté si aquella actuación le habría cambiado

la vida a alguien. Si después alguna de esas madres le diría que gracias a él había dejado de tomar Prozac o había decidido viajar al Tíbet. Seguramente no. Recogió enseguida metiendo el material en la maleta. Seguía sin dejar de sudar, y decidí echarle una mano colocando las mesas en su sitio.

—Gracias, Nina. Se te da muy bien la magia —afirmó.

«¿Magia? Magia de qué. ¿Coger una carta y adivinar que es el tres de bastos es magia? ¿Sabes lo que es magia? Que no haya salido corriendo al ver tu truco».

—El mérito es tuyo —respondí para darle confianza.

—La verdad es que no me vendría mal una ayudante.

—Uy, no. Esto no es lo mío.

«¿Ayudante de mago? El único truco que me creería es que cogieras mis ganas de vivir y las hicieras salir de una chistera, pero sacar una moneda de una oreja… Sácame un préstamo o un alquiler. Preferiría quedarme en el paro toda mi vida o incluso trabajar en el infierno antes que con un mago».

—Como quieras, aunque si cambias de opinión iríamos a medias, así yo podría organizarme mejor y tú ganar un dinero.

—Te lo agradezco, pero por ahora prefiero centrarme en escribir.

«Centrarme en escribir. Pero qué falsa soy. No puedo centrarme en absolutamente nada en estos momentos».

Volví a mi sitio, me apoyé en el respaldo de la silla y me bebí la cerveza de un trago. Había salido voluntaria en un espectáculo de magia. Ahora ya sí que nada podía ir a peor. Cogí la cerveza que alguien había dejado en la mesa y también me la bebí. Me atraganté y parte de ella empezó a resbalar por mi pecho a la vez que se mezclaba con el autobronceador. Se formó así una textura pringosa que se quedó incrustada en el vestido. No podía ser. Estaba teniendo

una alucinación provocada por tanto barullo. ¿Qué hacía él allí? Busqué la mirada cómplice de Trini al otro lado de la mesa que negaba en silencio con la cabeza y la boca abierta en señal de sorpresa. Si algo estaba aprendiendo de aquella etapa de mi vida es que todo siempre podía empeorar.

Observé la figura corpulenta de Mikel acercándose a lo lejos. Lo recordaba más alto. Estaba más delgado desde la última vez que lo vi. Siempre fue blando y con los mofletes redondos, como un oso de peluche, pero el deporte y un estilo de vida más saludable habían hecho que se le afilaran el cuerpo y los rasgos. Ahora tenía barba y había sustituido su corte de pelo clásico por una melena, que acentuaba sus rizos castaños y despeinados, con los que parecía que acabara de bañarse en el mar. Mikel era seguro y reconfortante. Tenía la empatía de alguien que sabía ganarse a la gente haciéndola reír y el carisma con el que nadie se atrevería a hacerle una broma en un bar. Levantó la mirada con sus ojos oscuros y fríos y sonrió al reconocerme.

Traté de esconderme detrás del carrito de Marco, pero gritó mi nombre lo bastante fuerte como para que no pudiera fingir que no lo había escuchado. Aceleró el paso hasta llegar donde estaban los demás y les saludó. Después hizo una carantoña a Marco y vino hacia mí para darme un abrazo torpe. El jaleo cesó por un instante y todas las miradas se concentraron en nosotros. El encuentro de dos personas que habían sido pareja era lo más emocionante que había pasado allí desde que abrió El Corte Inglés.

—¿Intentabas huir de mí?

—Supongo que sí —confesé.

—Venga, te doy unos segundos para volver a esconderte —respondió chocando su hombro con el mío—. Qué pequeño es esto, ¿verdad?

—Ni te lo imaginas.

—Qué pasa, ¿no te ha hecho ilusión verme?

—No sé si ilusión es la palabra —contesté.

—Pues a mí siempre me alegra verte —respondió con picardía.

Teníamos la confianza de quienes habían compartido colchón, pero todavía me costaba entrar en ese juego, así que esbocé una sonrisa y bajé la mirada mostrando mi incomodidad.

—Me han dicho que has dejado Madrid.

—Las noticias vuelan. Sí, he venido a pasar un tiempo con mi familia.

—¿Cómo está tu madre? A tu hermana la veo más a menudo.

—Bien, ya la conoces, cada vez más mayor y más neurótica, pero acabará bailando sobre nuestras tumbas.

Sonrió.

—El tiempo, al final, pasa para todos.

—Supongo —contesté acomodándome en la silla mientras intentaba que no me notara el temblor en la voz.

Conocí a Mikel en la universidad. Coincidimos en clase de Historia de la Literatura. Yo la elegí por vocación y él porque había escuchado que era fácil. Compartíamos la pasión por la música, el gusto por la comida y la ausencia de un padre en nuestras vidas. Yo le introduje en mi grupo de amigos, con el que nos divertíamos mientras aprendíamos a ser adultos, explorábamos el sexo y sufríamos las resacas universitarias. Fuimos la primera relación seria de cada uno y, para mí, el tipo de primer amor con el que aprendí a dejarme llevar, unas veces convencida y otras, aterrada. Continuamos juntos hasta el último año de carrera, el conformismo hizo que estirásemos la relación más de la cuenta. Él se pasaba horas jugando a

videojuegos o tirado en el sofá. Eso me permitió centrarme en escribir *Peculiar*, pues salvo el tiempo que compartíamos con nuestros amigos, no pasábamos tiempo juntos. Cuando soñábamos con el futuro, yo aspiraba a vivir aventuras y viajar por el mundo y él solo quería esperarlo tranquilo en una casita con jardín.

Antes de marcharme a Madrid le escribí una carta de despedida de cinco páginas y se la dejé junto a un CD de Jamiroquai en el buzón de su casa. Me pasé los días siguientes esperando a que me llamara, pero nunca lo hizo. Solo me llegó un sms agradeciéndome el CD, ni siquiera mencionó la carta. Supongo que ahí terminó nuestra relación. Yo le abrí mi corazón y él me dio las gracias por un CD de tres mil pesetas.

En la ficción, un gesto romántico solía funcionar siempre, pero a mí me falló en la vida real. Lo que hacía que las historias de las novelas fueran mágicas no era que pasaran cosas increíbles, porque en el mundo real también sucedían, sino que terminaran cuando ocurría eso que era increíble. Mikel y yo no éramos personajes de ficción, sino personas normales que decidimos tomar rumbos distintos. Y así terminó nuestra historia, sin créditos ni rótulos de «The end» ni páginas finales de agradecimientos, sino con algunas lágrimas y una leve amistad que se sostenía a través de conversaciones triviales. Él se quedó con mi grupo de amigos y yo me distancié. No le guardaba rencor, pues había personas que pasaban por tu vida para mostrarte lo que no querías. Aquellas de quienes te alejabas para sentirte más ligera. Se iban y se convertían en recuerdos mientras una recuperaba la luz.

Desde entonces, siempre fantaseaba sobre cuándo volveríamos a vernos. En mi fantasía, yo sería una escritora

de éxito en el momento cumbre de mi carrera, llevaría un vestido dorado y botas por encima de la rodilla. Nos encontraríamos en la calle. Yo caminaría cogida de la mano de alguien famoso a quien él reconocería y después se quedaría abatido pensando en lo que había perdido. En lugar de eso, estaba en ese odioso centro comercial y llevaba mis antiguas botas militares y manchas de autobronceador en la ropa. Tal vez el universo me estaba castigando por desear cosas tan sombrías a alguien que me había hecho feliz durante un tiempo.

«¿Cómo va todo?, ¿dónde vives?, ¿adónde fuiste en tus últimas vacaciones?»… Disparé mi lista de preguntas como con ametralladora para evitar el asunto del trabajo, pues ese tema no aparecía en mi fantasía. Mikel era informático y estaba todavía en la misma empresa en la que empezó cuando terminó la universidad. Me contó que era feliz con la rutina, trabajaba, hacía deporte, ahorraba y después se daba algún capricho. No tenía grandes planes o aspiraciones, porque no necesitaba nada más. Llevaba una vida simple y, aunque soñaba con ser profesor de surf y marcharse a la costa, le bastaba con hacer alguna escapada de vez en cuando. Me dijo que estaba tranquilo y para él eso era sinónimo de felicidad. Yo le respondí que creía que se había instalado perfectamente en la edad adulta.

Sus fotos de Instagram, a las que había recurrido en más de una ocasión, más por curiosidad que por necesidad, no capturaban bien las incipientes canas, las arrugas o los pliegues de su piel. Me fastidiaba lo atractivo que estaba, en una mujer seguramente hubiese despreciado el paso de los años y después habría comentado que estaba desmejorada… porque para colmo yo formaba parte de un género que todavía luchaba con la contradicción de ser a la vez víctima y

verdugo. Los dos charlamos acomodados en un extremo de la mesa, mientras los demás acompañaban a sus hijos a trepar por aquellos columpios maquiavélicos. Le hablé de mi vida en Madrid, aunque omití el despido y le mentí diciendo que me había tomado un tiempo para escribir otra novela. Mentí de manera inconsciente, casi automática. Era como me había enseñado a ser una sociedad que no hablaba con naturalidad de las desgracias. Me preguntó si quería tomar otra cerveza y le contesté que sí.

—Doble, ¿verdad? —preguntó sin esperar una respuesta.

Cuando se levantó, me di cuenta de que estaba nerviosa. Saqué el móvil y vi un mensaje de Trini: «Me marcho, estoy muerta y no aguanto más a estas petardas, pero no te quiero interrumpir. Han abierto un restaurante nuevo en el centro. Escríbeme esta semana y vamos. Por cierto, querré detalles. ¡Te quiero!».

Mikel se acercó con dos jarras de cerveza.

—Gracias.

—No hay de qué. No todos los días se encuentra uno con su guapísima ex.

Mikel me lanzó una serie de piropos torpes, espontáneos y un poco imprudentes, que no entendía muy bien por qué me estaban gustando. Ambos hablamos sobre relaciones y exparejas con bromas que, en realidad, no tenían ninguna gracia, pero que nos permitían contar anécdotas picantes y subir el tono de la conversación. Le pedí que me acompañase fuera a fumar. Sacó el tabaco de liar de su cazadora y me preguntó si quería uno. Le dije que hacía tres años que no fumaba tabaco. Mientras yo hablaba, él se liaba con destreza el cigarro y, cuando pasó la lengua por el borde del papel de liar, me miró fijamente a los ojos. Noté que las rodillas me fallaban. En ese momento sentí una extraña conexión con él,

entre nueva y familiar, entre la fascinación y el temor. Fue como activar un vínculo con ese hombre que me conocía tanto y a la vez me resultaba tan desconocido. Quería decírselo, pero en lugar de eso volví a olerme la puta mano y le di una calada al váper para entrar en calor. En un alarde de masculinidad, se quitó la cazadora y me la echó por los hombros.

—Gracias, caballero —contesté.

¿Caballero? Sin duda, alguien había poseído mi cuerpo y hablaba por mi boca.

—Que te llamen caballero hoy en día es casi un insulto.

Solté una risa tan forzada como su burla del patriarcado. Sabía que ese gesto era parte de un juego al que llevábamos jugando desde que nos habíamos encontrado. Él iba tachando de una lista todos los estereotipos de género, pero yo no podía decir nada porque llevaba un vestido tan escotado que creía que en cualquier momento mis tetas iban a echar a andar, aunque tenía que reconocer que mis pezones nunca me habían guiado mal. Me observaba desde fuera de mi cuerpo riéndole las gracias a mi ex al doble del volumen de lo que solía hacerlo. Era un cuadro. Por supuesto que una parte de mí quería decirle que estaba loco si pensaba que después de tanto tiempo tenía alguna posibilidad y que sus alardes de masculinidad no iban a funcionar. Pero por otra, me gustaba que mostrara interés y me subía mi dañada autoestima. Quizá el patriarcado era como mi autobronceador: en pequeñas cantidades podía realzar la situación, pero en cantidades mayores, ahuyentaría a cualquiera. Regresamos dentro, donde el grupo ya se estaba despidiendo. Debían de ser las diez de la noche. Mikel me preguntó cómo volvería a casa y le contesté señalando a mi hermana.

—¿Sigues teniendo el mismo teléfono? —lo recitó de

memoria.

—Impresionante.

—¿Te importa si te escribo?

—Solo si lo haces sin faltas de ortografía.

Me devolvió una sonrisa abierta y franca.

—Me alegro de haberte visto, Nina. Es como si no hubiera pasado el tiempo.

Le devolví la cazadora y se la puso de nuevo. Después nos dimos un abrazo torpe para despedirnos y mi barbilla chocó con su hombro. Al parecer nos habíamos olvidado de las dimensiones del otro. Quizá también estábamos un poco contentos.

Gracias a que Marco no paró de llorar durante el trayecto de vuelta a casa, Ane y Noel no me sometieron al tercer grado y subieron desesperados directamente a su piso. Entré a mi habitación como si fuese la de un hotel. Me quité las botas y dejé la ropa repartida entre el suelo y una silla. Abrí la cristalera para darle las últimas caladas al váper. La ventana estaba abierta de par en par, como mi vida, y dejé que la brisa me acariciara. El silencio de la noche adornaba los tejados de las casas y del cielo colgaban cientos de lucecillas tintineantes, como los farolillos de las verbenas.

Mientras expulsaba el humo reflexioné en que en el pueblo se respiraba una especie de optimismo naif que no entendía. No sabía dónde había surgido, pero se había expandido por todas partes como un manto de locura e inundaba todas las conversaciones. La familia, bien; el trabajo, bien; los hijos, bien. Nunca lo había experimentado de una manera tan intensa, pero me parecía un fenómeno inquietante. No me creía que no hubiera algo de falsedad y que allí simplemente la gente fuera feliz.

Me planteé hacer una foto del cielo negro desde allí y

subirla a *stories*, pero me sentí ridícula. ¿Acaso a alguien de mis contactos le importaría el pantone estrellado del cielo? Justo entonces apareció una estrella fugaz. «Corre, Nina, pide un deseo», me dije. Y a mi subconsciente solo se le ocurrió cantar «All I Wanna Do» de Sheryl Crow. «Venga, un deseo, ¡vamos!». Pensé en que, en realidad, tampoco estaba tan mal. Que quizá todo era cuestión de perspectiva y que no necesitaba una soga al cuello para darme cuenta. Que al final todos queríamos lo que no teníamos porque teníamos lo que no queríamos, aunque tampoco sabía qué quería. Quizá tampoco sabía a quién.

Desde aquella ventana y bajo las estrellas, me sentí diferente. Aquel encuentro con Mikel se podría quedar en nada o convertirse en algo más, pero solo había dos maneras de reencontrarse con un ex, la que dolía y la que dolería más adelante. Tenía claro que podía huir de una ciudad, de una situación o de un trabajo, pero de algunas cosas era difícil huir. Volvían y te encontraban de todos modos.

9

Las campanas me despertaron temprano. Allí, ni ellas respetaban mi intimidad. Miré el móvil. Marcaba las siete en punto. Tenía una notificación de Instagram con un *like* de Mikel a una foto mía de 2019 y un wasap que me había enviado a las dos de la mañana. Me pregunté qué le habría impulsado a escribirme, el aburrimiento, la soledad, un calentón, la necesidad de un poco de atención o quizá el inexplicable e irracional deseo de crear de nuevo el caos en mi vida. Dudé si abrirlo, pues la realidad me parecía demasiado insoportable sin café, pero al final sucumbí. «¡Pequeña! Qué ilusión encontrarte hoy. Supongo que tendrás la agenda a tope, pero me encantaría invitarte a un vino y brindar con calma. ¿Cómo tienes estos días?». Aquel «pequeña» me transportó a nuestra época juntos y todavía no sabía si me gustaba o me disgustaba. Salí de la cama somnolienta, dispuesta a ducharme e ir a alguna cafetería desde donde buscar trabajo en compañía de un buen café. Abrí la puerta del baño contiguo a mi habitación y me encontré a mamá sentada en la taza del váter.

—Joder, mamá —dije cerrando de golpe la puerta.

—¡Buenos días a ti también, cariño! —respondió desde dentro.

—Podrías por lo menos echar el pestillo.

—Estoy en mi propia casa, no en un piso de estudiantes. Da gracias a que no he dejado la puerta abierta —replicó.

Abandonó el aseo una vez tiró de la cadena.

—Todo un detalle por tu parte.

Me observé despacio delante del espejo. El mismo aspecto que el día anterior, ni más ni menos. Pensé que sin la contaminación de la gran ciudad, tendría otro semblante, pero no noté que la piel resplandeciera más, que el pelo me brillara o que los dientes se hubiesen alineado totalmente por el simple hecho de estar allí respirando aire puro. No. Nada de nada. Acerqué la cara al espejo para observar cada una de mis arrugas, que me hacían recordar todo aquello que deseaba olvidar. Tenía las ojeras marcadas, se me estaba cayendo el pelo y mis cejas se habían vuelto cóncavas debido a la preocupación. Me había acostumbrado a verme mal.

—Mamá, ¿crees que debería ponerme bótox?

—Yo creo que sí.

Había entrado de nuevo al baño y me estaba dando un beso en la mejilla.

—Se supone que deberías disuadirme, no animarme.

—¿Por qué? A partir de una edad los cuidados extras requieren esfuerzo —dijo sentada de nuevo en el váter para ponerse las zapatillas de deporte.

—¿Esforzarse a base de toxinas?

—No hace falta que te pinches. No sé tú, pero yo me siento insultada cuando una famosa dice que duerme ocho horas, que tiene buena genética o que bebe dos litros de agua al día cuando le preguntan qué hace para estar tan estupenda.

No paraba quieta, se miraba en el espejo mientras se peinaba, coqueta.

—Tienes razón, como si por beber mucha agua y dormir bien se alisaran las patas de gallo y desaparecieran las manchas —confirmé.

—Pues eso. La gente debería reconocer lo que se hace. Yo, por ejemplo, me pongo pestañas postizas y si algún día me

someto a algún retoque, quiero que se me note, como a Meg Ryan.

—Venga ya, mamá, no fastidies, qué horror.

—¿Qué pasa? —contestó ofendida.

—Pues que a Meg se le ha ido la mano hasta no parecer ella. No le ha quedado nada natural.

—O sea que para ti, la cuestión está en estar guapa sin que parezca que te has esforzado, ¿no?

—Supongo que sí —respondí.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¿Por qué?

—Porque por un lado está mal visto estar flácida y arrugada, pero por otro está igual o peor corregirlo.

—Hoy en día, la belleza es retorcida —afirmé.

—Lo único que digo es que se nos critica por tener granos, michelines y varices, pero si los corregimos, debe ser de manera natural, que no se note.

—Eso es.

Mamá se calló durante un momento con el ceño fruncido, lo que acentuaba las arrugas de su frente.

—¿Te refieres a que si se nos nota el bótox nos sentiremos más plenas y armónicas? —continué.

—Nina…

Parecía molesta porque no la entendiese.

—Mamá, intento seguirte.

Su boca emitió el sonido seco que se producía al separar la lengua del paladar y se volvió para hablar conmigo frente a frente y no con el reflejo del espejo.

—Lo que te digo es que hagas lo que te dé la gana porque te van a juzgar de todas formas. Lo importante es que te sientas bien, no que lo parezcas, da igual el cómo. Haz deporte, escribe, ponte bótox, maquíllate, muévete, pero haz

algo. Solo hoy serás más joven que mañana y de lo que lo serás nunca.

—Tienes razón. En realidad, me alegro de no ser famosa.

—Pues yo no. Los famosos tienen como mínimo diez baños en casa. A mí me encantaría que lo fueras y que cuando te preguntasen qué haces para estar tan estupenda, dijeras que machacarte en el gimnasio, evitar tus postres favoritos y pincharte. Sería triste, pero mucho más sincero.

—No, a ti lo que te gustaría es que explicara que es genético —bromeé.

—Bueno, pero esforzarse siempre es elegante, ¿no crees? —dijo retocándose las cejas.

«Esforzarse siempre es elegante», repetí en mi cabeza. Nunca había entendido a mamá. Ella era una cosa y la contraria. En todo. Siempre. Esa contradicción era lo que la hacía tan especial. Quizá tenía razón y debía preocuparme por mí y por mi cuerpo. O quizá la solución estaba en aplicar un poco de bótox o simplemente una capa de rímel más negra que las ruinas carbonizadas de una civilización. Me miré de nuevo en el espejo. No había nada más emocionante que salir al mundo perseguida por una global ineptitud, pero con un rostro perfecto. Un rato después, Ane bajó por las escaleras y se unió a nuestra conversación en el baño, sentándose en el borde de la bañera.

—¿Te has pensado la oferta de Noel? —preguntó.

—¿Qué oferta? —contesté desubicada.

—La de ser su ayudante.

—¡Qué buena idea! —respondió mamá.

—Sabéis de sobra que no me gusta la magia.

—A nadie le gusta trabajar, sino el dinero —dijo Ane mirándose las uñas.

—¿Por qué no te animas?

—Puede ser divertido. Me ha preguntado si os veis esta tarde para ensayar algunos trucos.

—Me lo pensaré.

Quizá debía darle una oportunidad; al fin y al cabo, no tenía un duro y cualquier ingreso me vendría bien.

—Por cierto, ¿qué tal ayer con Mikel? —me preguntó, interesada, mi hermana.

—Bien —respondí parca.

—¿Estuviste con él? —Mamá estaba superatenta, con la antena puesta—. No me habías dicho nada.

—Sí.

—¿Está con alguien?

—Que yo sepa no —confirmó Ane.

—¿Cómo lo sabes? —No pude contenerme.

—Porque Noel y yo cenamos con él y su ex antes de enterarnos de que lo habían dejado.

—¿Cuándo fue eso? —indagué.

—Hace un par de meses.

Aunque no tenía motivos, eso me molestó. Sabía que Noel y Mikel seguían siendo amigos y que no habían dejado de verse desde que rompimos, pero que mi hermana compartiera cena con mi ex y su novia era una cosa muy diferente.

—¿Y cómo era? —pregunté curiosa.

—Muy simpática, lo contrario a ti. —Me hizo una mueca de burla—. Se conocieron en Tinder.

—Yo siempre he pensado que Mikel y tú acabaríais volviendo —dijo mi hermana.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No sé. Supongo que porque hacíais buena pareja. Pegabais. Y porque, egoístamente, lo pasábamos bien los cuatro.

—O sea, que os gustaba que fuera mi pareja porque os

facilitaba la vida social, ¿no? —apunté.

—Sí, justo eso.

—Oye, que también podemos salir Noel, tú y yo.

—No sería lo mismo.

Visualicé lo que implicaría ir a cenar con mi hermana y su marido sin acompañante. Suponía que cada vez que anduviéramos por aceras estrechas, terminaría detrás de ellos como si fuera una rueda de repuesto. Entonces harían el esfuerzo de darse la vuelta para hablar conmigo y que pudiera seguir la conversación.

—Debería instalarme Tinder —soltó mamá de repente.

—¿Para qué?

—No sé, para probar. Quizá me encuentre a Mikel —bromeó—. ¿Vais a veros de nuevo?

—Todavía no lo sé. Me ha escrito para preguntarme si nos veíamos hoy, pero no sé qué responder.

—Yo no podría usar Tinder, pero a Mikel dile que sí —me aconsejó Ane—. Ponle algo como «Me encantaría volver a verte» y una carita sonriente.

—¿Una cara sonriente? ¿Acaso quieres que piense que soy una psicópata?

—Ane, hija, no seas antigua, no funciona así. Hay que hacerle esperar un poco.

—¿Y tú cómo lo sabes? —respondió ofendida.

—Porque he tenido más citas que tú.

—Pero ¿el objetivo no es que Nina y Mikel vuelvan a estar juntos?

—Joder, haces que parezca una misión —apunté.

—Como quieras, ¿te preparo un té?

Mamá me estaba sacando de mis casillas.

—¡Odio el puto té!

No soportaba que Ane me diera lecciones. Era cierto que

todo lo hacía bien, tenía un negocio propio, un físico envidiable, un niño de anuncio y un marido, yo no podía soportar tanta perfección. Por el contrario, yo era un desastre en todo. Lo único que me salvaba era mi carrera como escritora y ya ni siquiera eso. Llegar a un entendimiento con mi hermana resultaba complicado. Por mi parte, había algunos temas pendientes de los que no hablábamos que revoloteaban en nuestras conversaciones. Estaba segura de que ella también los tenía. Algún día tendríamos que sincerarnos y ponerlos sobre la mesa. Los silencios y los temas tabúes iban complicando y enquistando cada vez más nuestra relación, pero siempre cambiábamos de tema. Como si no pasara nada. Terminé de prepararme y me ofrecí a buscar un restaurante para cenar con Noel y Ane, lo cual, por supuesto, no iba en serio.

Cogí el ordenador y salí a la calle. Cuando lo hice, sentí el mismo alivio que al apagar la campana extractora de la cocina. El día estaba lluvioso y había una humedad de mil demonios. ¿Existía algo peor para la autoestima que un pelo encrespado? Lo único bueno era que me hacía parecer francesa. Crucé la calle con cuidado de no pisar ningún charco. Caminaba intentando que el sirimiri no me calara, pero daba la impresión de que las gotas flotaban en lugar de caer. Me encantaba el olor a tierra mojada porque significaba que, como escritora, podía ser insoportable y demostrar al mundo que conocía la palabra petricor. También era el olor de mi hogar. No me hacía ninguna gracia volver a estar allí. Maldije mi mala suerte y me imaginé en una playa de Canarias.

El pueblo era como un paraíso en el purgatorio. No estaba

tan subdesarrollado como para ser interesantemente primitivo, ni tampoco lo bastante desarrollado para ser placenteramente interesante. Se situaba a la deriva, en un limbo de mediocridad. Algunos de los viejos edificios se encontraban en ruinas, a otros empezaba a cubrirlos la mugre y, salvo las franquicias multinacionales, muchos comercios locales estaban cerrados. No siempre fue así. A finales del siglo XIX, esta pequeña ciudad del norte de España había estado dispuesta a crecer. Era un momento en el que la economía se estaba reactivando, la modernidad llegaba a sus calles y las nuevas ideas de Europa se difundían por cada rincón.

Para volver a aquella época de gloria incipiente, entré en el Café París dispuesta a reencontrarme con mi yo del pasado y con sus famosos cruasanes. Se había inaugurado en 1890 y era el más antiguo y elegante que se conservaba. Un lugar para reunirse, tomar un café, charlar y cotillear con vistas a la plaza Mayor. Abrió el día que hubo por primera vez luz eléctrica en la ciudad. Esa era la razón por la que había cientos de lámparas en el techo y espejos en las paredes, cuyos reflejos hacían que aquellas luces fueran infinitas. Quisieron demostrar la modernidad de aquel lugar, así que para su inauguración, apagaron todas las farolas de la calle y encendieron las del local. Aquella luz era tan brillante, tan nueva, y los lugareños tan aldeanos, que salieron despavoridos gritando que aquello era un hechizo. Desde entonces conservaba su decoración original de estilo romántico, con escudos policromados y sillas Thonet. Celebridades como Ava Gardner, Charles Chaplin o Ernest Hemingway habían pasado por allí y las fotografías que testimoniaban esas presencias decoraban algunas de las paredes. Dentro del local parecía que el tiempo se había

detenido. Me senté en una de las mesas desde la que se podía ver la calle. La gente caminaba despacio hacia sus lugares de trabajo o simplemente paseaba, pero nadie iba con prisa. Solo yo parecía que llegaba tarde a mi propia vida.

De pronto, la portada de un libro con el título *El pájaro rojo* llamó mi atención. Lo sostenía entre sus manos Carmenchu, que se encontraba sentada en un círculo junto a otras personas que también lo leían. Parecía un club de lectura. Me levanté de golpe y me acerqué a saludarla. Ahora sí estaba preparada. Cuando era niña, mi vecina Carmenchu era diferente al resto. Había estado casada, pero lo que la definía no era eso, sino que no había tenido hijos. Los recuerdos que tenía de ella me devolvían a una mujer que siempre estaba feliz y que rara vez hacía las cosas igual que las otras vecinas de su edad. Mientras algunas preparaban bocadillos a sus hijos, ella se comía uno sentada en una terraza. Todas iban a la iglesia menos ella. Estaba segura de que mucha gente pensaba que era rara, y probablemente yo también lo hacía, pero en un lugar donde había tan pocas maneras de ser mujer, ella era el modelo de algo diferente, otra opción vibrante y realizada.

—Nina, no me puedo creer que seas tú —me susurró al oído.

—¿Y Linda?

—En casa, todavía hay lugares a los que no me dejan traerla.

Yo contuve un grito motivado por la ilusión y ambas nos fundimos en un abrazo cálido y eufórico. Abandonó el grupo y pedimos un par de cafés para que los llevaran donde yo estaba sentada. Estaba resplandeciente con su cabello níveo y su piel blanca surcada por suaves arrugas que, lejos de envejecerla, le daban un aire distinguido. Llevaba los labios y

las uñas de un rojo muy intenso. Vestía unos pantalones de paño y una camisa fina adornada con un fular de seda. Su abrigo de visón seguía colgado de la silla que había abandonado. Desde que enviudó, se había dedicado a la vida social. Las señoras de su edad le parecían viejas y aburridas, salvo mi abuela, a quien adoraba, por lo que prefería pasar el tiempo en cualquier actividad que incluyese gente joven. En el Café París se tomaba todas las mañanas su café con un cruasán y, por las tardes, su copa de pastis, una bebida anisada típica del sur de Francia. De costumbres fijas, todos los fines de semana hacía una visita a la tumba de su marido y paseaba por las calles con tacones dejando una estela de un perfume especial y reconocible. Carmenchu era una de esas mujeres que causaban admiración y envidia a su paso, liberada de todo convencionalismo guardaba una extraña tristeza en sus ojos azules. Era consciente de que todo lo que en Carmenchu me parecía fascinante, lo rechazaba en mi madre, porque también sabía que ser diferente era una carga y que, a veces, pasar desapercibida te hacía la vida más fácil.

—Qué alegría verte, ¿cuándo has llegado? —preguntó.

—Hace unos días. Voy a quedarme en casa de mi madre una temporada. Me han echado del trabajo —le confesé.

Con Carmenchu tenía la confianza de quien me había cuidado durante innumerables borracheras hasta que podía aparecer de nuevo en mi casa de manera digna.

—Pues me alegro. A veces la vida te da estas sacudidas para tambalear tus cimientos y que puedas comprobar si son lo suficientemente firmes.

—¿Tú crees?

—Claro, así tienes la oportunidad de revisarlos y decidir si conviene mantenerlos o derrumbarlos por completo.

—No lo había visto así.

—Y cuéntame, ¿cómo estás? —preguntó sincera.

—Acostumbrándome a mi nueva vida junto a mi madre y mi hermana. Igual que cuando era pequeña.

El camarero trajo a la mesa los dos cafés y conversaron un rato sobre su temperatura. Cuando terminaron, Carmenchu volvió a mirarme interesada en lo que estábamos hablando.

—Perdona, se me ha olvidado lo que te estaba contando —admití.

—Da igual, yo siempre olvido lo que necesito recordar.

Aquella frase hizo que algo dentro de mí se agitara y me obligara a prestar atención.

—Carmenchu, estás igual que siempre, tan guapa y tan elegante. Ojalá se me pegara algo de ti.

—Dedicarme tiempo me mantiene viva, pero cuanto más me arreglo menos asientos me ofrecen en el autobús. Supongo que porque no encajo en el molde de anciana triste y gris.

—La perfección no existe, todo el mundo debería llegar igual de estupendo a tu edad.

—No te creas, las mujeres mayores también queremos ser perfectas, tanto a nuestros ojos como a los de los demás. Sin embargo, desde nuestra vejez, ofrecemos la imagen de que no lo somos. Siempre queremos lo que no tenemos, hija.

—Supongo que eso nunca cambia.

—El truco está en suavizar las expectativas y celebrar lo cotidiano.

—Tal vez eso es algo bueno, no dejar de celebrar nunca.

—Para mí, abrir los ojos al despertarme ya es un magnífico acontecimiento. Eso es lo que dice este libro.

—¿Cuál es?

—*El pájaro rojo*, de Mary Oliver, una poetisa americana, ¿la conoces?

—He oído hablar de ella, pero no he leído ninguna de sus

obras.

Lo abrió y comenzó a leer.

—Instrucciones para vivir una vida: prestar atención, rendirse al asombro y contarlo.

—Como si fuera tan fácil.

—No lo es, todo eso hay que cultivarlo. Yo camino todos los días, abrazo la soledad y el silencio, pero también necesito estar con gente. Por eso vengo aquí. Quiero escuchar y ser escuchada. Las viejas también necesitamos buscar dentro de nosotras mismas. Admitirnos y después compartirlo con los demás. No podemos seguir adelante solas, nadie puede.

Carmenchu parecía no tener secretos, era transparente y honesta, por eso resultaba tan atrayente.

—Ay, hija, he visto morir a mucha gente de un tiempo a esta parte. La mayoría de ellos parecían estar preparados, como si decir adiós a la vida fuera algo así como tirar a la basura un viejo jersey carcomido por las polillas.

—¿Y no es así?

—No, una nunca puede estar preparada para la muerte, pero a veces elegimos ignorar las cosas simplemente por lo que nos remueven.

—Como el dicho «ojos que no ven…».

—Ay, señor, quizá te parezca macabro, pero una amiga y yo solíamos enviarnos mensajes de texto cuando morían actrices o cantantes famosas de nuestra generación. Nos dimos cuenta de que los setenta y cinco eran unos años habituales para morir. Cuando las dos superamos esa edad, sentimos que habíamos esquivado una bala. Hoy en día me sigo preocupando cuando escucho en la tele que alguien famoso ha muerto de repente, sin dar más detalles. Necesito recordármelo cada mañana para acordarme de ponerme unas bragas decentes.

Siempre me había fascinado la importancia que le daba la gente mayor a usar ropa interior nueva y limpia por si pasaba algo. No sabía si ese algo se refería a que te fueras a encontrar con Brad Pitt y quisiera ligar contigo o a que tuvieras un accidente y, en urgencias, los médicos vieran que llevabas unas bragas muy viejas y lo comentaran con otros médicos en la pausa para el café. Si algo nos habían enseñado las series de televisión es que los médicos tenían una vida lo suficientemente intensa como para no tener tiempo de comentar si una mujer llevaba o no unas bragas decentes. Además, esperaba que en urgencias hubieran visto cosas más desagradables que unas viejas bragas raídas.

—Camarero, ¡un par de copas de pastis! —solicitó.

—¿No es un poco pronto para beber?

—Mira, antes pensaba en la vida como un cubo de Rubik. Seis lados, seis cosas de las que preocuparse. Casa, trabajo, dinero, salud, familia y amigos. No importa cómo retuerzas esos bloques, nunca vas a tenerlos todos en orden, pero la relación más importante para el futuro es la…

—¿Salud? —la interrumpí.

—No, boba, la que tienes contigo misma.

—Me alegro, porque es la única que ocupa los seis lados de mi cubo.

—¿No estás con nadie?

—No, no he tenido tiempo, he estado centrada en mi trabajo.

—Pues ahora que no lo tienes haz el favor de abrirte una cosa de esas en el teléfono.

—¿Te refieres a una app de citas?

—Sí, eso, yo lo tuve una temporada y me divertí mucho.

—Pero Carmenchu, ¡no te pega nada!

—¿Cómo que no? Muy pocas cosas en la vida son

apropiadas para la edad en la que te encuentras, ¿no crees?

El camarero volvió con un par de vasos chatos con hielo y el licor.

—¿Qué celebramos? —pregunté elevando el vaso para hacer un brindis.

—Que me han diagnosticado encefalomielitis. ¡Estoy emocionada!

—¿Y eso es bueno?

—Claro que sí, ahora sé que solo estoy enferma y no que soy una neurótica.

—¿Y en qué consiste esa enfermedad?

—También se llama síndrome de la fatiga crónica.

—El nombre podría mejorarse.

—Suena como si solo fuera una persona cansada, pero no es así. El primer médico al que fui me dijo que no tenía nada, que solo me estaba haciendo vieja.

—No me lo creo.

—Así que ahora que me han diagnosticado estoy muy contenta. Al menos sé que tengo algo concreto. Ese médico me hizo sentir como una chiflada, como si me lo estuviera inventando.

—Nadie se merece eso.

—Si yo hubiese sido un hombre, no me habría sugerido que me fuera a la peluquería. Por cierto, algo imposible en este pueblo, pues ya solo quedan sitios para hacerte las uñas.

Las dos chocamos nuestros vasos y bebimos. Aquel licor dividió mi cuerpo en dos, noté su recorrido, cómo llegaba hasta mi estómago y caía como una bomba. La conversación con Carmenchu me sirvió para darme cuenta de que las mujeres solo podíamos ser una cosa, dejábamos de ser solteras para ser esposas, esposas para ser madres, madres para ser viejas, pero en ningún caso se nos permitía ser varias

cosas a la vez. Habíamos avanzado mucho como sociedad, pero las mujeres que se atribuían comportamientos asociados a otras etapas de la vida confundían a la gente. Particularmente, las mujeres solteras entre los treinta y los cuarenta años.

Para ser honesta, habiendo entrado ya en esa década, yo también estaba un poco confundida. No parecía haber un lugar real para nosotras entre los vivos. No éramos jóvenes, ni esposas ni madres ni tampoco ancianas. Cuando una mujer llegaba a los cuarenta sin pareja, no sabían en qué casilla colocarla. Y nuestra sociedad amaba las casillas. Había una parte de mí que deseaba ponérselo fácil a la gente declarando de manera tajante que no quería pareja o hijos. Tal vez así podría aliviar las preocupaciones de mis conocidos, que buscaban entre sus contactos a otros solteros con los que emparejarme, aunque tampoco lo tenía claro. Llevábamos tres copas de pastis cuando giré levemente la cabeza hacia la barra. No me costó reconocer a Mikel, que estaba sentado con un amigo. Mis mejillas se sonrojaron y sentí una sacudida en el estómago.

—No puede ser —dije.

—Qué pasa.

—Es él.

—¿Quién, niña?

—No puedo creerlo.

—Si es un hombre y merece la pena, yo lo vi primero.

—Es Mikel.

Carmenchu no me dejó pagar la cuenta y regresó con su grupo un poco mareada. Me dejó sola ante el peligro. Conocía mi historia con él y era lista hasta para eso, hasta para saber cuándo retirarse. La ubicación de mi mesa me permitía observarlo desde allí sin que me viera. Se me había olvidado

cómo era con detalle y me había formado su imagen a base de detalles tontos. Llevaba desde ayer repasándolos en mi cabeza como si fueran las aplicaciones de un móvil. Cuando pasaba unos segundos en una, abría la siguiente. Instagram, Facebook, LinkedIn, Twitter… y así sucesivamente. Cuando había visto ya las actualizaciones pasaba a otra. Pues lo mismo, pero con sus gestos. No solo me acordaba de ellos, sino que mi cabeza tiraba además de recuerdos e iba formando un cóctel explosivo.

Había cambiado mucho y estaba diferente. Ahora tenía un físico bastante imponente, más esbelto e incluso más sonriente. Me acordaba de cómo se le montaba una pala sobre la otra cuando sonreía. Esos dientes le daban un aire travieso provocando que no pudiera despegar los ojos de su boca, sobre todo, después de haber visto cómo pasaba la lengua por aquel papel de liar. A pesar de sus facciones, ahora más angulosas, tenía una risa bobalicona en la que todavía podía ver al Mikel adolescente de siempre. El tipo de risa que revelaba que había sido el *nerd* marginado de la clase y que, después, se había camuflado en el rollo surfero durante la universidad, con pantalones anchos y sudaderas, para integrarse.

Recordé la noche anterior, cuando habíamos estado hablando de las anécdotas de nuestras anteriores parejas y me arrepentí de haberle contado algunas de mis intimidades. Mientras hablaba de su última novia, que debía de ser la que conocieron Ane y Noel, intentó imitar su voz y resultó bastante ridículo. Recordé que eso era algo que hacía bastante a menudo, quizá pensando que tenía gracia. Por alguna extraña razón, ese gesto me devolvió todo lo que en su día detestaba de él. «Nina, déjalo ya», me ordené a mí misma para apartar la vista de él. Sentí que lo estaba espiando más

de la cuenta, así que recogí mis cosas y salí rápidamente sin que me viera. Me quedé observando por el cristal de fuera una vez más y pensé lo diferente que era la vida para los hombres. Nadie parecía cuestionarse si Mikel estaba cuerdo, si tenía un pene funcional o si quería ser padre. Era un hombre soltero y deseable. Qué agradable debía de ser para él moverse sin el peso de las expectativas sociales.

Había quedado con Noel en casa para ensayar. Aprender a ser asistente de mago no entraba en mis planes, pero decidí intentarlo. Más bien, mi cuenta bancaria me obligó a ello. A pesar de que lo conocía desde hacía muchos años, no sabía mucho sobre mi cuñado. Detalles tontos, como que había nacido en Burdeos, que tenía treinta y ocho años, que estudió Económicas y que tenía dos hermanos mayores. Me esperaba con un montón de artilugios desperdigados por todo el salón. Se puso de pie cuando me vio y observé su extraño conjunto: pantalones vaqueros y una de esas camisetas que tenían dibujado un chaleco y una pajarita.

—Hola, Nina.

En plan protocolario y formal, extendió una mano y yo estiré la mía para agarrarla. Tan pronto como nuestras palmas se tocaron, me apretó demasiado fuerte y sentí un calambre. Sobresaltada, quité la mano.

—¡¿Qué cojones ha sido eso?! —dije mirando mi palma en busca de algún daño.

—No te asustes, solo era un truco —respondió mientras levantaba las manos en un gesto conciliador y me permitió ver el pequeño círculo de metal pegado en una de sus palmas.

¿Un truco? No había visto una cosa de esas desde que era niña. Sonreí a medias y asentí algo confundida. Todavía

estaba asustada, pero me senté con él en el sofá.

—Perdona —se disculpó—, pensé que te haría gracia. A los niños suele hacérsela.

—¿Nunca te he preguntado cómo empezaste con todo esto?

—Siempre me gustó la magia, desde que era pequeño. Es muy gratificante ver a todos esos niños mirándote con la boca abierta. Nunca me canso de eso.

Me conmovió y sentí que me acercaba algo más a él.

—Eso es muy bonito, ¿por dónde empezamos? —pregunté frotándome las manos.

—Por las cartas —respondió, y cogió una baraja.

Mezcló los naipes de forma extravagante un par de veces y después los tendió bocabajo, como si fuesen un abanico abierto. Elegí una carta y la miré. El ocho de corazones.

—Vale —dijo—, ahora voy a mirar hacia otro lado y tú colocas esa carta donde quieras en el mazo.

Hice lo que me indicó.

—Perfecto.

Barajó unas cuantas veces más, pero las cartas se movían, con menos fluidez. Algo estaba pasando. Hizo una pausa y cogió la que estaba arriba de la baraja. Era el ocho de corazones.

—¿Es esta tu carta? —preguntó sonriendo.

—Sí, pero repítelo otra vez, porque creo que puedo decirte cómo lo has hecho.

La sonrisa desapareció de su rostro y su boca se convirtió en una mueca.

—No puedo hacerlo. Una de las reglas de la magia es que no hay una segunda vez, no se pueden repetir los trucos.

—Vale, pues es muy fácil has puesto el ded…

—¡No! —gritó—. Aunque lo sepas, nunca revelarás cómo se hace un truco.

—Calma, está bien. Tranquilo.

—Déjame mostrarte otro truco. Ven aquí.

Nos acercamos a la mesa del salón, en la que había varios platos de poke y albóndigas colocados sobre un mantel. Levantó las manos y movió sus dedos como si tuviera artrosis. No sabía qué esperar. Antes de que pudiera imaginarme cualquier cosa, arrancó el mantel de debajo y los platos salieron disparados a mi ropa. No tenía palabras. Mi camiseta y hasta mi pelo chorreaban arroz y tomate. Todo lo que hice fue mirarlo con la boca y los ojos muy abiertos. Me observó con nerviosismo y después dijo «Ta-chán». Lo miré de arriba abajo.

—Déjame que te enseñe yo a ti mi truco final —dije—. Voy a desaparecer.

10

Contesté a Mikel algunos días después. Tanto Trini como mamá me aconsejaron que no me mostrara tan disponible, pero nunca había entendido esas dinámicas en las relaciones. El estilo de sus wasaps era infantil, utilizaba tantas exclamaciones y stickers que me costaba seguir la conversación, pero finalmente conseguimos cerrar una cita. Propuso dar una vuelta por el centro y tomar algo después. A mí me pareció bien siempre y cuando hubiera alcohol. Me incomodaba pasear con él por las mismas calles que habíamos recorrido juntos y que la nostalgia me golpeara con la fuerza de un mazo.

Regresar allí era una manera de encontrarme con el pasado y no sabía si quería despertarlo. Era como volver a vivir mi infancia pero de adulta, siendo consciente de todos los detalles y de los nuevos matices: el mercadillo al que nos llevaba mi abuela, el bocadillo de tortilla de después y el tacto de la chaqueta para los días que refrescaba en verano. Resultaba complicado diferenciar los recuerdos reales de los que me había inventado. Estar de nuevo allí era como experimentar continuamente la sensación de cuando por fin te venía a la cabeza el nombre de esa persona a la que habías saludado porque te sonaba tanto. Me di cuenta de que recordaba miles de detalles tontos, pero había olvidado los más importantes. Como había dicho Carmenchu, siempre olvidábamos lo que necesitábamos recordar. Especialmente eso.

Caminé hasta la plaza del Ayuntamiento vestida con unos pantalones pitillo, un jersey con escote de pico y unas Converse bajas. Todo de color negro. Por encima, me puse una gabardina beige y me esmeré en maquillarme la raya del ojo y unos labios muy rojos. Prefería la comodidad a la sofisticación, pero, sobre todo, lo que quería dejar claro era que aquella cita no me importaba en absoluto. Aunque no fuese verdad, maldita sea. Una gran parte de los encuentros con un ex consistía en fingir. Fingir que todo te iba bien, que tenías éxito, que estabas genial sin él o que estabas mucho mejor que entonces.

En la vida hay cosas que molestan, como que se te cuele una señora mayor en la cola del supermercado; cosas que dan rabia, como que se te vaya el autobús en las narices, y cosas que hacen que desees la muerte, como quedar con tu ex y saber que le va bien. No bien en plan «no me puedo quejar», sino que le vaya mejor que a ti. Lo que yo realmente le deseaba a Mikel es que le fuera peor que a mí. Tampoco le deseaba un cáncer de páncreas. No. Pero una enfermedad crónica y molesta, tipo rinitis o alergia al polvo, eso sí.

Al doblar la esquina, lo reconocí de inmediato. Estaba en mitad de la plaza haciéndole una foto a un edificio. Antes de acercarme lo examiné y pude configurar de nuevo la imagen que me había inventado el día anterior. Se me había olvidado lo masculina que era su figura. Tenía las caderas estrechas, las piernas largas y una espalda demasiado ancha en comparación con el resto del cuerpo. Llevaba unos pantalones pitillo con unas New Balance y una cazadora de ante marrón. Terminó de hacer la foto y mientras la subía a Instagram me vio por el rabillo del ojo. Nos saludamos con un abrazo de varios segundos. Él me dio un par de toquecitos en la espalda que me hicieron preocuparme de que me viera más como a su

abuela que como a una exnovia.

—¿Crees que me contratarían en *National Geographic?* —preguntó mostrándome la foto.

Me sorprendió que no lo dijera de manera irónica.

—Los móviles hacen buenas fotos, pero no hacen buenos fotógrafos —apunté.

—Quizá pueda convertirme en creador de contenido.

—Eso da más grima que decir que eres informático.

Él me devolvió una sonrisa y me miró como si intentara recordarme.

—Qué raro, he llegado antes que tú —dijo mirando la hora en su móvil.

—Lo sé, perdona —me disculpé mientras notaba cómo el rubor dibujaba mis mejillas.

—A ver, qué excusa pones. Te doy tres segundos: uno, dos…

—En realidad, no se me ocurre ninguna.

—Seguro que has estado alisándote el pelo. Sé que odias la humedad.

—Ni yo misma me hubiera inventado una excusa tan convincente.

—Lo sé. ¿Te apetece dar un paseo? —preguntó vacilante.

—Claro, como en los viejos tiempos —contesté con un tono demasiado forzado.

Subimos por la calle que llevaba hasta la catedral. Caminábamos a escasa distancia intentando seguir el ritmo del otro. Nos acompasábamos, creando una especie de baile en el que uno marcaba la zancada del otro. Paseábamos mirando al suelo y solo elevábamos la mirada para buscarnos. Recordamos anécdotas que habían sucedido hacía casi veinte años y nos sorprendimos de lo rápido que pasaba el tiempo: los viajes a San Sebastián para pisar la arena de la playa,

nuestra primera fiesta universitaria, el bar en el que celebrábamos el final de los exámenes, los disfraces de Nochevieja, el fin de año en Niza, las escapadas a Zarauz o cuando compramos aquellos patines con las ruedas en línea con la intención de aprender a patinar que usamos dos veces. Todavía los conservaba. Me costaba diferenciar al chico con el que había compartido mis años universitarios del hombre de ahora.

Cuando llegamos al templo, nos paramos a observar la fachada, pues se parecía mucho a La Almudena de Madrid. Giramos a la izquierda y encontramos una hermosa plaza llena de grandes árboles. Me acerqué para beber de una fuente y una gota de agua resbaló por mi barbilla. Mikel me la limpió con sumo cuidado y sentí una especie de calor que subió del estómago a la garganta. Continuamos por la parte trasera de la plaza para atravesar el callejón más antiguo del pueblo, y para mí el más hermoso, por el que pasaba el Camino de Santiago.

Nos sentamos en la terraza del Mesón del Peregrino, un pequeño edificio de piedra que acogía un restaurante y que abría solo durante los meses de primavera y verano. Siempre había alguien que tocaba un instrumento o cantaba y amenizaba las increíbles vistas a las montañas. El ambiente era animado y todavía no había demasiados turistas. La tarde iba cayendo y los caminantes dejaban paso a los borrachos. A nuestro alrededor, varios grupos de adolescentes compartían unas litronas. Pedimos dos cervezas dobles, unas patatas fritas y apoyamos los codos en la mesa. Parecía que esa era la postura de las confidencias. No sabía por qué, pero había un muro tan alto en sus ojos que me hubiera resultado más fácil escalar el Himalaya. Entonces me confesó que su madre había superado un cáncer y yo le contesté que me parecía genial.

Me pregunté si pensó que a lo que me refería como genial era al cáncer y no a vencerlo. Luego vi su rostro. Al lado de esa cara me había acostado muchos días de mi vida. Había pasado resacas, me había quedado dormida junto a él, nos habíamos reído, discutido, reconciliado y había acariciado con un dedo su nariz. De pronto recordé lo mucho que me importaba.

—Perdona por no haber estado a tu lado cuando lo de tu madre. Lo siento —me disculpé.

—No te preocupes, no es culpa tuya.

—Bueno, hace tanto tiempo que no me ves, que quizá no sepas de lo que soy capaz —dije con sarcasmo.

—Ah, sí, o sea que eres tú la que va provocando cáncer a la gente, ¿verdad? —contestó siguiéndome el juego.

—Así es.

—Cáncer Woman no es mala, es perversa.

Una de las cosas que más me gustaba de Mikel era que ambos podíamos ser mordaces y utilizar el humor negro sin ningún tipo de filtro. Explorar esos límites sin ser juzgada me hacía sentir bien. Las risas y los gritos del grupo de jóvenes pusieron fin a aquel divertido momento. Yo me di la vuelta para mirarlos y mostrarles mi irritación, pero a ellos pareció no importarles.

—Bienvenida a la edad adulta: los gritos ahora te ponen de mal humor —apuntó con resignación.

—¿Cuando éramos jóvenes, gritábamos tanto? —pregunté.

—No lo sé, pero los adolescentes son aterradores.

—¿Por qué?

—Porque son el futuro.

—¿Y?

—Que lo saben.

Los dos nos reímos y le pedimos al camarero otras dos

cervezas y unas croquetas para que no se nos subieran a la cabeza. Quizá era algo atípico, pero me gustaba la gente que se esforzaba por sacarme una sonrisa. Sobre todo, cuando lo hacía desde la tristeza. Conmover y emocionar desde el drama era mucho más difícil que hacerlo desde el humor. No me gustaba que me hicieran llorar o los dramones, pero tampoco el cinismo o la mentira, y creo que pocas cosas había tan honestas como que alguien reconociera que la vida era dura, que te podían pasar cosas terribles, pero que de casi todo, al final y con mucho sufrimiento, se salía. No era cierto que cuando una puerta se cerraba, otra se abría. A veces no se abría nada, pero seguías viviendo. Otras te caías y no te levantabas. Y otras llorabas sin control y te morías de miedo, pero con el tiempo casi todo pasaba.

Cuando empecé a escuchar *rhythm and blues* nadie entendía por qué Whitney Houston me fascinaba tanto. Ella era un poco la representación de una metáfora real de la vida misma. Supongo que era esa fragilidad detrás de la voz lo que me llamaba la atención, ese desamparo de niña frágil con un talento innato, esa desesperación que se escondía detrás de tanto trabajo. Ese agradecimiento a un público tras el que se escondía la soledad y esa lealtad a un Bobby Brown que la maltrataba. Esa elegancia, ese querer llamar la atención y a la vez pasar desapercibida. Y ese modo de vida extravagante que no podía ni quería ocultar de una persona que había sido una desgraciada. La eterna sonrisa, el porte erguido, el brillo de sus ojos, la fuerza, el vozarrón, la diversión en el escenario… Y detrás de todo, un juguete roto oculto con una máscara.

Íbamos por la tercera cerveza cuando nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de parejas, así que jugamos a adivinar en qué punto estaba cada una. Había una formada

por una mujer y un hombre de unos treinta y tantos que paseaban con un carrito de bebé. Él llevaba un chaleco acolchado por encima del chándal y ella unos leggins, unos pendientes de perlas y un jersey *oversized* que escondía su cuerpo hasta las rodillas. Caminaban muy serios el uno junto al otro sin mirarse, con la cabeza en dirección opuesta, mientras el bebé los observaba desde la silleta. Parecían recorrer el camino hacia el paredón.

—¿Qué piensas de esos? —pregunté señalándolos.

—Que ambos se han jodido tanto la vida que lo único que quieren es que el otro desaparezca. ¿Y tú?

—Yo subo la apuesta —dije dando un trago a la cerveza—. Creo que la idea de que el otro la pueda palmar les alivia. Ella opina que eso es inmoral, pero ese pensamiento está dentro de su cabeza y le crea sentimientos de culpa.

—¿Y qué es lo mejor en esos casos?

—Desaparecer. No vale la pena ni siquiera intentarlo. —Me di cuenta de que parecía que intentaba justificar mi marcha a Madrid y me sentí mal al decirlo de ese modo, así que seguí con la historia—. Con el tiempo, se encontrarán en la fiesta de cumpleaños de un amigo de su hijo y recordarán aquel último polvo de despedida en el suelo de la cocina.

—Parece que las cosas entre ellos no terminarán del todo mal, al fin y al cabo —bromeó.

Ambos nos reímos.

—¿Qué te parecen aquellos? —indagué de nuevo mientras apuntaba a una pareja que paseaba cogida de la mano. Ella iba muy arreglada con una minifalda, una chaqueta de pelo y un maquillaje muy marcado. Miraba a su novio cariñosa mientras alejaba el móvil para hacer una selfi. Él llevaba una camiseta muy pegada que marcaba sus enormes brazos moldeados en el gimnasio y andaba sacando pecho. A medida

que avanzaban, él desviaba los ojos para mirar con lascivia a otras mujeres.

—Él está a punto de decirle que necesita un tiempo —señaló.

—Sí, tiene pinta de capullo, pero cuando se lo diga, ella no le va a hacer ni caso. Hará como si nada. Le seguirá llamando para quedar, para felicitarle el cumpleaños o cualquier cosa. Él cree que vale más, y ella también lo piensa. No importa si esta chica sufre un poco al principio, al final tendrá el corazón duro como una roca. Llegará un momento en que no le afectará nada esta historia porque se habrá olvidado de él, además es un gilipollas.

—Entonces será cuando él empiece a llamarla cada semana para preguntarle cómo está e interesándose por su vida. Querrá volver a recuperar la amistad para que cuando esté jodido, ella vaya a verlo a casa y le saque del pozo.

—Joder, las relaciones entre personas son un maldito trueque de intereses, ¿te das cuenta? —afirmé rebañando el cuenco de patatas fritas.

—Cómo han cambiado las parejas desde que estuvimos juntos —soltó en un tono melancólico y se apoyó en el respaldo para tomar distancia.

—¿A qué te refieres? —cuestioné.

—A que las relaciones han cambiado. Ahora la gente prefiere las no-relaciones.

—Suena a trabalenguas.

—O a canción de Jarabe de Palo.

—Depende —contesté entonando la canción—. ¿Qué es exactamente para ti una no-relación?

—Pues una conexión entre dos personas donde no existe la palabra compromiso.

—¿Estás en alguna ahora mismo? —pregunté directa por

mi propio interés.

—No. He tenido unas cuantas, pero a mí me gusta estar en pareja, aunque hoy en día nadie quiere atarse a una relación.

—Ahora la gente ya no quiere jugar al todo o nada.

—Ese es el problema, que las personas ya no se arriesgan, no apuestan por el otro. A la mínima de cambio deciden cortar por lo sano porque creen que eso no lleva a ningún lado o terminan aburriéndose. Lo que ocurra primero.

—¿Y eso te pasa mucho últimamente?

—Bastante —respondió con vergüenza—. A mí me gustan las relaciones porque hay comodidad, estabilidad, equilibrio… Prefiero estar tranquilo en pareja a ir de flor en flor.

—¡En el fondo eres un romántico!

—¡Qué va!

—Y qué hay de ese a ver qué pasa, de la atracción, del interés, del morbo, del sí pero no…

—Uf, de eso nada, para mí esas sensaciones son como arenas movedizas —reconoció rascándose la barba, desconcertado por su propio argumento.

—¿Nunca te dejas llevar?

—No, a menos que quiera hundirme. Lo hago cuando me doy cuenta de que la otra persona merece la pena.

Volvió a apoyar los codos sobre la mesa y desvió la mirada hacia las montañas para hacer una pausa.

—Te estoy pareciendo un tío rarísimo, ¿verdad?

Hizo uno de sus gestos adultos, con un deje de acomplejado: se echó hacia delante el pelo para tapar con sus rizos sus incipientes entradas.

—Nah, ya me lo parecías antes. ¿Y qué hay de la emoción y la adrenalina? —insistí.

—Tú y tus preguntas. A ver, está bien perder la cabeza y

que haya una pizca de locura, pero tiene que haber algo más. Es como Tinder, lo siento, pero no es para mí.

—Ane me ha dicho que conociste a alguien allí.

—Sí, parece que ya no hay otra manera. No sé cómo será en Madrid, pero las personas ya no se conocen en la vida real.

—¿Y cómo era ella? —indagué curiosa.

—¿Estás celosa? —preguntó volviendo a hacer el gesto del pelo—. Era abogada, rubia y simpática.

—Creía que no te gustaban las rubias.

—¿Por qué iba a decir yo algo así?

—Siempre te quejabas cuando me ponía mechas y decías que preferías las morenas. Alguna vez comentaste que nunca podrías estar con una rubia.

—Bueno en realidad no era rubia, sino más bien castaña.

Vi cómo Mikel se ponía nervioso, le había caído un trozo de croqueta en la camiseta y se daba con la servilleta para limpiarse.

—Quizá simplemente no era tu tipo —comenté, y me arrepentí de inmediato.

—Pero ¡si no la conociste!

Los dos estallamos en una fuerte carcajada. Él sabía que yo era especialista en generar escenarios imaginarios y tratarlos en conversaciones como si fueran reales.

—Además ya no estoy con ella —concluyó.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre, que quería una no-relación. Prefería que fuéramos viendo, que sí pero no y así durante un tiempo, más del que pude soportar. Pero es lo que hay.

«Es lo que hay». No me gustaba el uso de esa muletilla para terminar una conversación. Era la expresión de la derrota. Denotaba un conformismo extremo y servía como advertencia de que no debía esperarse nada más. También era la favorita

de Mikel y la utilizaba como resignación hacia algo que irremediablemente debía aceptar. Le dio un bocado a la última croqueta y apuró su vaso de cerveza alineando la posición del vaso y el plato en la mesa.

—Por cierto, me he comprado una casa.

—¿Y eso?

—Bueno, somos adultos, es lo que toca.

—¿Qué es lo que toca?

—Me refiero a que hay que avanzar en la vida.

—Qué pesados estáis todos con lo de avanzar, como si la vida fuera una lista en la que ir haciendo checks: pareja, check; casa, check; hijos, check —comenté hastiada mientras apuraba con el dedo los restos de las croquetas.

Sacó el móvil ignorando mi último comentario y me enseño un montón de fotos de una casa con jardín.

—Qué chula. —Fue el único adjetivo que me salió decir para describirla, lo que me dejaba en un muy mal lugar como literata—. Y qué buena distribución —añadí.

—Lo sé —contestó orgulloso sin caer en la ironía de mis palabras.

—No sabía que quisieras comprarte una casa. Nosotros siempre hablamos de que no nos ataríamos a una.

—Bueno, eso era cuando estábamos juntos.

—Vaya, gracias.

—A ver, quiero decir que cuando piensas en el futuro con alguien es diferente a cuando no estás con esa persona.

—Todos los tíos heterosexuales que conozco están deseando tener relaciones esporádicas y vivir como nómadas digitales.

—Pues a mí me gustaría encontrar a alguien, vivir tranquilo en una casa y tener hijos, como tu hermana y Noel. —Notó mi juicio—. ¿Qué? ¡No me mires con esa cara de

susto!

—El otro día mi sobrino Marco le cagó encima a mi hermana durante una rabieta. Estaba rojísimo y no paraba de llorar y cuando fue a cogerlo en brazos, la mierda se le salió del pañal. Les salía mierda a los dos por las orejas. Unos minutos más tarde estaban los dos en la bañera comiéndose a besos. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Porque el amor a veces apesta.

Mikel se rio.

—Me dijo que están intentado ir a por el segundo, pero no la veo muy convencida. Imagino que si fuera tan horrible como dicen, no querría tener otro, ¿no?

—Igual simplemente desea que Marco tenga compañía.

—¿Sabes una cosa? Nunca pensé que mi hermana quisiera ser madre.

—Venga ya, parece que ha nacido para ello.

—Lo sé, pero aunque parezca raro, nunca demostró ningún interés por los niños ni percibí las ganas que tenía de ser madre.

—Pensaba que era todo lo contrario.

—En realidad, hay algo que no me cuadra. Por un lado dice que está superfeliz y que es lo mejor que le ha pasado en la vida, pero, por otro, la veo triste e infeliz.

—Supongo que será el cansancio —sugirió.

—Sí, eso dice ella —dije pensativa.

—A mí, sin embargo, me hubiera encantado compartir mi vida con un hermano y tener lo que tenéis Ane y tú.

—¿Incompatibilidad?

—Qué tonta eres, a mí me dais envidia.

—¿Crees que son felices? —solté, imprudente.

—Claro que sí, son la pareja más estable que he conocido nunca. Llevan mil años.

—La estabilidad no la da el tiempo —contesté dándome cuenta del juicio que había hecho.

Los dos nos quedamos unos segundos en silencio y decidimos pagar la cuenta. Después, muy cerca, nos sentamos a fumar en el césped, desde donde había una vista magnífica de las montañas. La belleza del paisaje era generosa, un festín para turistas y excursionistas. Las casas y los jardines de la zona, tan cuidados, podían contemplarse desde allí en un espectáculo de orden y perfección. En poco tiempo el cielo se volvió naranja y rosa brillante y una luna casi llena comenzó a salir. Yo saqué el váper, Mikel se tumbó bocabajo en el suelo y se lio un cigarrillo.

—¿Cómo es vivir en el pueblo? —pregunté.

—Ya lo sabes, viviste aquí más de veinte años.

—No me refiero a cómo es, sino a cómo te sientes. A cómo es la vida, las personas, la gente…

—Ah.

Apoyó la cabeza en mi rodilla mientras le daba una larga calada al cigarro.

—Cada vida es diferente, supongo —respondió mientras echaba el humo.

—Ya, eso lo sé, pero ¿no te parece aburrida? Prometo no decírselo a nadie si me lo confiesas. Es una curiosidad sincera.

—Vale, bueno…

Alargó el brazo y me lo puso sobre la pierna para incorporarse y sentarse junto a mí.

—A pesar de lo que crees hay bastante vida, la gente sale mucho. Aunque también hay tranquilidad y tiempo para pasear después del trabajo. Y algo que debes saber es que ahora todo el mundo va a clases de baile.

—Eso sí que es fuerte, ¿desde cuándo? Hasta mi hermana se ha apuntado.

—No sé, está de moda.

—¿Y tú también?

—Claro, salsa, merengue y bachata.

—Pero qué cojon… Mira, necesito otro vino. Pero ¡si eras un espantapájaros!

—Eh, que para compensar también voy a crossfit.

«¿Se puede hacer crossfit sin ser un imbécil? Debe de ser que sí». A veces mis propios pensamientos me daban mala conciencia.

—Claro que sí, el crossfit no cuenta si no dices que vas.

—Hay que compensar las croquetas —dijo dándose un par de golpecitos en la tripa.

—Las croquetas están sobrevaloradas. No soporto eso de «no puedes gustarle a todo el mundo, no eres una croqueta». Menuda chorrada.

—Antes te encantaban —afirmó.

—Antes también llevaba las cejas más finas que el papel de fumar, pero de todo se sale.

—Deberían darnos un premio por haber sobrevivido a la estética de los dos mil —me dijo con un suspiro, separando cuidadosamente con los dedos un par de mechones de mi flequillo.

Nos quedamos en silencio.

—Resulta curioso lo confundidos que estábamos sobre lo que le gustaba al otro: «nunca bailaría», «nunca me compraría una casa», «nunca estaría con una rubia»…

—No estábamos confundidos —dijo—. Solo estábamos creciendo.

Estaba bastante descolocada con su actitud serena y calmada, tanto que no sabía si me ponía o me disgustaba. Esa imagen de vulnerabilidad me atraía y me sentía tan cómoda con él como con mi madre, lo cual me resultaba un tanto

desconcertante. Mikel y yo siempre nos habíamos llevado bien, incluso después de dejarlo seguimos siendo amigos durante un tiempo. Eso nunca cambió durante nuestra relación, lo que cambió fue que ya no teníamos sexo. Y, en la última fase, prácticamente fue inexistente. Lo que nos preparó para aquella amistad…

—¿Cuándo dejamos de tener conexión? —pregunté.

—No sé, a mí nunca dejaste de parecerme atractiva.

—Me refiero a cuándo dejamos de divertirnos.

—Para eso tengo la Xbox —contestó bromista.

—¿Todavía sigues jugando a eso?

—A veces… Bueno, sí —reconoció rascándose la cabeza y frunciendo el ceño.

—¿Y a tus amigos no les molesta que llegues tarde por estar jugando a esa cosa?

—Hoy no puedes quejarte, además, cuando quedo con ellos, no llego tarde.

—Ah, que solo lo hacías conmigo. Pues no me parece justo que tu entorno goce ahora de los beneficios de todas las monsergas que te di durante años.

—Anda, calla, cascarrabias. —Me rodeó con el brazo e hizo que me llegara el olor de su desodorante, tan evocador como un cruasán recién hecho—. ¿Qué te parece si vamos a otro bar a comer unos pinchos en condiciones y te pido uno de esos vinos rosados que solo tomas cuando vienes aquí porque en Madrid pensarían que eres una chica de provincia? Y mientras te lo bebes, le puedes tocar los huevos al camarero preguntándole si ese es el mejor que tienen porque sabe a rayos, como siempre haces…

—No creo que haya mejor plan que ese —confirmé.

Le pasé el brazo por la espalda y nos levantamos para enfilar por calles estrechas y adoquinadas. La noche no era tan fría como los días anteriores y una suave brisa parecía que por fin daba la bienvenida a la primavera. Pasamos por delante de un letrero en el que ponía «Avocado. Gastro-café».

—¿Qué venden ahí y en qué momento nos hemos teletransportado a California?

—Es un sitio nuevo en el que dan brunch.

—El brunch es una forma horrible y cínica de deshacerse de las sobras y cobrar tres veces más de lo que normalmente se cobra por un desayuno, ¿por qué hay cola a estas horas?

—Siempre la hay.

—Lo siento pero no me verás en este sitio en tu vida.

—Pues deberías venir porque hacen los mejores huevos benedictinos del mundo. ¿De verdad crees que Madrid es mucho mejor que esto? No me dirás que no es internacional.

—No compares. Madrid lo tiene todo: el Retiro, la Gran Vía y la gente es moderna, *cool* y viste bien. Es como si todos dijeran por dentro: «He acabado el sudoku del periódico, miradme».

A pesar de que todo me resultaba familiar y extraño, me sentía cómoda. Era rara la sensación de volver a descubrir un lugar en el que había pasado tanto tiempo. Llegamos al Café Roche, uno de los últimos reductos de la vida bohemia de la ciudad que tenía más de un siglo de vida y que era conocido por sus deliciosos pinchos y rústica decoración en madera y colores verdes. Nos pedimos dos vinos y algunas tapas para acompañarlos.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunté dando un trago a mi copa de rosado.

—No me puedo quejar, teniendo en cuenta que llevo en el mismo sitio casi quince años y no siento que quiera irme.

—¿Y no has pensado en buscar otra empresa?

Le dio un bocado a un trozo de pan con jamón y pimiento y se limpió con la servilleta.

—La verdad es que no —respondió con la boca llena—. Hace mucho que abandoné la idea de tener un trabajo apasionante y motivador. Tengo un sueldo digno, buenos compañeros y cumplo con mi horario. Si tuviera que firmar por esa vida para los próximos cincuenta años, lo haría. ¿Y a ti? ¿Qué tal te va? ¿Alguna novedad?

—Pues sí, me han despedido.

Me miró con la boca abierta.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Sé lo importante que es el trabajo para ti.

—No lo sé.

—Quizá sea una buena oportunidad para retomar el segundo libro.

—Pero ¡si tú ni siquiera leíste el primero!

—Quise hacerlo, pero ya sabes que se me hacía raro leer sobre nuestra relación en ese momento.

—Después tampoco lo hiciste.

—¿Te estás enfadando? Ya sabes que ese tipo de literatura no me va.

—¿El tipo de literatura que no tiene dibujitos? —puse una mirada pícara.

Cuando nos terminamos los vinos, me acompañó a casa dando a un paseo, aprovechando aquella noche fresca pero agradable. Fuimos abrazados todo el camino hasta mi portal, algo que no hacíamos desde que éramos estudiantes, y nos detuvimos en la puerta. El silencio se quedó suspendido en el aire.

—No he podido dejar de pensar en ti desde el otro día, Nina. Me gustas —confesó.

Yo sabía que esas dos palabras me podían meter en problemas. A mí me gustaban las camisetas de Levi's, la cerveza helada, pasear por el Retiro, las películas de Wes Anderson, las novelas negras o escuchar la misma canción varias veces seguidas. Todas esas cosas y muchas más me gustaban. Claro que, sentada a una mesa, no le diría «me gustas» a un vaso burbujeante. Ni tampoco les decía a mis Converse que me gustaban antes de ponérmelas. El efecto de bomba atómica se generaba cuando se lo decías a alguien, entonces dejaban de ser dos palabras y se convertían en un misil auditivo. Él se puso frente a mí y nos quedamos mirándonos cara a cara. Notaba una presión en el pecho. Entonces me atrajo hacia sí por la cintura y me besó con suavidad.

Mientras nos besábamos pensé en que no sabía cómo había pasado todo aquello, me sentía adolescente de nuevo. Nos visualicé en aquel mismo portal años atrás para rápidamente pensar en el dolor de rodilla, las sesiones de terapia, el alquiler que no me podía permitir, las declaraciones de la renta, la carta de despido y las estrías de mis muslos. Al sentir el calor del beso de Mikel viajando desde mi boca hasta mi estómago me pareció que todo eso desaparecía. La edad adulta podía llegar todo lo deprisa que quisiera, porque cuando estaba con él, no podía alcanzarme.

—Vaya, sí que te gusto —dije respondiendo con algo de indiferencia—. Sabes que no puedo invitarte a pasar, ¿verdad? A mi madre le daría un infarto.

—Estoy seguro de que se alegraría de verme.

—No tengas ninguna duda.

Mamá no era solo una excusa, también sabía que podía ser terrible echar un polvo en mi antigua cama de noventa, en la que había un montón de ropa sucia y donde además estaría

mi ordenador con la pantalla encendida y el buscador abierto con una pregunta: «¿Tirarse pedos quema calorías?».

—Ya tendremos tiempo —contestó.

Él se inclinó y posó su boca en la mía muy despacio con los labios cerrados. El choque fue tan lento que parecía que íbamos a fundirnos. Se apartó para mirarme a los ojos y examinarme de cerca.

—Buenas noches, Nina —dijo por fin.

—Buenas noches, Mikel.

Se dio la vuelta para marcharse y, mientras lo hacía, me dedicó una sonrisa.

11

«¡¿Muerta en la plaza?!». Esas cuatro palabras me sacaron del mundo de los sueños y me despertaron. Me levanté de la cama como un resorte con un sobresalto considerable. Escuché a mamá nerviosa hablar por teléfono al otro lado de la habitación. Abrí la persiana y la luz del amanecer se fue colando por la ventana haciendo que toda la estancia se cubriera con una claridad tenue. El día estaba gris y lluvioso. Recordé cuando, con quince años, otras cuatro palabras me habían despertado de la misma manera, pero con resaca. Por aquel entonces fueron: «¡¿Vomitando entre dos coches?!». La noche anterior habíamos quedado todos para salir y Trini y yo compramos una botella de tequila. Nos la bebimos con todos en un parque antes de ir a una discoteca. El licor hizo su efecto a las pocas horas y ambas nos pusimos a vomitar en la acera. Cuando al fin se nos pasó un poco la borrachera, volvimos a casa a dormir la mona.

A la mañana siguiente, me despertaron aquellas palabras cuando una vecina llamó a mamá para decirle que nos había visto como Regan, la niña de *El exorcista*. Mamá entró en la habitación hecha un basilisco y me hizo pasar la peor resaca de la historia escuchando canciones de Joaquín Sabina. Una voz rasgada y ronca era lo último que querías escuchar cuando estaba a punto de estallarte la cabeza. Esa era una de las cosas que no soportaba del pueblo, que te conociera todo el mundo. En realidad había huido precisamente de eso, de ese examen, de ese juicio, de ese cotilleo y, sobre todo, del

derecho que parecía tener la gente a informar y preguntar por la vida de los demás. No deseaba tener que estar justificándome por todo lo que hacía. Por aquel entonces no tenía grandes aspiraciones, solo soñaba con ser una borracha anónima. Así que ahí estaba yo ese nuevo día, escuchando a mamá hablar por teléfono al otro lado de la habitación con esa frase que me había despertado. Salí de mi cuarto y me la encontré desencajada en su dormitorio.

—¿Qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—Es Carmenchu, ha muerto.

—¿Y eso? ¿Cómo?

—La encontraron ayer muerta en la plaza. Al parecer, le dio un infarto.

—Pero eso no puede ser, ¡yo estuve con ella!

—¿Cuándo?

—Hace unos días; estuvimos juntas una mañana en el Café París tomando unos pastis.

—Pero ¿cómo se te ocurre?

—¿El qué?

—¡Matar a Carmenchu!

—Joder, que yo no he matado a nadie.

—Solo tú eres capaz de emborrachar a una señora de noventa años. Sin duda le sentó fatal. ¡Ane!, nos vamos al tanatorio —gritó mientras desaparecía por las escaleras.

«Carmenchu ha muerto», me repetí. Volví a mi habitación y me senté en la cama. El dolor me derrumbó. Un revoltijo de emociones hizo que el corazón me latiera con fuerza. Sentí que me ahogaba y comencé a llorar. No podía creerme que Carmenchu, quien me había enseñado tanto y a la que tenía tanto cariño, se hubiera ido. Me sentía culpable, aunque tampoco quería conocer los detalles de su muerte. Entré en un foro de internet para leer cómo afrontar el duelo hasta que

un trueno me sacó de mis pensamientos. En el horizonte, un pelotón de nubes negras anunciaba tormenta. El viento arrastró las primeras gotas que golpearon con fuerza los cristales imitando un lamento. Quería bajar a su casa y hundirme en su regazo; sin embargo, un profundo sentimiento de abandono me atravesó. El pueblo era el único lugar donde la muerte era real. Durante el tiempo que viví en Madrid, no falleció nadie de mi entorno. La gente acudía a sus lugares de origen a entierros y funerales y, al volver, seguían con su vida. «Los Goonies nunca dicen muerto», con esta frase recordé la primera película que vi en el cine. Siempre había pensado que debería ser obligatoria cuando eras niña, pues te preparaba para la vida porque convertía los miedos en aventuras y te enseñaba que todo estaba bien mientras lucharas por lo que querías.

Noel decidió quedarse en casa con Marco y mi hermana y yo esperamos a mamá en el salón. Ane jugueteaba con la tuerca de sus pendientes mientras miraba el móvil nerviosa.

—No estarás en Amazon —inquirí.

—No. Estoy en el Facebook de Carmenchu.

—¿Eso no es un poco macabro?

—Era una mujer buena y cariñosa. No entiendo por qué las personas se tienen que morir —dijo mi hermana entre sollozos.

—Qué quieres que te diga, yo tampoco entiendo por qué la gente se enamora. Aunque, si lo piensas, lo realmente macabro es que yo la maté.

—Nina, Carmenchu tenía noventa años, tuvo un infarto —dijo para reconfortarme.

—¿Y si el día que estuvimos juntas estaba tan borracha que se dio un golpe y ya no pudo recuperarse? Yo la emborraché.

—Fue solo una coincidencia. Tienes que dejar de torturarte.

—¿Crees que debería entregarme a la policía?

—Eso fue buenísimo, ¿sí o no? —Ane dejó de llorar para sonreír recordando la anécdota que me había hecho hacerle esa pregunta.

Cuando tenía siete años, nuestro tío murió de un ataque al corazón. Ane me convenció de que yo era tan fea que lo había matado del susto. Me sentí tan culpable que terminé llamando a la policía para entregarme.

Nuestra tristeza era palpable, pero intentábamos llevarla mejor con nuestro habitual humor negro. Sabía que podía parecer inapropiado, pero era un mecanismo de defensa ante la angustia. A Ane y a mí nos costaba aceptar el dolor, así que nos distanciábamos de él mediante la risa.

Mamá apareció por las escaleras con un flamante vestido rojo ajustado.

—¿Dónde vas así vestida, a los sanfermines de Pamplona? —le soltó Ane.

—Es mi vestido de los entierros. Ya sabéis que nunca me visto de negro. A menos que tenga gases, claro.

—¿También te lo pusiste en el de papá?

—No digas tonterías.

—Pareces la secretaria de Satanás —apunté.

—Cariño, ¿cómo estás después de haber matado a Carmenchu? —preguntó con inquina.

Mi hermana le lanzó una mirada asesina.

—Lo mejor que podemos hacer es acudir al tanatorio y rezar unas oraciones. Hoy es un día muy triste, iré a por una botella de Möet. —Y desapareció en la cocina.

—¿Creéis que acudirá mucha gente? Yo tendría miedo de que no fuera nadie a despedirme —reflexioné.

Mamá apareció con tres copas y una botella de champán francés.

—¿De verdad esto es necesario? No son ni las diez de la mañana. —Yo seguía la conversación de mamá, que no podía estar ni un minuto callada, mientras Ane nos escuchaba y observaba con paciencia.

—En esta casa se celebran la vida y la muerte. Yo sé que a mi funeral vendrá muchísima gente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tuve uno cuando tenía once años. Estaba en una época difícil, tenía las hormonas descontroladas, unos horarios muy estrictos y me moría por explorar la pubertad. En el colegio me iban a dar el premio a la mejor estudiante, pero en el último momento se lo dieron a una compañera. Como quería un poco de atención, le dije a un vagabundo que se presentara en casa de mis padres haciéndose pasar por policía diciendo que me había caído al río. Mis padres me organizaron un gran funeral al que fueron cientos de personas, mi familia, mis amigas, mis primos y hasta las monjas del colegio. Había coronas de flores preciosas y la gente leyó poemas recordándome. Aparecí al final de la ceremonia y les dije a todos que no estaba muerta. Como eran tan creyentes pensaron que había sido un milagro y me perdonaron.

—Madre mía, ¿por qué nunca nos contaste esa historia?

—Porque no quería que siguierais mi ejemplo.

—Ay, mamá, a esa edad, Ane y yo éramos más inocentes que un cachopo de soja. Llevábamos braquets, teníamos granos y nos hacías tocar la flauta en la banda del colegio. Bueno, eso Ane, yo tocaba el triángulo.

Cuando era pequeña, desconocía que las novatas entraban en la banda tocando ese instrumento y que, además, nos colocaban en el centro para que todo el mundo nos viera hacer el ridículo. Nadie que tocase el triángulo llegaría a ser

alguien. Nadie. Ni Kim Kardashian hubiese atraído la atención del mayor de los pagafantas. Yo ya gozaba de una reputación un tanto peculiar, no podía permitirme añadir ese tipo de actividades en mi currículo, al menos si en el futuro deseaba ser alguien que no se arrancara las cejas. Nunca tuve muy claro qué quería de la vida, pero sabía exactamente lo que no quería, y era precisamente ser recordada como la chica del triángulo; incluso estaba dispuesta a aceptar que me siguieran llamando «Nina, cara de susto», pero no «Nina, la del triángulo».

El velatorio fue en el tanatorio, que estaba justo al lado del cementerio. Mientras hablábamos con algunos conocidos, una señora saludó a Ane con efusividad.

—¿Esta es tu hermana? —dijo mirándome—. No os parecéis en nada.

Yo forcé una sonrisa y la mantuve hasta que me dolió la cara. En realidad, no podía dejar de mirar su boca pintada de carmín por fuera de los labios y su enorme collar con perlas y brillantes.

—Sí, trabaja con Noel —respondió Ane con mezcla de orgullo y sorna, la cabrona—. Está escribiendo un libro.

—Una bohemia, bien, bien. ¿Y de qué va?

—Todavía no lo sé. —No supe ni quise contestar otra cosa.

—Es que vive en Madrid —dijo Ane justificándome. Como si vivir allí te volviera cucú.

—Ahora lo entiendo, o sea que eres señorita de capital. No te olvides de tu hermana, que los que os vais nunca volvéis.

No me dio tiempo ni siquiera a molestarme por el tono despectivo con el que lo había dicho, pues justo en ese instante todos entramos al tanatorio en manada. Odiaba esos

lugares tan cargados de silencio y lágrimas en los que la gente no sabía cómo comportarse. Podía notar la incomodidad en la sala del velatorio. Ane y yo nos acercamos al féretro en el que Carmenchu yacía tumbada. Iba vestida con un traje rosa y la habían maquillado imitando su estilo sin conseguirlo. Quizá todos estábamos muertos en vida, sumidos en una decadencia que nos empeñábamos en maquillar.

—Qué tragedia —sollocé.

—¿Crees que deberíamos decir unas palabras? —preguntó Ane.

—Yo no sabría qué decir, nunca he participado en un funeral.

—Yo la única vez que lo hice fue en el de Julen, ¿te acuerdas? Todo el mundo pensaba que éramos muy amigos porque se sentaba delante de mí en el instituto, pero en realidad lo único que sabía de él era cómo tenía el cogote.

—¿Y qué dijiste?

—Que era un buen chico y que tenía la espalda de una persona honesta, ¿qué iba a decir?

Las dos nos quedamos unos segundos mirando al féretro.

—Y pensar que estuve con ella hace unos días por la mañana, se la veía tan bien —murmuré.

—Ahora parece tranquila y en paz.

—Bueno, todo lo tranquila que puede parecer una mujer muerta pintada como si fuera a presentarse a Miss Universo, ¿por qué maquillan tanto a los muertos?

—Si conociéramos el futuro, no saldríamos de la cama —filosofó Ane.

—Si te mueres antes que yo, me aseguraré de que te entierren con un vestido de anciana y una peluca gris —bromeé.

—Yo dejaré que nuestros parientes golpeen el ataúd

mientras se ríen. Incluso le diré al maquillador que te dibuje una leve sonrisa.

—Perra. Si haces eso, pediré que te coloquen con los pulgares hacia arriba.

—Como se te ocurra hacerlo te juro que utilizaré Photoshop para ponerte un sombrero negro y una varita en todas tus fotos del funeral. Así los dolientes pensarán que llevabas una doble vida como maga.

—Eso es muy cruel —apunté.

—Lo sé.

En la sala donde estábamos había una televisión que proyectaba imágenes de Carmenchu. Aparecía durante su infancia en blanco y negro, junto a familiares y nosotras, en París con su marido y también leyendo. De fondo sonaba Frank Sinatra.

—En serio, ¿eso es todo? —pensé para mí, pero lo dije en voz alta.

—¿Por qué lo dices?

—¿Llegamos hasta aquí para que todo se reduzca a unas pocas anécdotas?

—¿Y qué quieres que pase?

—Cuando me muera, prométeme que en mi velatorio habrá un vídeo increíble. Puedes poner mis restos en un ataúd o en una urna, o mezclarlos con estiércol si lo prefieres, lo único que te pido es un vídeo inolvidable. Y cronológico, desde mi nacimiento hasta las últimas Navidades. Puedes elegir alguna imagen también donde se me vea leyendo; no pongas ninguna foto en la que esté tocando el triángulo, por favor; y quizá busca alguna con esos refugiados de Polonia que vinieron en los noventa. Ah, y pon a Beyoncé en bucle.

Mi hermana me miraba como si hubiera visto un fantasma.

—Te juro que, a veces, me das mucho miedo.

Entre la multitud, su sobrina quiso decir unas palabras. Llevaba un jersey y pantalones negros. Su rostro estaba delgado y demacrado, como los rasgos alargados de ciertas esculturas. Tenía las manos juntas en el pecho y fruncía el ceño mirando al infinito. Su boca se contraía y se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua. Abría la boca y volvía a cerrarla conteniendo la respiración para después exhalar profundamente. Sus párpados temblaban como las alas de una mariposa. La mujer cerraba los ojos y los abría de nuevo como si esperara ser transportada a algún otro lugar.

Al final desistió y alguien le acercó una taza con una infusión. En ella se podía leer con letras moradas: «Ahora soy feliz». La psicología de taza se nos estaba yendo de las manos, ¿en qué clase de funeral podía haber una vajilla con ese mensaje? Aunque si lo pensaba fríamente, quizá era lo único cierto de todo aquel espectáculo. ¿Qué me gustaría que dijeran de mí cuando muriese? Ese era uno de los problemas de morirse: no poder escribir una posdata. Me asustaba que, como aquella mujer, ninguno de mis familiares pudiera hacer un discurso decente más allá de un «Menudo viaje, eh».

Después de un rato, la misma mujer volvió a intentar pronunciar unas palabras con Linda entre los brazos. Estaba visiblemente afectada y nerviosa, lo que provocó que hiciera referencia varias veces a las caderas de Carmenchu. La primera vez que las mencionó fue un poco raro. La segunda, sorprendente. La séptima parecía que sus caderas estuvieran junto a ella. No podíamos elegir lo que la gente recordaba de nosotros…, si eran nuestras caderas, eran nuestras caderas, pero no significaba que no recordasen nada más. O eso quería pensar.

Nuestra cultura no manejaba bien la muerte. Gastábamos grandes cantidades de tiempo y dinero intentando evitar

envejecer, parecer jóvenes y prolongar nuestras vidas. Escondíamos a nuestros ancianos en sus casas o en residencias, donde la muerte ocurría a puerta cerrada. Nos sentíamos incómodos con ella, debido a que pasábamos gran parte de la vida negándola. Por eso no sabíamos cómo comportarnos. Cuando alguien moría, su silencio se convertía en una nota de piano retenida, una tecla presionada durante tanto tiempo que provocaba dolor de oído. Esa era la razón por la que había ruido en la muerte: la música, los cantos, los elogios. Todos esos sonidos llenaban el aire con lo que los muertos no podían decir.

En el tanatorio, varios hombres con una presencia silenciosa, pero constante, se dirigían a los asistentes, los guiaban por las diferentes salas, movían ramos de flores, trasladaban ataúdes, cogían abrigos o daban instrucciones sobre dónde estaba el baño más cercano.

—Yo nunca trabajaría en un tanatorio —afirmé.

—¿Por qué? La gente cree que son raros, pero solo hacen su trabajo —dijo mi hermana.

—Me los imagino tocándome el pelo mientras duermo.

—Hay trabajos mucho peores que lidiar con muertos.

—¿Como ser mago? —bromeé—. No sé cómo alguien que trata con muertos todos los días puede irse a casa y cenar tan tranquilo.

—Igual que tú le lamías el culo a tu jefa todos los días y luego te lavabas los dientes —dijo Ane con despecho—. Además, alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—Tenemos mucho que aprender de esos hombres —dijo mamá incorporándose a la conversación—. Además, a mí me encantan los velatorios, son muy animados y te encuentras con un montón de gente. Cuando no se muere nadie, esto es muy aburrido.

Quizá mamá y mi hermana tuvieran razón. La vida nos decía que debíamos sentir incomodidad ante el dolor, la pena y las tragedias, pero ¿y si pudiéramos aprender, como los enterradores, a ser testigos silenciosos de los momentos incómodos? Estar presentes sin juzgar y ayudar cuando fuera necesario, incluso si eso solo significaba coger un abrigo, indicar dónde aparcar o mostrar el camino hacia el baño.

Salimos del tanatorio y me fijé en un misterioso hombre que fumaba dentro de un coche, desde donde observaba sospechosamente en la distancia. Resultaba raro que llevara gafas de sol un día tan gris, pero pensé que quizá solo quería ocultar su tristeza, pues se le veía afectado. Debía tener unos setenta años, delgado y calvo con pelo blanco a los lados. Tenía un aire al escritor John le Carré. El enigmático hombre no salió del coche y detrás de sus gafas parecía observarnos. No sabía por qué me provocaba tanta curiosidad, pero sentí ganas de hablar con él. Mamá también se había fijado en su presencia y noté cómo se colocaba el vestido y caminaba más erguida. No me podía creer que pensase en seducir a alguien en un tanatorio, aunque de ella me esperaba cualquier cosa.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Ni idea, debe de ser algún conocido —contestó mamá atusándose el pelo nerviosa.

—Me resulta familiar, ¿a ti no?

—No, no lo he visto en mi vida —dijo mirando hacia el lado opuesto.

—Ane, ¿no te suena aquel hombre? —pregunté apuntándolo con el dedo.

—Pues ahora que lo dices… —Entornó los ojos para verlo bien—. No, no caigo.

—Míralo bien —dije insistente.

—Nina, quieres hacer el favor de dejarlo ya. Antes de marcharnos visitaré las tumbas de los abuelos, ¡vamos! —gritó mamá con un tono perceptiblemente intranquilo.

Según avanzábamos comenzó a tararear «La Donna è mobile». Nos marchamos ante la atenta mirada de aquel hombre. Tenía que recordar de qué me sonaba. Todavía no sabía dónde, pero estaba segura de que lo había visto antes.

El cementerio no me resultaba un lugar especialmente melancólico, pero sí el hecho de que las personas se desgastasen. Muchos panteones se tambaleaban y las vidrieras se desplomaban. Sus imponentes puertas de hierro oxidadas se abrían revelando piedras con negrura. Cuánta decadencia. Sin embargo, no sabía por qué, pero las tumbas tenían algo de redención, como si una vez dentro, nos liberaran.

—Odio los cementerios, mamá.

—Pues a mí me gustan.

—¿Cómo pueden gustarte?

—En ellos encuentro calma y tranquilidad. Hay muchas almas atrapadas bajo la tierra, pero son sitios donde nadie te toca los cojones.

Mamá recorría aquel terreno lleno de piedras, e insistía en que recordásemos el camino. «Vais por la calle principal y cogéis la segunda a la derecha. Después tomáis San Juan hasta el templete, ¿entendido?». Las hojas secas crujían bajo nuestros pasos mientras avanzábamos. Mamá se detuvo junto a unos arbustos para descubrir una columnata de piedra. Un periquito, posado en el mármol, graznó. Parecía una escena de una serie de asesinatos. Ahí estaban las tumbas de mis abuelos.

—Aquí yace, bla, bla, bla, qué aburrimiento —gruñí poniendo los ojos en blanco en señal de fastidio.

—De verdad, ¿no puedes comportarte ni en el cementerio? —me pidió Ane molesta.

Mamá limpió con un pañuelo el polvo del mármol y se colocó delante del panteón muy seria, como si fuera a pronunciar un discurso.

—Cuando me muera, quiero que me enterréis junto a mi familia.

—¿Aunque estén vivos?

—Nina, joder —bramó Ane.

—Vale, perdón.

—Acordaos de enterrarme aquí y de venir a verme. Ni se os ocurra incinerarme, solo traedme flores de vez en cuando, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué hay que seguir viniendo a ver unas piedras?

—¿Es que eres boba? —dijo mi hermana.

—Porque los muertos mueren cuando nos olvidamos de ellos, que en el fondo es una manera de olvidarnos de nosotros mismos. Venir aquí implica recordarlos.

Tenía la sensación de que la vida se trataba solo de luchar contra la muerte a toda costa. Después viviríamos en la memoria de los demás, y eso era todo. Sin cielo, sin infierno, sin reencarnación. Solo un recuerdo. Quizá a eso era a lo que se refería mi madre, a que los muertos no eran los que estaban en los cementerios, sino aquellos que olvidábamos.

A la salida, unos chicos vestidos de scouts vendían pasteles para irse de viaje. Había varios tipos de dulces colocados sobre un mantel: magdalenas, napolitanas, rosquillas, pastas y canutillos. Estos últimos habían quedado un poco raros, pues la masa, en lugar de amarilla tenía un color rosáceo debido a las frambuesas y parecía que habían sido apuñalados.

—Me los llevo —les dijo mi madre a aquellos chicos que la miraban incrédulos—. Y estas también —añadió señalando a

unas rosquillas quemadas.

Elegía con cuidado los dulces menos apetecibles, pues no podía soportar que unos chicos con buenas intenciones pasaran la tarde haciendo pasteles que nadie se llevaría. Estaba segura de que no comprar esas rosquillas la atormentaría para siempre. Los scouts sonrieron y ella también. «Muchísimas gracias, señora», le dijeron orgullosos. A mamá le gustaba hacer buenas acciones, pero no llevaba bien que la llamaran señora. «Adiós, cuídese», le dijo uno al despedirse, a lo que ella respondió: «¡Y vive!». Cuidarse y vivir, ¿acaso había mejor consejo que ese?

Inmediatamente después de llegar a casa tiró el dulce botín a la basura. Nos explicó que no hubiese podido soportar que aquellos chavales descubrieran su creación abandonada en un contenedor del cementerio. Yo no pude evitar contestarle que con ese tipo de acciones lo único que provocaba era que un grupo de jóvenes ineptos se pusiese a cocinar.

12

Al día siguiente me planté en casa de Trini. Una suave brisa me rozó los tobillos desnudos, avisándome de que la primavera ya estaba allí. Cuando abrió la puerta, nos fundimos en un abrazo. Su casa era como un museo lleno de antigüedades y objetos con muchísima historia apilados por todas partes, pero cálida y confortable a la vez.

—¿Cómo estás? —dijo rodeándome fuerte con los brazos, como a la niña de una película.

—Está siendo duro. Supongo que todas las muertes lo son.

—Era una mujer increíble, todo el mundo le tenía mucho cariño. A última hora nos pasamos toda la cuadrilla por el tanatorio y seguía abarrotado de gente, ¿te apetece hablar de ello?

—En realidad no. Necesito desconectar un poco.

Empecé a dar vueltas por el salón echando un vistazo a los cuadros y a las esculturas protegidas por cristales de vidrio.

—¿Cuándo vas a cobrar entrada? Este sitio es alucinante.

Lo decía totalmente en serio mientras miraba un cuadro que parecía de Dalí.

—¿Quieres que abra una botella de vino? —contestó ignorándome.

Supuse que todo el mundo le comentaba lo mismo cuando entraba.

—Y dos también.

Fuimos por el pasillo hasta la cocina y me senté en uno de los taburetes altos. Las piernas se me quedaron colgando.

Mientras me acomodaba, Trini sacó un par de copas.

—¿Cómo fue el otro día con Mikel?

—Bien, como si no hubiera pasado el tiempo. Paseamos, tomamos algo y cuando me acompañó a casa nos besamos.

—¿Cómo? ¿Y no fue raro? No me digas que vais a volver —preguntó mientras echaba vino en las copas.

—No voy a volver con él, solo nos divertimos.

—¿Y cómo te sentiste? No te veo muy emocionada.

—No sé…

—¿Ilusionada y eufórica? o ¿arrepentida y desconcertada? Hija, no todos los días una se besa con su primer amor.

—¿No hay un punto medio?

—Mmm, creo que no. Y no sé si eso es bueno o malo.

—No tengo ni idea, pero comentó algo sobre que cada vez que empezamos a salir con alguien, queremos cosas diferentes para nuestro futuro. Es decir, que no siempre queremos formar una familia o comprar una casa o hacer un viaje con todas nuestras parejas.

Trini me acercó una copa y bebió de la suya.

—Quizá tenga razón.

—Es posible, aunque yo nunca lo había visto de ese modo. Creía que éramos nosotros los que decidíamos lo que queríamos hacer en la vida y después buscábamos a alguien que quisiese hacer lo mismo.

—A mí siempre me va a apetecer ir a comer contigo, ¿quieres salir? Conozco un sitio en el que hacen un brunch buenísimo.

Llegamos a Avocado, el gastro-café, y esperamos la correspondiente cola mientras la dueña trabajaba enérgicamente para abordarla. La fila avanzaba, pero también

crecía. Me tragué mis palabras y recé para no encontrarme con Mikel allí. Todo por la amistad.

—Dios, estoy ansiosa por que nos den una mesa —exclamó mi amiga, nerviosa.

—No entiendo por qué haces cola para comer, estamos en un puto pueblo del norte, ¡con la de sitios que hay! —me quejé.

—No sé, supongo que no me importa esperar por lo que quiero.

Esa era una de las cualidades que más me gustaba de Trini. Era divertida, alegre y profunda sin pretenderlo, hablaba de muchas cosas sin discursos muy elaborados y sin pedir atención alguna, siempre era dulce y mostraba una cercanía pasmosa.

Nos dieron una mesa al fondo del local. El restaurante estaba a medio camino entre una cafetería convencional y un bar de moda. Papeles pintados con grandes hojas verdes, lámparas de rafia y sillas de materiales orgánicos. En esencia representaba todo a lo que deseábamos aspirar. Todos queríamos vivir en el regazo del lujo, donde unas tostadas de aguacate costaban la mitad de nuestro alquiler y, por alguna razón, no nos importaba. Creíamos que nos merecíamos aquellos huevos benedictinos con patatas y kombucha de dieciocho euros. Madurar se basaba en la decadencia de pagar por experiencias decepcionantes. Eso era lo que cualquier adulto anhelaba.

—Me encanta el brunch porque puedes comer lo que quieras desde temprano y acompañarlo con alcohol —celebró Trini.

—Pues a mí me resulta extraño, porque podemos pedirnos un bagel de salmón, pero sería raro si pidiéramos un filete con patatas. Si el objetivo es empezar a beber a la hora del

desayuno, basta con reconocerlo.

—En el brunch no hay reglas, reina la anarquía. Pero sí, está claro que es literalmente una excusa para poder beber alcohol por la mañana.

—Brunch y anarquía sería un nombre bastante mejor que Avocado, Gastro-café —afirmé.

Abrí la carta para estudiar los diferentes platos.

—No sé lo que quiero —confesé.

—No sabes lo que quieres de comer, de beber o en general.

—En general, pero ahora me refiero estrictamente a la comida.

—Yo voy a pedir los huevos benedictinos sin el pan ni el salmón.

Trini advirtió mi confusión.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Sí, pasa algo, pero ¿el qué?

—Que no entiendo lo que vas a pedir —respondí contrariada.

—¿Por qué?

—Porque vas a pagar veinte euros por dos huevos que te podrías hacer en tu casa.

—Ya, pero es que no quiero ni el pan ni el salmón.

—¿Y para eso venimos a un brunch?

—¿Qué más te da? Pídeme lo que quieras, lo mismo que tú.

Una camarera joven con visibles signos de resaca se acercó para tomar nota.

—Queríamos dos platos de huevos benedictinos, con aguacate y sin beicon, por favor —solicité.

—De acuerdo, ¿cuántos huevos?

—Dos.

—¿Con patatas o aguacate?

—Aguacate.

—¿Queréis que les ponga beicon?

—No, gracias.

—¿Con qué complemento?

—Aguacate.

—Estupendo, dos platos de huevos benedictinos con aguacate, ¿queréis beicon?

Finalmente pedimos los bagels y una botella de vino.

—Quiero hacer un brindis por tu vuelta a casa —dijo Trini con la copa en alto.

—Querrás decir por estar en el pueblo.

—No digas tonterías, tú naciste aquí, es tu hogar.

—Tú puedes decirlo porque llevas aquí casi toda la vida. ¿Nunca has querido volver a París?

—La verdad es que no. Los franceses pueden resultar insoportables si los tratas a diario. Para mí fue fácil dejar el pueblo porque nunca me sentí parte de él, pero cuando me marché, lo echaba de menos. Era feliz fuera, pero me hacía más feliz regresar.

—¿Y no te agobias? Esto es muy pequeño.

—¿Qué tienen de malo los lugares pequeños? Siempre estás a un par de calles de alguien que se preocupa por ti y que sabe cómo te gusta el café. Vivir aquí es como encontrar un plato de la carta que te gusta de verdad y nunca tienes la tentación de probar algo diferente, porque siempre es exactamente lo que te apetece. Me gusta sentirme en casa.

A Trini le sonó el teléfono y se levantó de la mesa para hablar fuera. La veía asentir y jugar con su pelo nerviosa a través del cristal.

—¿Qué pasa? —le pregunté en cuanto regresó.

—Nada.

—Sé que pasa algo. ¿Va todo bien con René?

—Sí, es solo que me ha dicho que esta noche se va a una rave con un montón de gente.

—¿Y?

—Que allí puede conocer a alguien.

—Pero está contigo, ¿no? ¿Por qué iba a querer estar con otra persona?

—Yo qué sé, Nina.

—¿No os habéis planteado mudaros juntos?

—Pues no —dijo con asertividad mientras echaba mostaza al bagel de manera pasivo-agresiva.

—A ver, es un poco raro que llevéis así tanto tiempo, estáis como a medias, ¿no? Las relaciones avanzan, hay ilusiones, proyectos en común…

—No hagas eso —contestó sin levantar la mirada del plato.

—¿El qué?

—Lo mismo que hace todo el mundo.

—¿A qué te refieres?

—A preguntarme cuándo vamos a vivir juntos, a casarnos, a tener hijos… No sé por qué mi relación tiene que ser una relación a medias, es completa, pero en la distancia. Tanto para mí como para René está bien.

—Perdona, no quería juzgarte —me disculpé.

—Lo sé. Es solo que intento tener la mejor relación posible en nuestras circunstancias. La gente siempre me pregunta que cuándo va a venir él a vivir aquí o cuándo voy a ir yo a su casa. Lo hacen como esperando algo, como si yo fuera a ser más feliz cuando eso ocurra, pero estamos bien así. Intento ser feliz con lo que tengo y no pensar que lo seré más cuando suceda esta u otra cosa. Podré estar más satisfecha cuando vivamos juntos o quizá me dé cuenta de que no.

—Tienes toda la razón.

—La gente se empeña en basar su felicidad en situaciones

futuras, pero no se centra en serlo en ese momento. Yo intento estar bien con lo que tengo, tener una buena relación a distancia, no basada en unas circunstancias hipotéticas. Cuando vivamos juntos, será mejor, le querré más, tendremos una relación mejor… ¡O no!

—No lo había visto así y es muy maduro por tu parte.

—A veces me siento desconectada de todo. Del trabajo, de nuestros amigos de toda la vida, de mi familia… Siento que tengo más en común con los colegas veinteañeros de René que con mi propio entorno de siempre, cuyas vidas se centran en sus hijos y sus parejas. Tampoco es que quiera quedarme hasta las tantas tomando Jägermeister, pero, joder, a veces necesito salir un poco de aquí.

—Créeme, te entiendo.

—¿Te parece que se me va la olla desde que estoy con René?

—No, ya se te iba antes.

—Cierto —aceptó y le dio un trago a su copa.

Estaba nerviosa, su pierna saltaba arriba y abajo debajo de la mesa.

—¿Tú también crees que es demasiado joven?

—Eso es una tontería, tampoco os lleváis tanto.

—Sé que es muy diferente a mí. Es detallista, usa desodorante en barra y prefiere el invierno al verano. Es feroz, autocrítico y decidido. Ama a su familia y, para alguien que ha nacido en los noventa, tiene una afición inexplicable por el jazz.

—De todo lo que has dicho, eso es lo más sorprendente.

—Apareció en un momento clave, ¿sabes? El círculo de personas con las que me movía aquí tenían una relación. Cuando salía con ellas, los camareros dividían las cuentas para las parejas que pagaban juntas y, después, me miraban a

mí con curiosidad como si alguien no hubiera hecho bien los cálculos. Durante años, la cualidad más atractiva que encontraba en un hombre era su absoluto desprecio por mi existencia. No había nada más adictivo para mí que la búsqueda de afecto de alguien que estaba fuera de mi alcance. Con él, sin embargo, me sentí viva, como la versión de mí misma que durante mucho tiempo supuse que estaba muerta y enterrada. Todas las cosas que podrían haberme preocupado de él: su incapacidad para escucharme cuando estaba frente a la pantalla del ordenador, su interés por el rugby o las criptomonedas, era absolutamente capaz de dejarlas de lado. Por primera vez en mi vida no califiqué las diferencias como una condena.

—El sistema de las criptomonedas también se basa en la confianza, pues no existen físicamente, lo sabes, ¿no?

—Durante mucho tiempo pensé que las cosas tenían más valor si podía verlas, pero con nuestra relación me di cuenta de que no era así, lo tenían cuando creíamos en ellas.

—Quizá las criptomonedas son como el amor.

—Gracias por estar conmigo, Nina. Sé que no te gusta el pueblo y es posible que muy pronto te marches…

Ya empezaba con su negatividad habitual.

—¡Anda ya! Yo siempre voy a seguir quedando contigo.

—Menos mal que te tengo, cualquier persona de aquí se llevaría las manos a la cabeza, eres la única a la que le puedo contar estas idas de olla sin que me mire como un bicho raro.

—Trini, yo estaré para ti siempre.

Alargué los brazos sobre la mesa para agarrar los suyos.

—Me alegro mucho de que estés aquí, de verdad, aunque no tanto de que vuelvas con Mikel, porque eso significaría que tendría que compartirte —dijo en un mohín.

—De eso nada, siempre seré tuya, al cien por cien. Además,

vete a saber lo que pasará.

—No quiero convertirme en una de esas que no quiere que sus amigas sean felices.

—Nunca lo harás.

—¿Crees que mis dudas tienen que ver con que René sea Virgo?

—Sabes que no soy la más indicada para responderte a eso.

—Yo soy una Cáncer de manual.

—Supongo que influirá, sí —le solté como si entendiera del horóscopo.

—Tú eres Géminis, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y Mikel?

—Creo que Tauro.

—¡No! —gritó dejándose caer en la silla y soltando la patata que tenía en la mano.

—¿Qué?

—No puede ser Tauro, ¡lo vuestro es imposible!

—¡Anda ya!

—Te lo digo yo. Los Tauro son muy persistentes y tienden a obsesionarse un poco con las personas con las que salen.

Esa idea se quedó un rato en mi cabeza.

—¿No se te va un poco la olla con esto del horóscopo?

—Es que no te pega nada ser Géminis.

—¿Y qué me pega entonces?

—Ser Leo, ¿estás segura de que naciste el mismo día que celebras tu cumpleaños?

—¿Cómo iba a engañarme mi madre con algo así? Bueno, viniendo de ella, todo podría ser.

Me marché de allí pensando en que cada vez que alguien de

tu entorno tomaba una elección de vida, reflejaba en un espejo tu propia decisión. Trini había decidido llevar una relación a distancia con alguien más joven y aquella situación generaba demasiadas preguntas curiosas e indiscretas, como la que yo le había hecho. Cuando empezó a salir con René, sintió por parte de la gente de su entorno tanto curiosidad como juicio. ¿Y si aparecía otra persona? ¿Y qué pasaba con el sexo? ¿Cómo podían seguir juntos si no se veían? Cuando era más joven, creía que la única manera de estar en el mundo era estando con otra persona, ahora me sentía una estúpida integral por haber pensado así. Las relaciones a distancia, poliamorosas, las no-relaciones o incluso la soltería eran elecciones. Todo se basaba en cómo elegíamos pasar nuestro tiempo. Unas personas decidían invertirlo en sus parejas o en el senderismo; otras, en sus hijos o estando solas. La relación de Trini era su elección, igual que tener citas, salir con quienes nos apeteciera o usar gafas. Siempre y cuando lo eligiéramos, no había bueno o malo, mejor o peor. Debía aprender a mantenerme al margen, a ser como los enterradores, que estaban presentes sin juzgar y dispuestos a ayudar cuando fuese necesario, incluso si eso solo significaba pedir unos huevos benedictinos.

Esa noche había quedado con Mikel en un bar del centro. Cuando nos encontramos, sabía que estaba nervioso porque llevaba puesta su cazadora de la suerte. Quizá él no lo recordaba, pero sabía que se la había regalado su madre en su veinte cumpleaños y decía que cuando se la ponía le ocurrían cosas buenas. Me esperaba apoyado en una barra de madera con dos cervezas. Recordé por qué me gustaban tanto aquellos lugares sin pretensiones. Se me olvidaba que los sitios sencillos y con historia eran los que tenían mayor encanto. No todo tenía que ser de diseño, ni moderno,

simplemente hacerte disfrutar sin ninguna otra finalidad. Por primera vez en mucho tiempo, en aquella tasca me sentí como en casa.

—He estado bebiendo un poco —dije a modo de disculpa cuando llegué.

—No pasa nada, parece una buena manera de pasar este día gris. Oye, siento mucho lo de Carmenchu, nos pasamos ayer unos cuantos a última hora por el tanatorio para decirle adiós, era toda una institución en el pueblo. ¿Prefieres que vayamos a un lugar más tranquilo? Esto es un poco antro.

—No, por mí está bien, me siento cómoda en los tugurios. A veces creo que yo soy mi propio bar de mala muerte. —Me reí nerviosa—. Oye, ¿te puedo preguntar algo? —le dije animada por el alcohol.

—Claro, lo harás igualmente —respondió con una sonrisa pícara.

—¿Qué ves en mí y por qué este repentino interés? ¿Es porque eres Tauro?

—Ya estamos con tus preguntitas. —Arqueó una ceja—. Pues, verás, eres guapa y divertida, pero no creo que lo sepas. Tienes curvas y eres sensual, eres graciosa y elegante. No pretendes vestir sexy. Por cierto, vestirse sexy es lo opuesto a ser sexy.

—¿Ah, sí?

—Y creo que hacemos un buen equipo —dijo acercándose cada vez más a mí.

—Ahí te has flipado un poco, ¿no? —respondí mientras lo apartaba poniendo una mano en su pecho.

—Es posible, pero creo que no me equivoco.

Había levantado el brazo y se rascaba la cabeza en señal de duda.

—Ojo, que aquellos dos adolescentes no tienen nada que

ver con estos adultos.

—Pero la magia sí es la misma.

Los ojos de Mikel eran peligrosos, dueños de una mirada que podía ser un abrazo o una cuchilla de afeitar. A pesar de eso, sentía que necesitaba dejarme llevar.

—Hablando de magia, he empezado a trabajar con Noel —cambié de tema para rebajar la intensidad de aquel momento.

—¿Tú? Pero si odias el ilusionismo.

—Lo sé, soy patética, ¿verdad?

—Eres preciosa. —Se acercó para besarme.

Me encantaba esa parte de las relaciones en las que un cumplido provocaba el efecto de los rayos del sol y me di cuenta de que hacía mucho que no sentía ese calor. Siempre me enamoraba cuando estaba en una crisis. Mi teoría era que estas daban al enamoramiento mayor significado. Durante las crisis olvidábamos lo racional y nos centrábamos en el instinto. La pregunta que me hacía era: ¿necesitaba estar en crisis para enamorarme? Quizá lo que hacía únicos a los amores fruto de una catarsis era que estaban abocados al fracaso y eso los hacía más interesantes.

—¿Cómo se para el tiempo? —Me coloqué a escasos centímetros de su cara.

—De eso nada —respondió agarrándome por la cintura—, tenemos que ir hacia delante.

Me entró vértigo. Mikel me desarmaba con esas excesivas declaraciones románticas. Parecía que estábamos en una especie de concurso en el que yo nunca sabía la respuesta correcta. Algo en mí no iba bien. No sabía si era el efecto del alcohol o de aquellas palabras, pero le pedí que saliéramos a tomar el aire. Abandonamos el bar y caminamos abrazados. No quedaba mucha gente por la calle.

—¿Quién decidió poner la primera piedra en este sitio?

¿Quién fue el idiota que vino al pueblo y dijo: «Quiero vivir aquí»? ¿En serio murió gente luchando contra los franceses por esto? Es increíble.

—¿Quieres que te explique el carácter de los que somos de aquí?

—Sorpréndeme.

—Obstinados, reservados, cabezotas…, ¿sigo?

—No hace falta que me lo recuerdes. Oye, me estoy meando.

—¿Prefieres que entremos a algún sitio o vas a hacerlo entre dos coches?

—¿Te importa? —pregunté confirmando mi respuesta.

Me acompañó a un lugar más apartado y me agaché en cuclillas. Él se colocó delante mirando al móvil, pero podía advertir que miraba de reojo.

—Eh, ¿qué estás mirando, pervertido? ¿Es que tú nunca has meado en público?

—Claro que sí —dijo entre carcajadas.

—¿Y en la ducha? ¿Por qué te ríes? ¡Sé que te estás riendo!

Cuando terminé, avanzamos juntos haciéndonos bromas en busca de un taxi. Mikel se paró en seco y me miró con delicadeza. Algo burbujeaba en el aire, no sabía si era el gas de la cerveza, pero en un instante, nuestros labios se juntaron, mis dedos jugaron con su pelo, sus manos frotaron mi pecho y acabamos apoyados contra una pared. Parecíamos dos adolescentes, pues su rodilla presionaba mis piernas y mis brazos recorrían con torpeza su espalda. Nada podía separarnos, estábamos como envasados al vacío, sin embargo, seguía sin sentirlo lo suficientemente cerca.

Nos montamos en un taxi en dirección a su casa y fuimos

directos a su habitación. Yo estaba algo mareada y notaba la lengua amarga. Nos desvestimos rápido y cuando estuvimos desnudos, nos tumbamos en la cama hasta que se colocó encima de mí. Se apretó como si se hubiese dejado ayudar por una llave inglesa y a ambos se nos escapó un gemido. Nos balanceamos con movimientos rítmicos y constantes. Encontré algo de rutina en sus movimientos, en la presión que aplicaba, en los tiempos y las caricias… Quizá eran las preferencias de la mujer que había estado con él antes que yo. Se movía como alguien que seguía los impulsos de su cuerpo, sin pensar.

Yo me sentía insegura y en lo único que podía pensar era en las ofertas de empleo, los trucos de magia y en los e-mails que tenía sin responder. Mi cabeza lo cuestionaba todo: «Nina, no pongas esa cara», «¿cómo me verá desde allí abajo?», «¿se habrá dado cuenta del pelo que tengo en el pezón?». Quizá se debía a que el sexo se volvía más importante cuanto menos lo tenía. Terminamos con mi cara sobre la almohada y sus manos agarrando mis caderas. Luché por encontrar un ritmo y, en lugar de intentarlo, acabé abandonándome. Él jadeó y cayó sobre mí para después quedarnos bocarriba sobre el colchón. En ese momento sentí al Mikel adolescente que consideraba que el polvo había llegado a su fin cuando eyaculaba. Sus besos me excitaban, sí, pero el sexo era otra cosa. Sus movimientos arrítmicos y desacompasados eran más propios de una cucaracha intentando darse la vuelta que de un amante. No sabía si me había follado a mi ex o a un opositor calvo sin ilusión.

Estaba tan normalizado que los hombres llevaran la iniciativa en el sexo que, como mujer, podría haber pasado fácilmente por todo el proceso sin haber hecho prácticamente nada. La pregunta era: ¿quería continuar con aquello para

que la siguiente mujer que se acostara con Mikel pudiera encontrar mi huella y preguntarse quién era yo? La respuesta la tenía clara: ni de puta coña. Ese polvo de lo único que me había dejado con ganas era de abandonar la militancia heterosexual.

—¿Quieres saber lo que más me gustaba de ti? —preguntó girándose hacia mí y apoyándose sobre su brazo.

Nada me ponía menos cachonda que un tono paternalista.

—Claro.

—Curiosamente, lo que más me gustaba, también era lo que más odiaba: que no te preocupaba nada. Nunca me había reído tanto ni había podido hablar con tanta facilidad de cualquier tema como contigo, pero cuando las ocasiones requerían un poco de seriedad, tus risas continuaban y parecía que quisieras mandarlo todo a la mierda. ¿Y a ti, qué era lo que más y menos te gustaba de mí?

—Lo que más, tu seguridad y lo que menos, que no te comunicaras. Nunca decías lo que te molestaba o lo que no te gustaba, simplemente no hablabas. Parecías olvidar que una relación era algo de dos. Me sentó fatal que no me contestaras a aquella carta después de tantos años.

—¿Nunca te preguntaste qué hubiera sido de nosotros si no te hubieras ido a Madrid?

—Sí, pero supongo que solo pensé en mí y en lo que quería.

No era fácil decir la verdad cuando sabías que ibas a herir a alguien. ¿Qué era mejor, la honestidad o una mentira para salir del paso? Yo prefería la primera. Era mejor sufrir un rato que vivir en una fantasía de las dudas. Además, una conciencia ligera hacía más divertida la vida. Me incliné hacia él y lo besé en la mejilla como si llevásemos varios años juntos y tuviera que entrar en la ducha para ir a trabajar, pero en lugar de eso me vestí para coger un taxi.

Llegué a mi casa de madrugada y escribí a Trini para contarle cómo había ido. «¿Y si ha sido un error?», escribí. «No tiene por qué serlo. Quizá, no haberlo hecho hubiera sido el error», respondió. Abrí la ventana para darle unas caladas al váper. Con tantos estímulos era la primera vez que fumaba en todo el día. Miré aquel cielo negro lleno de estrellas y escondí la cara entre las manos. A veces se me olvidaba que no todo tenía que ser extremo, ni revolverte, ni sentir mariposas en el estómago, ni terminar con un aprendizaje. Abrí el ordenador y me senté delante de la página en blanco. Quizá el secreto estaba en liberarme de presiones y escribir algo que fuera como aquel bar, sencillo y sin pretensiones. No tenía que ser la novela de mayor éxito, ni la más graciosa ni la de mayores ventas. Simplemente tenía que disfrutar por el camino. Mis dedos comenzaron a fluir sobre el teclado y, por primera vez en mucho tiempo, volví a escribir.

Sentada a mi escritorio levanté la vista hacia la ventana, que revelaba un cielo con miles de estrellas. El cristal me devolvió la imagen de una mujer sentada en la silla con el rímel corrido. Me levanté para asomarme otra vez y pensé de nuevo en Carmenchu y en lo insignificantes que éramos. Cuando nos muriésemos, en un chasquido, ya nadie se acordaría de nosotros. Casi hasta reconfortaba.

13

A mis treinta y tantos años había aprendido algunas lecciones de vida indispensables. Por ejemplo, que los peluqueros nunca hacían lo que les pedías, que el alioli era el mal, que a veces resultaba terapéutico ordenar el cajón de la ropa interior y que llevar siempre toallitas húmedas encima te facilitaba la vida. Sin embargo, a pesar de toda esta vasta sabiduría, había un gran agujero negro que se mantenía igual sin importar mi conocimiento o experiencia: las resacas.

Al día siguiente, cuando me desperté, tenía tanta sed que arrancarme la lengua me hubiese parecido una buena opción. Mi recuerdo de la última parte de la noche era borroso, como el reflejo en el espejo después de una ducha caliente. Hasta podía sentir la presencia de un ser imaginario apretando sus pulgares en las cuencas de mis ojos. No sabía cómo, pero había conseguido arrastrarme de la cama a la cocina y me encontraba sumergiendo un trozo de pan en un bote de crema de cacahuete.

Ane y yo habíamos quedado para salir a comer las dos solas. En lugar de eso, me sugirió ir a desayunar, pues Noel no podía quedarse con Marco. En esos pocos días que llevaba en el pueblo no era la primera vez que modificaba nuestros planes. La maternidad justificaba absolutamente cualquier cambio de última hora. En una ocasión me canceló porque Marco se encontraba durmiendo la siesta y dijo que si lo despertaba, podía afectar al desarrollo de su personalidad. Yo también me había despertado de algunas creyendo ser otra

persona, pero eso no era justificación. Echaba de menos la espontaneidad con Ane, salir a tomar algo, contarnos los problemas en el baño o hablar de nuestros planes de futuro durante el desayuno. Ahora todo tenía que ser previsto, planificado y encajado en su agenda.

Fuimos a Florida, una cafetería de toda la vida. No sabía muy bien por qué, pero en el norte había una especial predilección por poner nombres exóticos a los negocios. Como si con su nombre atrajera el clima de aquellos lugares. Sus tostadas de dos centímetros de grosor, con nata, chocolate o mermelada, tenían una gran fama entre los desayunos y las meriendas.

—No creo que vuelva a acostarme con él —le dije a Ane comentando la noche anterior con Mikel.

—Estoy segura de que pasará de nuevo —contestó poniendo sus manos alrededor de la taza de té—, pero la próxima vez no deberías emborracharte tanto.

—La cuestión es que no sé si volverá a suceder sin estar borracha.

—¿Y crees que es una buena idea acostarte con alguien si necesitas estar pedo?

Las tostadas llegaron antes de que pudiera contestar. Recordé una noche en la que discutimos estando de fiesta y le grité que vivía tan amargada como nuestra madre. Algo de razón tenía, pero nunca le habría dicho eso si hubiera estado sobria. Pensar algo no significaba que tuviese que decirlo. Decir algo no significaba que lo sintiese.

Estuve quince minutos contándole con pelos y señales mi noche con Mikel, los juegos previos, los detalles en la cama y cómo me sentí. Después le pedí perdón por la chapa, a lo que ella respondió que no me preocupara porque no me había escuchado. Me costaba sincerarme con ella, y cuando lo

hacía, no parecía importarle. A veces sentía mis problemas como tontos y banales al lado de los provocados por la falta de sueño, los cambios físicos o la pérdida de identidad provocados por la maternidad.

—Entonces ¿Trini va a dejar a su novio? —preguntó mientras extendía la nata sobre la tostada.

—No creo —respondí—. Parece muy enamorada.

—Pues menuda relación. —Ahí estaba, dejando claro su juicio.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no tiene ningún sentido estar con alguien a quien no puedes ver.

—Pero ellos lo llevan bien —afirmé, justificándolos—. Quizá el tiempo que pasan juntos es de mayor calidad que si se vieran todos los días. Ane, ¿me estás escuchando?

—Perdona, me caigo de sueño. —Bostezó mientras miraba al móvil—. Yo no podría tener una relación a distancia. —«Yo no podría» era la frase más pasivo-agresiva del planeta—. Quizá Noel tenga algún amigo soltero decente para Trini.

No, no tenía, pero mi hermana era incapaz de dejar pasar una oportunidad para apuntarse un tanto en su plan para que toda la humanidad tuviera una relación.

—Ella no necesita pareja, Ane, ya tiene una.

—Lo sé, pero tiene que buscarse a alguien de su edad, René es demasiado joven y está en otra etapa. Seguramente, dentro de un tiempo ella querrá unas cosas; él, otras, y lo dejarán.

—Pues yo los veo bastante bien.

—Mira cómo terminan los famosos con parejas más jóvenes. —Apuró el té de su taza.

—¿Cómo?

—Pues a la gresca.

—¿Y crees que eso es por su diferencia de edad?

—Es posible. Oye, ¿cómo llevas el libro? —se interesó.

Mi hermana y yo teníamos la confianza de saltar de un tema a otro sin ningún tipo de orden.

—Mal, aunque ayer conseguí escribir algo. El problema es que no puedo concentrarme. Necesito alguien que me grite y me insulte para no distraerme. ¿Cómo consigues tú hacer tantas cosas? Yo soy una inútil incapaz de hacer ni siquiera una.

—Porque no tienes nada más que hacer. En mi caso, tener un bebé que llora porque me necesita me empuja a hacerlas.

—Quizá yo no soy necesaria para nadie —me lamenté.

—Deja de ser arrogante.

—¿Perdona? —respondí molesta.

—Suenas como si fueras demasiado para escribir. Deja de presionarte, relájate, tómate un respiro… ¿De qué te quejas? A mí me encantaría ser tú y no tener ninguna responsabilidad.

—Ane, soy una mujer de treinta y tantos que vive con su madre. Que no tenga hijos, trabajo o una casa en propiedad no quiere decir que no tenga responsabilidades.

—Pues entonces deja de compadecerte y escribe.

—Lo intento, pero no sé lo que falla —respondí.

—Tu autodesprecio. Corres en dirección contraria a ti misma. Sal a pasear, queda con gente, come con mamá, ¡sal de tu cabeza! Y, sobre todo, sé más amable con los demás y contigo misma.

Me molestó su sinceridad, pero sabía a qué se refería. Conocía esa sensación, la de que solo los que te rodeaban tenían la culpa. Le di un mordisco a la tostada y reconocí que buscaba chivos expiatorios a mis problemas, especialmente cuando tenía hambre.

—Gracias por dedicarme este rato —agradecí.

—Anda ya —contestó restándole importancia—. Por cierto, acuérdate de que en unos días es la constelación.

—¿Qué constelación?

—La constelación familiar, la sesión de terapia basada en nuestros ancestros que te comenté. Me prometiste que vendrías.

—Joder, Ane, sabes que no creo en esas cosas.

Hizo un puchero al que no pude resistirme y me rendí.

—Sabía que no me fallarías. Siempre seremos nuestra persona vitamina —añadió.

—¿Qué coño es eso? Suena perverso.

—Una persona que te anima y te apoya. —Puso sus manos sobre las mías.

—Parece un insulto. Como me vuelvas a llamar así, te cruzo la cara —refunfuñé.

Odiaba todo lo relacionado con aquellas comidas de tarro relacionadas con el positivismo y la psicología naif que decían que si trabajabas duro y eras amable con la gente, tus problemas se solucionarían. Toda esa mierda hacía que las personas se sintieran culpables cuando sus vidas, como todas las vidas, no conducían a una buena salud, a relaciones felices o a trabajos enriquecedores. Igual tenía que hacer como mi hermana y esforzarme más en fingir que todo estaba bien. Quizá así todo estaría bien. En mi cabeza.

Volvimos a casa sobre la una y, mientras preparábamos la comida en la cocina, apareció Noel. Al parecer, el motivo por el que no habíamos podido ir a comer era que él había quedado para jugar al baloncesto. Me sorprendía cómo mientras que a las mujeres la maternidad las envolvía con una capa de responsabilidad y autoexigencia extra, a los

hombres les cubría una de inmadurez. Como si los hijos justificaran que necesitaran salir a tomar un respiro o evadirse durante un rato.

Una vez, cuando Marco tenía un par de meses, Noel se marchó a una barbacoa con sus amigos y apareció a medianoche borracho y con quemaduras de segundo grado en las nalgas. Al parecer había intentado asarse el culo. Tuvieron que ir los tres directos a urgencias. A día de hoy se hablaba de aquella anécdota como una gesta graciosa de mi cuñado, pero estaba segura de que si mi hermana hubiera hecho lo mismo, le hubieran quitado la custodia del niño. Para él, todo quedó en una historia divertida entre colegas. Y lo peor, mi hermana era la primera en seguir riéndole la gracia.

Noel entró en la cocina con Marco en brazos vestido con una camiseta de tirantes de los Lakers. No sabía muy bien cómo se le mantenía esa estúpida cresta, pero la llevaba hasta cuando se despertaba por la mañana.

—¿Cómo es jugar en la NBA? —pregunté burlona.

—Bastante duro —contestó dejando a mi sobrino en los brazos de mi hermana—. He quedado para jugar con Mikel.

—¿Desde cuándo os gusta el baloncesto?

—Jugamos desde hace algunos años. Tenemos un equipo, el Yayo Vallecano.

Ane se mordió el labio inferior y cerró los ojos abatida.

—Vaya, perdí mi oportunidad de estar con una estrella del deporte de élite —bromeé.

—Parece que no la has perdido del todo —respondió, y me guiñó un ojo para indicarme que sabía lo de la noche anterior —. Después iremos a tomar algo para celebrar la compra de su nueva casa —recalcó dirigiéndose hacia la nevera.

—Mikel se ha comprado la casa en el mismo barrio donde estamos mirando la nuestra —anunció Ane.

—Ah.

No recordaba que el taxi hubiera llegado tan lejos, de hecho, no recordaba nada. Notaba cierta camaradería impostada. A los adultos les encantaba animarse y felicitarse por un nuevo logro vital, una boda, un hijo, la compra de una casa… Algo así como cuando los famosos se saludaban en la alfombra roja de los Oscar. Todos guapos, ricos, millonarios y de éxito dirigiéndose cumplidos mientras sonreían exultantes. Y por dentro, muertos en vida.

—¿Te ha enseñado ya Ane la casa? Estamos a punto de reservarla —preguntó Noel tras la puerta de la nevera.

—No.

Me resultaba extraño que no lo hubiera hecho antes, pues era una ocasión estupenda para presumir.

—Vamos, enséñasela —insistió mi cuñado.

—Voy, voy. Tú deberías comprarte otra —añadió Ane.

—¿Yo? Pero ¡si no tengo ni para condones!

—Bueno, ahora quizá no, pero vivir de alquiler es tirar el dinero.

Claro que sí, solo la gente que se compraba una casa evolucionaba, el resto permanecíamos estancados.

—Yo no lo veo así, vivo donde quiero y sin las preocupaciones de tener una casa propia —resolví.

Mi hermana me acercó y me enseñó las fotos, donde aparecían también la descripción y el precio de la propiedad. Pensé en lo respetuosa que había sido Trini años atrás cuando se compró la suya, al ocultarme toda esa información y resaltar que no lo hacía por gusto, sino obligada por sus padres, para no hacerme sentir mal.

—Tiene muy buena pinta.

Después del «es muy chula» que había apuntado sobre la de Mikel, me había quedado ya sin adjetivos.

—Sí, no está mal —añadió Ane sombría, apartando el teléfono.

¿No estaba mal? Algo comprado en Wallapop o en un bazar no estaba mal, pero la adquisición de una casa tenía que generar ilusión. O al menos vértigo. Pensé en cuando me mudé a Madrid. En los primeros meses que pasé en mi apartamento. Había experimentado una satisfacción profunda al saber que aquellos metros cuadrados eran mi nuevo hogar. Sin embargo, no notaba aquella sensación en mi hermana. El pelo sucio sobre su cara, la mirada vacía y sus grandes ojeras se pronunciaron. A mi hermana le pasaba algo.

—Oye, tengo un espectáculo esta semana —dijo Noel bebiendo a morro de la botella de agua.

—Entiendo que no me quieres como espectadora.

—Será en vuestro antiguo instituto, cuento contigo, ¿verdad?

—Si no hay más remedio.

14

Unos días más tarde se celebró el funeral de Carmenchu. Fue un evento emotivo y multitudinario que reunió a casi todo el pueblo. Algunas personas odiaban los funerales, pero yo los encontraba reconfortantes, pues le daban al botón de pausa de la vida y nos recordaban que tenía un final. Sus familiares se quedaron con la pobre Linda, cuyos aullidos se escuchaban por el rellano, y vaciaron enseguida la casa para poder venderla. Nos dejaron quedarnos con lo que quisiéramos en agradecimiento por haberla cuidado durante tantos años, así que mamá eligió su colección de abrigos; Ane, su vajilla, y yo, unas figuritas de cristal de Swarovski. De niña, me encantaba mirar a través de ellas porque su efecto era caleidoscópico. Carmenchu decía que eran una metáfora de la vida, porque, según les daba la luz, hacían predominar unos colores sobre otros, unas decisiones sobre otras, unos acontecimientos sobre otros. Todo eso nos hacía únicos, como a las figuritas. Me encontraba en el salón mirando a través de una de ellas cuando escuché a mamá entrar en casa.

—No sé cuál es el problema —gritó hecha un basilisco.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Soy una mujer respetable que sabe lo que quiere y tiene la capacidad de pagar por ello.

Pasó junto a mí y subió las escaleras. Yo la seguí hasta su habitación.

—¿Y bien?

Me quedé de pie mirándola.

—Qué calor hace en la calle. Se me están cayendo gotas de sudor por toda la espalda. Mira, toca. —Me cogió la mano y la metió por debajo de la camiseta.

—No quiero tocarte la espalda sudada, mamá, qué asco.

—Puede que a mis sesenta y tantos sea un poco mayor que la media, pero todavía hay boutiques que se complacen en atenderme y ofrecerme ayuda.

—Lo siento, pero no te sigo —informé.

—Pues que en la tienda de vibradores que hay al lado de la catedral me han ignorado.

—¿Cómo?

Mi madre caminaba de un lado al otro de su cuarto molesta porque, en lugar de intentar imaginarme la situación, le hiciera tantas preguntas.

—Nadie me ha preguntado si necesitaba ayuda. Parece que me hubieran rociado con el gas de la invisibilidad.

—¿Y qué esperabas, que te aplaudieran?

—Solo quería un poco de ayuda para comprar un juguete.

—¿Para ti?

—¿Cómo que para mí? Pues claro.

——¿Y para qué lo querías?

—Para jugar a pala, ¡no te digo! A cualquier persona con dos dedos de frente le apetece darse un capricho de vez en cuando.

Hice un esfuerzo enorme por no reírme imaginándome a mamá montando el pollo por un vibrador, mientras la gente salía de misa en la catedral.

—¿Tú haces esas cosas?

—«Esas cosas», no me seas mojigata. No sé si lo sabes, pero la era del rapidito terminó hace mucho tiempo.

—Si papá pudiera ver en qué te has convertido se moriría de vergüenza.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Hace mucho tiempo que está muerto —respondió ofendida.

—¿Has entrado a la tienda tú sola?

—Sí, mis amigas menosprecian ese tipo de sitios, dicen que el sexo debe ser natural.

—Seguro que piensan que la viagra está hecha de aloe vera.

Mi madre siempre había sido abierta en cuanto al sexo, pero esto era otro nivel. De repente se puso a reír a carcajadas como si la conversación no fuera con ella, lo que interpreté como una broma.

—Qué susto, mamá, pensé que ibas en serio cuando has mencionado lo de la tienda de vibradores —respondí aliviada.

—Iba en serio. Sin vergüenza ni juicio —afirmó. Ahí supe que era cierto, pues siempre que contaba alguna anécdota terminaba con esa frase—. Verde, fucsia, azul bebé…, había vibradores de tantos colores que no sabía cuál elegir, así que me llevé el morado.

—El color «azul bebé» debería estar prohibido en un vibrador.

—La erótica hay que trabajarla, es como la cucharadita de azúcar que añadimos a nuestras rutinas diarias. Como coquetear con el pescadero, usar una combinación roja debajo de un vestido o dejar que un trozo de chocolate se derrita lentamente en la boca.

—Por favor, no me tortures con detalles.

—Que haya llegado a un acuerdo con la gravedad, no quiere decir que haya renunciado al placer. Así es como soy, consciente del privilegio de estar viva.

Mamá quería una mente y un cuerpo sin trabas. Vivía en un cuerpo que se deterioraba, pero fuerte de deseo. La envidiaba.

—Y tú, ¿cómo estás? —dijo dándose la vuelta para guardar la ropa.

—Bien —respondí—. Hace un par de días estuve con Mikel.

—¡No! —se sorprendió para mirarme y se dio la vuelta de nuevo—. ¿Y cómo fue?

—Lo pasamos bien, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Que el sexo es terrible, mamá.

—Vaya, lo siento. Creo que deberías venir a una clase de GAP —resolvió.

—¿Qué es eso?

—Es un entrenamiento funcional basado en la fuerza en glúteos, abdomen y piernas —afirmó de manera automática.

—¿Y eso qué tiene que ver con el sexo? Quizá sea demasiado para mí.

—Con el deporte hay que persistir.

—Pero, mamá —advertí—, no he hecho ejercicio desde que iba al colegio.

—El ejercicio es como el sexo, hay que practicarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues precisamente eso, ponte el chándal y vámonos.

—Pero ¡el único que tengo es el del colegio!

Cuando era pequeña, mamá me apuntó a tenis, a ballet, a natación y hasta a hípica. Nunca me aficioné a ninguno de ellos. Después, cuando empecé la universidad, sacar tiempo para cualquier actividad adicional a mis estudios era difícil, por lo que decidí apuntarme al gimnasio. Duré una semana. Me parecía una actividad terriblemente solitaria. Sí, la escritura también lo era, pero el deporte, en lugar de activarme, potenciaba mi ensimismamiento.

Mientras vivía en Madrid probé los entrenamientos online. Me parecía increíble poder ejercitarme sin que nadie me viera hacer el ridículo. Elegí un vídeo de YouTube y lo practiqué durante dos semanas. Cada día se me hacía más fácil, lo que

me infundió energía y confianza. Más tarde, al leer algunos de sus comentarios, me di cuenta de que estaba dirigido a embarazadas, así que cuando probé uno para personas que no lo estaban, me resultó imposible terminarlo. Nunca más lo intenté.

El club social de mi madre era parecido a un centro de desintoxicación. Un lugar de reunión para yonquis del deporte. Paredes blancas, olor a limpio, luces cálidas y gritos que se escuchaban desde dentro de las diferentes salas. El personal se dirigía a nosotras como si tuviéramos algún problema de comprensión o no hablásemos el mismo idioma, utilizando diminutivos. Era obvio que mamá estaba en su salsa. Se movía por allí saludando a unos y a otros y lanzándoles cumplidos: «Se te nota la clase de GAP. Esos leggins te quedan de vicio». Pasamos por la planta de máquinas, donde identifiqué a distintos tipos de gente: los influencers que se hacían fotos delante del espejo, los vagos que miraban el móvil, los cachas que iban medio desnudos y las parejas que celebraban cada serie con un pico. Era repulsivo. Después estaba el resto, los que iban para purgarse del azúcar y el alcohol que se mentían dentro. Y la peor escoria posible: las que íbamos obligadas por nuestra madre.

Entramos a una enorme sala con parqué de madera y un espejo que ocupaba toda la pared. Era como nadar en una gran pecera en la que todos podíamos vernos a través de aquel enorme cristal. Al cruzar la puerta, mamá saludó a Aitor, el entrenador. «¿Vas a darle duro hoy para mí?», preguntó con un marcado acento vasco. A lo que ella respondió con un choque de puño. Aitor era grande, moreno y musculoso. Tenía las cejas pobladas, los ojos muy juntos y

la mandíbula cuadrada ligeramente hacia afuera, lo que le daba un aire prehistórico muy atractivo. Llevaba el pelo corto y un flequillo con el que jugueteaba continuamente llevándoselo hacia atrás. Tenía tatuajes de guerreros y dioses mitológicos por todo el cuerpo, incluido el cuello, e iba vestido con una camiseta de tirantes holgada, que dejaba al descubierto sus enormes brazos y pectorales.

No pisaba un gimnasio desde que habían prohibido fumar. Llevaba tantos años sin ir a uno que había olvidado cómo juzgar a la gente en silencio. Antes de ir me imaginé a un montón de personas tonificadas y musculosas vestidas con ropa que les había costado más que mi educación. Sin embargo, la clase estaba compuesta principalmente por mujeres de la edad de mi madre. A pesar de eso, su ropa deportiva parecía bastante cara. Después estaba yo, que, sin saber muy bien cómo, había llegado hasta allí enfundada en mi chándal azul marino del colegio. Ese chándal tenía edad suficiente para conducir legalmente. Vi mi reflejo en el espejo. El pantalón estaba tan dado de sí, que incluso con las piernas estiradas, parecía que las tenía flexionadas. Era un desastre. No me gustaba cómo me veía, ojalá hubiera podido despegarme toda la piel y ponerme una nueva. No tenía ni idea de qué pretendía acudiendo allí. No quería adquirir más fuerza o resistencia, ni siquiera estar sana para vivir más años. Como todas las que estábamos presentes, lo único que quería era sobrevivir.

La música techno empezó a sonar por los altavoces a todo volumen indicando el comienzo de la clase. Todas las mujeres se colocaron en sus posiciones y activaron sus relojes de muñeca con un movimiento sincronizado. Mamá y yo nos colocamos en un lateral y Aitor en el centro. Dio varios pasos laterales elevando los brazos al ritmo de la música. Las demás

lo imitábamos. A continuación nos hizo dar varias vueltas corriendo por la sala mientras gritaba: «¡Sois unas flojas!». Me parecía estar reviviendo los días de gimnasia en el colegio, esperaba que al menos no tuviese que saltar el plinto. Llegó el momento de ejercitar el tren inferior, para lo que el monitor nos pidió que cogiéramos unas pesas. Le pregunté a mamá qué era eso del tren, pero me ignoró e hizo como si no me conociera de nada. Aitor se acercó a mí y me cambió las de cuatro kilos por unas de seis.

—¿Tienes alguna lesión en las piernas? —preguntó.

—No.

—Entonces, no hagas trampa, puedes con más.

Después, sus negras pupilas recorrieron mi cara.

—Continúa. Si no te colocas en la posición correcta, terminarás lesionada. —Se situó detrás de mí y puso las manos en mis caderas para enderezarme.

Apreté la mandíbula para que no notara mis ganas de llorar. Aun así había algo erótico en todo aquello. «¡Lo estás haciendo mal!», le gritó a una chica cuya cara revelaba sufrimiento. «¡Vamos! ¡Mi abuela puede levantar más que eso!». En realidad, cualquiera de esas mujeres podría ser su abuela. Una mujer miraba hacia arriba mientras hacía los ejercicios. «No le reces a Dios, no te va a hacer caso porque está ocupado entrenando», le dijo. Estaba segura de que Aitor era el tipo de tío que se secaba las pelotas con secador. Tanta humillación e insultos resultaban crueles, pero funcionaban, pues diez minutos más tarde, me encontraba haciendo sentadillas para él. «¡Culo abajo!», gritó desde el otro lado de la sala. Hizo que la clase se mantuviera en cuclillas durante tanto tiempo que mis piernas comenzaron a temblar fuera de control. Vino hacia mí y se agachó para poner su cara junto a la mía.

—¿Te duele? —preguntó.

—Sí.

—Bien, eso es que estás trabajando.

Asentí con la cabeza. Una lágrima —o una gota de sudor, no estaba segura— bajó por mi cuello hasta que alcanzó el escote. Me di cuenta de que se fijó en ella, lo que me encendió como una cerilla.

—Venga, ¡dámelo! —me gritó.

Buf. Se acercó con más pesas y me las colocó en los hombros para que las sostuviera con los brazos. Me mordí tanto el labio inferior que creo que me hice sangre.

—¿Te gusta así?

—No —vacilé.

—No te oigo.

—¡Me duele! —supliqué riéndome histéricamente, como cuando era adolescente y me gustaba un chico del colegio.

Por último, nos hizo tumbarnos para terminar con los abdominales. «Levantad los hombros del suelo y mantenedlos arriba», dijo. Su tono era seductor y motivador. «Seguid en posición de uve y activad esos abdominales». El dolor de entrenar duro mezclado con el placer que se generaba en algún lugar profundo de mi cuerpo me era poco familiar. Se me escapó un discreto gemido. Aitor me resultaba tan sexy que me parecía irreal. Había algo en el ambiente, como un halo de feromonas que, junto con la gran cantidad de carne que dejaba a la vista su camiseta, provocaba un pellizco extraño en mi libido. Como bañarme desnuda en el río en verano, quizá no era muy práctico, pero no podía resistirme.

Estaba sudada por todas las partes de mi cuerpo y sentía calor entre mis piernas. Una humedad familiar. Definitivamente el sofoco no era solo por el ejercicio. Observé a mamá a pocos centímetros de distancia en su esterilla.

Miraba al techo con el pelo perfecto y sin una gota de sudor. Dirigí la vista hacia allí arriba sintiendo que llegaba al borde del precipicio. Ese lugar donde cada parte de mi cuerpo se tensaba como una cuerda a punto de romperse esperando al éxtasis. Aitor se acercó y colocó sus manos debajo de mi espalda para elevarme un poco más. El efecto fue como el de una cerilla. Justo después sentí la explosión del placer desde mis piernas hasta mi vientre. ¿Qué había sido eso? ¿Cómo era posible que hubiera sucedido de ese modo? Me quedé allí tumbada durante unos segundos disfrutando de aquella sensación. Apenas pude levantarme para salir por la puerta, donde Aitor despedía a sus alumnas.

—Me gustaría seguir —murmuró cuando pasé por su lado.

—¿Disculpa? —pregunté atónita.

—Que te espero el próximo día —dijo dedicándome una sonrisa.

—Ah, claro, claro —contesté saliendo de la sala.

Mamá debió verme la cara.

—Sé lo que estás pensando. Ni se te ocurra —me advirtió.

—¿Por qué lo dices?

—Porque soy tu madre y te conozco como si te hubiera parido. Los profesores tienen prohibido acostarse con las clientas y no me gustaría que le despidieran, es el mejor.

—Anda ya, no digas tonterías —resolví.

Obviamente llevaba pensando en eso toda la clase. El deseo, qué droga tan potente. Más que cualquier clase de fitness y tan abrumador como cualquier alucinógeno. Quería volver a esa clase. Hasta entonces, el sexo para mí había sido evitable, no porque no lo quisiera, sino porque rara vez surgía en el contexto adecuado. Me di cuenta de que era normal que las personas en una relación tuvieran que esforzarse para crear el contexto para que se diera. Salir a cenar, ponerse

ropa sexy, pasar más tiempo juntos o incluirlo en su agenda, pero cuando estabas soltera, olvidabas que también debías trabajar para crear estas condiciones. Mi deseo necesitaba ser cultivado, tenía que acercarme a personas nuevas, ponerme al límite, sentirme incómoda e incluso pagar por un gimnasio que no podía permitirme. Aitor me ponía tanto porque me miraba como si no me conociera. Me había recordado cómo era el sexo, aquel que yo había dejado que mi cuerpo olvidase, pero que él me había traído de vuelta golpeándome directamente en glúteos, abdominales y piernas.

Después de aquel machaque, entendí por qué tanto a mi madre como a sus amigas les gustaba ese lugar. La mayoría no acudía para mantenerse en forma, sino para hacerse compañía. Aquello era mejor que juntarse en misa y Aitor era su dios. Fe y fitness. Esas mujeres buscaban experiencias trascendentales en el ejercicio. El deporte se convertía en una expiación de sus pecados, era una manera de purgarse, como en el cristianismo. Lo podía entender a la perfección, porque hasta yo podía vomitar serotonina. Me sentía ligera y borrosa. Como decía un cartel a la entrada, no era solo un gimnasio, era una catedral del bienestar. Sin embargo, en aquel momento, mi cuerpo no era un templo, sino la escena de un crimen. Ver a mamá con más de sesenta años en forma, sacudiendo su culo como si nadie la estuviera viendo fue infinitamente más inspirador que cualquier vídeo de una influencer de fitness en YouTube.

15

Asomaba el mes de mayo e igual que el sol se esforzaba por salir, yo conseguí reunir la fuerza suficiente para acompañar a Noel a uno de sus espectáculos. Habíamos quedado en mi antiguo instituto cuyo edificio parecía una cárcel. Detrás de un muro de ladrillo se escondía un patio enorme con varias porterías y dos frontones sobre los que se erigía un mastodóntico edificio de hormigón. No podía comprender la nostalgia que provocaba en algunos ese lugar, cuando habías sido una adolescente rarita como yo, solo querías olvidarlo.

Me encontré con Noel en la entrada. Se presentó vestido con una camisa roja brillante arrastrando una enorme maleta. Nos adentramos por los pasillos serpenteantes del colegio cuyas paredes albergaban historias que podrían haber inspirado alguna novela de Stephen King. Él también odiaba el instituto. Una vez dijo que no confiaba en nadie que mirase a sus catorce años con placer. Si te gustaba ser adolescente, tenías algo turbio. Eso era así. Las clases ya habían terminado, pero todavía quedaba algún rezagado en las aulas. Caminar con Noel era parecido a acompañar a un personaje de cómic en un mundo irreal. Mientras recorríamos aquellas galerías las cabezas giraban a nuestro paso, pues todo el mundo lo conocía.

—Nina, sonríe. Tienes que meterte en el papel —me avisó.

Lo fulminé con la mirada. ¿Por qué a la gente le gustaba decirle a otra que sonriera? ¿Estaba en un concurso? ¿Qué tipo de pirado iba por la vida sonriendo? Llegamos a una sala

decorada con globos y banderitas llena de niños de seis años. Antes de entrar, Noel me dijo que me quedara junto a él y le ayudara en lo que me fuera indicando.

—¿A quién le gusta la magia? —preguntó al entrar a la clase.

Todos los niños respondieron al unísono levantando sus manos.

—El primer truco de un mago es ser aceptado por el público —me susurró—. Ayúdame a colocar las cosas.

Le eché una mano poniendo el tapete y unas cartas sobre la mesa del profesor. El truco con el que iba a empezar se llamaba «el cochecito». Enseñó un coche de juguete a los niños e invitó a uno de ellos a elegir una carta de la baraja. Después lo animó a empujar el vehículo por la mesa, el cual se detuvo frente a un naipe. Eliminó el resto de las cartas, de tal manera, que solo quedó la que estaba frente al coche. El final fue tan inesperado como predecible, pues al levantar la carta era la elegida. El niño aplaudió y Noel hizo aparecer una moneda de un euro de detrás de su oreja, lo que provocó que llorase sin parar. El profesor nos dijo más tarde que al crío le decepcionó que no fuera de dos euros.

Después de una hora, Noel anunció que era el momento del truco final. Cogió un cajón plegable de su maleta y lo extendió en vertical. Me pidió que me situara frente a él e introdujera mi tronco en el interior. Yo estaba de pie, pero la mitad de mi cuerpo se encontraba dentro de aquella urna opaca, desde el cuello a las caderas. Presionó unas bisagras sobre mi estómago y lo cerró. A continuación cogió una sierra. Empecé a sentir un poco de aprensión y pude ver el pánico en los ojos de aquellos chavales. Después comenzó a serrar suavemente y el astillado hizo un ruido fuerte, pero no me dolió ni sentí nada. Me quedé inmóvil. Intenté fingir un

par de gemidos para añadir un poco de tensión, pero Noel frunció el ceño y negó con la cabeza. Los niños nos miraban horrorizados, algunos con cara de angustia y otros de terror.

—Menéate un poco, anda —me dijo al oído.

Cobré vida mágicamente y empecé a mover las manos y las piernas. Todo terminó demasiado rápido para mi gusto. Noel abrió aquella cosa de madera y me susurró: «No les digas cómo se hace». Asentí y sonreí. Tal vez todo su futuro dependía de mi habilidad para mantener la boca cerrada, pero la verdad era que no podía decirle a nadie cómo lo había hecho porque no tenía ni idea.

Algunos niños aplaudieron aliviados y otros, todavía con el miedo en el cuerpo, corrieron a buscar el abrazo del profesor. Todo aquello era penoso. No entendía cómo seguían contratando a mi cuñado. ¿Qué les encontraba la gente a los magos?, ¿por qué eran tan desagradables?, ¿tenía algo que ver la ropa brillante o su predilección por cortar por la mitad a las personas? ¿Acaso se debía a su peinado? Quizá, en el fondo, todo se redujese a que a nadie le gustaba que le dejasen en ridículo. Y eso era precisamente lo que hacían los mejores magos.

Salimos de allí y nos fuimos dando un paseo a casa. Noel caminaba mirando al suelo y arrastrando su maleta. Su ropa arrugada parecía todavía más adusta que de costumbre y su gesto taciturno le hacía parecer un fantasma. Nunca sabía de qué hablar con mi cuñado. No tenía nada en común con él, así que nuestras interacciones se reducían a hablar del tiempo, pero decidí esforzarme.

—¿Cómo has visto la actuación de hoy? —pregunté.

—Bien, aunque los niños son un público difícil.

—Creo que con ellos no deberíamos incluir un truco que implique la desmembración de alguien —sugerí.

—¿Por qué? La buena magia hace que se pregunten si lo que tienen delante de verdad ha sucedido.

—Ya, pero quizá para alguien tan pequeño sea un poco impactante, ¿no te parece?

—Es posible, podríamos perfeccionarlo, sí —dijo pensativo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—La vas a hacer igualmente, Nina.

—Vale, tienes razón. ¿Por qué haces esto? Quiero decir, ¿acaso no ganáis Ane y tú suficiente pasta?

—No lo hago por el dinero, me gusta la magia, adoro ser mago.

—No lo entiendo —dije sin pensar—. Perdona, no es nada personal. —Sí, era personal.

—¿Tú no tienes ilusión por nada? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—La base de la magia es la ilusión. Imagina que el día de Reyes les dijéramos a todos esos niños que no existen o que son los padres, mataríamos su ilusión.

—¿Y por eso hay que hacerles creer en cosas que no existen? ¿Hasta qué edad planeas que Marco crea en los Reyes Magos? ¿Hasta los cuarenta? ¿Y cuando mueras y se dé cuenta de que los regalos no llegan? Entonces se frustrará y le disparará con un arma a alguien. ¿Podrás vivir con eso?

Noel me miró desconcertado.

—La magia ilusiona a todo el mundo. Los magos no buscamos engañar, ni reírnos de nadie, lo hacemos para divertir a la gente y que vuelvan a ser niños. Es como devolverles la ilusión perdida. Cuando estoy haciendo algún truco, es como si todo a mi alrededor desapareciera, seguro que a ti también te pasa cuando escribes.

Tenía razón. Cuando escribía, el universo y el tiempo se detenían, salvo esa parte concreta de ellos que me servía como inspiración. Noel estaba en lo cierto, la literatura se parecía al ilusionismo. El mago y el escritor construían realidades en su cabeza y contaban historias fuera del mundo real. Y todo con el objetivo de conmover. Por eso no podía permitir que aquel espectáculo fuera tan soporífero. Al fin y al cabo, aburrir a la gente era una gran falta de respeto.

16

Un lunes, por la mañana, acompañé a mi hermana a un piso céntrico con un cartel en la puerta que rezaba «Coaching & Mindfulness». Había llegado la «esperada» cita de la tal constelación familiar, esa a la que Ane se empeñaba en que fuéramos juntas. Odiaba los lunes, a las personas que, en lugar de gracias decían *merci*, a Pablo Alborán, la pizza con atún, las perillas y, por supuesto, odiaba el mindfulness y todas aquellas terapias posmodernas buenrollistas. No es que estuviera en contra del coaching como terapia, solo de aquellos que se denominaban entrenadores de vida. A mí me hubiera dado vergüenza decir que me dedicaba a entrenar existencias. Estuve nerviosa durante todo el camino. No tenía ni idea de qué me depararía todo aquello. ¿Cuántas personas habría? ¿Cómo serían? ¿Les caería bien? ¿Qué pasaría si nadie hablaba y estábamos en silencio durante una hora? Tenía que reconocer que, de todas las opciones, esa era la única que me reconfortaba. Cuando llegamos, nos juntaron a todos en una sala de espera. Era como una cita a ciegas, pero con mucha gente. Una chica se acercó a preguntarme si era la escritora de *Peculiar* a lo que respondí que no, desconcertándola. No quería que nadie me identificara con aquel lugar.

—No seas antipática, ha sido muy agradable —me recriminó Ane.

De acuerdo, había actuado como una gruñona insoportable, pero cada vez me quedaba menos paciencia. Pensé que quizá

la gente debería formar una terapia de grupo de ofendidos por mi forma de ser. Podían llamarlo «Nina me ofendió una vez». Me imaginaba a un terapeuta dando la bienvenida y preguntando a quién le gustaría empezar. Entonces una chica como aquella hablaría de mí y diría que era una escritora bastante grosera. Después alguien se quejaría de que no acepté sacarme una foto y añadiría que odiaba mi humor.

A los pocos minutos apareció una mujer rubia de unos cincuenta años vestida con vaqueros, camisa blanca y un chaleco beige, era la encargada de guiar la sesión. Se llamaba Janet y era colombiana. Me decepcionó encontrarme a alguien tan normal, pues esperaba una especie de chamana vestida con chilaba y muchos collares. Janet tenía una presencia maternal casi palpable, mezclada con la cálida atención de una profesora de guardería. Asentía y abría mucho los ojos con casi todo lo que le decían. Nos levantamos y la seguimos a una gran sala diáfana con moqueta y varias sillas alrededor.

Yo no era la clase de clienta que acudía a ese tipo de lugares. No tenía ningún problema grave identificado, ni sobrepeso, no quería ser madre, ni me sentía menospreciada o, al menos, no mucho, ni estaba recién divorciada. Abusos, engaños, traumas… No tener trabajo parecía el menor de los males de la gente que se encontraba en aquella sala. La idea de sentarme en una habitación junto a un montón de desconocidos para hablar de nuestros problemas me resultaba aterradora. Apenas me gustaba abrirme con mis conocidos, ¿por qué tenía que decirle a otras personas cómo me sentía?

Según nos informó Janet, la constelación familiar era una terapia que se realizaba para averiguar el origen de algunos traumas, sentimientos o actitudes. No me quedaba muy claro, ¿cómo podía el bagaje emocional de tu tatarabuela arruinarte

la vida? Nos explicó que de la misma manera que heredábamos los ojos azules o el color de piel, también recibíamos la ansiedad, el dolor o las emociones.

El grupo se dividía en consteladores, cuyo objetivo era resolver algún conflicto, y representantes, que personificaban a los miembros presentes o pasados de las familias involucradas en sus traumas. A partir de aquí todo se volvía un poco confuso. Primero, el constelador explicaba al grupo lo que quería resolver. Debía de ser tan concreto y corto como un tuit. Las peticiones podían ser de cualquier tipo: resolver la relación con los padres, un problema de insomnio, de dinero o de pareja. Después se invitaba a alguien a ser su pariente poniendo las manos sobre sus hombros. Los representantes tenían que hacer lo que sintieran moviéndose por la sala, hablando o permaneciendo en silencio. Me preguntaba cómo era posible que unos desconocidos pudieran sentir y representar la relación que alguien tenía con un familiar y que al constelador se le saltaran las lágrimas al ver reproducido el efecto. «¿Y si yo no siento nada?», me cuestioné antes de que me eligieran como representante. ¿Qué pasaría si me equivocaba? ¿Y si lo hacía mal? Nunca se me había dado bien actuar.

Durante la sesión fui elegida para representar varios papeles, entre ellos, el de un niño de cinco años y el de una madre. Con ella sentí un fuerte impulso de arrodillarme en el suelo y permanecer en silencio. Era difícil no sentir el peso de la responsabilidad hacia aquellas personas cuya constelación estaba siendo representada. Quizá al principio sobreactué un poco, pero a medida que pasaba el tiempo empecé a conectar con lo que estaba sucediendo y sentí rechazo o apego hacia personas que hacía unos segundos me resultaban unas completas desconocidas. Era como si una fuerza superior me

poseyera, como si me invadiera el espíritu de Beetlejuice.

Cuando llegó el turno de Ane, expuso que no tenía claro el objetivo de la constelación, que simplemente notaba que algo no iba bien y sentía que necesitaba hacer una cosa así. Eligió como representantes a un chico joven y apuesto para Noel y a una mujer cálida y atractiva para nuestra madre. Al contarle un poco nuestra historia, Janet sugirió que eligiera otro hombre para hacer de nuestro padre. Me ofendió un poco no sentirme representada en aquella escena. No es que soñara con que apareciera Penélope Cruz para interpretarme, pero había una chica muy mona que creía que hubiera hecho de mí bastante bien.

Observamos en silencio cómo esos extraños usaban sus instintos para hacer o decir lo que sentían. Los resultados fueron sorprendentes. Nuestro padre se tumbó en el suelo y representó a un zombi saliendo de una tumba. Primero levantó las manos, después retiró la lápida y más tarde anduvo con los brazos estirados por la sala diciendo cuánto amaba el queso. Janet preguntó a mi hermana si aquello le decía algo, a lo que Ane, tan desconcertada como yo, respondió que no, pues nuestro padre estaba muerto. Después le preguntó al zombi cómo se sentía y contestó que notaba algo detrás de él. Allí no había nadie, así que Janet le indicó a nuestra madre que se colocara detrás para encarnar ese algo y le pidió que expresara lo que sentía.

—Siento rabia —contestó la mujer con los labios apretados —, me gustaría partirle la cara.

—¿Qué quieres hacerle? —preguntó Janet.

—Quiero pegarle.

—¿Por qué?

—Por haberse marchado.

—No tuve opción —respondió nuestro padre.

La mujer abofeteó a aquel hombre ante la estupefacción de los asistentes.

—¿Notas algo? —le preguntó Janet a Ane.

—No entiendo nada.

—Estás cargando con el peso de un hecho pasado de tus padres —concluyó Janet.

—Pero ¿el qué?

—Algo no resuelto.

—¿Y por qué Noel no se mueve?

El hombre que representaba a mi cuñado permanecía inmóvil, como una planta.

—Quizá no es tan importante en tu vida.

—Cómo no va a ser importante, joder, ¡es mi marido!

Ane se quedó blanca. Nuestro padre era un zombi, nuestra madre ocultaba algo y Noel tenía la importancia de una ameba. Vaya éxito. Un olor a incienso impregnó toda la sala. Janet lo encendió para que las energías desaparecieran y nadie se las llevase a casa. Todo el mundo se marchó de allí aliviado menos nosotras.

—Te dije que estas cosas no tenían ningún sentido.

—¿Cómo lo sabes? Quizá hay algo que se nos escapa —dijo Ane visiblemente nerviosa.

—¿Cómo qué?

—Ni idea —afirmó mordiéndose las uñas de forma compulsiva—. ¿Por qué papá era un zombi?

—No lo sé, pero a mí siempre me han gustado los muertos vivientes. Incluso sin un corazón latiendo, son mucho más amables de lo que los humanos pueden ser. Quizá solo ha aparecido para advertirnos que aprovechemos nuestras vidas, no sea que nos convirtamos en eso, en muertos vivientes.

—Aprovechar nuestras vidas —repitió mi hermana con la mirada perdida—. Es posible. ¿Y lo de mamá?

—No tengo ni idea, ¿crees que nos oculta algo?

—Sí, su edad real, pero aparte de eso no sé a qué se refería Janet.

—Ane, no deberías dejar que estas cosas te afectasen. No puede influirte el comportamiento de un grupo de pirados, hasta yo he representado a una mujer casada y con hijos, ¿puede haber algo menos creíble?

—Tienes razón —respondió esbozando una sonrisa—, pero dime que no reconforta saber que éramos las más normales.

—Bueno, llamarnos normales es un buen eufemismo.

Fuimos todo el camino abrazadas hasta casa. Aunque seguía siendo una escéptica de este tipo de prácticas, esta experiencia me hizo pensar que había algo más allá de lo racional. Algo que se situaba en algún punto de nuestra historia, que nos movía internamente y que, cuando salía de nosotros y se compartía con los demás, sanaba. Necesitábamos soltar por algún lado; por eso las constelaciones nos permitían ver cosas que estaban fuera de nuestro alcance, nuestro control y nuestros ojos.

17

El tiempo pasaba poco a poco y no era del todo consciente de la cantidad de cosas que me estaban ocurriendo. Un día quedé con Mikel para comer en su casa. Cogí un autobús hacia las afueras que tardó cuarenta y cinco minutos en dejarme en la puerta de su adosado. Aquel lugar era tan idílico que daba asco, con amplios parques verdes, gente joven paseando a sus mascotas y aceras perfectamente ordenadas. Allí, la palabra estabilidad te daba la bienvenida con grandes letras en la rotonda de entrada. No me veía viviendo en aquel lugar y tampoco a mi hermana.

Mikel me abrió la puerta vestido con un delantal y me invitó a pasar dándome un pico en los labios. Nada era como lo recordaba después de la última noche. El salón estaba dividido en comedor y zona de estar y tenía grandes ventanales que daban a una terraza. La decoración era de estilo hípster y cumplía todos los estereotipos de un hombre heterosexual que se esforzaba en parecerlo, colores oscuros, fotos en blanco y negro, tapicerías de piel y ese ambiente como de cadena hotelera que fue moderna en los dos mil. Un sofá chester, una televisión gigante con pantalla plana y una batería completaban la estancia. Por un momento pensé que me había teletransportado a Brooklyn.

Pasamos a la cocina, donde había una lubina haciéndose en el horno. Me quité la gabardina y me puse otro delantal mientras él descorchaba una botella de vino. Estar allí cocinando juntos era como estar jugando a las parejas,

parecíamos dos adultos de una soporífera película de después de comer. Me acordé de la primera vez que Ane y yo cocinamos pasta solas en casa. «Ya somos como mamá», dijo ella mientras echaba un kilo de tomate en la olla. Mikel salió de la cocina para poner un vinilo de Future Islands en el tocadiscos. Me encantaba ese grupo. Al volver, se quedó apoyado en el marco de la puerta observándome cortar zanahorias.

—¿Qué? —pregunté sin esperar respuesta.

—Que no quiero nada más.

—¿Nada más de qué?

—Pues que no imagino mejor plan que estar en casa contigo cocinando.

Me reí nerviosa.

—¿Lo dices de verdad? —pregunté.

—Absolutamente. —Se acercó a mí y me rodeó con los brazos desde atrás—. Esto es todo lo que quiero. Aunque reconozco que mejoraría si estuvieras desnuda y solo llevases puesta una de mis camisas.

—¿Te crees que estamos en una película americana?

Comenzó a besarme detrás del cuello.

—Una de tres rombos.

—Mira que eres antiguo.

—Antiguo, no; solo nostálgico.

Me di la vuelta para estar frente a él y le rodeé con los brazos. Podía quedarme en aquella mirada hipnotizada por el balanceo de sus pupilas.

—Y tú dirías: «No me entretengas, que tengo que escribir y van a llegar los niños» —agregó.

Por poco se me sale el corazón por la boca. Maldita naturaleza, que era capaz de traicionarme y hacerme dudar de mis convicciones. Mi cuerpo respondió como si aquello

fuera una posibilidad. Por un lado, sentí pánico ante esa idea que amenazaba la libertad que tanto había tardado en construir. Un matrimonio con hijos me parecía tan posible como estar viva sin respirar, aunque la idea de empezar una relación me atraía. Sus labios estaban a punto de chocar con los míos, pero en el último momento desvié la cara y acabaron en mi mejilla.

Entonces, toda nuestra relación pasó por delante de mis ojos. Pensé en nuestros amigos, casados y con hijos, en la comodidad de lo conocido, en lo bien que me lo pasaba con él y en que no tenía que esforzarme en contarle mi vida, pues ya la conocía. Por un momento, hasta me imaginé formando una familia. Todavía tenía esos pensamientos arcaicos que me hacían pensar que todo era más fácil con pareja. Esos pilares que la sociedad me había construido y eran tan difíciles de derribar. Esas películas de la tele con las que había crecido cargadas de estereotipos, que se me habían incrustado en lo más profundo, y que salían a la luz a través del miedo.

—Dudo que pudiera concentrarme con niños en casa —resolví.

—Yo me encargaría de ellos.

No sabía en qué momento habíamos pasado de susurrarnos fantasías eróticas al oído a hablar de pareja e hijos.

—Frena, frena… De momento, de lo único que quiero encargarme es de esa lubina al horno —contesté devolviéndonos a la realidad.

—Lo siento, no puedo evitar emocionarme.

Me dio un último beso en el cuello y terminamos de hacer la comida. No volvimos a hablar del tema.

Después de comer terminamos en su habitación. No me lo

esperaba, pero el vino hizo su efecto y ahí estaba yo, jugando con mi pelo, desabrochando su camisa y besándolo como si no lo hubiera hecho nunca, pero por dentro nada. No sentía nada. Estaba concentrada en mi presión sobre él, su cuerpo apoyado en la cama, yo a horcajadas encima, la tensión de mis labios y su leve olor a Nenuco. Un hombre adulto no debería usar jamás colonia para bebé. Pocas cosas me bajaban tanto la libido como acostarme con alguien que emanaba un aroma fresco e infantil. Tenía que haber dejado de usarla en el momento en que su madre dejó de mordisquearle los pies para pasar a comprarle Devor-Olor. Me hallaba tan inmersa en mis pensamientos, que olvidé lo que estaba haciendo. Me movía de manera automática con cada movimiento sin pensar en lo que ocurría dentro y fuera de nosotros. Fue como si el tiempo desapareciera, de modo que me resultó imposible saber cuánto habíamos estado en su cama, si una hora o diez minutos.

Pasamos toda la tarde en su sofá. Nuestra conversación me había dejado pensativa. No estaba segura de si había entendido bien lo que quería Mikel. Cogí la copa de vino y le di un sorbo lento. Él me miraba desde el otro lado del sofá intentando descifrarme, como si tratara de encontrar en mí alguna pista, una respuesta. ¿Qué quería que le dijera? «Oye, mira, que sí, que yo también te quiero, vamos a tener churumbeles». No sabía de dónde venía este interés repentino, si era fruto de una crisis que le insistía en sentar la cabeza o de la desesperación por quedarse solo frente a todos sus amigos, que ya se habían casado y engendrado descendencia. Aunque también existía otra posibilidad, una más imprudente: que yo de verdad le gustase.

—Mira lo que tengo aquí —exclamó.

Mikel sacó de debajo de los cojines un ejemplar de *Peculiar*

y señaló mi foto de la contraportada.

—Esto no puede ser verdad —respondí avergonzada tapándome la cara.

—¿Me lo firmas? —dijo con un boli en la mano.

—Claro, trae.

Mikel nunca se había interesado antes por mis escritos. No había leído el libro ni tampoco mis artículos.

—¿Sabes? Me das mucha envidia —afirmó mientras apuraba su copa de vino—. Me parece increíble que te ganes la vida escribiendo.

—Bueno, técnicamente ahora no es así. Soy maga, ¿recuerdas?

—Pero te encanta escribir.

—Eso sí.

—Yo estoy atrapado en el mismo trabajo desde hace años.

—Pero dijiste que te gustaba.

—No me apasiona, pero me conformo.

El conformismo pagaba las facturas.

—Estoy segura de que hay un montón de cosas que podrías hacer —afirmé con cierto fervor ebrio—. Vamos a ver, ¿diseñador?

—Nina… —protestó.

—¿Entrenador de baloncesto?

Puso los ojos en blanco.

—¿Profesor de surf?

—No.

—¿De crossfit? ¿Cocinero de colegio?

—¿Puedes parar?

—Canguro, o mejor, *au pair* que suena mejor.

—Nina, para.

—Vale, vale.

—Siempre haces lo mismo, por favor, no te lo tomes a risa.

—Perdona.

Nos quedamos en silencio un rato mirando nuestros móviles con el sonido de la televisión de fondo. Yo me puse a leer uno de los artículos de la revista en la que solía trabajar, mientras que Mikel jugaba a un juego que consistía en juntar frutas de diferentes colores. Nunca entendí que alguien pudiera desperdiciar su tiempo con eso. De pronto me pregunté de qué hablaríamos Mikel y yo cuando estuviésemos juntos. ¿Qué tenía en común con aquel ser de espalda encorvada que trataba de agrupar frutitas de tres en tres? Ahora éramos personas totalmente distintas. Le di las gracias al universo.

—Mikel, ¿qué quieres de mí? —pregunté finalmente.

Mi pregunta, aunque brusca, era sincera.

—¿A qué te refieres?

—A que si estás haciendo todo esto para acostarte conmigo no es necesario.

—No te quiero solo para echar un polvo.

—No me malinterpretes —dije incorporándome en el sofá —, lo malo no es echar un polvo sin amor, sino fingir que hay amor para echar un polvo.

—Nina, para. Déjalo —respondió pasándose la mano por el pelo—. No busco nada de eso. Me gustas de verdad y supongo que antes he hablado más de la cuenta.

—Perdona, no quería ser desagradable. Lo siento.

Su ataque de dignidad me dejó descolocada.

—Nina, me gustas. Me gustas porque eres como una completa pesadilla.

Una parte de mí quería preguntar si eso era malo, pero no lo hice.

—Y los sueños te hacen darte cuenta de tu subconsciente y quizá tú siempre has estado en él. Me encantaría que

volviéramos a estar juntos.

Esa frase sonó como si me cayera un piano en la cabeza. Uno cargado de expectativas. Por un momento pensé en qué pasaría si lo hiciera. En que tendría que responder a preguntas como «qué tal has dormido» o «cómo ha ido el día», hablar de lo que sentía, dividir la compra en dos o priorizarle por encima de otras personas… O peor, por encima de mí. Sentí que me ahogaba y decidí marcharme. Mikel intentó detenerme, pero mientras cruzaba la puerta en dirección a la calle gritó mi nombre. Me di la vuelta de manera dramática. Entonces pronunció las dos palabras que tenían la capacidad de mejorar o empeorar cualquier situación: «Te quiero». Eché a correr.

«Eres idiota», me reproché a mí misma sentada en el autobús. Me había comportado como una niñata. No podía ser que un tío quisiera tener una relación conmigo y yo saliera por patas. Pensé en mi escepticismo sobre cualquier cosa que emanara promesas de futuro. Me sentía angustiada, confundida y cansada de reflexionar, de dar mil vueltas a las cosas, de luchar contra mis convicciones y hasta contra mis deseos. El miedo a la soledad, un miedo común a toda la humanidad. Un pavor que impulsaba a algunas personas a creer en las medias naranjas y, a otras, a salir con gente que se pareciera a sus progenitores. Otra razón más para seguir siendo escéptica.

—¿Que qué siento yo por él? —respondí ante la pregunta de Trini—. Algo difícil de explicar, sobre todo de explicarme a mí misma. Supongo que una mezcla de ternura, cariño y algo de indiferencia.

Me había agobiado tanto con mi huida, que al salir de casa

de Mikel lo primero que hice fue llamar a Trini y pedirle cobijo y confidencias. Ella estaba sentada en el sofá con mis pies en su regazo y comíamos palomitas cubiertas de caramelo. Llevaba un moño alto despeinado, pantalón de chándal y una camiseta amarilla con un dibujo de una caja de patatas fritas y la frase «Fries before guys».

—Todo estaba bien y ahora me siento culpable —dije.

—¿Lo dices por las palomitas? Tengo de las normales.

—No, me siento mal por haberme acostado con él y después marcharme de ese modo.

Trini colocó su mano en mi brazo.

—No te castigues por haber echado un polvo, todo el mundo folla. Los políticos follan. Tu madre folla. Rosalía folla. —Señaló la televisión, en ese momento aparecía María Teresa Campos—. Ella también.

—No me siento mal por follar, sino porque no quiero hacer daño a Mikel.

—Oye, no tienes que empezar una relación si no quieres, quizá podáis seguir viéndoos fuera de unas palabras.

—No creo que a él le valga el medio camino. Ni a mí tampoco. Estábamos haciéndolo y he empezado a pensar en desodorante para pies.

Me miró estupefacta, se metió una palomita en la boca y la masticó muy despacio.

—Entonces es grave.

—Trini, me dijo «te quiero».

—Bueno, no se lo tengas en cuenta. —Me sorprendió su reacción desmesurada ante lo del desodorante y su indiferencia ante esto último—. Yo desconfío cuando alguien lo dice demasiado pronto. Si lo piensas, son solo palabras, no cuentan mucho.

Aparté de un tirón la manta de lana que cubría el sofá. En

el piso de Trini siempre hacía mucho calor y tenía la calefacción al máximo.

—Oye, ¿cómo sabes si realmente quieres a alguien o solo tienes mucha dopamina en el cuerpo? —pregunté.

—Cuando piensas «esta persona podría joderme la vida». Incluso si todo sale bien, siempre hay espacio para las dudas.

—Entonces ¿cómo explicas esa sensación cuando conoces a alguien y el mundo se reduce al tamaño de sus pupilas? Y piensas en esa persona a todas horas como si te hubieran sacado el cerebro, lo hubieran sustituido por mermelada y quisieras acostarte con ella hasta que te escueza, pero también acurrucarte en su regazo. ¿Por qué es tan difícil conseguir eso?

—Lo siento, pero no creo en el amor, lo tenemos demasiado idealizado. Creo que, al principio, el enamoramiento es pasión, interés, fascinación, atracción… y después se convierte en cariño, afecto, tranquilidad, confianza. No sé qué tipo de lunático inventó eso del amor romántico. Seguro que uno que decía «te quiero» a los dos días y bebía kombucha.

Una vez escuché a alguien decir que el amor era como hacer pis. Quizá el momento adecuado para decir «te quiero» era cuando se sentía urgente y no hacerlo podía provocar dolor, uno en forma de cistitis. Era como mear con un neopreno puesto, nadie lo vería, solo tú sentirías el calor.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó levantándose del sofá.

—Las relaciones a partir de los treinta son cada vez más complicadas.

—¿Pale ale?

—No, gracias, creo que ya he bebido demasiado por hoy.

—¿Radler? Esto parece una emergencia.

—Vale —desistí.

Trini fue a la cocina y trajo dos botellas muy frías.

—Me pregunto qué habría pasado si yo le hubiera dicho a Mikel que quería formar una familia a la semana de encontrarnos. Seguro que hubiera llamado a la policía. ¿Por qué los tíos pueden decir algo así y parecer determinantes y seguros y si lo hacemos nosotras somos unas taradas? De verdad, no entiendo cómo la gente es capaz de enamorarse y desenamorarse tan rápido.

—Yo tengo una teoría, ¿quieres escucharla? —Trini se recolocó en el sofá doblando las piernas sobre los cojines—. Porque solo tienen un baño.

—¡No digas tonterías!

—¿Qué? ¡Es verdad! Piénsalo. Tanto las películas como la literatura nos han inculcado que la parte más asombrosa de las relaciones es el comienzo de las mismas. Casi todos guardamos en nuestro cerebro fotografías de los primeros besos y el primer te quiero. Una vez la novedad se desvanece, estás atrapado con una única persona. Una que comete errores, que actúa de manera egoísta y, lo peor de todo, que envejece. Antes de que te des cuenta, esa deidad con la que te casaste, se vuelve lenta y decadente. Y eso sin tener en cuenta a los mayores asesinos de relaciones que hay: los niños. Una vez te has reproducido, has terminado como persona y hasta que son adolescentes, eres legalmente responsable de un ser humano.

Paró para darle un trago largo a su cerveza.

—Pero, volviendo a lo de antes, si incluso tu pareja es asombrosa, brillante y emana alegría y sensualidad y disfrutas pasando con ella innumerables horas, no solo como pareja sexual, sino también como amiga y compañera, el momento en el que entras al baño después que haya cagado mata cualquier tipo de amor.

—Joder, Trini, qué burra eres.

—Vale, de acuerdo, tal vez comió algo que no le sentó bien, como azufre puro con grasa de cerdo. Pero luego vuelve a pasar y después otra vez. Y, a medida que el tiempo avanza, ese fulgor que una vez viste se va atenuando. Comienza a abrirse una grieta y la pasión se enfría. Vas notando todas esas pequeñas cosas a las que antes no prestabas atención, como masticar chicle, mear con la puerta abierta o esa nueva opinión política. En ese punto debes preguntarte si puedes soportar pasar meses, años o el resto de tu vida con todo eso.

—¿Por eso a René y a ti os va tan bien? ¿Porque no tenéis rutina?

—*Voilà.*

Le di un gran trago a la cerveza que me sirvió más para intentar tragarme mi angustia que por sed. Me acordé de Mikel jugando al Candy Crush, de mi cuñado asándose el culo y me imaginé a René de rave con sus amigos. Pensé en todos aquellos hombres que jugaban a ser adultos como en un videojuego.

—Cambiemos de tema, por favor.

—Dentro de poco será la despedida de Mercedes y después nos juntaremos todos en la conjunta.

—Buf, qué pereza, ni me lo recuerdes. Una despedida conjunta no puede salir bien —dije frotando las manos por mi cara.

—Venga, no seas así.

—Es verdad, cada vez me apetecen menos ese tipo de eventos. No sé si llevaré bien otro reencuentro repleto de conversaciones insustanciales. Además, apenas conozco a Mercedes.

—Es maja, dale una oportunidad.

—No sé si es buena idea, también estará Mikel.

—Nos lo pasaremos bien, ya verás. Después me iré un par de días a Biarritz, quizá deberías venir conmigo.

—Imposible, no tengo un duro.

—No te hace falta dinero, puedes quedarte en casa de René.

—Te lo agradezco, pero ahora mismo creo que necesito un poco de calma.

—¿Calma? ¿Dónde está la Nina ardiente que yo conozco?

—Ardiente dice. Creo que para eso necesitaría una cremación.

El tiempo en el sofá con mi amiga me tranquilizó. Brindé, respiré hondo y el estrés salió de mí en una exhalación temblorosa. Me di cuenta de que no tenía que sentir ninguna presión si no quería que la hubiera. ¿Por qué debía elegir? Quizá no tenía que responder a Mikel, porque parte de la diversión estaba precisamente en no saber qué pasaría y, quizá, no descubrirlo nunca.

18

A los quince años yo quería ser una estrella del rock. Soñaba con vivir siempre de noche, estar en lugares de los que después no acordarme y probarlo todo. Imaginaba luces de neón, resacas y, sobre todo, exprimir cada segundo como si fuera el último. Con el tiempo, mis deseos de convertirme en una y experimentar todos los tópicos que se les atribuían también aumentaron. Quería fumar porros, cerrar garitos y sacar la cabeza por la ventanilla de una limusina. No me importaba morir joven, como Kurt Cobain, porque la gente respetaba a las grandes estrellas. Sin embargo, había tres cosas prohibidas en el rock: madrugar, llevar a tu pareja al ensayo y bailar bien.

Yo había nacido para ser una estrella, pues cumplía todos los requisitos, incluido el tercero. Habían pasado algunos días desde mi primera vez en el gimnasio-club social y mamá me había sacado un bono de diez sesiones para motivarme. La única condición que me puso fue que fuéramos juntas. Yo quería ir a GAP para volver a ver a Aitor, pero ella me convenció para que probara una clase de baile a la que se unió también mi hermana.

No me gustaba bailar. Solo la gente segura, elegante y dueña de sí misma bailaba. Entré en la clase vacilante, con los hombros encorvados, como si la humillación ya estuviera dentro de mí. La sala era mucho más pequeña que la de GAP, con luz tenue, las paredes rojas y el techo azulado. A mi alrededor, los cuerpos giraban como si no tuvieran huesos.

Siendo del norte, imitar a los latinos bailando, suponía un riesgo físico. La gente de allí nacíamos sin cadera, el fémur se nos dislocaba, las costillas se nos salían y podíamos acabar con el cuerpo fracturado. Por no mencionar algunos efectos colaterales como la vergüenza ajena, o lo que allí llamábamos lacha.

A mi hermana se le iluminó la cara al ver a un chico alto que esperaba al fondo de la sala. Corrió hacia él. Según me dijo, era su pareja de baile. Allí, todo el mundo tenía una, así que yo me coloqué junto a mamá. La música sonó por los altavoces. No sabía distinguir si era salsa, cumbia o merengue. Toda la música latina me sonaba igual. Mi madre me agarró por la cintura, colocó mis brazos sobre sus hombros y me fue guiando.

—Tienes que dejarte llevar —me dijo mientras nos movíamos desincronizadas a un lado y al otro.

—Como si eso fuera tan fácil.

—No entiendo por qué no te gusta bailar.

—Porque antes no le gustaba a nadie —respondí.

—Qué pasa, ¿te da vergüenza?

—Un poco, pero no es por eso, sino por no decepcionar a mi acompañante.

—No digas tonterías y sígueme —me dijo agarrándome fuerte desde la espalda y guiándome a golpe de cadera por toda la sala.

Me sentía ridícula bailando con ese chándal. Las demás chicas vestían faldas, tops, incluso lentejuelas y tacones. Hasta mi madre y mi hermana llevaban mallas ajustadas y camisetas por encima del ombligo. Parecía que estuviéramos en el carnaval de Barranquilla. Me pregunté por qué la gente elegía esos atuendos para bailar. Buscaba entender, no juzgar. Esperaba que hicieran lo mismo conmigo.

—No sé cómo se te da tan bien esto, mamá —dije sorprendida por su habilidad.

Seguía llevándome sin perder el ritmo.

—La edad te libera, hija mía —me dijo—. Me hace sentir ligera.

—¿El baile te da ligereza?

—Sí, pero no solo física también mental. No es difícil, solo necesitas práctica, y también te vendría bien ropa nueva —dijo dándome una pirueta y mirándome de arriba abajo—. Mueve esos pies, levanta la columna, no mires hacia abajo, ¡ten fe!

Había estudiado una carrera, escrito un libro, publicado artículos y ensayos, me había mudado a una ciudad desconocida, enfrentado a innumerables idiotas y viajado a muchos lugares, pero bailar era algo realmente difícil. En esa clase, la vida normal se desvanecía. Dentro de aquellas paredes rojas, bajo el techo color azulado y luces tenues, se encontraba una nueva vida, una compuesta de movimiento.

Estaba agotada, así que me libré de mamá y me senté en una esquina a beber un poco de agua. Comenzó a sonar «Hey, Baby» de Bruce Channel, la reconocí porque formaba parte de la banda sonora de *Dirty Dancing*. Quizá tenía la sensibilidad de una piedra, pero nunca me creí el romance entre Johnny y Baby. La música hizo que el ambiente cambiara por completo. Pasamos de estar en Colombia a un tugurio sudoroso de Estados Unidos durante el verano de 1963. Todo era tan sexual que parecía que nos hubiéramos colado en la misma película. Hasta yo creía que acababa de entrar allí con un melón en los brazos.

Observé a mi hermana y a su pareja que bailaban como si fueran compañeros de vida, almas gemelas que solo los afortunados encontraban en algún lugar kármico. Podía ver a

Johnny en el cuerpo de aquel chico, entrando en el salón de baile con su camisa negra abierta y un propósito en sus ojos. Por primera vez en mucho tiempo, vi a mi hermana sacar lo que llevaba dentro. La ilusión y la decepción, la soledad y la alegría, el desinterés y el anhelo. El arco de su columna, los movimientos de sus piernas, todo su cuerpo narraba una historia exquisita, sensual, tierna y precisa. Se notaba la química entre ellos. Se acariciaban, se apretaban y bailaban tan pegados que parecía que fueran a unirse. La química era algo que no podía ocultarse, un impulso inevitable que te hacía querer estar cerca de la otra persona. Algo inexplicable generaba un ambiente tórrido, como en la película. Tal vez era aquella música o esos bailes los que aumentaban la temperatura, pero entre ellos dos saltaban chispas.

No sabía si era el universo queriendo decirme algo o la genética, pero podía notar lo que sentía mi hermana. Percibía su calor, su lujuria y su deseo. Era como si sintonizara con ella y con la energía que la rodeaba. Mientras esa fuerza invisible me abofeteaba con esa impudicia, no pude evitar preguntarme qué habría pasado con Johnny y Baby. ¿Sería su amor lo suficientemente fuerte como para superar los obstáculos? ¿Y el de mi hermana y Noel? Era evidente que entre Ane y ese tío había algo más que baile. En un instante se cogieron de la mano y desaparecieron juntos por la puerta.

Estaba tan cansada que fui incapaz de salir tras ellos. ¿Dónde habrían ido? Continué allí sentada observando a mi madre. Bailar agarrado se le daba bien, pero cuando lo hacía en solitario parecía una estríper. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta? Tenía que decírselo. Seguro que me lo agradecería. Bajaba hasta quedarse en cuclillas como si tuviera un poste imaginario entre sus piernas. Se contorsionaba, balanceaba su cuello y sacudía su pelo. No

pude más, era la única que podía salvarla. Me levanté, la agarré del brazo y la llevé a una esquina de la sala.

—¿Qué quieres? ¡Qué calor hace! —dijo secándose el sudor de la frente con la mano.

—¿Quieres un poco de agua?

—Vale. —Pero se dirigió de nuevo a la pista.

—No, mamá, siéntate, quiero hablar contigo.

—¿No podemos beber agua de pie?

—Como quieras. —Le acerqué mi botella.

—Madre mía, ¡me encanta bailar!

¿Cómo podía decirle algo ahora? A ella le encantaba bailar, pero no podía dejar que siguiera haciéndolo.

—Mamá, quiero hablar contigo sobre algo.

—Ay, Dios mío. ¿Estás bien? ¿No estarás embarazada? No me digas que es de Mikel.

—No, no, no. Esto es sobre… Perdona, ¿qué pasaría si fuera de Mikel?

—Bueno, que no es para ti.

«Maldita sea», pensé. Otro tema que tratar en algún momento.

—No, es sobre la forma en que bailas.

—¿Mi baile? ¿De qué estás hablando? Mira que eres rara.

—Sí, mamá, bailas como una estríper.

—¡Ah, eso! Me habías asustado. ¿De verdad crees que soy tan buena? ¡Muchas gracias!

Abrí la boca para defender mi argumento y me di cuenta de que dijera lo que dijera no iba a seguir escuchándome.

—¡«Bichota» de Karol G! ¡Mi canción favorita! —gritó.

Agarró mi mano e hizo que volviéramos al centro de la clase. Se balanceó y se movió con las manos en las caderas. Todo el mundo la miraba. Estaba perdida en la música, pero no notaba ninguna de las cosas que percibía yo. O tal vez lo

hacía y le importaba una mierda. Mamá siempre había sido diferente a las demás. Me di cuenta de ello de pequeña, cuando a la salida del colegio, veía a las madres de las otras niñas. Aparecía con un bocadillo en la mano y un batido de chocolate en la otra. Podía ver que era distinta, no porque fuera mi madre, sino porque había algo en ella que la diferenciaba de las demás. Algo intrínseco y propio que la hacía poderosa y que, todavía hoy, veía cuando estaba cerca de ella. Su desdén, su vivacidad, su mirada pizpireta. Ella tampoco lo ignoraba, a pesar de su esfuerzo por ser una persona corriente.

Cuando era pequeña, me molestaban mucho sus besos porque eran muy sonoros, pero nunca se lo dije, pues en realidad no quería que dejara de dármelos. Ella los utilizaba para compensar el silencio. A veces hablaba en clave, con secretos y enigmas que no llegaba a entender, pero nunca se lo reproché, porque cualquier mujer que había criado a dos hijas sola tenía derecho a necesitar ese silencio y nuestro respeto. Eso sí, había silencios que renunciaban a decir cosas y silencios con los que ya estaba todo dicho. En mi madre se concentraban todos. No sabía si se debían a una renuncia o, como ella decía, a un ejercicio de libertad. Quizá esa reserva era aquella diferencia que yo había visto en ella de niña.

Cuando terminó la clase, mi hermana, que ya había regresado hacía un rato, dijo que tenía que marcharse corriendo al despacho.

—¿Dónde has ido en mitad de la clase? —le pregunté.

—A beber agua —respondió escueta.

—Había agua aquí —dije señalando la fuente.

—¿Por qué haces siempre tantas preguntas?

Ir por la vida sin preguntar me parecía muy triste. Había límites, por supuesto, pero no le estaba preguntando por su

suelo pélvico.

—¿Y por qué quieres que te pregunte, por el tiempo? —inquirí.

—Venga, va, no seas cínica —respondió siendo consciente de por dónde iba.

—Ane, no seas así con tu hermana, se está esforzando —dijo mi madre.

—¿Que se está esforzando? Las clases de baile eran mi momento y ahora se han convertido en un tribunal.

—Guau. No tenía ni idea de que estuvieras tan cabreada —declaré.

—¡Y no lo estoy!

—Hija, sé que te sientes desbordada con un montón de cosas, el trabajo, Marco… y que estás estresada.

—¡No estoy estresada! —gritó dándose cuenta de su elevado tono de voz—. Me voy, estar con vosotras es como estar en el juicio de las brujas de Zugarramurdi. Luego nos vemos.

Y se marchó dejando su cólera en el aire.

Mamá y yo volvimos paseando a casa. El comienzo del verano estaba a la vuelta de la esquina y hacía que los días cada vez fueran más largos. En Madrid, aquellos meses venían con alertas máximas y temperaturas extremas; sin embargo, allí sucedían con brisa y temperaturas agradables.

—¿Por qué has dicho antes que Mikel no es para mí? —pregunté.

—No hace falta que te diga lo que tú ya sabes.

—Pero Mikel es dulce, tenemos una historia en común y compartimos muchas cosas.

—¿Entonces? ¿Dónde ves el problema?

—No lo sé —respondí con derrota—, en que queremos cosas distintas, supongo. Al principio no pensé que fuera tan importante. Creía que podríamos hablarlo, pero se ha convertido en un inconveniente mayor de lo que esperaba.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó mirándome a los ojos y metiendo su brazo por debajo del mío para caminar juntas.

—No sé, mamá, a despertarme un día con un marido, un hijo y una casa y preguntarme cómo he llegado hasta allí. Tengo la sensación de que, para evitarlo, boicoteo continuamente mis relaciones a la primera señal de que van en esa dirección.

Mamá asintió.

—Hija, tu paranoia con la normalidad no es nueva.

—Sí, pero está empeorando. Todos mis amigos hacen lo que se supone que debe hacer la mayoría de la gente a mi edad, pero yo me siento rara. Es como si se avivara mi rebeldía adolescente. Como si quisiera decirle a la sociedad, ¡a la mierda, quiero seguir haciendo lo que me dé la gana!

—Entonces ¿por qué te sorprendes? Siempre has tenido ese tipo de reacciones. Cuando dejaste la catequesis para empezar a tocar en la banda, cuando te saltabas las clases para leer en la biblioteca, incluso evitaste un trabajo como escritora cuando aquella editorial te dio una oportunidad. Repites la misma historia en las relaciones. Tan pronto como algo es estable, lo saboteas.

—Es posible, creo que haber crecido aquí ha influido.

—¿Y qué tiene eso que ver? Este es un buen sitio —dijo con cierta indignación.

—Aquí todo es estable y seguro, pero no estimulante y me he pasado la vida luchando contra ese destino. Me pregunto si ese miedo a la normalidad, a convertirme en el tipo de persona del que siempre he huido, me lleva a evitar

relaciones valiosas para preservar esa rebeldía.

—¿Y crees que para experimentar el amor y una relación duradera tienes que cerrar el capítulo de tu vida que incluye la libertad? ¿Es que no te he enseñado nada?

—No lo sé —respondí perdida.

—Mira, la gente se empareja por muchos motivos, por amor, por interés, incluso por seguridad. Y no hay nada de malo en ninguno de esos motivos. El error es pensar que al hacerlo, la otra persona nunca se irá.

—¿Como papá?

—¿A qué te refieres? —tartamudeó.

Percibí su incomodidad.

—A que las personas vienen y van.

—Pero tu padre no ha vuelto, se fue —balbuceó—, al cielo, quiero decir.

La noté estremecerse.

—Ya lo sé, mamá.

—Tu padre era una persona muy complicada, igual que tú.

—Yo no soy complicada, solo tengo una crisis.

—Tienes razón, hay que ser muy lista para ser complicada.

—Vaya, gracias. Ojalá pudiera escribir sobre todo esto.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no sé cómo.

—Quizá solo necesitas que te pasen cosas para poder contarlas. Tal vez, hacer algo por tu historia es cómo tienes que afrontar la vida.

«Hacer algo por mi historia», me repetí mentalmente. Quizá mamá tenía razón. Si no me pasaban cosas, no tendría nada que contar. Quizá la rutina que tenía en Madrid era solo una excusa para evitar asumir riesgos y ahora me venían todos de golpe.

—Eso sí, cuidado con mirar al pasado, hazlo con

precaución, no te quedes instalada en las personas y en los fantasmas.

—No te sigo.

—Que el pasado te sirva para recordar que el presente tiene un sentido y que ahora miras al futuro con ilusión.

—Joder, mamá, eres la mejor —dije apoyando mi cabeza en su hombro—, pero necesito que me enseñes algo más.

—El qué.

—A que todo me importe una mierda.

Y en ese preciso momento me di cuenta de que no era ella la que se callaba, sino que era yo quien necesitaba hablar. Descubrí entonces que mi madre era libre y yo estaba llena de prejuicios, de que yo la juzgaba de la misma manera que odiaba que me juzgaran a mí.

19

Seguía formándome en mi nuevo y esporádico trabajo. Aquella era una de esas tardes en casa en las que ensayaba junto a Noel algunos trucos para futuros espectáculos. Debería ser un derecho fundamental no vivir con magos. Estábamos en el salón compartiendo unas cervezas con la televisión puesta, cuando sonó «Come Together» de los Beatles.

—Creo que deberíamos añadir algo de música al espectáculo —sugerí.

—¿Como qué?

—No sé, algo universal, que conozca todo el mundo, ¿te gustan los Beatles?

—Sí, mucho. Nunca hubiera pensado que a ti también.

—Mira, ya tenemos algo en común —respondí cómplice.

—A tu hermana no le hacen mucha gracia. —Hizo una pausa para coger aire—. A veces creo que no soy suficiente para ella.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendida por la sinceridad.

—No lo sé, siento que la decepciono todo el tiempo.

—Seguro que no es así. Mira, mi hermana y yo siempre hemos sido complementarias. Ella era Oliver, y yo, Benji. Prefería a Lisa y yo era más de Bart. A ella le gustaba Paul, y a mí, Lennon; aunque reconozco que era un poco soberbio, pero para mí era el gran representante de la libertad. Imagínate el peso de representar la libertad, si una ya se hace

un lío con representarse a sí misma. Pero Lennon lo consiguió a través de una mujer que, en ese momento y a ojos del mundo, era imperfecta para el hombre perfecto. Una feminista, intelectual, una artista. Sin embargo, la manera en la que le inspiró y cómo le hizo brillar fue alucinante. Se olvidaron del mundo, de los periódicos, de la gente, de la sociedad, de todo. Seguro que tú también la haces brillar. ¡Tú eres su Yoko!

Esbozó una leve sonrisa a pesar de mi esfuerzo por hacerle reír.

—Me hace gracia que me cuentes esto porque «Oh, Yoko» es una de mis canciones favoritas y dice algo así como «my love will turn you on». Yo no sé mucho inglés, pero entiendo que habla de excitar a su mujer desde el amor. Recuerdo que cuando la escuché, no la entendía. ¿Cómo puede excitar el amor? ¿Acaso no excitan los cuerpos? —No reconocía a este Noel tan profundo —. Con los años entendí que cuando le decía eso, no pensaba en el amor como concepto, pensaba en un amor que solo él podía darle. Una vez se la dediqué a tu hermana. Creo que es la frase más bonita que tienen los Beatles. No sé por qué te cuento todo esto —confesó arrepentido apurando su cerveza de un trago.

—No te preocupes, ya sabes que me encanta hablar de música. Aunque sé que a Ane no le haría mucha gracia si le decimos que se parece a Lennon.

—Ane y sus rabietas… —Negó con la cabeza—. Nunca sabes cuándo pueden aparecer. Se pone hecha una furia. Todo va bien y de pronto ¡bum! Suelta una frase bomba y mis huevos salen volando. Y pienso: «Coño, yo juraría que mis pelotas estaban aquí hace un rato». Luego recapacito, me doy cuenta de que la culpa ha sido mía y le pido perdón, porque seguro que he dicho alguna estupidez y entonces se le pasa.

El Noel que yo conocía había vuelto. Pensé que el deseo era el conflicto central de cualquier relación larga. Por un lado, para que una relación a largo plazo funcionase, tenía que haber seguridad y confianza, especialmente cuando había niños. Estas necesidades de anclaje eran esenciales para desarrollar un vínculo duradero; sin embargo, eso entraba en conflicto con las cosas que incitaban al deseo: aventura, emoción, misterio y sorpresa. El amor disfrutaba de saber todo sobre la otra persona; el deseo necesitaba misterio. Al amor le gustaba acortar la distancia entre las dos personas, mientras que el deseo se avivaba con él.

Me encargué de bañar y de dar el biberón a mi sobrino. Toda mi vida había estado alejada de bebés, hasta que comencé a vivir con uno. Antes de que naciera, no era capaz de coger a ninguno en brazos. Ponía excusas como que podía caerse o que seguro que empezaría a llorar. No sabía que podía querer a alguien tan rápido, y ver cada mañana esa cabecita de cabello claro y esos ojos azules me enganchaba.

Ser tía era genial. No había tenido que dar a luz y no tenía que ahorrar para sus estudios. Todo el mundo tenía una tía rara, en mi caso, había sido Carmenchu. La mayoría de las personas con hijos sabían más o menos lo que les depararía el futuro: insomnio, preocupaciones, hitos, sin embargo, yo no podía saber qué me depararía el mío. Resultaba intimidante y vigorizante al mismo tiempo. Por el momento, yo existía en dos universos: uno donde la maternidad, aunque lejana, era posible y otro en el que podía ser la tía rara para siempre. Lo que tenía claro era que Marco hacía mi vida más brillante, más ligera y mejor.

Mi hermana llegó a la hora de cenar y aproveché para irme a mi habitación. Entré en el baño para lavarme los dientes y me hablé de esa manera en la que solía hacerlo cuando estaba

cansada. «Quítate ese maquillaje», «cuidado, no te resbales con el agua del suelo», «tu pelo está raro». Me miré en el reflejo del espejo y pensé en lo divertido que era que yo fuera esa figura que me devolvía el cristal y que ella fuera yo. Sentí lo bonito que era tener una conversación conmigo misma y decidí abrir el ordenador y escribirla. Fui consciente de que no necesitaba estar con nadie para encontrar a alguien que me gustara, porque me había topado con alguien que a menudo olvidaba: yo.

20

A nadie le gustaban las despedidas de soltera. Lo sabía porque me había pasado gran parte de mi última década en ellas. No quería ir a la de Mercedes. Ya había hecho suficientemente el ridículo disfrazándome, bebiendo de pajitas con forma de pene e infundiendo miedo público a las mujeres borrachas en grandes grupos. Lo único que echaba de menos era que cuando todas tus amigas tenían pareja, las noches alegres y las malas decisiones con ellas se convertían en excepciones reservadas a bodas o rupturas. Por no hablar del conflicto económico que generaban estas celebraciones, pues te hacían elegir entre una boda o las vacaciones. Cada vez que alguien me decía que se casaba, mi cuenta corriente y yo echábamos a temblar.

Mercedes y su futuro marido acordaron que su despedida sería a principios de junio y duraría todo el fin de semana. El viernes lo reservarían para sus despedidas por separado y el sábado juntarían ambas en un gran evento. Decían que querían tener un recuerdo conjunto de ese día, pero la realidad era que querían controlarse. A la de la novia estábamos invitadas Trini, Ane y yo. Todo el mundo quería tener a Trini en su evento. Era divertida, ocurrente, generosa con los regalos y siempre estaba disponible. Era todo lo que yo aspiraba a ser: esa persona junto a la que querías que te sentaran en una cena.

Aunque Ane rechazó asistir en un primer momento, se apuntó a última hora, pues mamá se ofreció a quedarse con

Marco. El sábado, Noel y yo íbamos a dar un espectáculo de magia para el que había estado practicando bastante. Antes de marcharnos, mi hermana le dio un baño a Marco. Mi sobrino chapoteaba en el agua de la bañera y elevaba los brazos para que Ane lo cogiera. Ella sollozaba sin parar como si no reparase en mi presencia.

—¿Por qué lloras? —le pregunté.

—Porque es la primera noche que paso fuera de casa y dejo a Marco a cargo de mamá.

—Alguna vez tenía que ser la primera, ¿no?

—Deja de utilizar frases hechas. Ya sé que siempre lo razono todo, pero esto me supera. Sé que no debería ponerme así o hacer un mundo de ello, pero es que es tan pequeño —dijo haciendo un mohín.

—Ya verás lo rápido que pasa. Enseguida estamos de nuevo aquí —la consolé.

—Seguro que piensas que soy ridícula y que me parezco a esas madres en las que dije que no me convertiría, pero no puedo evitarlo.

No sabía muy bien qué decir. La verdad era que no podía reprocharle nada, pues en ese momento me di cuenta de que el vínculo, el instinto, resultaba mucho más fuerte que las convicciones. La conexión que tenía mi hermana con su hijo parecía tan fuerte que superaba a cualquier otra. Me asustaba no llegar a tenerla nunca con nadie.

Habíamos quedado en que Trini nos pasaría a buscar en su coche, pues habían alquilado una gran casa rural en Hendaya, en la frontera con Francia. Hacía uno de esos días soleados del norte que brillaban con un clima templado y agradable. Mi mejor amiga nos esperaba con el coche en marcha mientras se retocaba las pestañas en el retrovisor y sonaba Britney Spears. Llevaba un crop top rosa, unos pantalones

vaqueros de tiro bajo y unas botas de cowboy. Se había recogido el pelo en dos moños con unos coleteros. No me sorprendió, pues había subido una foto a Instagram así vestida con el texto: «Alexa, pon "oops! I did it again"». Trini encontraba satisfacción en el exceso y en la extravagancia, decía que no había necesidad de racionar el placer. «Si crees en la abundancia, puedes crear suficiente para todos», decía. Su generosidad la extendía también a su forma de vestir. Mi hermana, por el contrario, llevaba un sobrio vestido corto con motivos florales y con grandes cuellos blancos. No me lo había dicho, pero sabía que era de la marca Miu Miu y que costaba por lo menos mil quinientos euros. Dejamos las mochilas en el maletero. Yo me senté en el asiento del copiloto, y mi hermana, atrás.

—Quieres hacer el favor de arrancar —dije con impaciencia.

—Espera que termine de ponerme el rímel —contestó Trini.

—Qué más te da, vas a estar con veinte tías en una casa rural.

—Al menos déjame que me haga la raya —dijo pasándose un *eyeliner* con precisión quirúrgica.

Salimos a la autopista en dirección a Francia. Trini conducía fatal y agarraba el volante con la mano izquierda, mientras sujetaba el teléfono con la derecha.

—Deja de mirar el móvil mientras conduces. —Ane se mostró bastante nerviosa.

—No puedo, creo que René me engaña.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque he descubierto que tiene otro perfil de Instagram.

—¿Y?

—¿Para qué iba a querer otra cuenta?

—No sé, ¿qué tipo de fotos publica? —indagué.

—De viajes, se llama «René pour le monde».

—¿Lo tiene público?

—Sí.

—¿No crees que si quisiera que no lo vieras lo tendría privado?

—¿Y por qué haría eso?

—Bueno, si yo no quisiera que mi novio descubriera que tengo otra cuenta, intentaría ocultarla.

—Le he pedido a una amiga que le agregue.

—¡Trini!

—¿Qué?

—¿Por qué no le preguntas directamente sobre ello?

—Porque no quiero que piense que soy una controladora.

—Pues entonces tienes que dejar de darle vueltas y hablarlo cuanto antes.

—Ya —dijo resoplando—. ¿Por qué es todo tan difícil? Solo quiero un poco de tranquilidad.

La tranquilidad, el tesoro de la edad adulta. Miré por el retrovisor a mi hermana. Llevaba todo el camino ausente con el móvil en la mano y una sonrisa permanente. Observé el paisaje por la ventana. Caseríos, verdes prados y ganado pastando al aire libre. Era difícil saber dónde acababan y empezaban el País Vasco, Navarra y Francia. Estar allí era descubrir un tiempo casi parado, contemplar los pueblos rodeados de prados, bosques de robles y las montañas. La naturaleza del norte era peligrosa, como ese chico que sabías que podía romperte el corazón en cualquier momento. Aquella belleza tenía un precio. Estar allí era tan emocionante como agotador. «Nina, no la cagues», me dije. Trini colocó su mano sobre mi rodilla como si pudiera leerme la mente y yo le devolví el gesto con una sonrisa.

—Espero que por lo menos haya algún estríper —soltó Trini

cuando estábamos a punto de llegar.

—¿Lo dices en serio? Son repulsivos —contestó mi hermana.

—Yo con que haya alcohol me conformo —concluí.

—Más les vale, con lo que hemos pagado —matizó.

—Una despedida es presuntuosa, ¿no os parece? Es como decir «dedícame a mí y a mi futura felicidad tooodo tu tiempo libre». ¿Por qué hay que celebrar el final de la soltería? —manifesté.

—No seas chunga, a algunas personas simplemente les parece divertido —dijo Ane.

—En fin, bienvenidas al paraíso… —comunicó Trini a medida que nos acercábamos.

—De la estupidez —añadí.

Hendaya era un lugar de ida o de vuelta, según se mirase. Un paso fronterizo que separaba España de Francia. En Hendaya se disfrutaba del mestizaje de las dos culturas: la vasca y la francesa, ambas en su máximo esplendor. Allí se unían elementos vascos, como los pinchos, con otros franceses como las terrazas y los cafés. Su nombre en euskera significaba bahía grande y hacía honor a ello, pues tenía la playa más grande de la costa vasca. En lugar de hoteles y bloques de apartamentos, el paseo estaba formado por casas de poca altura rodeadas de árboles, flores y jardines. La mayoría eran sencillas, de dos o tres pisos, y se pintaban con las mismas tonalidades que los barcos de pesca, azules, verdes o rojos.

En lo alto de una colina y con unas impresionantes vistas al mar se encontraba la casa rural. Un típico caserío de tres plantas reconocible por su tejado simétrico, su fachada con entramado de madera y contraventanas pintadas de

llamativos tonos verdes. Creía que nunca podría cansarme de la sensación de paz y ensoñación que producía el paisaje. Llegamos las últimas, el resto llevaba allí desde la mañana. Salió a recibirnos Ainhoa vestida muy distinta a como la había visto en el cumpleaños de su hija en el centro comercial. Había cambiado la camisa, las perlas y la falda por la rodilla, por pantalones ajustados, escote y purpurina en la cara.

—Ya estamos todas. ¡Bienvenidas!

—¡Ya estamos aquí! ¡Qué ganas! —exclamó Trini saludándola con un abrazo.

Era impresionante lo bien que se le daban los eventos sociales. No había ninguna situación que se le resistiera: cumpleaños, bodas, inauguraciones… Siempre las afrontaba con alegría y buena disposición, no como yo.

—¿Qué tal? —dije yo con tono más seco.

—Podéis dejar vuestras cosas en la habitación. Trini, Nina, os hemos dejado la del último piso. Ane, tú dormirás conmigo.

—Genial —celebró.

Llevamos nuestras mochilas a la tercera planta hasta llegar a una habitación pequeña con una litera.

—Acaba de publicar una foto en su otro perfil —soltó Trini y se tiró en la cama de abajo para mirar la pantalla de su teléfono.

—¿Y qué más da? ¿No te parece un poco discriminatorio que nos hayan dejado la peor habitación? Las demás son más grandes.

—Es porque hemos llegado las últimas.

—Me pregunto si es por eso o hay alguna razón más. Quizá crean que nos la merecemos por no estar casadas.

—Nina, no empieces, no pienses que es algo personal.

—Vale, vale. —Saqué un vestido de mi mochila para colgarlo en una percha—. Estoy harta de llevar en la frente la palabra soltera.

—Técnicamente lo estás porque quieres.

—Me resulta un poco incómodo tener que encontrarme a Mikel mañana en la despedida conjunta.

—Me lo imagino.

—Desde entonces no hemos vuelto a hablar.

—Venga, anda, anímate.

—Lo haré si dejas de mirar el móvil.

—Trato hecho. Pero, por favor, intenta ser agradable.

—¡Es que es cansadísimo! —me quejé.

Había tres cosas seguras en la vida: la muerte, los impuestos y el hecho de que si estabas en una despedida de soltera con veinte mujeres vivirías una utopía matriarcal. Era una gran oportunidad para hablar con un montón de desconocidas sobre hipotecas o sobre dejar de tomar la píldora.

En el salón, el resto de mujeres bebía vino blanco y preparaba la comida con una coreografía acompasada. Unas cortaban verdura, otras preparaban el aperitivo y todas se movían entre la cocina y el salón como si estuvieran en un musical. Encima de la mesa del comedor, unos grandes cubos con hielo contenían cerveza y vino como para emborrachar a toda Francia. Mercedes estaba sentada en el sofá con una banda rosa de raso en la que ponía «bride».

—¡Nina! —gritó al verme derramando unas gotas de su copa de vino—. Perdona, llevamos bebiendo desde las once de la mañana. Qué bien, ¡has venido!

—No me lo hubiera perdido por nada —dije—. ¿Qué tal todo?

—Bien, bien —contestó de manera automática sacando su

móvil—. ¿Te importa que nos hagamos una foto?

—No, clar…

En un segundo, Mercedes colocó el móvil delante de nosotras y aparecimos en la pantalla.

—Vaya, sales con los ojos cerrados. ¿Podrías poner cara de que te lo estás pasando bien? —sugirió mientras repetía el movimiento y hacía clic—. Mucho mejor, ¡que disfrutes!

—Beber desde tan temprano debería ser ilegal —le susurré a Trini.

—Hay unas bodegas al lado, sería una falta de respeto no hacerlo —respondió con sorna.

Ainhoa se colocó en mitad del salón y nos reunió a todas para contarnos la próxima actividad. Me fui directa al cubo de las cervezas. No había suficiente cerveza en la tierra que me ayudara a sobrevivir a esto.

—¡Chicas! ¡Prestadme atención! Vamos a empezar con una actividad de cerámica en el jardín. Hemos traído arcilla, materiales, pinturas… Hay todo lo necesario para que hagáis una pieza única y original para Mercedes.

—¿Puede ser un cenicero? —preguntó una chica.

—Puede ser lo que vosotras queráis —aclaró Ainhoa.

—¿Y una taza? —quiso saber otra.

—¡Escuchadme! Eh, las de ahí atrás, silencio. —Notaba su frustración desde la distancia—. Podéis hacer lo que os apetezca, un cenicero, una taza, un plato, lo que queráis. Pensad en qué os gustaría que os regalaran a vosotras.

—Qué práctico, así ya puede quitar la vajilla de la lista de bodas —cuchicheó Trini por lo bajo.

Me atraganté y un hilo de cerveza se escapó por mi boca.

—Nina, ¿todo en orden? —puntualizó Ainhoa.

—Sí, ¡lo siento!

Salimos al jardín, donde había varias mesas de madera con

arcilla y herramientas. Cuando estábamos ya sentadas, una mujer levantó la mano.

—Ainhoa, ¿podemos escribir su nombre en la pieza de cerámica?

A Ainhoa le tembló el párpado y Trini y yo contuvimos un ataque de risa.

—Podéis escribir el suyo o el de su familia si os apetece —respondió con una ironía que nadie notó para después suavizarla—, siempre y cuando creáis que le hará ilusión.

Dos minutos después de intentar hacer un cenicero con barro decidí que odiaba la cerámica. Me sentía frustrada cada vez que veía cómo todas aquellas mujeres moldeaban esa masa deforme. Otra actividad con la que me sentía un completo fracaso.

—Me da asco la sensación de la arcilla seca en la piel —murmuré.

Todas las de mi mesa me miraron como si hubiera dicho que me encantaba cazar elefantes. La cerámica era aburrida. No podía entender cómo se podía identificar a culturas enteras por el tipo de vasijas que habían hecho. ¿Qué tipo de mente perturbada podía pensar en esta actividad para una despedida? La cerámica era el pasatiempo perfecto, sí, pero para la gente cansada de vivir.

Lo más denigrante de aquella actividad fue explicarle a la novia el porqué de cada obra. Mercedes era el centro de atención y escuchaba con interés. Solo había algo que superaba aquel ejercicio de egocentrismo: una boda. Ella sonreía tímidamente, pero podía percibir su hastío. Ninguna pieza le gustaba. Los domingos en el pueblo también eran aburridísimos. Como si la gente tuviera miedo de salir a la calle. Los restaurantes no abrían y las tiendas estaban cerradas. Bien, Mercedes era como el pueblo un domingo.

Trini y yo caminábamos a buen ritmo hacia la embriaguez moldeando nuestro hígado y aquella asquerosa arcilla. Mercedes se acercó a nosotras.

—Te he hecho una taza para el té —dijo Trini sosteniéndola entre las manos— porque sé que te encanta el matcha. He puesto tu inicial en ella, una M. —Mostró esa taza como si fuese un triunfo.

—Qué bonita, ¡me encanta! —celebró la novia.

Era mi turno.

—Quería mostrar que la cerámica puede ser mucho más que un objeto funcional para llegar a arte subversivo —dije enseñando lo que se suponía era un busto.

Mercedes sonrió y, sin decir nada, continuó con Ainhoa.

—Creo que voy a necesitar más vino blanco —le susurré a Trini.

—Mercedes, cómo supiste que Fermín era él —preguntó Ainhoa.

—No sé, simplemente lo supe —respondió con cursilería mientras la brisa movía su pelo en un instante casi de película.

Muchas parejas eran golpeadas por energías místicas que hacían que «lo supieran». No importaba cuántas veces escuchase esas historias, me costaba entenderlas.

—¿Cómo lo supiste? —incidí.

—Lo sentí. Coincidimos en la cola del supermercado y justo antes de marcharme me pidió mi teléfono.

—Ya, ya, pero ¿qué sentiste? —insistí.

—Nina, por favor, déjalo ya —me increpó Ainhoa.

La única vez que sentí esa energía magnética fue por Ian. La atracción fue tan intensa que creía que solo los dos habitábamos en la tierra. Sin embargo, las mentiras hicieron girar los imanes provocando que se repelieran y fueron igual

de poderosas, pero a la inversa.

—¿Y tú, cómo os conocisteis tu novio y tú? —preguntó Mercedes.

—Bueno, no lo he hecho todavía —tartamudeé—. No tengo novio.

—¿No? Pensé que estabas con Mikel.

—Ah, qué va, no soy una chica romántica —admití.

Observé cómo su enorme sonrisa se desvanecía ligeramente.

—Pero me fascina ver cómo otras personas se enamoran —agregué enseguida.

—¿No crees que hay alguien para cada persona?

—En realidad pienso que no hay nadie para nadie.

Se quedó como si hubiera visto un fantasma. Me serví un poco más de vino y me pregunté si, en algún momento, yo también me cruzaría con alguien por la calle y nuestros ojos se encontrarían y entonces yo lo sabría. Allí sentada, junto a las demás, seguía preguntándome cómo sabía la gente con tanta certeza que su pareja era la indicada. O si no lo sabían y solo asumían que lo era.

A media tarde nos avisaron de que después habría una cena con temática ibicenca, lo que implicaba que todas debíamos ir vestidas de blanco. ¿Cuándo iba a acabar esa obsesión de la gente por la moda pitiusa? Debía terminar de una vez por todas. El Gobierno balear tenía que tomar medidas. Cuando llegué a la habitación para cambiarme, me encontré a Trini tumbada en la litera de abajo con el móvil en la mano.

—Te he buscado por todas partes, ¿se puede saber dónde cojones estabas?

—Perdona, necesitaba un rato a solas.

—¿Es por René? —dije tumbándome junto a ella.

Me puso el teléfono en la cara.

—¿Otra foto?

—Sí, joder.

—¿Por qué no hablas con él?

—Porque no quiero hacer un drama de ello.

—Pero lo estás haciendo.

—Tú no lo entiendes, con la gente joven no se puede hacer eso.

—¿Hablar?

—No, mostrar interés.

—Eso es una tontería —contesté y me apoyé en mi brazo para mirarla.

—Lo digo en serio, les va el pragmatismo. —Me imitó y se colocó frente a mí—. Saben que encontrar a esa persona requiere un compromiso y prefieren priorizarse a sí mismos.

—Hija, no todos serán iguales.

—Es algo generacional. Para ellos, una relación implica sexo, intimidad, compañía o cualquier otra cosa, pero eso no significa que vaya a haber algo más a largo plazo.

—¿Y tú quieres eso?

—Yo qué sé, yo ya no sé ni lo que quiero.

—Entonces no te quejes, que soy la única sin pareja.

—¿Te refieres en la despedida? ¿En Francia? ¿En el planeta?

—Todas son correctas.

—Parece que haces una lucha política de ello.

—¿En serio? Yo no hago eso, ¿de verdad lo crees? —lamenté algo indignada.

—Un poco sí —reconoció.

—Pero es la verdad. A nuestra edad, la gente confía más en ti si estás en una relación porque pareces más estable —le

solté segura de mi discurso.

—Ni las personas solteras son egoístas y engreídas, ni las emparejadas, perdedoras que han sucumbido a la normatividad.

—Lo sé, pero a las solteras siempre se nos discrimina. Por ejemplo, ¿recuerdas hace dos años cuando fui con los del curro a aquella casa en Valencia?

—Sí.

—Había dos dormitorios y un sofá cama y yo tuve que dormir en el sofá para que las parejas tuvieran intimidad, pero ¿acaso yo no la necesitaba? Imaginé que querrían echar un polvo en sus vacaciones, pero ¿dónde se suponía que tenía yo que masturbarme? ¡También eran las mías!

—Ahí te doy la razón, amiga, pero no te cabrees.

—Es que no me digas. Existe el mito de que las personas solteras estamos enfadadas todo el tiempo, pero no es así. Tenemos la misma cantidad de ira que las personas en pareja, pero necesitamos liberarla lentamente a lo largo del día porque no tenemos a alguien que la pueda recibir toda de golpe. Además, se me ocurren un millón de razones para no casarse.

—Y a mí. Quizá no haya ninguna guerra entre solteros y casados. Tal vez son estos últimos los que han lanzado un misil… contra sí mismos.

Ambas nos reímos.

—Lo jodido no es casarse, es aceptar que el «para siempre» es un concepto imposible —agregué.

—¡Que se lo digan al cambio climático!

Trini había desconectado y estaba inmersa en la pantalla de su teléfono. Me levanté para ponerme un vestido de marca Rouge que le había cogido a Ane. Era blanco y vaporoso con pequeñas flores en lila, cuello en pico y mangas que

marcaban los brazos. Después Trini, una vez abandonó el móvil, me maquilló los ojos con un ahumado que había aprendido en un tutorial de Instagram y me perfiló los labios.

Bajamos para cenar con las demás.

—¡Joder, vaya cambio! —exclamó Ainhoa al verme—. Nunca te había visto tan arreglada, te queda muy bien. Los asientos están asignados, buscad vuestro nombre en la mesa.

El salón de la casa estaba decorado con telas blancas, guirnaldas con luces led, velas y farolillos blancos. Fuera había refrescado, así que cenamos dentro. Encontré mi nombre al lado de Trini. Menos mal, no quería convertirme en una persona que no sabían dónde sentar. Enfrente teníamos a Raquel, prima de Mercedes, y Sara que, igual que la última vez, iba colocada. Creo que ambas lo estaban. Miré a mi alrededor buscando a mi hermana. Estaba sentada junto a las damas de honor y la comitiva cercana a la novia. La pantalla del móvil le iluminaba la cara y sus dedos la presionaban con rapidez, era como si estuviera abducida por él.

—Hola, soy Raquel.

—Nina —dije con una sonrisa.

—Sé quién eres, me encantó *Peculiar*. ¿Podemos sacarnos una foto?

—Después de cenar, ¿vale? Me muero de hambre.

Trini me dio una patada por debajo de la mesa con la que quiso decirme que fuera amable.

—Ella es Trini.

—Encantada —dijo sirviéndonos a las cuatro un poco de vino.

—¿Cuándo van a sacar los postres? Nos hemos fumado un

porro y necesitamos azúcar —señaló Sara.

Raquel era menuda y vivaracha. Sus ojos eran muy verdes y contrastaban con su pelo negro con canas. Llevaba un pendiente de aro en la nariz y jugueteaba con sus collares. Hablaba de su maternidad como si estuviera dando una charla TED.

—¿Cuántos años tienen tus hijos? —preguntó Raquel a Trini.

—No tengo hijos —respondió.

—Vaya, ¿estás bien? Quiero decir, físicamente.

—Sí, sí.

—Ah, pues lo siento. Cuando llegas a los treinta y cinco, tu fertilidad cae por un precipicio. Esa frase no es mía, sino de *Sexo en Nueva York*.

—De momento no quiero ese tipo de responsabilidad —alegó.

—Te acabarás arrepintiendo y habrás perdido una de las mayores alegrías de la vida —dijo Raquel.

—Sí, es el mejor regalo que hay, tía, ¿no quieres experimentarlo? —le preguntó Sara mientras cogía un trozo de pan y le daba un bocado.

Y ambas fueron encadenando pregunta tras pregunta hasta llegar al clímax.

—¿No te apetece traer una vida al mundo?

—¿O abandonar tus sueños y esperanzas?

—¿No quieres encerrarte en un armario a llorar durante dos horas porque no tienes ni un minuto a solas?

—¿No quieres vivir en un mundo de dolor y oscuridad?

—¿No quieres conducir un coche lleno de mierda?

—Yo haría cualquier cosa por mi hija.

—Mis hijos me definen.

—Mi hija es mi vida.

—¡Salud!

Ambas se fundieron en un brindis apoteósico mientras Trini y yo no sabíamos qué decir ante ese delirante diálogo. Sara siempre me había caído bien, pero era demasiado influenciable y, desde que era madre, solo hablaba de ello.

—¿Y tu novio quiere tener hijos? —preguntó Raquel.

—Y dale. No lo sé —contestó Trini hastiada.

Su copa de vino volaba. La mía también.

—Es que vive lejos —añadí parca.

—Nina, ¿tú estás casada?

—No, mi boda soñada es una que no es mía y que no requiere que asista o haga un regalo.

Los ojos de ambas se abrieron.

—Y tú, ¿cuántos hijos tienes? —preguntó Trini descargando el peso de la conversación sobre nosotras. Sabía cómo desenvolverse en este tipo de situaciones.

—Yo tengo dos niños —dijo Raquel—. Os los enseño. —Desbloqueó el móvil y tocó la pantalla.

Enseñar fotos de tus hijos era perverso, pero decirle a su progenitora que tenía los más guapos del mundo debería estar penado por ley. Terminamos de cenar y empezó la hora de las copas.

En una despedida de soltera, los estándares de calidad de cualquier cosa bajaban. Por ejemplo, en el mundo real, me preocupaba por lo que la gente decía, por sus ideas, sus pasiones, incluso su vocabulario, pero en las despedidas era incapaz de preocuparme, porque todo el mundo volvía a su ser más primitivo. Únicamente podía evaluar a las personas en función de su apariencia y sus movimientos de baile. El problema era que parecía que estaba en un mar de clones. Cada una de esas mujeres había estado practicando la coreografía de «Gimme More» un millón de veces y cada una

de ellas, sin excepción, se tropezó cayéndose al suelo mientras Britney en la grabación, ajena al drama, continuaba cantando. Me costaba integrarme en el grupo. Desde pequeña me habían enseñado a no juntarme con extraños, pero ¿qué pasaba cuando tus amigas de siempre lo eran? Ainhoa me sacaba de quicio, Sara se transformaba en otra persona cuando estaba colocada, Mercedes y sus dobles eran tan básicas que dolía y mi hermana parecía como si no estuviera. Excepto de Trini, me sentía desconectada de ellas.

Todas se turnaron para subirse a un toro mecánico en forma de pene, que estaba instalado en el jardín. Vi a mi hermana sentada sola en un banco y me acerqué a hablar con ella.

—¿Qué haces aquí sola?

—No tengo ganas de estar con la gente.

—¿Vas a contarme lo que te pasa? —pregunté sin rodeos.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¿Con quién estás chateando?

—Con nadie.

Una sensación dolorosa surgió en mi garganta.

—No me lo creo.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Simplemente la verdad.

—Ya te lo he dicho, con nadie.

—Te vi salir de la clase de baile con ese tío.

Se empezó a poner nerviosa.

—¿Y?

—No sé, dímelo tú.

—Fuimos a beber agua.

—Ane, ya te lo dije, había una fuente en la sala.

—Necesitaba ir al baño.

—Sí, venga y qué más. Vi cómo os mirabais. Sentí lo que sentíais.

Hice una pausa demasiado larga y después me rendí.

—Bueno, como quieras.

—¿Cómo te lo estás pasando? —preguntó cambiando de tema.

—Pues he hecho una figura horrible con arcilla, la novia me odia, ni siquiera me he emborrachado y voy a dormir en una litera de ochenta. Es la mejor noche de mi vida.

—Qué raro, tú y el drama.

—¿A qué te refieres?

—A que siempre te pasa algo.

Respiré hondo.

—Sí, Ane, me pasan cosas. Quizá no tengo una vida como la tuya, pero al menos no finjo que es perfecta.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé lo que veo.

—¡Nina, la que todo lo sabe! ¿De repente te importa tu familia? Pronto volverás a irte a Madrid y nos olvidarás de nuevo.

—¿Y qué tengo que hacer, quedarme en esta mierda de sitio?

—¡Esta mierda es mi sitio!

—¿Por qué no me dices que tienes un lío? Solo admítelo y punto.

—Tú tampoco me cuentas todo lo que te pasa con Mikel —contestó ofendida.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque lo tuyo es un engaño y lo mío forma parte de la vida.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

—¡Y tú tan mentirosa!

—Pues mira, sí, ¡me follo a mi pareja de baile!, ¿contenta?

—¿Y tú?

—Somos hermanas, no tenemos por qué ser buenas amigas.

—A lo mejor la bondad no es lo tuyo.

—Al menos podrías agradecerme que haya cuidado de mamá todos estos años.

—Nadie te obligó.

—No seas desagradecida, ¡joder!

—¿Y ahora? ¿Quién se va a encargar de ella? —cuestioné.

—¡Y yo qué sé! No es mi problema. ¿Acaso tengo que decidirlo yo también? Tú siempre has sido la favorita. Mamá pregunta por ti todo el rato. «¿Dónde está Nina?, ¿qué hace Nina?, ¿va a venir Nina?».

—¿Estás celosa?

—Por no hablar de lo interesada que eres. «Mamá, ¿me podrías hacer una transferencia que mi casero me odia? ¿Me das dinero que me he quedado en paro y todo el mundo me odia?». No todo gira en torno a ti.

—¿Perdona? —Puse mi rostro frente al suyo—. Mamá siempre nos ha tratado igual.

—Bueno, si quieres pensar también que el Ratoncito Pérez existe. Si tuvieras hijos lo sabrías.

—Cuando tengas el segundo, me cuentas si quieres más a uno que a otro.

—No voy a volver a ser madre, Nina —contestó sombría.

—Sí, claro, como cuando en el colegio decías que ibas a suspender y luego sacabas un diez.

—No puedo quedarme embarazada.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Que tengo un DIU!

—¿Qué?

—Que fui a ponérmelo el día que fuimos al ginecólogo.

—Pero ¿estás loca? Por eso las dudas con la casa, por eso lo de la constelación. —Fui atando cabos—. ¿Noel lo sabe?

—¡Joder, claro que no! Y no me mires con esa cara de susto, haces que me sienta como una mierda todo el rato.

—Tienes que decírselo. ¡Eres lo peor!

—Al menos yo he hecho algo con mi vida, ¿qué has hecho tú?

—¿De verdad piensas eso de mí? ¿Que soy una mierda?

—No quería decir eso.

—Entonces ¿qué querías decir? Estás todo el rato pendiente de los demás, pero a mí me ignoras, es como si no me quisieras.

—A veces no te quiero.

Esa frase fue como un puñal. Una lágrima recorrió mi mejilla. Dejé caer la copa de vino al suelo y me levanté del banco. Ane tiró de mi brazo para que no me marchara. La miré intentando recordar los momentos felices que habíamos vivido juntas, pero fui incapaz de pensar en uno reciente.

—Me voy, ya he escuchado suficiente.

—¡Eso! ¡Vuelve a Madrid! ¡Soy mucho más feliz cuando no estás!

—No te reconozco. Deja de engañar a los demás y, sobre todo, deja de engañarte a ti misma.

Me di la vuelta y eché a correr. Empecé a llorar de verdad. Estaba triste y rabiosa. Mi hermana me acababa de decir que no me quería. Ni siquiera como amiga. Eso dolía.

Todavía era pronto y no quería volver a la habitación. Un grupo de mujeres continuaba la fiesta en el porche. Crucé el jardín hasta la puerta de entrada y caminé hacia la costa. Me

senté en un banco junto al acantilado con las piernas cruzadas. El fuerte viento revolvía mi pelo y hacía que se me pegara en la cara mojada por el llanto. Miré al cielo mientras me frotaba los brazos para entrar en calor. Las estrellas parpadeaban. Siempre que las miraba me sentía menos sola. Desde ahí, observé la playa de Ondarraitz, presidida por dos enormes rocas conocidas como Les Deux Jumeaux, que significaba las dos gemelas. Me acordé de cuando mamá nos llevaba allí de pequeñas para contarnos su leyenda. Decía que el Basajaun, una especie de yeti vasco, había cogido una gran piedra para lanzarla y destruir Bayona, pero se tropezó y terminó en la playa partiéndose en dos. Sentía que yo también me había roto por la mitad. Aquella noche había marcado un punto de inflexión entre mi hermana y yo, dejándome fuera de combate. No era capaz de asimilar todo lo que me había dicho.

«El amor es nostalgia», decía un refrán alemán. Echaba de menos a mi hermana, la de verdad, con la que me reía de todo y utilizaba el sarcasmo, con la que ponía voces y me intercambiaba la ropa, con la que hablaba de un montón de tonterías como si fueran conferencias… Amor y odio, las dos caras de la moneda con la que se pagaba la incomunicación. Por eso era tan fácil pasar de uno a otro, incluso confundirlos. Si las personas nos conociéramos de verdad, desaparecerían tanto el odio como su opuesto. Y solo quedaría la amistad, el sentimiento más puro que, con mayor o menor intensidad, era respetuoso con quiénes éramos. Me quedé allí un rato esperando que apareciera mi hermana. Que me diera un abrazo y lo olvidáramos todo. ¿Cómo podíamos hablarnos de nuevo después de todo lo que nos habíamos dicho? ¿Volvería a ser cómo antes? Quizá esperaba algo que ya no existía ni existiría nunca.

Después de un rato me levanté del banco y regresé a la casa rural. Encontré a Trini poniéndose el pijama en la habitación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al ver mi cara.

—Nada, he discutido con mi hermana.

—¿Quieres hablar?

—No, solo quiero descansar.

—De acuerdo —dijo dándome un abrazo y un beso en la frente.

Me quité la ropa y subí a la litera de arriba. Apagué la luz y las dos nos quedamos a oscuras en silencio.

—Trini.

—Dime.

—¿Crees que nos estaremos perdiendo algo por no ser madres? —pregunté.

—Creo que no hay una única forma de ser feliz. ¿Te harías la misma pregunta si tuvieras hijos? En plan ¿me estaré perdiendo algo por no irme de viaje? ¿O por no estar aprendiendo chino? No puedes preocuparte por lo que no ha pasado ni pasará.

—Quizá nadie es lo bastante sincero para explicar lo que se vive en ese abismo entre lo horrible y lo asombroso, especialmente cuando no hay vuelta atrás.

—Supongo que, si tuviéramos hijos, habría momentos en los que querríamos descansar de ellos. Pero, sobre todo, creo que si te preocupa arrepentirte de no haber hecho algo, entonces quizá debas hacerlo.

21

Me desperté con el sonido de los pájaros, que piaban en una retahíla que parecía no terminar jamás. Quizá estuvieran comentando el espectáculo de ayer o lo bonito que se volvía el paisaje en esos días, donde los colores alcanzaban más intensidad que nunca. Me levanté con cuidado a mirar por la ventana. Trini todavía dormía. Hacía sol y el mar formaba parte de esa particular banda sonora junto al viento que rozaba la copa de los árboles. A veces, en mitad del caos, un universo paralelo se nos entregaba. Y cuánta paz daba.

Bajé al salón. Todo estaba limpio e impoluto y no quedaba ni rastro de la fiesta. Al parecer, Mercedes estaba preocupada por si su novio Fermín se molestaba por el desmadre del día anterior. Clases de cerámica y una fiesta ibicenca, ¿quién podría enfadarse por eso? Yo lo haría, pero por descubrir que me iba a casar con alguien tan aburrido. Eso sí, me pregunté dónde habrían metido el pene mecánico.

Había café y pasteles vascos en la cocina. Esos bollos me trasladaron a la infancia, cuando iba con mi familia a pasar el día a la playa y parábamos a comprarlos después. Cogí uno y lo saboreé despacio con el café mientras observaba a Ainhoa pasar enérgicamente el trapo por una estantería. Se había cambiado de ropa y llevaba una camisa blanca y unos pendientes de perlas, aunque todavía tenía restos de purpurina en la cara.

—Tienes mala cara —comentó al verme—, ¿no has dormido bien?

«Qué cabrona», pensé.

—No mucho.

—Yo desde que fui madre no consigo dormir como antes. Por cierto, toma —dijo sacando un sobre del pantalón en el que ponía «Nina + acompañante».

Continuó limpiando.

—¿Qué es?

—Es la invitación de la boda de Mercedes, me ha pedido que te la entregue —aclaró, esbozando una sonrisa falsa—. Puedes venir con quien quieras.

Claro, porque ir sola a una boda no era una opción.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿sabes cuándo llegan los demás? —pregunté para calcular el tiempo que tenía para arreglarme.

—En un par de horas.

—¿Y seremos muchos? —también quería saber ante cuánta gente me humillaría cuando actuase con Noel.

—Cuarenta y ocho, más Trini y tú.

No entendí esa distinción.

—O sea, cincuenta —aclaré.

—Así es, luego nos vemos. —Y siguió limpiando.

No era la primera vez que me daban una invitación de ese tipo, pero sí la más humillante. En el sobre siempre aparecían dos nombres, pero el «+ acompañante» se llevaba la palma. Nina más uno. Me sentía como en la lista de una discoteca.

Mikel y Noel llegaron los primeros, pues teníamos que preparar la actuación que daríamos luego. Mikel estaba guapísimo, con un pantalón negro y una camisa vaquera, que le marcaba los hombros. Nos saludamos incómodos en el jardín con un par de besos. Noel, por el contrario, estaba demacrado y pálido y tenía el aspecto de un surimi de cangrejo. Se notaba que ambos tenían una buena resaca.

—¿Cómo estáis?

—Fatal —contestaron al unísono.

—¿Qué hicisteis ayer?

—Estuvimos hasta las tantas en un karaoke poniéndonos finos y comiendo hamburguesas.

—Suena apasionante —dije sin saber qué decir. En verdad, les envidiaba—. ¿Os traigo algo de beber? ¿Un poco de agua?

—Yo mato por una pizza —dijo Noel con desesperación.

—Siento decirte que Ainhoa ha preparado crudités y ensaladilla, dice que el cuerpo tiene que recuperarse de los excesos. Aunque más tarde celebraremos una barbacoa.

—Entonces dos cervezas —sugirió Mikel—. Si vamos a morir hoy, que sea anestesiados.

—Marchando —respondí solícita.

Ir a por ellas me permitió librarme de una conversación incómoda. Todavía me sentía rara junto a Mikel, sobre todo, porque no había vuelto a hablar con él desde que me había marchado de su casa. Después se las llevé e inventé un pretexto absurdo de que tenía cosas que hacer para poder moverme por otros grupos.

Comenzaron a llegar el resto de los chicos, que habían alquilado la casa de al lado. Parecía una fiesta entre colegios del Opus Dei. Odiaba ese tipo de reuniones con gente a la que solo veía en celebraciones y donde me quedaba atónita con la cruel lotería física que suponía la edad adulta. Sabía que era un cliché, pero películas como *Romy y Michele* me recordaban que no estaba sola. Asistir a esa despedida me hacía sentir diferente, «cuarenta y ocho más Trini y tú» lo confirmaba. No éramos cincuenta, sino veinticuatro parejas y nosotras dos.

Cuanto mayor me hacía, más segura estaba de una cosa: el amor romántico no era un premio.

La temática de la fiesta eran los noventa y todo estaba ambientado en esa década. Globos de colores, radiocasetes, un *photocall* de Back to the 90s y hasta una réplica del coche de *Regreso al futuro* de cartón. Dos altavoces enormes completaban aquel espectáculo haciendo sonar canciones de Ace of Base, OBK, Celtas Cortos o Aqua a todo trapo. Vamos, un musicidio en toda regla.

La gente nostálgica me ponía enferma. Habíamos nacido en los ochenta, sí, pero no me parecía que nuestra juventud hubiera sido destacable; al menos no más que cualquier otra. Fue una generación epicúrea, bastante trivial, poco profunda y donde hubo muy poco compromiso. Una juventud que creía que el capitalismo duraría para siempre y que adoleció de grandes causas por las que luchar. Como si haber ido a EGB o escrito con boli Bic naranja hubieran conformado nuestra identidad. Pertenecer a una generación no te hacía especial y reivindicarla en exceso te hacía parecer ridículo.

Trini apareció con un vestido ajustado por debajo de la rodilla con rayas en color azul, amarillo y negro. Lo combinó con unos botines tipo pezuña de Maison Margiela y un bolso rojo con una cara de angelote. Se había recogido el pelo en un moño muy tirante al que había añadido unas horquillas de margaritas. Solo ella podía llevar con glamour una combinación con la que parecía que acababa de llegar de una rave. Se acercó a mí con dos copas en la mano.

—Coge esto, es Malibú con piña —aclaró—. ¿No me digas que no es increíble?

—Sí, si quieres terminar con una diabetes.

—He oído que igual viene a pinchar Fernandisco —dijo agitando la mano nerviosa.

—Venga ya.

—Te lo digo en serio, es amigo de la prima de Mercedes. Me encanta que haya famosos en los eventos, les dan categoría.

A pesar de que Trini era una mujer cosmopolita, tenía incrustadas algunas expresiones y creencias antiguas.

—Por cierto, no he visto a Ane en toda la mañana, ¿cómo vais? —preguntó.

—Todavía no nos hemos dirigido la palabra después de la discusión de ayer —respondí mientras asentía con la cabeza y le daba un trago a la copa.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—En resumen, me dijo que no me quería y que estaba mejor sin mí.

—No te creo. —Abrió mucho los ojos.

—Y sé que tiene un lío con uno de su clase de baile.

—Madre mía, estoy flipando, ¿Noel lo sabe?

—No, yo creo que no se daría cuenta aunque le pusiera los cuernos en su propia cara.

—Quizá simplemente no quiera verlo —puntualizó mirando su copa vacía—. Voy a por más Malibú, ¿a que está rico?

Entonces la vi. Me acerqué a Raquel y Sara, que estaban en el porche junto a mi hermana. Ane ni siquiera me miró.

—¿Y los chicos? —pregunté.

—Están en la parte de atrás fumando un porro —contestó Sara.

—Bueno, al menos alguien parece estar disfrutando —ironicé.

Me miraron sin darle importancia a mi sarcasmo.

—¿Qué tal está Marco, cómo llevas la maternidad? —le preguntó Sara a Ane.

—Genial, me encanta ser madre —respondió sobreactuada

—. Pensaba que se me haría más duro, pero estoy feliz.

Su cara decía de todo menos felicidad.

—Qué suerte —añadió Sara—, yo aún intento acostumbrarme a no tener ni un minuto para mí. Por no hablar de mi relación con Josu, no sé en qué momento hemos dejado de ser marido y mujer para convertirnos solo en padres. Ya no sabemos hablar de otra cosa.

—A nosotros eso no nos pasa —discrepó Ane—. Marco nos ha unido más que nunca —respondió dando un trago a su vaso de agua.

Alucinaba. Mi hermana estaba representando el papel de su vida. Trini regresó con otros dos vasos de tubo de Malibú.

—Es increíble, ¡está aquí un amigo de René!

—¿Y eso? ¿Cómo lo sabes?

—Porque me sé de memoria el Instagram de todos sus amigos.

—O sea, ¿que no lo conoces?

—¡Qué va! Bueno, virtualmente sí. Me gustó mucho su viaje a Vietnam —dijo dándole un trago a su copa.

—Relaja, amiga, que solo son las dos de la tarde —le señaló Sara.

—Voy a hacerme su amiga.

—No puedes hacer eso —dijo Ane.

—¿Por qué? —preguntó Trini confundida.

—Cariño, ¿estás segura de que es una buena idea? —pregunté rodeándola con el brazo.

—Claro que sí, seré tan simpática que nos haremos una foto juntos y la publicaré en Instagram. Así René verá que tenemos más cosas en común de lo que cree.

—Pero ¿no quedará un poco raro? —advirtió Raquel.

—No, porque él no sabe que yo sé quién es su amigo. Yo simplemente publicaré una foto con un chico simpático que

he conocido en una despedida. Así se dará cuenta de que nuestras vidas son muy parecidas. ¡Soy una genia!

Las cuatro nos quedamos calladas mirando a Trini sin saber muy bien qué decir.

—¡Chicas! —gritó Ainhoa desde el otro lado del jardín haciéndonos señas para que fuéramos—. Vamos a hacer una foto de grupo. Primero haremos una de parejas y después podrás unirte, Nina.

—¡No es verdad! —exclamó Trini, alucinando.

—¿Estás de broma? —dije indignada.

—Trini, tú puedes venir aunque tu novio no esté. ¡Después lo añadiremos con Photoshop! —gritó Ainhoa desde lejos.

—Voy a ir para que pase cuanto antes, vuelvo enseguida. —Trini me acarició el brazo.

En la escala de diferentes maneras de humillar esa ocupaba el primer lugar. Quizá Ainhoa no era tan buena y servicial como aparentaba, quizá solo era una hija de puta. Me dirigí hacia la parte de atrás de la casa donde Josu, Noel y Mikel compartían una bolsa de MDMA.

—¿Quieres un poco? —preguntó Josu sorprendido al verme.

Sin pensármelo dos veces, me chupé el dedo y lo introduje en la bolsa para metérmelo después en la boca. Hacía quince años que no me drogaba. Noté que un sabor químico me atravesaba la garganta y bajaba hasta el estómago. Sabía que me arrepentiría de haberlo hecho.

—Mikel, ¿tienes un momento? —pregunté nerviosa.

Él asintió.

—Bueno, si no tienes nada mejor que hacer —añadí en tono de disculpa.

—Claro —contestó para no dar la impresión de que su silencio era rencor acumulado, que lo era.

Mientras caminábamos hacia un lugar más apartado no me pareció tan buena idea haberle sugerido a Mikel pasar un rato juntos. Tenía un nudo en el estómago y me sentía algo mareada. No me apetecía tener una conversación profunda e intensa en esas circunstancias. Por favor, qué pereza. Fuimos todo el camino en silencio hasta sentarnos en el banco del acantilado. Varios bañistas desafiaban al mar haciendo surf. El sol se reflejaba en el mar produciendo pequeños chispazos de luz que me recordaban a las brasas de un fuego extinto. Como el nuestro.

Empezaba a notar el efecto del éxtasis y cómo los sentidos se me agudizaban. Sentía cada grano de tierra que pisaba, como si la descubriera por primera vez, y escuchaba cada ola contra el acantilado, como si fuera única. Todo lo mundano de repente lo sentía nuevo, bautizado por un toque de ¿magia? Me llevé la mano a la cabeza y me noté el pelo extremadamente suave. Mikel no parecía nervioso, aunque no sé por qué me hubiera gustado que lo estuviera. Tenía las manos en los bolsillos, las piernas estiradas y miraba al suelo.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó sin mirarme.

—Sí, bueno, yo…

—Nina —me interrumpió girándose hacia mí—, me encanta estar contigo y me gustaría estarlo durante mucho tiempo. —Sentía su voz quebrada.

—Para, Mikel, necesito que me escuches.

Suspiré tras tartamudear durante un rato. Hablar mientras apretaba la mandíbula era difícil. Me di cuenta de que había pospuesto ese momento demasiado tiempo y que la vida se había precipitado.

—Mierda, qué difícil es esto. No sé por dónde empezar. —

Suspiré, mirándole a los ojos. Mi cabeza iba mucho más rápido que mis palabras, que se quedaban atascadas en mi garganta—. Mikel, no estoy preparada para tener una relación, al menos no una como la que tú quieres. Me gustaría disculparme por haberme comportado como una idiota, sé que me he dejado llevar y que no he hecho bien las cosas.

—¿Estás con otra persona?

—¿Qué? ¡No!

—No estoy celoso ni nada de eso, solo me pica la curiosidad. —Agitaba la pierna nervioso con movimientos repetitivos.

—No tengo excusa, ni siquiera tengo una razón. Supongo que me dejé llevar por la comodidad, por lo conocido y por la seguridad de nuestro pasado común. Pero me siento incapaz de tener algo contigo.

—Vale, lo pillo, es lo que hay —me interrumpió de mal humor—. Lo único que querías era…

—Divertirme —respondí con una sinceridad que no se merecía.

No sabía si era el efecto de las drogas o que pensar en empezar con alguien me daba ganas de vomitar: ceder, sonreír, fingir, aparentar que me caían bien sus amigos, que me interesaba lo que me contaba… Y después la desilusión, la monotonía y la falta de sexo.

—Creo que deberíamos volver a la fiesta. Tengo que ayudar a Noel —indiqué.

—Muy bien, pues cuídate.

—¿Cómo que cuídate?

—Pues eso, es solo una forma de hablar.

—¿Acaso me estoy muriendo? —Encogí los hombros, molesta.

—De verdad, déjalo.

—No, en serio, ¿tengo algo grave?

—Qué pesada. Estamos colocados, es solo una expresión.

—Una expresión. Cuídate se dice como consuelo, cuando ya no hay esperanza.

—Pues eso.

Miré el teléfono en un gesto automático.

—¿Podrías dejar de mirar el móvil mientras me dejas?

—Es que no sé dónde mirar —respondí.

—Esta puede ser una buena zona —dijo señalando su cara.

Cuando hablaba con Mikel me daba cuenta de cuánto había de cada uno en lo que éramos. Durante el tiempo que estuvimos juntos, habíamos creado un código que llevábamos tan dentro que no sabíamos distinguir lo que era ironía de lo que no. Se quedó en silencio intentando procesar la conversación. Nunca le había visto tan vulnerable, era como si se fuera a romper ahí mismo. Se pasaba la mano por la cabeza, quizá por el efecto del eme o de la desesperación.

—Pero no lo entiendo, creía que todo iba bien —cuestionó.

—No le busques la lógica. Ojalá pudiera decirte que esto era el principio de algo que terminaría en una vida juntos, pero no lo siento así —me sinceré.

Con los dedos, me presioné el lagrimal para evitar el dolor de cabeza. Me pasaba siempre que me drogaba. No estaba hecha para ser una fiestera.

—Es que no me lo esperaba. —Negó con la cabeza—. ¿Y si probamos a pasar más tiempo juntos? —Notaba la desesperación en su voz.

—Y después qué. Nos aguantaríamos durante un tiempo y terminaríamos cogiéndonos el mismo cariño que se le tiene a un gato.

Mikel me miró fijamente.

—Lo siento —respondí sin saber qué decir.

—Es que, no sé, me da pena. —Volvió a mirar al frente y me separé—. Lo has jodido todo.

«Lo he jodido todo», me repetí. Ahí estaba de nuevo la culpa. Me aparté el flequillo de la cara. Estaba bloqueada. No podía quedarme, pero tampoco irme.

—Mira, lo único que quiero es que no nos hagamos daño —añadí—. Y, aunque pueda sonar egoísta, me gustaría que no me dejases de mirar como lo haces, que ahora no lo hagas con odio.

—No te puedo prometer nada —dijo, y me devolvió una mirada fría—. Me voy a marchar. No quiero seguir aquí.

Se levantó con intención de irse, pero lo agarré de la muñeca y le hice sentarse otra vez.

—Nina, deja que me vaya, por favor.

Apoyó los codos en las rodillas y colocó la cabeza entre sus manos con la vista clavada en el suelo. Lo abracé instintivamente y antes de que pudiera darme cuenta, ya tenía sus labios en los míos. «Solo es un beso, solo es un beso», me repetí. Permanecimos así unos segundos, como si el mundo se hubiera parado. Incluso nosotros habíamos dejado de ser quienes éramos para convertirnos en dos seres que se besaban. Mientras lo hacía, me debatía entre aquel dulce momento y mi manía de racionalizarlo todo. Me odiaba por ello. Qué cerca sentía a Mikel y, a la vez, que lejana veía la posibilidad de algo más con él. Lo aparté. Todavía tenía los ojos cerrados.

—No, no, no —dije—. Así no.

Me levanté y me abracé a mí misma, alejándome.

—Nina…

«No se debe repetir el truco una segunda vez», pensé para mí.

—Lo siento, me tengo que ir.

Necesitaba poner distancia. De todas las razones para seguir con alguien, la culpa era una de las peores. Permanecer en una relación simplemente porque te sentías culpable de dejar a la otra persona era horrible. Por no hablar de lo egoísta que resultaba quedarte con ella y privarla de una felicidad que no podías darle. La culpa me susurraba al oído con maldad: «¿Estás segura? ¿Y si estás cometiendo un error? Quizá no te has esforzado lo suficiente».

Cuando volví a la casa me sentía liberada, como si me hubiera quitado una gran losa de encima, aunque, sin querer, me había puesto otra, la del remordimiento por haber hecho daño a alguien a quien quería y no se lo merecía. Cogí la botella de licor de melocotón y me serví un chupito para que desapareciese ese sentimiento.

Me daba escalofríos estar rodeada de adultos a los que aquello les pareciese divertido. Todos cantaban, coreaban estribillos y se entregaban a coreografías. Gente congelada en el tiempo que parecía no querer avanzar, que quedaba con los mismos amigos de siempre, que decía que no se hacían películas como las de antes, que despreciaba el reggaeton o cuyos ídolos habían salido de *Operación Triunfo*. Vivir en la nostalgia tenía algo de pereza intelectual y también de renuncia a progresar. Solo podías ser nostálgico si eras un vago. Alguien que había dejado de buscar. Era como estar en una puta pesadilla. Una en la que Loquillo te perseguía para echar un polvo en la cabaña del Turmo. Una cosa era traer elementos que evocaran una época anterior como las hombreras y los calentadores y otra que el monstruo de la nostalgia te cogiera de las solapas de la chaqueta y te llevara a su mundo por cojones.

Como en la mayoría de despedidas, la gente se había saltado la parte de la comida y había pasado directamente a la de beber, por lo que a primera hora de la tarde, todos estábamos demasiado borrachos. Un grupo nos habíamos sentado a las mesas del jardín y charlábamos sobre reformas, hipotecas y crianza. Me había vuelto a «integrar» en esta despedida interminable.

—¿Crees que debería tirar de alguna historia fascinante? ¿Como la de Sharon Stone cuando le quitaron la custodia de su hijo por protagonizar *Instinto básico?* —le dije a Trini mientras me servía un chupito.

—Por favor, me encantaría escucharla. Oye, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí, genial.

—He ido a hablar con el amigo de René.

—¿Y qué ha pasado?

—Le he dicho «hola» y ha vomitado ocho litros de vino blanco. Ahora está durmiendo sobre el césped.

—Muy interesante.

—Oye, al final mañana, como te dije, me voy a Biarritz a ver a René. No puedo más, necesito verlo o me volveré loca. Estar tanto tiempo separados nos está afectando. Sobre todo a mí —reconoció.

—Lo entiendo, aunque eso suponga que tenga que pasar una hora y media en el coche con mi hermana y mi cuñado. Joder, odio las despedidas.

—Al menos hay alcohol. Piénsalo, podría haber sido mucho peor.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Podrías haber tenido novio y tener que venir con él.

—Oye, que tú lo tienes.

—Ya, pero yo no puedo traerlo a las bodas.

—¿Por qué?

—Porque es tan joven que temo que lo confundan con el niño de las arras.

Las dos nos reímos. Siempre que estaba con Trini me olvidaba del resto del mundo. Quería contarle lo que había pasado con Mikel, pero todo comenzaba a darme vueltas y me sentía incapaz de explicar cada detalle.

—¿Te apetece un Cua Cua? —me propuso mi amiga.

—¿Qué es eso?

—¿Es que ya no te acuerdas? Cointreau con Licor 43.

—Menuda bomba. ¡Vamos!

Mientras Trini servía los chupitos, Noel se acercó para decirme que no quería que le ayudara con el espectáculo porque no me veía en condiciones de actuar. Le dije que me encontraba perfectamente, lo cual corroboró que no estaba bien. Nos enzarzamos en una acalorada discusión, pues me había estado preparando los diferentes números y me fastidiaba no ponerlos en práctica. El eme, el alcohol, Noel, las miradas de juicio, Mikel, mi hermana… Todo se mezclaba dentro de mí. Me tomé el chupito dejándolo caer garganta abajo y aplacando un amago de arcada. El sol del atardecer golpeaba mi cuello mientras notaba cómo me subía aquel cóctel explosivo. Los latidos de la música de fondo se acumulaban en mi cuerpo y me invadía la euforia. Empezaba a andar haciendo algunas eses.

—Vaya mierda te estás cogiendo, hija —dijo Trini con una ceja arqueada.

—¡Qué va! —dije quitándole importancia—. Solo he tomado unos chupitos y un poco de eme.

—¿Estás loca? ¡Menuda mezcla! Terminarás potando, ya verás.

Yo negué con la cabeza.

—Toma un chicle, anda, que lo vas a necesitar. Y bebe un poco de agua, que como sigas a ese ritmo, el pedo que te vas a pillar será épico.

—¡Vamos a bailar! —arrastré las sílabas y tiré de ella.

Nos unimos a un grupo de gente que bailaba junto a los altavoces. Yo llevaba un chupito en la mano y derramé unas gotas en su vestido.

—¡Joder, Nina! —me gritó Trini, limpiando el líquido con la mano.

—Perdón, perdón —me disculpé.

El éxtasis y mi valentía alcanzaron su punto máximo cuando sonó «Free from Desire» de Gala. El teclado resonaba dentro de mi pecho y sentía que se me iba a salir el corazón cuando escuché la primera estrofa «My love has got no money, he's got his strong beliefs». Las drogas habían eliminado de mi cuerpo cualquier tipo de vergüenza, así que me movía como si nadie me estuviera viendo. Levanté un brazo con el dedo índice estirado moviéndome al compás de la música. Agarré a Trini de las muñecas y comencé a darle vueltas hasta que nos tropezamos. No calculaba muy bien las distancias.

Mi euforia aumentaba y una especie de sabiduría extraña invadía mis pensamientos para hacerme entender que no había nada más real que todo lo que estaba sucediendo en ese lugar: mentiras, declaraciones de amor, borracheras y gente compartiendo besos y lágrimas. Libres de deseo, mente y cuerpo purificados, como decía la canción. Volvimos riéndonos a la mesa donde estaban todos. Me quedé un poco cortada cuando vi sus miradas, así que cogí la botella de licor y me eché otro chupito.

—Vaya espectáculo —dijo Ainhoa muy bajito.

—¿Qué has dicho? —respondí desafiante.

—Nada.

—¿Te molesta que baile? Es lo que se hace en las despedidas, ¿no?

—Nina —apaciguó Ane.

—A ver si ahora no se va a poder ni bailar —me quejé rabiosa porque me estaba cortando el rollo.

—Ni caso —me dijo Trini, que me cogió del brazo y me llevó al banco del otro extremo de la mesa—. Voy a traerte un poco de agua.

—Tócate los coj… ¿Trini?

Ya no estaba, se había marchado. La que seguía era la borrachera que me estaba cogiendo y que se abría a pasos agigantados por mi cuerpo. Intenté recuperar un poco la compostura. Observé alrededor de la mesa. Ellos miraban a sus móviles medio borrachos mientras ellas hablaban de aspiradoras. Ainhoa y Mercedes murmuraron algo y se rieron como hienas. Notaba su desdén.

—¿Puedo preguntaros algo a los que tenéis pareja? —preguntó Ainhoa.

No lo soportaba más. No pude aguantarme.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —solicité.

Todos se volvieron a mirarme.

—¿El qué?

—Excluirme todo el rato por estar soltera y tratarme como si tuviera la lepra.

—No sé a qué te refieres —dijo tocando la perla de su lóbulo y dando un trago a su tónica.

—Claro que lo sabes —gruñí, segura.

—Primero, te tranquilizas. Y, después, dejas de ser una histérica —me exigió.

Parpadeé sin poder creerme aquella hostilidad de la que pensaba defenderme.

—¿Que me tranquilice? Histérica tu puta madre —respondí levantándome y dando un traspiés.

—Nina, compórtate, por favor —me pidió Ane cogiéndome por los hombros.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —repliqué apartándola—. Estoy harta de las puritanas como vosotras. Sois las peores de todas, ¡falsas!

—Yo nunca he querido ofenderte —puntualizó Ainhoa.

—«Ninqui hi quirido ifindirte» —la imité—. Pues para no hacerlo, me humillas y me juzgas cada vez que tienes ocasión, ¡cerda!

—Nina, ¡cállate! —gritó Ane.

—¡No me sale de los cojones!

Trini volvió con el vaso de agua.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó incrédula.

—Se te está yendo la olla, Nina —espetó mi hermana.

—Y tú, ¿de qué lado estás? Porque podías defenderme —la increpé.

—Deja de hacer el ridículo —me dijo con dureza.

—¿Que hago el ridículo? ¿Por qué? ¿Porque no hablo de cambiar pañales o de recetas? ¡Sois un puto coñazo de gente!

—¡Y tú eres imbécil! —exclamó, exasperada.

—Nina, déjalo ya. ¿Se puede saber por qué has venido? —preguntó Ainhoa.

—¡Vine porque tú me invitaste! —respondí.

—Solo quise ser agradable contigo, no porque deseara que vinieras —confesó.

Agradecí la sinceridad, aunque me dolió.

—En realidad yo no quería invitarte —añadió Mercedes—. Las chicas me obligaron. Nos dabas pena, parecías muy sola y perdida.

—Te invitamos porque eres famosa —añadió Ainhoa— y a

la gente le gusta ver a alguien famoso en una boda. Le da categoría.

Todos me miraban con lástima.

—Pero ¿qué coño os pasa a todos? —cuestioné.

Los miré sin saber muy bien qué hacer. Me dolía que Ane y Trini no salieran en mi defensa, pero entendía que jugaban en casa. También que Mikel observara la escena desde la distancia sin pronunciarse.

—¡Sois todos un grupo de falsos! —grité tambaleándome.

—Vete a dormir, Nina —añadió Noel—. Hazte un favor.

Un picante olor a humo de la barbacoa repuntó en mi garganta revolviendo mi estómago. Me arqueé doblada por una violenta arcada. Y vomité. Vomité allí en medio y sin remedio. Vomité todo, el eme, el alcohol, la vergüenza y la culpa. Vomité hasta que no me quedó nada más. Y después vomité palabras, dolor y aire. Excepto eso… Eso que no podía cambiar y que me marcaba. Me quedé doblada con las manos en las rodillas sin saber si iba a desmayarme o morirme. Me di la vuelta derrotada y humillada. Noté cómo la tela de mi camiseta se me pegaba a la espalda y me eché a llorar.

Me arrepentí al instante de todo lo que había dicho. No servía para mantener esas conversaciones desafiantes. Caminé hacia el interior de la casa ante la atónita mirada de todos. Notaba los murmullos y juicios. Todo me daba vueltas. Quería llegar hasta la habitación, pero la gente no se apartaba y seguía bailando. Me agobié, necesitaba tumbarme. Me tropecé y di un traspiés. Entré a la casa agarrándome de las paredes y conseguí subir las escaleras. Me volví a tropezar. Llegué a la habitación y me tumbé en la litera de abajo. Todo estaba negro y oscuro. Me quería morir.

22

La jaqueca, el dolor de estómago y la creciente sensación de vergüenza a medida que los recuerdos de la noche anterior aparecían en mi cabeza me indicaban que la resaca acababa de comenzar. Por dentro, mi cuerpo era como una mezcladora de cemento. Intenté abrir los ojos, pero la luz del sol me obligó a cerrarlos de nuevo. No entendía por qué en Europa no utilizaban persianas. Lo que hacía a un país avanzado no era la calidad de vida o el desarrollo industrial, eran las persianas. «No vuelvo a beber», me prometí, pero siempre que salía, había un ideal romántico que me susurraba «no pienses en el mañana» y terminaba confiando en él para ignorar el futuro. Para mí, el hedonismo siempre entraba en conflicto con la vida adulta haciéndome elegir entre uno u otro. Seguir de fiesta o irme a dormir. Lo que hacíamos para sentirnos mejor, a menudo, terminaba haciéndonos sentir peor, como las drogas o mi relación con Mikel. La cabeza flotante de Trini apareció por el borde de la litera de arriba.

—¿Estás viva? —preguntó.

—No estoy segura —respondí con voz de ultratumba—. Necesito una ducha.

—Sí, en salfumán. Échatelo por encima.

—Me muero, te lo juro.

—¡Dios, hueles horrible! —comentó tapándose la nariz—. Como a señor mayor que ha estado toda la noche a base de chinchones.

—Socorro —me quejé.

—Y necesitas lavarte los dientes.

—No grites, no me hables, ¿por qué me hablas? ¿Qué te he hecho? —sollocé.

—No tenías que haber bebido tanto —advirtió bajando por la escalera de la litera.

—¿Y qué hago? ¿Construyo una máquina del tiempo? ¿Podrías acariciarme el pelo y traerme una botella de agua? Gracias.

—No, tengo que marcharme —comentó mientras metía la ropa en su mochila.

—¿Adónde?

—A Biarritz, ya te lo dije ayer.

—¡Llévame contigo! —grité incorporándome.

—No sé.

—Por favor, no me dejes aquí —gimoteé—. Te prometo que me buscaré un hotelito barato, así podrás estar a solas con René, pero no me abandones, ¡te lo suplico!

—Ayer la liaste parda. —Me soltó esta frase bastante seria.

Se volvió para hablar conmigo de frente y dejó caer su peso sobre una pierna.

—Lo sé, ¿crees que todavía hay alguien que no me odie?

Cogí la almohada y me tapé la cara.

—Yo todavía no te odio.

—¿Seguro? —pregunté haciendo un mohín.

—He dicho todavía. Venga, vístete, salimos en media hora.

—Gracias, gracias, gracias —dije saltando de la cama para darle un abrazo.

—Dúchate, ¡por favor!

Le pedí a Trini que me esperara en el coche con el motor encendido. Yo la observé por la ventana de la habitación y, una vez estuvo dentro, corrí escaleras abajo hasta meterme en él sin decir adiós a nadie. Me moría de la vergüenza.

—Por una vez, ha sido bastante reconfortante no ser el centro de atención, tienes que venir más a menudo —sugirió Trini mientras conducía.

—Ni de coña. He discutido con mi hermana, roto con mi ex y mis amigos no me hablan. No he tenido tantos frentes abiertos en mi vida —contesté.

—¿Ver a Mikel fue como te esperabas?

—No. —Hice una pausa dramática—. Fue peor. ¿Cómo es posible no sentir nada por una persona que siente tanto por ti?

—Me encanta cuando crees que eres normal.

—Eso es cruel.

—Has tenido un lugar en su vida cuando no deberías haber tenido ninguno —afirmó con sinceridad.

—Vaya, gracias.

—En el colegio deberían habernos preparado para afrontar mejor esas situaciones, nos hubiera venido mejor que saber hacer derivadas. A Mikel, desde luego.

—Me siento mal. Ojalá fuera más fácil dejar de querer a alguien de repente.

—Olvida el amor. Las personas podemos convencernos de que estamos enamoradas de una piedra. Solo deséale lo mejor y sigue con tu vida.

—No tiene mucho sentido desearle la muerte a la persona que quieres, ¿no?

—Claro, porque entonces no tendrías a quién querer, solo podrías quererte a ti misma. Lo que en tu caso sería amor no correspondido.

Desvió la mirada un segundo de la carretera para dedicarme una sonrisa falsa.

—Muy graciosa. Solo quiero que tenga una buena vida y sea feliz. Se lo merece.

—Tiene que pensar que le has hecho un favor. Le has dejado ser libre, libre para utilizar su tiempo con otras personas.

Pasamos un rato en silencio con las canciones de Miley Cyrus de fondo.

—Cuando me case, ni se te ocurra organizarme una despedida así —me advirtió.

—¿Por qué?

—Quiero algo más sofisticado.

—¿Algo como qué?

—Quizá un fin de semana en París.

—¿Por qué en París?

—No sé, por el glamour, el *je ne sais quoi*, ya sabes. Me gustaría hacer algún plan cultural como ir al Musée d'Orsay y después parar a comer embutidos y beber vino hasta reventar. Más tarde tomar un café en uno de esos sitios con postres carísimos y champán francés y, por último, ir a bailar a una discoteca.

—Gracias por la información, lo tendré en cuenta. —Utilicé un boli imaginario y fingí que lo apuntaba en mi mano.

Aunque Trini era bastante moderna y compartía conmigo comentarios burlones sobre el estilo de vida de nuestros amigos, a veces se me olvidaba que también formaba parte de ese universo. Le preocupaba no encajar en ninguno de los dos mundos, por lo que sucumbía a todos sus estereotipos. No quería una relación tradicional, pero sí la despedida, la boda y el banquete. Adoraba su vida sin ataduras, pero soñaba con una pareja y compartir piso. A mí también me preocupaba no encajar.

—Nunca me imaginé que la gente iba a estar tan ocupada —dije—. Pensé que me encontrarían interesante. No sé, creí que me iban a querer —musité—. Seguro que piensas que soy

horrible, pero creo que los odio.

—¿A quién? —preguntó distraída.

—A estos. Siento que ya no comparto nada con ellos. No quiero estar en el grupo de WhatsApp, no quiero ir a sus cumpleaños y tampoco que me inviten a sus bodas.

En ocasiones era necesario romper una amistad. Sobre todo cuando la relación te carcomía como una polilla. A veces todo lo que necesitabas era un descanso, un poco de aire y un poco más de vida, antes de volver a encontrarte con viejas amistades. Era mutuo y difícil.

—Si quieres que piense que eres horrible, vas a tener que esforzarte más y echarles tabasco en su pasta de dientes. Aunque tengo que decir, para tu tranquilidad, que después de lo de ayer dudo que te vuelvan a invitar a algo.

—Creo que podré vivir con ello —respondí digna.

—Si quieres mi opinión, no creo que hayan hecho nada malo —reconoció.

—¿Que no han hecho nada malo? Me han humillado y juzgado, ¿te parece poco?

—Creo que tú también lo haces. Ellos son aburridos y ellas no paran de hablar de embarazos, pero no lo hacen con mala intención. Quizá tu cabreo venga de tu propia vergüenza.

—Estupendo, ¿estás diciendo que tengo que avergonzarme por no ser como ellos?

—No, joder, me refiero a que muchas personas siguen con su vida, y otras, como nosotras, nos paramos al ver cómo el mundo se derrumba lentamente a nuestros pies. Y las dos opciones son igual de válidas.

A veces Trini tenía el sentido común de una tostadora.

—Lo que tú digas —dije todavía molesta.

—Antes de que tomes la decisión de separarte para siempre de tu grupo de amigos de hace dos décadas, creo que estaría

bien que te pararas a pensar por qué te hacen enfadar tanto. Quizá deberías preguntarte qué parte de tu furia se debe a ellos y cuál a otra cosa. Ojalá descubrirlo te haga aprender algo y puedas utilizarlo para hacer nuevos amigos.

No contesté, me quedé pensando en lo que acababa de decir.

—Si, a pesar de todo, decides optar por la opción del tabasco, también estaré allí para apoyarte. Lo único que te pido es que me dejes verlo.

—¿En qué momento te has convertido en *coach?* —pregunté.

—Haz el favor y no me insultes —respondió.

Cómo me alegraba de tener como amiga a Trini, la quería tanto. Y tenía razón. Ahora todo era muy diferente y nuestras prioridades habían cambiado. Nada era como hacía veinte años. Nos obsesionábamos con encontrar el amor, pero ¿por qué no lo hacíamos por encontrar buenos amigos? No había historia de amor más real que la que compartías con ellos. Había escuchado en muchas ocasiones, que la amistad era eso que sucedía entre relación y relación, pero ¿y si el amor era lo que sucedía entre amistad y amistad?

Echaba de menos Madrid. Extrañaba juntarme con gente con la que compartía gustos y aficiones, ir a exposiciones, salir a comer, a cenar… Me preguntaba si hacía todo aquello para evitar encontrar el amor y, por tanto, no hacerme daño. Hoy en día, conocer a alguien suponía arriesgarse a sufrir. Tenía miedo a adaptarme a otra persona, a hacerle espacio, a perderme cosas con mis amigos y a perderme a mí misma. El amor era mi última prioridad, prefería anteponer mi trabajo y mis amistades. La nueva religión de las redes sociales decía que debías hacerlo todo por ti misma: mejorar, por ti misma; avanzar, por ti misma; ponerte bótox, por ti misma… Pero

¿qué parte de eso era autocuidado y cuánto era egoísmo? ¿Y si hacer algo por otra persona también era hacer algo por ti misma?

Tardamos media hora en llegar a Biarritz. El cielo se había nublado por el camino y había comenzado a llover. La lluvia era una decepción, pero también un alivio. Biarritz era un destino popular entre la gente del norte, aunque debido a su clima errático, nunca había adquirido el prestigio de la Costa Azul. Su glamour era innegable. Desde sus boutiques a sus edificios señoriales. La llamaban la playa de los reyes, pues allí veranearon Eugenia de Montijo y Napoleón III. Más de cien años habían bastado para pasar de ser un destino turístico de la alta aristocracia europea a un lugar ecléctico y cosmopolita para surferos y amantes de la playa. Trini me dejó en una calle céntrica cerca del Casino. Quedamos en vernos al día siguiente en el mismo lugar para regresar juntas. Me quedé diciéndole adiós con la mano y tirándole besos al aire hasta que se marchó. Ella sacó la mano por la ventana y se despidió tocando el claxon.

Durante el viaje había reservado un hotel muy barato cerca de la playa, el hotel Palmito. Se trataba de un caserón blanco de tres plantas con las contraventanas rojas. Al entrar, unas tablas de surf me dieron la bienvenida. Su temática era hawaiana, pero, como buen hotel francés, estaba decorado con gusto. El ambiente era suave y acogedor, con decoración vintage, muebles de madera y palmeras que recordaban a la Costa Oeste de Estados Unidos. Por algo llamaban a Biarritz la California europea. El espíritu aloha también se aplicaba a cada una de las habitaciones, con motivos tropicales y decoración alegre y colorida. La habitación era minúscula, la

más pequeña en la que había estado nunca, con una cama tipo cápsula incrustada en la pared, así que dejé la mochila, cogí un paraguas en la recepción y salí a dar una vuelta.

Las primeras horas en un lugar eran siempre las mejores. Caminé desde el hotel hasta la playa del Puerto Viejo, la más pequeña y tranquila. En ella, corredores y parejas con perros desafiaban el sirimiri, mientras que los bañistas hacían frente con su cuerpo a la virulenta resaca atlántica, peor incluso que la que tenía yo. Biarritz olía a salitre, a viejas tradiciones contempladas tras los cristales de sus villas, a panes con mantequilla, a atardeceres mirando al mar y a un pasado con aroma melancólico y contemplativo.

Cuando visité la Fontana di Trevi en Roma, no tuve la sensación de estar en *La Dolce Vita*, pero aquí me sentía en una película romántica francesa. En ellas, sus protagonistas deambulaban por los escenarios manteniendo charlas intensas y filosóficas. Yo, sin embargo, vagaba sola escuchando conversaciones ajenas. Entre los turistas eché de menos la compañía. Estar en una multitud no hacía que me sintiera en una. Caminé hacia el puerto de los pescadores y paré en la Roca de la Virgen, un islote unido a la costa por una pasarela, desde el que había unas vistas preciosas. Saqué el móvil del bolso para hacer una foto y vi que tenía diez llamadas perdidas de mamá. Asumí que el helicóptero que acababa de sobrevolar el cielo sería parte del equipo de búsqueda al que seguramente habría llamado.

—¡Nina! —gritó cuando descolgó el teléfono después del primer tono.

—Hola, mamá, ¿ocurre algo?

—No, nada, ¿dónde estás?

—¿Me has fundido el móvil a llamadas para nada?

—Solo quería saber cómo estabas. Tu hermana me ha dicho

que andas con Trini en Biarritz.

—Sí, volvemos mañana.

—Ah.

—Mamá, ¿pasa algo?

—Creo que deberías volver.

—¿Por qué?

—Porque… —hizo una pausa— he leído que va a llover.

—Eso no es una novedad, teniendo en cuenta que aquí llueve casi todo el tiempo. Te noto un poco rara, ¿estás bien?

—Sí, sí, es solo que tengo un mal presentimiento, aunque quizá sean gases. En fin, como quieras, pero ven cuanto antes. He hecho bizcocho. —Y colgó.

Deseé tener una máquina para descifrar a mi madre. Sabía que era imposible, pero ansiaba con todas mis fuerzas comprender su versión del mundo, si creía que todavía yo era una adolescente que se preparaba para los exámenes finales o me veía como una mujer adulta. Tenía hambre. No había desayunado y el mediodía francés invitaba a sentarse en una terraza. Me dirigí hacia el Casino, un edificio art déco frente al océano, y me senté a una de las mesas cubiertas con vistas al mar. Me pedí un agua con gas y un poco de queso.

Desde allí contemplé a la gente pasear. Los franceses eran elegantes sin esfuerzo, quizá ahí residía su atractivo, en que parecía que nada les importaba. Me obsesionaban las mujeres francesas, pues eran una fuente de contradicciones: sofisticadas y descuidadas, misteriosas y aburridas, románticas y egoístas, sociales y tímidas, ebrias y frescas. Lo tenían todo. Fantaseé sobre cómo serían sus vidas, si vivirían en un ático lleno de libros, se moverían en bicicleta o comprarían su ropa en Sézane. Lo que más me gustaba de ellas era su dualidad y que dejaban claro lo que se merecían.

Me detuve a observar a un hombre sentado que leía *Le*

Monde. Era mayor y canoso, pero tenía un aire distinguido. Vestía una camisa azul marino, pantalón vaquero y una gabardina beige. Me resultaba familiar. El camarero le trajo la cuenta y él se giró para pagarle. ¡Era John le Carré! No me lo podía creer. Me levanté como un resorte y me dirigí hacia él sin pensarlo.

—Hola —lo abordé.

Él me miró sorprendido intentando ubicarme.

—Tú eres John le Carré.

—¿Disculpa? —respondió confundido.

—Perdona, te vi en la despedida de Carmenchu.

—Ah, sí —percibí su incomodidad.

—Soy Nina. —Le tendí la mano y me senté en una silla.

—Encantado —respondió sin decirme su nombre.

—¿De qué conocías a Carmenchu?

—Fui su vecino, la quería mucho y quise ir a darle el último adiós.

—Qué raro, creía que había vivido en la misma casa toda su vida. Nunca te vi por allí.

Vi que tomaba agua con gas y un plato de queso. Observé su libreta encima de la mesa. Me fijé en las manos y en la forma de los ojos. Me di cuenta de que tenían un aire muy familiar. Lo miré fijamente y él me miró a mí. Sentí un escalofrío. «Dios mío», me dije. Empecé a atar cabos. El silencio, la constelación, la incómoda llamada de mamá…

—¡No puede ser! —dije con cara de horror.

—Nina…

—No puede ser, no puede ser. Tú eres…

Lo reconocí al instante. Me levanté sobresaltada dispuesta a marcharme, pero me agarró del brazo. Con razón me fijé tanto en él en el tanatorio.

—Nina, espera. Soy tu padre —dijo escupiendo las

palabras.

El zombi de la constelación no estaba muerto, estaba muy vivo, era real. Parecía mayor de lo que había imaginado. Las únicas imágenes que había visto de él eran un par de fotos arrugadas y amarillentas. Las náuseas me obstruían la garganta. Me senté y llamé al camarero. Había personas a las que no podía enfrentarme sin una copa de vino en la mano. Intenté calmarme respirando con normalidad. Inspiré tan fuerte que creí meterme dentro todo Biarritz.

—¿No deberíamos abrazarnos o algo? —balbuceé.

No dijo nada. Se quedó mirándome en silencio. Cuando lo rodeé con los brazos, lo noté inmóvil y tenso.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? —preguntó.

—Ha sido casualidad, no lo sabía. —Le di un trago a su vaso de agua.

—¿Sabe tu madre que estás en Biarritz?

—Sí, pero no sabe que lo sé. Quiero decir, que no se imagina que estoy contigo. O quizá sí —dije recordando su llamada.

Traté de reprimir una arcada con un trago de vino. No fue buena idea. Mientras lo miraba, me buscaba en sus rasgos intentando encontrarme. No me reconocía en su belleza flácida, en su altanería, en su estilo distinguido o en su acento francés, pero me daba un aire. Había pasado demasiado tiempo. Éramos dos extraños sin una historia compartida, aparte de la genética. Me preguntaba si se sentía tan aterrorizado, tan agarrado por un nudo en el estómago, como yo.

—¿Por qué te presentaste en el tanatorio?

—No lo sé, fue un impulso. Acababa de volver de Niza y tu madre me contó lo que había pasado. Sentí mucha pena y quise despedirme de ella, pues cuando viví con tus abuelos le

cogí mucho cariño a toda la familia, así que, sin pensarlo, conduje hasta el pueblo. Una vez allí, no fui capaz de salir del coche por temor a que alguien me reconociera, pero me fijé en que tú lo hiciste. Me di cuenta de que había sido una estupidez, así que di media vuelta.

—¿Sigues hablando con mamá?

—Solo para casos puntuales, como este.

—¿Y nunca habías vuelto al pueblo desde que te marchaste?

—No, nunca.

—Perdona tanta pregunta, pero es que no lo entiendo, ¿por qué apareciste de repente? —dije desconcertada.

—Me imaginé que estaríais allí y quise veros. Escucha, sé que fue un error, pero me hago viejo, ¿sabes? Y a veces me siento un poco solo.

—¡Pues cómprate un perro! —respondí indignada.

Todos queríamos que nos quisieran, que nos necesitaran, que nos esperaran y que, si nos íbamos, nos pidieran que regresáramos. Mi padre, además, lo quería sin hacer nada a cambio. No me daba pena, porque aparecer de repente y pretender recuperar toda una vida era muy egoísta.

—Oye, ¿por qué no me hablas un poco de ti? Salvo las desgracias, tu madre no me cuenta nada —sugirió conciliador cerrando el periódico.

—¿Nunca te ha dado por buscarnos en internet?

—No he tenido tiempo, entre mis viajes y el trabajo, he estado muy ocupado.

Me dolió reconocerme en esa actitud.

—Pues verás, me he quedado sin trabajo, he vuelto a casa de mamá y he discutido con toda la gente que quiero, incluida mi hermana. Ese es, a grandes rasgos, un buen resumen.

—¿A qué te dedicas?

—Soy escritora. Gané un concurso literario que me cambió la vida. Después me mudé a Madrid, pero cuando me puse a escribir no me salía nada, no tenía inspiración, así que me dediqué a salir, a ir de compras… Y lo dejé.

—¿Y por qué no escribes ahora?

—Porque a nadie le importa ya. Solo soy una impostora que tuvo un golpe de suerte. Supongo que si tuviera algún tipo de talento, no me hubieras abandonado.

—Veamos. —Hizo una pausa para beber agua—. Tu madre y yo nos conocimos en la universidad. Ella era una chica guapísima, tenía una larga melena oscura y unas piernas increíbles que lucía con la falda muy corta.

—Las sigue teniendo.

—Nunca había conocido a nadie igual, tan magnética, tan vital. Yo estaba estudiando Periodismo y soñaba con ser corresponsal de guerra. Empezamos a salir. La noticia de su embarazo fue un shock. Cuando nacisteis seguimos juntos dos años, pero yo aún tenía toda la vida por delante y no quería quedarme en el pueblo. Solo tenía veintitrés años. Quería marcharme y conocer mundo, tampoco me sentía unido al pueblo, así que tu madre y yo acordamos que le diríamos a todo el mundo que había muerto en un accidente.

—Y así lo hiciste.

—Estuve viajando por todo el mundo, hasta que terminé aquí. ¿Te imaginas cómo me sentí?

—¿Cómo te sentiste? —protesté, agarrándome a la silla y apretando los dientes—. ¿Pensaste tú en cómo se sintió mamá cuando la abandonaste?

—Ella quería quedarse allí y yo necesitaba algo más, ¿qué querías que hiciera? Siento si eso os destrozó la vida.

—¿Y después? ¿Por qué no contactaste con nosotras?

—Me habríais odiado y nunca hubiera sido lo mismo. Habría sido injusto para todos.

—Claro, fue mucho mejor fingir que no existíamos.

—Yo creo que sí —afirmó encendiéndose un cigarrillo—. Al menos me recordasteis de manera amable, sin guardarme rencor. Imagínate cómo hubiera sido vuestra infancia mirando a otros hombres y pensando cuál de ellos podría ser yo.

Pedimos más vino. Se escuchaba el barullo de la gente y de la vajilla, los sonidos del placer por la comida y alguna conversación sobre lo suave que era la temperatura en aquella época.

—No lo entiendo, ¿nunca nos echaste de menos? —pregunté.

—No tuve tiempo de hacerlo, apenas os conocí.

—Pero yo te quería sin conocerte, ¡eras mi padre!

—Bueno, debo admitir que librarme de tu madre fue un alivio, era bastante insoportable —dijo con fanfarronería.

—No te atrevas a decir eso —la defendí—, tiene sus excentricidades, pero no fue fácil para ella criarnos sola.

Le hice algunas preguntas sobre su pasado. Me contó que su madre lo había abandonado cuando era niño. La agonía de perderla, buscarse la vida y la muerte de un hermano lo traumatizaron profundamente. Con razón la idea de una familia le resultaba tan aterradora. Sentí algo de compasión por el niño perdido y herido que debió de haber sido, pero me duró solo un momento, después volví a odiarlo con normalidad.

—Entonces, cuéntame, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Quieres algo? ¿Dinero? Puedo darte lo que quieras.

—¿Qué? ¡No, no he venido por eso! Te he encontrado de casualidad —dije ofendida.

—Por extraño que pueda parecerte, me recuerdas a mí, así que echarte una mano será como reconciliarme con mi yo del pasado.

—Déjalo, no pretendo ser la expiación de tus pecados. No nos debes nada.

¿Se supone que debía agradecerle algo? ¿Mi existencia? Su gratitud no podía superar años de resentimiento. Nunca nos llamó para desearnos un feliz cumpleaños ni nos envió un regalo en Navidad. Tampoco asistió a ningún aburrido recital escolar. Escapó de las cargas de criar a unas hijas, emocional y financieramente, entonces ¿por qué debía agradecerle nada? «Menudo gilipollas», pensé. Mi padre podría ofrecernos todo el dinero del mundo, pero había algo con lo que nunca podría competir: con el amor de una madre.

—Tengo que marcharme —dije poniéndome en pie. Allí sentado se veía pequeño—. Mamá me ha enseñado a ser agradecida, a no rendirme y a no sufrir por nadie. No tenerte en mi vida no fue un fracaso, al contrario, me animó a salir adelante. Tu abandono me hizo más fuerte y aprendí que el amor es importante, pero también que el odio no lleva a ningún lado. Así que no pienses que arruinaste nuestras vidas, porque no lo hiciste, seguimos adelante sin ti y somos felices. Espero que tú también lo seas.

Me di la vuelta y eché a caminar. Mientras andaba, levanté mi dedo corazón y grité:

—¡Que te den, puto John le Carré!

Me hubiera gustado tener la manera de acceder a la mente de mi padre y entender qué le hizo desentenderse de sus dos hijas o por qué nunca quiso contactar con nosotras. La mayor parte del amor que sentías por alguien dependía, en gran parte, de los recuerdos compartidos. Esos que se activaban con mirar al otro o escucharlo. Cuando miré a mi padre, no

sentí nada. No estuvo cuando aprendí a montar en bici, ni cuando me vino la regla, ni cuando terminé el instituto, ni siquiera cuando saqué mi primer libro…

Solo vi a un desconocido canoso que fumaba y se parecía a un escritor de novelas de espías. Lo que tenían en común Le Carré y mi padre era que ambos eran expertos en el arte de los secretos. Pero ¿qué pensaría él de mí? ¿Qué sentiría por mí y mi hermana? Comprendí que él era mi antagonista, mi conflicto, mi crisis y mi resolución. Caminando por la playa entendí que, aunque hubiera aparecido en mi vida, podría seguir viviendo perfectamente sin él.

Recorrí a pie el trayecto desde el paseo hasta el hotel y llamé a Ane. No contestó. Lo intenté una vez más, pero no tuve respuesta. Pasé por terrazas llenas de gente. Un grupo de adolescentes se reía mientras bebía vino. Me acordé de los veranos con mi hermana en Las Landas cuando nos escapábamos a beber sin ser mayores de edad. Me pregunté si Ane también se acordaría de mí. Algún día solo nos tendríamos la una a la otra y seríamos las únicas que podríamos viajar a todos esos recuerdos. La echaba de menos, más que nunca antes.

23

Esperé a Trini en el mismo lugar donde me había dejado el día anterior. Ya no llovía, brillaba el sol y desde allí se veía la playa. Apareció con una camisa de flores, pantalones cortos, sombrero y unas gafas de sol enormes. Nada más montarme en el coche se las quitó, revelando unos ojos hinchados y con el rímel corrido.

—¿Qué ocurre?

—René me ha dejado.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —dijo con un hilo de voz.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No lo sé. Todo iba bien hasta esta mañana. Ayer fuimos a cenar y lo pasamos genial. Iba vestido con ropa que podría quedar rara en cualquier otra persona, pero que en él quedaba estilosa, olía fantástico, el sexo fue bien y después me acarició el pelo y me dijo que yo era especial.

—¿Y qué más?

—Esta mañana nos hemos levantado y hemos echado un polvo fantástico. Más tarde, nos hemos duchado, hemos preparado el desayuno y entonces hemos tenido una discusión tonta cuando me ha preguntado si había usado su desodorante. Yo tenía demasiada resaca para mentirle, así que le he contestado que sí.

—¿Y?

—Que era de barra.

—Ah, que ahora el señorito es escrupuloso, en plan: «Oye,

que metértela no, pero que uses mi desodorante me da un poco de repelús».

—El caso es que me ha dicho que se había agobiado, que creía que no íbamos a la misma velocidad y que necesitaba pensar.

—¿Y entonces?

—Me ha pedido que nos demos un tiempo y que me largara.

Los ojos de Trini se llenaron de lágrimas negras que resbalaron por sus mejillas. Me encendí. Necesitaba decirle a ese imbécil lo que no me había atrevido a decir a mi padre, lo que había reprimido mucho tiempo, quizá toda la vida, y ya no podía más. Necesitaba sacarlo de mí por algún lado.

—¿Su casa está cerca? —pregunté.

—Sí, aquí al lado.

—Llévame.

—Ni de puta coña, no pienso volver allí.

—Tú no, pero yo sí —insistí—. Las personas no pueden desaparecer como si nada.

—¿Qué quieres decirle?

—Todavía no lo sé, pero esto no se puede quedar así.

Trini me llevó hasta una casa grande con jardín. Era pretenciosa. En su día, tal vez fue distinguida y elegante, pero la acumulación de lujos artificiales como una Harley Davidson, un gimnasio exterior y una fuente de agua artificial le daban un aire de parodia.

—Espérame aquí con el motor encendido —le pedí.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo espérame.

Era el segundo impresentable al que me enfrentaba en dos días y estaba agotada. De hecho, hubiera preferido arar un campo con mis manos, limpiar los baños de una discoteca o

hacer dos clases de GAP seguidas, antes que tener una conversación incómoda con otro gilipollas francés. Pero mi nivel de indignación estaba al máximo y necesitaba priorizar mis propios sentimientos. Llamé al timbre y cogí una piedra grande de una maceta, que oculté detrás de mí. Una voz masculina preguntó quién era desde el interior.

—René, soy Nina, la amiga de Trini.

—¿Qué quieres?

—¿Te importaría salir un momento? Me gustaría hablar contigo.

Abrió la puerta y se quedó apoyado en el marco con mirada desafiante. Llevaba puesto solo un pantalón de chándal gris.

—*Bonjour*. Te invitaría a pasar, pero está todo hecho un desastre —mintió sin esforzarse.

—Tranquilo, seré breve.

—¿Dónde está Trini?

—Eso ya no te incumbe. ¿Tú estás bien?

—*Très bien*.

—Me alegro, porque lo único que importa es que TÚ te sientas bien.

—Creo que no he hecho nada malo.

—No, claro que no —dije fingiendo una sonrisa—. Mira, entiendo que las relaciones pasan por muchas fases, pero si no estabas seguro de estar con ella, no tendrías que haberte esforzado tanto.

—No tengo que darte ninguna explicación, solo hice lo que me apetecía en cada momento. Y ahora necesito un poco de tiempo.

—Pero es que tu libertad tiene consecuencias.

Hice una pausa al ver su cara de desconcierto.

—Te lo explico —continué—. Cuando tienes una conexión con alguien, te vuelves vulnerable. Te preparas para correr

riesgos, porque crees que la otra persona te tratará como a un ser humano, no como a una mierda sin sentimientos. Si desapareces sin dar ninguna explicación, haces que la otra persona pierda una parte de sí misma, porque es difícil que avance cuando no tiene más información que «necesito tiempo». Pierde confianza en sus recuerdos, en sus relaciones, en su capacidad para abrirse de nuevo y en ella misma. Y esa falta de confianza le dice que no vuelva a intentarlo con nadie porque terminará marchándose. ¿Lo entiendes?

—*Bon ben*, ¿y qué quieres que haga?

—¿Sabes la suerte que has tenido? ¿Lo afortunado que has sido de poder estar con una mujer como Trini?

—Tú no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, por supuesto que sí. Entiendo que es difícil tener esa conversación. Es difícil ver cómo tus elecciones hacen daño a alguien. Es difícil decepcionar a quien te quiere y es mucho más fácil decir cualquier gilipollez y esperar a que esa persona destrozada desaparezca. Todo eso dice mucho de cómo eres como persona, un cobarde que elige evitar el dolor y lo agrava. Esa conversación, aunque sea difícil, es lo mínimo que puedes hacer para respetar a la otra persona y para respetarte a ti mismo.

—De acuerdo, quizá no lo he hecho del todo bien —reconoció.

—Sé que no existe una manera perfecta de terminar una relación, pero hay cien formas menos malas que con una patada en el culo y un «adiós, gracias», un método tan grosero, tan deshumanizado e irrespetuoso que hace que su mejor amiga tenga que venir a decirte lo que ella no se atreve.

—No sé qué más decirte —dijo mirando al suelo.

—¿Os queda algo por resolver?

—*Je pense que non.*

—Muy bien. ¡Pues no vuelvas a acercarte a Trini en tu puta vida! —dije, y lancé el pedrusco a una de las ventanas haciendo que el cristal se partiera en mil pedazos.

Eché a correr, me monté en el coche y nos marchamos a toda velocidad riéndonos histéricas fruto de la adrenalina. Por el retrovisor, observamos a René salir con los brazos en alto gritando algo que no alcanzamos a entender. La venganza, en ocasiones, es necesaria. Me negaba a pensar que una persona podía hacer daño a otra y quedarse impune. Las personas debían pagar por sus errores, aunque fuera comprando un cristal nuevo. Mientras nos alejábamos y regresábamos al pueblo, pensé en lo rápido que podíamos deshacernos de los demás, incluso socavando nuestra humanidad en el proceso. De la misma manera que las modas desterraban pantalones de campana y hombreras, las personas también lo hacíamos al desechar a otras a las que creímos que un día amaríamos.

Mi viaje a Biarritz no fue la escapada curativa que ingenuamente esperaba, solo una huida que puso el resto de mi mundo en pausa. Ahora debía enfrentarme a él. A veces, una huida te permitía volver a conectar con algunos aspectos que habías descuidado. Todavía no sabía si el encuentro con mi padre había sido fortuito o fruto del destino y aunque me entristecía, algo en mí había cambiado. Había ligereza en mi cuerpo, como si me hubieran purgado emocionalmente. El dolor, a menudo, tenía algo que enseñarnos. Sabía que nunca podría huir de él. Nadie podía. Daba igual si era en una playa de Francia o desde mi vieja habitación adolescente, tenía que enfrentarme a mis sentimientos tarde o temprano. Solo necesitaba coraje y fuerza, y aunque no tenía ninguno de los dos en aquel momento, sabía que valdría la pena.

24

Entré en casa dando un portazo. Mamá y Ane se encontraban en la cocina y salieron a recibirme en cuanto me escucharon.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mamá nerviosa.

—Dímelo tú —respondí desafiante—. Ahora entiendo por qué tenías tanto interés en que volviera de Biarritz.

—¿Has estado con él? ¿Lo has visto?

—¿A quién? —preguntó Ane desconcertada.

—A nuestro padre —contesté rotunda.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —titubeó.

—Mierda, sabía que os encontraríais, tuve una premonición. Con lo parecidos que sois solo era cuestión de tiempo que os cruzarais o coincidierais en algún sitio. Sois tan iguales… Además, estaba segura de que después de haberle visto a la salida del velatorio lo reconocerías. Le dije que fue un error venir. Por favor, cuéntame qué ha pasado —añadió mamá, tratando de mostrarse tranquila.

—Fui a dar un paseo y me senté en una terraza. Estaba a escasos metros de mí leyendo el periódico y recordé haberlo visto en el tanatorio. ¡Ese día estaba allí y no nos dijiste nada, mamá!

—¿Qué queríais que hiciera? No me pareció el mejor momento. Me avisó de que quería despedirse de Carmenchu, pero le dije que no era buena idea.

—El caso es que me acerqué a hablar con él y fue bastante decepcionante —me lamenté, sentándome en el sofá.

—¿Cómo se te ocurrió ocultarnos algo así tanto tiempo? —

le increpó Ane.

—No fue fácil, Ane. Cuando nacisteis, nuestra relación se deterioró. Él quería viajar por el mundo como corresponsal. No queríamos pasar por un divorcio, ya sabéis cómo es la gente aquí, chismorrean y ese tipo de cosas te marcan. Así que decidimos que os quedaríais conmigo y yo le diría a la gente y a vosotras que había muerto.

—Ah, muy buen plan —contestó Ane todavía incrédula.

Fui a la cocina y comencé a abrir armarios.

—¿Qué buscas? —preguntó mamá.

—Algo de dulce. Estamos en mitad de una crisis y necesito bizcocho.

Saqué una fuente y la llevé al salón. Las tres cogimos un trozo.

—Era una situación difícil —continuó—. Yo solo quería protegeros y que crecierais seguras de vosotras mismas.

—¿Qué madre les dice a sus hijas que su padre ha muerto con el fin de evitarles dolor? —Cómo me costaba entenderla.

—Lo sé, no estuvo bien, pero no fue solo decisión mía. Yo le dije que si se marchaba no volvería a veros y prefirió su libertad a vosotras.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Ane apartándose a un lado, pensativa.

—Vive en Biarritz y fue periodista, no sé más —informé.

—Sé que pensáis que os he jodido la vida, pero ¿no creéis que fue mejor para vosotras tener un padre muerto que un chalado al que no le importabais?

—¿Chalado? Ha viajado por todo el mundo escribiendo —puntualicé cogiendo otro trozo de bizcocho.

—Puede que haya tenido éxito, pero eso no quita que sea una mala persona.

—Eso es verdad —reconocí.

—Espero que entendáis que fue por vuestro propio bien. Tenía que haberme imaginado que algún día esto pasaría, porque la vida no es muy larga, es muy ancha y nos acabamos encontrando con todo el mundo —bromeó.

—Mamá, ¿te importaría tomártelo en serio? —le dije.

—¿Os gusta cómo sois? —preguntó.

—¿Qué?

—Sí, porque yo fui vuestra única progenitora. Yo, yo y yo. ¡Sola! Y sois así de maravillosas gracias a eso.

—No te pongas crítica —le reproché.

—Solo quiero que seáis conscientes de que siempre hemos hecho un buen equipo. No teníamos a nadie más ni lo necesitábamos.

—¿Ahora nos vienes con chantaje emocional?

—Solo digo que no os faltó de nada.

—¿Puedes, por favor, tomarte esto en serio? —desistí.

—Vale, vuestro padre está vivo. Secreto desvelado. ¿Os cambia la vida en algo?

—¡Nos dijiste que estaba muerto!

—Las madres tenemos que tomar muchas decisiones —respondió digna.

—Eso está claro, pero esta tiene que ver con quienes somos. ¿No pensabas decírnoslo?

—La verdad es que no, porque fue un cabrón egoísta.

—Por Dios, ¡es nuestro padre!

—Será vuestro padre, pero nunca será vuestra familia. La familia requiere tiempo, cuidado y esfuerzo. Compartir comidas, hacer camas, fregar platos, compartir historias e intimidades.

Mi hermana continuaba en una esquina del salón dando vueltas sobre ella misma.

—No sé si podré superar esto —se lamentó Ane.

—Tampoco seas dramática. Las personas recibimos golpes y seguimos adelante.

—¿Como el que tú nos diste? —increpó encarándose a ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no lo he hecho lo suficientemente bien? ¿Por qué no intentas sacar adelante a dos niñas sola, a ver cómo te las apañas?

—Me parece que nunca pensaste en nosotras.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —gritó indignada.

—Entonces ¿por qué nunca nos lo contaste?

—¡No lo sé! —confesó derrotada, dejándose caer en el sofá —. Porque no quería que pensarais que era una mala madre y creí que si os ahorraba el disgusto, seríais más felices. Tengo miedo a que algún día vosotras también me abandonéis — sollozó.

No sabía qué decirle o cómo consolarla.

—No quiero acercarme a la muerte sola —dijo con la voz temblorosa—. Aún hay muchas cosas que quiero hacer. El futuro es ya de por sí bastante deprimente y no puedo llenarlo solo con clases de baile y tertulias donde el objetivo es terminar contentillo tras una copa. No quiero adentrarme en ese crepúsculo de mujeres con el mismo peinado que viven para sus familias y alardean de lo que consiguen sus hijos. Quiero hacerme un tatuaje y gritar «¡qué asco de vida!» una y otra vez.

Comenzó a llorar de manera inconsolable. Nos acercamos y la rodeamos con los brazos. Ella hundió su cabeza en nuestro pecho y lloró. Yo le acaricié el pelo mientras Ane la besuqueaba.

—No quiero que os marchéis, no sé qué haré sin vosotras —nos susurró.

Quise volver a ser pequeña otra vez y no ver a mamá así de frágil. Mi hermana y yo nos turnamos para consolarla, porque

queríamos verla fuerte de nuevo.

—Serás la mujer alegre que has sido siempre. Organizarás tertulias después del gimnasio, ayudarás a la gente, solucionarás la vida de los demás, cuidarás de Marco y, sobre todo, no pasarás desapercibida para nadie.

—Y, lo más importante, seguirás siendo nuestra madre.

—La mejor del mundo.

Ella sucumbió a aquella verdad con una mezcla entre risa y llanto.

—Saldremos adelante, como siempre hemos hecho.

—¿Cómo?

—Juntas.

Ser hija suponía tener una deuda impagable con una madre: existir como destinataria eterna de un amor imposible de corresponder. Las mujeres con hijos decían que al tenerlos descubrían un amor incomparable. Ese amor se sentía como madre, no como hija. Los hijos no querían a sus madres tanto como ellas los amaban a ellos… Ni siquiera aquellos que teníamos unas madres, como la mía, extraordinarias. A veces, ser hija podía resultar tan tortuoso como ser madre.

Cada una nos tomamos un tiempo para procesar lo ocurrido. Mamá se encerró en la cocina y yo en el dormitorio. Un poco más tarde encontré a Ane en su antiguo cuarto sentada en una silla. Estaba reclinada en el respaldo con los ojos rojos, el pelo sucio y un montón de ropa por encima. Llevaba una botella de vino en la mano de la que bebía a morro.

—¿Cómo estás? —pregunté sin saber cómo reaccionaría.

—Bien —respondió.

—Venga ya, Ane, no puedes seguir fingiendo que todo está bien. Acabas de descubrir que nuestro padre está vivo, le

pones los cuernos a Noel y tienes una adicción a las compras… Por el amor de Dios, ¡deja de fingir!

—¡¿Y qué quieres que te diga, que mi vida es deprimente y que últimamente solo hago estupideces?! —gritó enfurecida en medio de una crisis nerviosa.

Hacía mucho tiempo que no veía a mi hermana así de dejada y borracha, pues adoraba siempre tener el control.

—No te castigues —respondí apaciguadora—, todos nos deprimimos en algún momento con nuestra vida. ¿Recuerdas a Marimar, de sexto, la que se metía conmigo?

—Sí, qué.

—Mamá me dijo una vez que las chicas como ella vivían su mejor momento en el instituto y que, a partir de ahí, su vida iba cuesta abajo. Sin embargo, para las chicas como yo, el colegio era un periodo de transición por el que teníamos que pasar para después resurgir como el Ave Fénix. Llámame tonta, pero me consolaba pensar que, en un futuro, vería a Marimar triste y desmejorada viniendo de trabajar en un Telepizza y que yo sería una escritora de éxito que viviría en la capital.

—No sé adónde quieres llegar.

—Pues que me dio por buscar a Marimar el otro día en Instagram y, ¿sabes qué?, que es dueña de unas bodegas y tiene una familia de anuncio. Ahora me doy cuenta de que mi mejor momento fue en el instituto y ni siquiera lo supe, así que consuélate, eso sí es deprimente. Creo que debería empezar a cambiar.

—No es verdad.

—¿Por qué?

—Eres la única persona que conozco que puede escribir libros.

—Qué va.

—Nina, todo el mundo aquí está pirado —reconoció—. Cualquiera desearía ser como tú, vivir en Madrid, ser famosa, despreocupada y todo eso.

Levantó la botella para beber y un hilo de vino resbaló por su barbilla. Se limpió con la manga de su jersey sin darle importancia.

—Pero yo no soy famosa.

—Bueno, ya sabes, especial o como quieras llamarlo. Siempre te he envidiado.

—¿A mí?

—Sí, me hubiera encantado poseer eso que tienes que no sé explicar. Esa espontaneidad, esa indiferencia, pareces tan… libre. A veces te imagino en tu moderno piso de Madrid, saliendo, yendo a fiestas, rodeada de gente interesante.

—Pero aquí todo el mundo parecéis felices con mucho menos. Como si no os importara lo que os ocurra.

—Eso es porque estamos tan aburridos que, en realidad, no nos importa.

Se levantó y comenzó a caminar en círculo por la habitación.

—Nina, no sabes cuánto echo de menos mi antigua vida, tanto que a veces fantaseo con abandonar a Noel y a Marco, ¿me convierte eso en una mala persona?

—Claro que no.

—Odio jugar en el parque, me gustaría ir a más clases de baile. No soporto ver todos los días *Peppa Pig*, querría leer más. Odio los columpios, me gustaría cenar con mis amigas. Hago todo lo que puedo por mi hijo, lo adoro; sin embargo, la maternidad me ha hecho sentir que me han sacado del mundo real. Quizá debería ser más coherente.

—A la mierda la coherencia. —Le quité de golpe importancia a esa idea—. Yo pensaba que todo iba bien, que

eras feliz.

—Es que siento que me he convertido en una versión cansada, enfadada y amargada de mí misma. Pero sé que tengo otro lado, uno alegre, divertido y espontáneo. Y quiero volver a ser así.

—Lo serás.

—He llegado a pensar que quizá yo no quería ser madre, pero la sociedad o la inercia me lo impusieron. Eso no quiere decir que me considere una mala madre, pero a lo mejor no era lo que yo deseaba. Entiéndeme, no me arrepiento de haber tenido a Marco, sino de no haber valorado mi opinión, porque a lo mejor no estaba lista todavía. Y me reafirmo en que mi hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero ser madre no me sale fácilmente. Y todos los días me pregunto si es esta la vida que quería o la que me dijeron que tenía que querer. Y si esta es la vida que quería, ¿por qué estoy tan jodidamente triste?

—Deberías ser capaz de poder contarme estas cosas. Yo siempre estaré aquí para lo que necesites.

—Lo sé. Pero desde que tengo un hijo entiendo a la gente que no quiere tenerlos. La soledad, la depresión, los amigos que desaparecen, los planes que nadie quiere hacer contigo… La maternidad te come. Solo sabes hablar de pañales y de mocos y de cacas, es como estar en una cueva tú sola con todo eso. Echo de menos hablar de otras cosas, a ti, a mis amigas, mi vida, pero sobre todo me echo de menos a mí misma.

—Ane, lo siento, no tenía ni idea de que te sentías así. —Le cogí la mano—. ¿Lo has hablado con Noel?

—Cada vez que intentaba decirle algo me sentía como una marciana hablándole de hormonas y sacaleches. Llevamos mucho tiempo distanciados y, desde que nació Marco, la

situación se ha vuelto cada vez peor. Ya ni siquiera nos molestamos en discutir. Simplemente nos toleramos. Así que empecé a ir a clases de baile y…, bueno, ya sabes el resto. Sé que parece un poco bobo, pero es buen padre.

—Sí lo es, pero ¿por qué no te enfrentaste a ello antes?

—No sé, tal vez por rutina, por miedo o por comodidad.

—No hay nada más incómodo que una relación acabada. Tu relación con Noel es como la etiqueta de uno de esos vestidos que tienes ahí colgados, una de las que pican.

—Lo sé, pero no he podido evitarlo. He seguido poniéndomelos una y otra vez. Creía que esas etiquetas se suavizarían. Las corté con cuidado, pero ya era tarde, rasgué la costura y no hubo vuelta atrás. Hay etiquetas que escuecen muchísimo, hasta que simplemente decides ponerte otra cosa.

—Ane, eso es muy triste, debes hacer algo. No tiene sentido quedarte un vestido si no puedes usarlo.

—Con Noel me ha pasado como con toda esta ropa, que la he guardado más tiempo del que debería —comentó hastiada.

—Quizá debas deshacerte de ella.

—Tengo miedo —dijo con los ojos vidriosos.

—A qué —pregunté acariciándole el pelo.

—A lo desconocido, a no ser capaz de estar sola.

Dos lagrimones resbalaron por sus mejillas.

—¿Y no debería darte más miedo lo que te estás perdiendo? Quizá lo más triste es conformarte con menos de lo que quieres y darte por vencida. Hermana, tienes que deshacerte de todo esto, limpiar tu armario y dejar espacio para lo nuevo.

—¿Y cómo elijo qué tirar y qué quedarme?

—Si no es un jodido sí, entonces es un no. Lo cual funciona para la mayoría de las cosas, incluido el amor. Si no tienes ganas de ponértelo todos los días y no hace que te sientas

como una diosa, fuera. Y lo mismo con las relaciones. Si no quieres gritar su nombre a los cuatro vientos, si no te apetece mencionar cualquier anécdota suya en una conversación que no tenga nada que ver con él, entonces quédate en casa y ordena el armario.

—Es el mejor consejo que me has dado en la vida.

Sonreí satisfecha.

—¿Estás bien?

—Creo que no, pero lo estaré —contestó.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Pero yo te quiero de verdad.

Ambas nos sentamos en el suelo y compartimos el resto del vino. Era la primera vez que estaba junto a mi hermana sin mirar el reloj. La vi diferente, débil pero segura. Me sentí culpable por no haber descubierto antes cómo se sentía, por no haberla escuchado o prestado más atención.

La coherencia era una trampa. Un engaño que nos ataba de pies y manos y nos obligaba a hacer lo que se esperaba de nosotros. Decía que había que ser fiel a una única manera de ser y de estar en el mundo, pero cambiar de opinión era tan saludable como hacerlo de ropa. Debíamos estar abiertos a evolucionar, a recibir lo nuevo, al cambio. Si todos lo hiciéramos con más frecuencia, nos ahorraríamos mucho sufrimiento. La coherencia implicaba también asumir nuestros errores. No me arrepentía de haberme marchado a Madrid, pero sí de haber huido y abandonado a mi hermana y mi madre. Me marché sin pensar en las consecuencias o el vacío que dejaba. Me planteé hasta qué punto mi marcha había sido valiente o cobarde. Ser coherente suponía aceptar también las contradicciones. La vida real era la de los choques y los conflictos. Todos éramos una cosa y su opuesta:

ternura y dolor, amor y odio, ego y entrega. Progresábamos en el caos y el desorden, y era preferible rendirnos a nuestro verdadero yo, que vivir uno inventado peleando contra nosotros mismos. La vida estaba llena de incoherencias y lo enriquecedor era convencernos de algo…, para darnos cuenta de lo contrario dos segundos después.

25

En el verano tardío del norte, el bochorno, la llovizna y los cielos cubiertos formaban parte de su encanto. Salir de casa con el bañador, una chaqueta y un paraguas era algo habitual. Los días eran de pantalón corto y sudadera, sandalias y gabardina, manga corta y katiuskas. Allí, el verano era improvisado y había que dejarse sorprender por lo inesperado. Cuando, paseando por la ciudad, escuchaba las quejas de los turistas desesperados por el encadenamiento de días lluviosos, esbozaba una sonrisa satisfecha. ¿Es que la gente no sabía adónde venía?

Todavía me quedaban algunas clases en el club. Por fin me había desecho de mi antiguo chándal y le había cogido prestadas unas mallas y un bonito top de Lululemon a mi hermana. Necesitaba canalizar de algún modo los acontecimientos de los últimos meses, por lo que decidí ir a una clase de GAP con remo. Era eso o irme a llorar a un Kentucky Fried Chicken.

Al entrar en la sala, observé a Aitor sentado en una esquina con manchas de sudor en la camiseta y un poco despeinado, pero jodidamente atractivo. Parecía estar preparando la clase. Intentó ponerse de pie cuando nuestros ojos se encontraron, pero se dio un golpe con una mancuerna y noté que contenía el dolor. Luego me dedicó una sonrisa y mi pulso se aceleró.

Me senté en el remo más alejado, mientras intentaba calmar el temblor de mis manos. Nadie parecía tan perdido como yo. Comenzamos a remar con la cadencia que indicaba

la música. Me costaba sincronizar todos aquellos movimientos: estirar las piernas, dar un empujón, tirar fuerte con los brazos y vuelta a la posición inicial. El truco estaba en mantener el ritmo en el punto justo para estar digna y no empezar a sudar. Aunque, como decía mamá, esforzarse siempre era elegante. Aitor se acercó para corregirme la postura y me ruboricé como una quinceañera. El corazón me iba a mil por hora y, pese a la incomodidad de la situación, sentí un cosquilleo de placer. Estaba segura de que había química. Odiaba esa expresión. Sentí vergüenza de mí misma. Suspiré. Cuando terminó la clase, me apoyé contra la pared para tratar de recuperar el aliento y me deslicé por ella hasta quedarme en cuclillas.

—¿Qué tal te sientes? —me preguntó.

Hice acopio de todas mis fuerzas para sonreírle.

—Bien, lo que no siento son los brazos y las piernas —dije, y al incorporarme vi cómo sus ojos me miraban con interés.

—Pues te veo mejor que la primera vez.

—Gracias por el cumplido, pero es posible que tengas que llamar a una ambulancia en los próximos segundos.

Los dos nos reímos. Lo que pretendía ser solo una broma se convirtió casi en realidad porque noté un calambre en el gemelo, como si tuviera un perro mordiéndolo. Me tiré al suelo para intentar calmar el dolor. Pocas cosas te hacían parecer tan estúpida como cuando se te subía el gemelo. Aitor se colocó enfrente de mí, me extendió la pierna por completo y presionó mi empeine. Estuvimos así unos segundos hasta que poco a poco el dolor fue desapareciendo. Nos habíamos quedado solos. Me ayudó a incorporarme pasando uno de sus brazos por mi cintura y colocando el mío en su espalda. «Es un jodido sí», me dije.

Me di cuenta de que si no hacía algo pronto, un día me

levantaría con setenta años y me acordaría de todo lo que no me atreví a hacer. Por mi cabeza se cruzaron un sinfín de malas ideas. «Es muy pronto. Apenas te conozco. Tienes los ojos muy juntos», pero finalmente presioné mis labios contra su boca en un impulso. Lo hice con tanta fuerza que sentí sus dientes. Me apartó sorprendido colocando sus manos sobre mis hombros como a quien acaban de herir por arma blanca. Abrió la boca para decir algo, pero me devolvió el beso mientras pasaba sus dedos por mi pelo y me deshacía el moño. Me agarró de la mano y fuimos juntos hasta la puerta. Antes de cruzarla, miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie nos veía salir y me guio hasta una puerta contigua.

Era un almacén minúsculo lleno de productos y utensilios de limpieza. Me cogió a horcajadas y me sentó sobre una estantería. Siguió dedicando tiempo a los preliminares, besándome despacio y emitiendo sonidos de satisfacción. Me gustaba la gente que trataba el sexo como un buen libro: con un principio, un desarrollo y un fin. Pero no era el momento de hacer analogías literarias. Consiguió con dificultad deshacerse de mi top y lo tiró al suelo. Después me presionó contra él agarrándome por las caderas. Yo enrosqué las piernas alrededor de su cintura y apreté con los tobillos. Necesitaba sentirlo más. Me apresuré a quitarle la camiseta. Su pecho era duro y sus músculos formaban cientos de recovecos en su piel. Me levantó para dejarme de nuevo en el suelo y se inclinó para deslizar las mallas por mis piernas. Luego me empujó contra la pared y colocó su cara a escasos centímetros de la mía. Podía notar su respiración mientras elevaba una de mis piernas. Cuando su cuerpo se metió en el mío se me nubló la vista y solté un gemido. Mientras empujaba, colocó su dedo sobre mis labios para que no hiciera ruido. Se apartó un segundo y me hizo girar

cogiéndome de las caderas para colocarme de espaldas a él. Se inclinó de manera que su vientre presionaba mi espalda. Me mordió el cuello y después hundió sus dientes en mi hombro.

De repente, el sexo se volvió importante. Por primera vez en mucho tiempo no me sentí insegura, ni pensé en ofertas de empleo o trucos de magia mientras lo hacía. Tampoco me cuestioné nada ni me abandoné. Me concentré en lo que estaba haciendo, en cada embestida, en cada movimiento, en cada gota de sudor que se desprendía del cuello de Aitor y que caía sobre mi espalda. Sentí cada jadeo y cada palpitación. Ambos nos estremecimos y bajamos poco a poco el ritmo. Me quedé en esa postura unos segundos, aferrándome a ese momento y tratando de sentir todo intensamente. Me giré para ponerme frente a él y coger aire. Ambos nos sonreímos y nos fuimos vistiendo.

—Creía que no te gustaba el deporte —bromeó.

—Y no me gustaba. Hasta hoy.

Los dos nos reímos.

—Entonces espero verte más.

—¿Haces esto muy a menudo? Es una buena manera de fidelizar a tus clientas.

Se rio avergonzado.

—Sé que puede sonar raro, pero es la primera vez que lo hago.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—Cuando me has traído aquí, pensé que me ibas a descuartizar y a meter mis restos en la nevera. No tengo nada en contra de los descuartizamientos en sí, pero prefiero que los tiren a la basura, lo otro es antihigiénico y una guarrada.

Soltó una carcajada.

—Los homicidios no me van, son muy sucios, esto funciona mejor —dijo elevando un producto químico con una pegatina amarilla de una calavera.

Guapo y con sarcasmo.

—Oye, sé que esto puede sonar un poco raro, pero ¿me darías tu teléfono? —preguntó.

—Claro, pero necesito hacer una cosa antes —dije acercándome para besarlo de nuevo.

Nos quedamos allí unos minutos más, hasta que los besos nos hicieron empezar de nuevo. El deseo podía ser tan fuerte que nos impulsaba a hacer cosas que, en cualquier otra situación, encontraríamos imposibles. No solo estar sudada y desnuda frente a un extraño, sino hacer cosas tan íntimas en un lugar como aquel y ofrecerme de aquella manera. Cuando terminamos, nos dimos los teléfonos con la promesa de volver a vernos fuera del gimnasio.

Por la noche había quedado con todos en la terraza del Café París. No sabía cómo reaccionarían Ainhoa, Iñaki, Sara, Josu y Mercedes al verme, pues no los había visto desde la despedida. Noel me había enseñado que el primer truco de un mago era sentirse aceptado por el público, así que nada más llegar, con el primer trago de vino, les pedí disculpas. Nadie le dio demasiada importancia, ni siquiera Ainhoa, a quien le pedí su receta de pastel vasco, pues para bien o para mal, así se solucionaban las cosas allí. Recordé un pasaje del libro *Fiesta*, que Hemingway había escrito precisamente sentado en una terraza parecida a la que yo me encontraba: «Aquella noche, bajo los efectos del vino me sentí feliz y todos ellos me parecieron encantadores. Me acordé entonces de ciertas cenas con mucho vino durante la guerra, tensión latente y la

sensación de que se aproximaban acontecimientos inevitables. Algo había aprendido. No me importaba el sentido de la vida, lo único que quería saber era cómo vivir».

Quizá esa gente no era tan mala como pensaba, o quizá el vino hacía que la gente fuera mejor. Habíamos unido varias mesas y estábamos sentados alrededor de ellas. Tenía a mi hermana a un lado y a Trini en el otro. Eché de menos la presencia de Noel, quien se había cogido una excedencia para marcharse a hacer un curso de magia en una prestigiosa escuela de magos en Londres, antes de mudarse a su nueva casa de las afueras con Mikel de vecino. Raquel estaba sentada enfrente de nosotras y nos observaba en silencio hasta que se decidió a preguntarnos.

—Se os ve tan unidas —dijo—. Debe de ser genial tener una hermana melliza. Ojalá mis hijos se llevasen tan bien, ¿cuál es vuestro secreto?

—¿De verdad quieres saberlo? —contestó Ane—. Te lo voy a decir: tu marido debería abandonarte. Eso unirá a tus hijos, sin duda.

Me partí de risa.

—Ah —dijo Raquel con desconcierto manteniendo una media sonrisa en su rostro.

—No dije que fuera fácil —agregó mi hermana.

Me reí de nuevo. Había sido sarcástico y oscuro, pero seguro que también liberador y me hizo quererla aún más. Simone de Beauvoir dijo que las personas felices no tenían historia, aludiendo a que las dificultades iban enriqueciéndonos y forjando nuestra experiencia vital. Era en el desconcierto, en la tristeza y en la adversidad cuando una experimentaba la necesidad de narrarse. Perdonar era regresar al pasado y volver sana y salva. Yo acepté mi historia y me la tuve que contar de nuevo. Solo haciéndolo, pude

darme cuenta de que la vida no era tan mala como la recordaba. Y que la gente que decía que era completamente feliz estaba para que la encerraran.

Mikel apareció más tarde y se sentó en el extremo opuesto de donde estábamos. Se pidió una cerveza y, antes de darle un trago, la elevó en un brindis imaginario dedicándome una sonrisa. Me gustaba verlo feliz y deseaba con todas mis fuerzas que ambos pudiéramos construir de nuevo un futuro juntos, como buenos amigos.

Miré a mi alrededor y me sentí orgullosa de mí misma. No tenía una familia propia, ni un anillo en mi mano, ni bebés, ni tampoco el más mínimo atisbo de que todo eso fuera a suceder, pero estaba bien así. Había aprendido que para ser feliz en el presente, debía serlo en mi pasado, y eso implicaba reconocer mis errores y asumir que nada debía cambiarse, pues todo lo vivido me había hecho llegar allí.

Nadie quería estar solo. Queríamos ser parte de un grupo y sentirnos apreciados y seguros. Por eso entendí que los comportamientos convencionales como casarse, formar una familia o comprarse una casa ayudaban a la gente a avanzar. Lo peor de no elegir esos caminos era la tristeza que provocaba que esa manera de estar en el mundo se sintiera como obligatoria. Algunas personas querían hijos y no podían tenerlos. Otras nunca los quisieron y los tuvieron porque no sabían que existía otra manera de vivir. A los que no querían descendencia les aterraba la idea de que nadie les cuidara cuando se hicieran mayores. Me costó darme cuenta de que yo no debía descartar esas elecciones simplemente porque me parecieran convencionales, sino asumir que había otras formas de pasar por ellas. Tal vez, los que vivíamos fuera de esos límites teníamos que inventar nuestros propios logros: escribir un libro, conseguir un ascenso o completar una clase

de GAP. O quizá nuestro legado no debía ser un bebé, sino cualquier otra cosa.

Pensé en Carmenchu, en Trini, en mamá y en mi hermana y me alegré de tener referentes como ellas en mi vida, que hacían que el camino se sintiera más acogedor y menos aterrador. Me alegré de estar rodeada de mujeres que desafiaban el *statu quo*. Algunas con sus actos, otras con sus convicciones y las demás con su incoherencia. Mujeres valientes que tomaban decisiones y luego se arrepentían, o no, pero que seguían adelante con todas sus consecuencias.

Por primera vez, desde que había regresado allí, me sentí bien con los de siempre. Bebimos, charlamos y nos reímos sin juicios ni presiones. Aquella vez no necesité recurrir a una historia fascinante, pues ninguna lo era tanto como la vida real.

Días más tarde recibí una carta en el buzón dirigida a mí. Pensé que sería otra invitación de boda, pero era una carta de Mikel que llevaba por título: «Que nos quede un buen recuerdo». Llegaba con más de diez años de retraso, pero esa era la prueba de que ambos podíamos pasar página.

Hola, Nina:

Sé que te debía esta carta desde hace mucho tiempo y no sé si lo que he escrito es para ti o para mí mismo. Quizá ambas cosas.

Cuando pienso en las razones por las que me enamoré de ti, la principal fue que eras auténtica e indomable. Con esa espontaneidad y esa gran sonrisa. Con esa luz y esa capacidad para reírte de todo. Con esa forma de tocarme y de abrazarme. Todo eso no llegó a desaparecer, pero perdió intensidad al final de nuestra relación. Por eso, me gustaría decirte que no cambies y no dejes que los problemas del día a día puedan contigo. Todo siempre se acaba solucionando y, al final, lo que queda eres tú: la persona más increíble que he conocido en mi vida.

He intentado buscar una explicación a lo que nos sucedió y creo que tratamos de cambiarnos mutuamente para adaptar al otro a lo que queríamos que fuera. Ese fue uno de nuestros errores. Quizá, en nuestro anhelo de que no se nos escapara la relación, quisimos convertirnos en lo que no éramos. Empezamos a ser conservadores en el sentido de no arriesgar, de no molestar al otro, de que no pasara nada para que todo siguiera igual. De procurar no ser lo que éramos para no molestarnos con nuestras diferencias.

Me queda una sensación extraña porque, a pesar de lo que nos hemos querido, hemos ido perdiéndonos de vista a nosotros mismos, especialmente en esta última etapa. Y la causa quizá haya estado en nosotros mismos. Ya sabes que tengo una mente cuadriculada, pero siempre he sabido que el amor es irracional y no se puede expresar por pura lógica. Espero que, al menos, podamos sacar algo bueno de lo que ha pasado, porque para mí es importante aprender. Si no se hace, lo único que queda es frustración y rencor, y como vimos aquel día en el Mesón del Peregrino, se puede terminar siendo una pareja gris o una de esas exparejas que se odian. Y no quiero eso.

En el fondo sabes que nunca dejé de quererte. Hasta el último segundo quise estar contigo. No salió bien, pero no me gustaría que nos echásemos la culpa de nada. Ni yo fui tan obsesivo ni tú tan insoportable. No todo fue tan malo, ni siquiera en los peores momentos. Cuando haces las cosas con amor y por amor, nunca te equivocas. No voy a flagelarme por el pasado. Me llevo una lección muy importante para la vida que me servirá en el futuro. Espero que algo bueno te quede a ti también.

No sé exactamente lo que nos pasó, quizá sea difícil encontrar una única explicación, pero no dejemos que este final rompa una historia como la nuestra. Me gustaría que cada vez que te recuerde, se me acelere el corazón al pensar lo que te he querido. Ante todo, deseo que seas feliz y que le quites amargura a los recuerdos. No merece la pena seguir sufriendo. Me haría ilusión que me recordaras bonito. Has sido una gran compañera de viaje, la mejor que se puede tener.

No sé qué nos deparará el futuro, pero hoy dormiré mejor después de haberte escrito esto. Si todo este tiempo juntos, a pesar de sus momentos difíciles, sirve para darnos cuenta de cosas importantes, todo habrá tenido sentido. Hemos tenido algo muy especial,

quedémonos con eso y con las cosas buenas que compartimos. Ojalá algún día volvamos a estar alineados y preparados para enamorarnos otra vez de quienes realmente somos.

Por último, quería darte las gracias por dedicarme tu primer libro. Nunca llegué a hacerlo y estar en la primera página es lo más bonito que han hecho por mí en la vida.

Te querré siempre,

MIKEL

P. D.: No solo te agradezco la dedicatoria, también lo he leído, ¿para cuándo la segunda parte? Necesito saber más :)

26

Cuando era pequeña, el éxito para mí significaba dos cosas: marcharme de mi ciudad natal y ser escritora. Me daba igual el lugar, solo quería estar en uno donde la gente fuera menos propensa a poner lazos en el pelo de sus hijas, a ir a centros comerciales o a coger el coche para trayectos de dos minutos. Mis otros planes incluían viajar por el mundo, una gran vida social y ver mis libros publicados. Nunca planeé volver, hasta que lo hice. De niña, me creía historias de personajes que no existían y de adolescente, me tumbaba en el césped en verano para que el calor me calentara los huesos. Al vivir en un lugar donde no podía ser libre ni decir lo que pensaba, tuve que inventarme escribiendo un mundo menos gris, aunque sabía que, a la primera oportunidad que tuviera, me marcharía.

Cuando regresé, no reconocí la ciudad en la que había vivido. Sus edificios guardaban aún restos de la Guerra Civil y en sus calles los nombres de viejos militares eran recordados con reverencia junto al de las grandes multinacionales. La mayoría de los lugareños decía que las cosas habían cambiado demasiado, y la otra mitad, que no habían cambiado en absoluto. Todos estaban equivocados. Yo tenía miedo a un pasado congelado o, peor, a mi yo congelado. Pero el pasado no se había congelado. Muchas personas de las que me había olvidado seguían allí y, como yo, también habían cambiado. Durante los primeros meses veía fantasmas por todas partes…

Ahora miro la pared blanca, mientras escribo un poco más. Ya no tengo miedo al folio en blanco. Ahora veo cómo el

pasado sigue dando tumbos, pero soy yo la que envejezco junto a él. Hoy en día sigo odiando a los magos y aborrezco la magia, pero gracias a ella conseguí un trabajo de profesora en mi antiguo colegio. Debo dar las gracias a Noel, la verdad. Acudo por las mañanas a dar clase y tengo toda la tarde libre para escribir, hacer deporte o quedar con mis amigos.

Acabar de profesora de literatura en tu ciudad natal puede considerarse un retroceso o el equivalente emocional a no haberte marchado nunca. Una involución, una actitud carente de ambición o, peor, un fracaso. Como mi ambición siempre fue escribir, creía que hacer otra cosa significaba haber fracasado en la escritura, pero me gusta mucho dar clase. Todos los días, mis estudiantes y yo leemos, nos reímos y organizamos tertulias en el Café París. Nos olvidamos de nuestros problemas para entrar en un mundo diferente. Cuando salgo de allí, me pregunto: ¿quién seré yo para mis alumnos? ¿Solo alguien con sarcasmo que les enseña cosas y les hace muchas preguntas o me tendrán como referente de algo en un futuro?

Sigo sin saber cómo mi cuñado me cortó por la mitad. Podría meterme en Google para averiguarlo, pero me gusta no saberlo. Me gusta elegir no saber. Si lo descubro, lo archivaré en mi mente con todo lo demás sobre lo que tengo algún tipo de certeza y lo olvidaré. Como decía Carmenchu, siempre olvido lo que necesito recordar. Pero quiero mantener el misterio, ese momento que no puedo explicar. Pura magia. Eso es todo lo que necesito saber.

Me costó asumir que necesitaba irme, pero también volver. Me equivoqué en tantas cosas cuando era joven, no solo en lo que quería, sino en las posibilidades de una buena vida aquí. Intento transmitir esto a mis alumnos. Ellos esperan su momento en esta ciudad. Sus ojos revolotean a través de la

ventana del aula. Viven en un mundo que he visitado, pero al que ya no puedo llegar, un lugar donde el horizonte parece más prometedor que el papel. Sé que a la primera oportunidad que tengan, se irán.

«Esta es tu vida, no tu funeral», recuerdo esta frase de mamá cada vez que me ocurre algo malo, porque sí, el regreso me costó, así como acostumbrarme a mis elecciones. Me vino bien el invierno. Y en este nuevo año he tenido altibajos, pero también ha estado lleno de momentos increíbles. Estoy mirando atrás y me doy cuenta de que dejé de fumar, mi hábito más arraigado. Empecé a comer mejor y, sobre todo, más rico. Leí más de veinte libros y terminé mi segunda novela. Aprendí trucos de magia. Ayudé a mi hermana en el bufete y cuidé de mi sobrino. Continué en el gimnasio y acompañé a mamá a hacerse un tatuaje. Retomé el contacto con viejos amigos e hice otros nuevos. Seguí yendo de brunch con Trini y regresé a Biarritz. También publiqué mi segundo libro, *Caos y confeti*, sobre mujeres que desafiaban deliberadamente los clichés. Escribí sobre mujeres que se hundían y resurgían, como yo lo había hecho. Me impulsaba el deseo de no ser encasillada por mi edad o mi situación, sino proyectar un futuro alentador y positivo para otras mujeres como yo. Siempre creí que la ficción pura no existía, que estaba mezclada con la realidad, por eso era tan interesante, porque la vida real era su carburante. La protagonista de mi segunda novela no se parecía en nada a mí y su historia tampoco tenía que ver con la mía, pero era autobiográfica, no porque yo contase mi vida a través de ella, sino porque me metí en mi yo más profundo, en mi yo más secreto. Y también traté de contarla con humor porque ¿por qué no reírse de lo que la vida nos deparaba?

Ahora mismo, en el instante que tecleo estas líneas, sigo

viviendo con mamá y mi hermana, cocinamos juntas, nos cuidamos y, a menudo, hago bizcocho y me sigo sorprendiendo de su olor cuando llego a casa, tan familiar y reconfortante como la infancia. La antigua habitación de mi hermana es mi nuevo despacho. Mi escritorio no mira hacia la ventana porque no quiero ver el horizonte cuando escribo. Cuando era niña, miraba constantemente más allá de mí misma, más allá de mi mundo. Ahora solo quiero escribir desde dentro de él.

Empecé a escribir porque era una desarraigada. Porque había perdido mi lugar en el mundo y si te ibas ya no podías volver. Pero lo hice.

Llevo viviendo en el pueblo más de dos años. La esencia de todo lo mágico está aquí, dentro de mí y a mi alrededor, avisándome de que debo disfrutarlo todo antes de que desaparezca. He dejado por un momento de teclear. Me como el último trozo de bizcocho y me asomo a la ventana. La luna se eleva en un cielo lleno de estrellas. Cae la noche y las luces de las farolas brillan sobre las calles desiertas. Todos estamos capacitados para conocer lugares con intensidad, solo hay que quitarse prejuicios. Sobre la mesa hay una revista en cuya portada sale un Noel sonriente. Aitor duerme plácidamente en el piso de arriba junto a nuestro hijo. Recibo un mensaje de Trini con la foto de su última cita. Sé que Mikel es feliz y está a punto de casarse. Mamá lee en el sofá acariciándose el tatuaje de su antebrazo y mi hermana y yo nos unimos a la noche con un brindis por el final del verano, pero, en realidad, es un brindis por nuestro hogar.

Siempre había tenido la sensación de que no sabía dónde estaba exactamente el mío. Me costó darme cuenta de que lo importante no era el dónde, sino el quién, pues estaba hecho de todas las personas que había conocido en el camino. Sigo

poniendo cara de susto cuando algo me asombra. Como la que se me pone cuando me doy cuenta de que un revés de la vida puede acabar convirtiéndose en la mejor oportunidad para volver a ser feliz.

Agradecimientos

Este espacio siempre se me queda corto a la hora de dar las gracias, pero es que las palabras amor, amistad y familia han cobrado para mí un nuevo sentido este último año y, en gran parte, se debe a cada una de las personas que han pasado por él. Y es que me he convencido de que hay cosas que se encuentran cuando no las buscas. Momentos que la vida te brinda de manera fortuita que te cambian por completo. Personas y lugares que te salvan la vida, pero no de manera heroica, sino generando recuerdos felices a los que poder volver una y otra vez y que te acompañarán para siempre.

Quiero dar las gracias a mi familia, a mis padres y a mis hermanas, por animarme, cuidarme y enseñarme lo que es el amor incondicional.

A mis mejores amigas, que también son mis hermanas, Rosa, Vero, Trini y Mélanie, por ponerme siempre los pies en la tierra.

A los Flymes y a Berta, por escucharme cada día hablar de un libro imposible y aguantarme en los momentos previos al café.

Gracias a Sara y a su maravillosa familia por cuidarme, acogerme y descubrirme el lugar más inspirador en el que he estado nunca.

A veces aparece gente en tu vida simplemente para demostrarte que las buenas personas existen. Personas que tienen siempre una sonrisa y un abrazo preparados y que, además, te regalan veranos increíbles. No tengo palabras

suficientes de agradecimiento para Juan, Enrique, Josefina, Miguel, Ale, Cris, Emmanuel y la maravillosa Raquel. En especial gracias a Carmela, por enseñarme que las nuevas amistades son posibles en la edad adulta y que son tan de verdad como las de toda una vida.

A mi querido amigo Mode, por hacer de mis libros algo bonito, y a Ana Medina, por animarme en todo el camino.

Gracias también a mis editores Gonzalo y Ana, por alentarme a hacer cosas de las que sentirme orgullosa.

Y gracias a todos los que me acompañan y soportan mientras escribo.

Este libro se lo dedico también a toda esa gente que cree que escribo sobre ella. En realidad, lo hago.

¿Qué sucede cuando descubres que lo que más odias tiene su punto?

Después de una reestructuración en la revista donde trabaja, Nina se ve a sus treinta y largos con un pie en la cola del paro. Tras buscar sin éxito un trabajo que le permita vivir con dignidad en la capital, decide volver a su hogar —una pequeña ciudad del norte— para ahorrar algo de dinero y, tal vez, retomar la escritura de una segunda novela que nunca llegó a terminar. En su caso, el éxito de la primera fue el principio del fin en el camino de la literatura. Pero no es fácil volver a casa con la etiqueta de fracaso en la frente y un pasado familiar del que nunca se habla.

Tras su debut en ficción con *Bomba de humo*, Laura Santolaya, P8ladas, regresa con una historia corrosiva e irónica que juega con el encanto de lo despreciable y nos traslada de lleno al universo de una mujer en la treintena llena de prejuicios respecto a sus orígenes y con un petate de verdades a medio decir. Un libro que nos demuestra que pasamos la edad adulta curándonos de nuestra infancia. Imprescindible, divertida, diferente y muy real. ¿Y tú, con qué cara te quedas?

Laura Santolaya (Pamplona, 1982), más conocida en redes como P8ladas, es una humorista gráfica que compagina su trabajo en una agencia de publicidad con la ilustración y la escritura. En 2008 abrió su blog *Prohibido escuchar canciones ñoñas*, en el que dio vida a su alter ego, haciendo que miles de seguidores compartieran sus viñetas a diario en redes sociales. En 2013 fue seleccionada por *El País* en su sección «Se busca talento»; es autora de libros como *Los lunes me odian* (2014), *Crónicas de la adolestreinta* (2015), *Prohibido escuchar canciones ñoñas* (2017) y *Diremos que nos conocimos en un bar* (2019). *Bomba de humo* (2022) fue su primera novela en Suma; *Cara de susto* es la segunda.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Laura Santolaya
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e ilustración de portada: Modesto Pérez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-893-9

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cara de susto

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Laura Santolaya
Créditos